



Philip Caputo

**UN RUMOR
DE GUERRA**

Philip Caputo
Un rumor de guerra

Título original:
A rumor of war Philip
1977

Traducción:
Iris Menéndez

Digitalización / maquetación:
Demófilo,
2026

Edición digital realizada sin interés comercial
ni ánimo de lucro, con una finalidad
estrictamente educativa.



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2026

Philip Caputo

Un rumor de guerra

Al sargento Hugh John Sullivan, compañía C, I batallón, III de Infantería de Marina, muerto en campaña, junio de 1965, y al teniente Walter Neville Levy, compañía C, I batallón, I de Infantería de Marina, muerto en campaña, septiembre de 1965.

Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras; pero no os turbéis, porque es preciso que esto suceda, mas no es aún el fin. Se levantará nación contra nación y reino contra reino... Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán... mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo.

MATEO 24:6-13

PRÓLOGO

En tus pálidos sueños, a tu lado he velado y te he oído murmurar historias de abrasadoras guerras...

SHAKESPEARE
Enrique IV, Primera Parte

ÉSTE no pretende ser libro de historia. Nada tiene que ver con la política, el poder, la estrategia, las influencias, los intereses nacionales ni la política exterior. Tampoco es una acusación contra los grandes hombres que nos condujeron a Indochina y cuyos errores se pagaron con la sangre de algunos hombres del montón. A grandes rasgos, se trata, sencillamente, de un relato sobre la guerra, sobre lo que los hombres hacen en la guerra y las repercusiones que la guerra tiene para ellos. Y, en concreto, es el relato, compuesto por un soldado, de la guerra más prolongada que hemos sostenido, la única que hemos perdido, así como la historia de una larga y a veces dolorosa aventura personal.

En mi condición de oficial de infantería bisoño, el 8 de marzo de 1965 aterricé en Danang, con un batallón de la 9.^a brigada expedicionaria de Infantería de Marina, la primera unidad de combate norteamericana enviada a Indochina. En abril de 1975 regresé como corresponsal de un periódico e informé sobre la ofensiva comunista que concluyó con la caída de Saigón. Fui uno de los primeros norteamericanos que combatieron en Vietnam y también

uno de los últimos en ser evacuado, apenas unas horas antes de que el ejército norvietnamita entrara en la capital.

Aunque la mayor parte de este libro se refiere a los hechos vividos por los infantes de marina con quienes serví en 1965 y 1966, he incluido un epílogo en que describo, resumidamente, el éxodo norteamericano. Sólo diez años separan aquellos dos acontecimientos, pero la humillación de nuestra salida de Vietnam —en comparación con la inmensa confianza con que habíamos entrado— hace que parezca que un siglo se interpone entre ambos.

A los norteamericanos que todavía no habían alcanzado la mayoría de edad a principios de los sesenta, tal vez les resulte difícil comprender cómo fueron aquellos años: predominaban el orgullo y una impetuosa seguridad de cada uno en sí mismo. La mayoría de los tres mil quinientos hombres de nuestra brigada —nacidos durante la Segunda Guerra Mundial— o inmediatamente después de ella estaba moldeada por esa era, la época del Camelot de Kennedy. Partimos a ultramar llenos de ilusiones, ilusiones de las que la atmósfera embriagadora de esos años fue tan responsable como nuestra juventud.

La guerra siempre resulta atractiva para los jóvenes que nada saben de ella, pero para decidimos a vestir el uniforme también nos había seducido el reto de Kennedy en el sentido de «preguntaos qué podéis hacer por vuestro país», y el idealismo misionero que en nosotros había despertado. Entonces Estados Unidos parecía omnipotente: la nación aún podía afirmar que jamás había perdido una guerra y nosotros nos creíamos destinados a jugar a policías con los ladrones comunistas ya extender nuestro credo político a lo largo y a lo ancho del mundo. Como los soldados franceses de finales del siglo XVIII, nos considerábamos los campeones de «una causa destinada a triunfar». Por eso, cuando aquella húmeda tarde de marzo avanzábamos por los arrozales, llevábamos, además de nuestras mochilas y fusiles, la implícita convicción de que el Vietcong sería rápidamente derrotado y de que estábamos haciendo algo noble y bueno. Conservamos las mochilas y los fusiles, pero

perdimos las convicciones.

El descubrimiento de que los hombres que habíamos desdeñado por campesinos guerrilleros constituían, en realidad, un enemigo mortal y decidido, y las listas de bajas que todas las semanas se ampliaban sin poder mostrar nada a cambio de la sangre derramada, quebrantó nuestra confianza inicial. En el otoño, aquello que había comenzado como una expedición aventurera se convirtió en una guerra de agotamiento, desgastadora e inútil, en la cual no combatíamos por otra causa que no fuera la de nuestra propia supervivencia.

No es tarea sencilla escribir sobre este tipo de guerra. En repetidas ocasiones he descubierto que deseaba haber sido veterano de una guerra corriente, cuyo tema fueran dramáticas campañas e históricas batallas en lugar de una monótona serie de emboscadas y fuegos cruzados. Pero para nosotros no hubo ninguna Normandía ni ningún Gettysburg, ni épicos encuentros que decidieran los destinos de ejércitos o naciones. La guerra era, en su mayor parte, una cuestión de soportar semanas de ansiosa espera y, durante azarosos intervalos, de conducir feroces cacerías humanas a través de junglas y ciénagas donde los francotiradores nos hostigaban constantemente y las trampas explosivas nos derribaban de uno en uno.

Ocasionalmente, una operación de reconocimiento-y-destrucción a gran escala aliviaba el aburrimiento, pero la excitación de emprender el vuelo en el primer helicóptero que se presentaba hasta una zona de aterrizaje iba, por lo general, acompañada por la acalorada caminata de siempre, durante la cual el barro se pegaba a nuestras botas y el sol batía nuestros cascos mientras un enemigo invisible nos disparaba desde las lejanas hileras de árboles. Las raras ocasiones en que el Vietcong decidía librar una batalla de posiciones fijas constituían el único motivo de entusiasmo; no un entusiasmo común, sino el éxtasis maniaco del contacto. Semanas de tensiones reprimidas se liberaban en unos pocos minutos de violencia orgiástica y los hombres gritaban y mascullaban improprios por encima del estallido de las granadas y de las ráfagas

rápidas y ondulantes de los fusiles automáticos.

Al margen de agregar algunos cadáveres al recuento semanal, esos encuentros no lograron nada; ninguno de ellos figurará en las historias militares ni tampoco los estudiarán los cadetes de West Point. Pero a nosotros, los hombres que participamos de ellos, nos cambiaron y nos aleccionaron; en esas oscuras escaramuzas aprendimos las viejas lecciones acerca del miedo, la cobardía, el valor, el sufrimiento, la crueldad y la camaradería. Sobre todo, conocimos la muerte a una edad en que lo común es considerarse inmortal. A la larga, todos pierden esa ilusión, pero en la vida civil se pierde por etapas, a través de los años. Nosotros la perdimos de golpe y, en pocos meses, pasamos de la juventud a la edad adulta y, de ésta, a una prematura edad madura. El sentimiento de la muerte, de los implacables límites puestos a la existencia de un hombre, nos arrancó de nuestra juventud tan irrevocablemente como antes las tijeras del cirujano nos habían separado del útero. Pero muy pocos de nosotros rebasaban los veinticinco años. Abandonamos Vietnam como seres peculiares, con hombros jóvenes que sostenían cabezas bastante viejas.

Partí a principios de julio de 1966. Diez meses más tarde, después de un destino como jefe de una compañía de instrucción de infantería en Carolina del Norte, una licencia honrosa me liberó de la Infantería de Marina y de la posibilidad de morir prematuramente en Asia. Me sentía tan feliz como un hombre condenado al que le han conmutado la pena pero, en menos de un año, comencé a sentir nostalgia de la guerra.

Otros veteranos que conocía confesaron sentir la misma emoción. A pesar de todo, experimentábamos una extraña atadura con Vietnam y un deseo, aún más sorprendente, de volver allí. La guerra todavía se libraba, pero ese deseo de volver no surgía de ideas patrióticas sobre el deber, el honor y el sacrificio, los mitos con los cuales los viejos envían a los jóvenes a que los maten o los mutilen. Provenía del reconocimiento de la profundidad de nuestro cambio, de lo distintos que éramos de todos los que no habían compartido

con nosotros las desdichas del monzón, el patrullar agotador, el temor de un asalto en una zona de aterrizaje crítica. Teníamos muy poco en común con ellos. Aunque volvíamos a ser civiles, el mundo civil nos parecía extraño. No pertenecíamos a él tanto como a aquél en que habíamos luchado y donde habían muerto nuestros amigos.

En su momento participé en el movimiento antibélico y luché, sin éxito, por conciliar mi oposición a la guerra con esa nostalgia. Más tarde comprendí que la conciliación era imposible; nunca podría odiar la guerra de un modo que se pareciera a la pasión pura de mis compañeros del movimiento. Puesto que había combatido en ella, no se trataba de un asunto abstracto, sino de un acontecimiento profundamente emocional, lo más significativo que me había ocurrido. Aunaba mis pensamientos, sensaciones y sentimientos en un abrazo inseparable. En el trueno, yo oía el rugir de la artillería. No podía escuchar caer la lluvia sin recordar aquellas noches en el frente, ni caminar por un bosque sin buscar instintivamente una trampa de alambres o una emboscada. Era capaz de manifestarme en voz tan alta como el activista más convencido, pero no podía negar el dominio que la guerra ejercía sobre mí, ni el hecho de que había sido una vida tan fascinante como repulsiva, tan estimulante como triste, tan tierna como cruel.

Este libro se propone, en parte, tratar de aprehender algo de sus realidades ambivalentes. Todo el que combatió en Vietnam, si es sincero consigo mismo, tendrá que reconocer que disfrutó del compulsivo encanto del combate. Se trataba de un goce peculiar porque se mezclaba con un dolor equivalente. Bajo el fuego, la energía vital del hombre aumentaba proporcionalmente a la proximidad de la muerte, de modo que sentía tanta alegría como miedo. Sus sentidos se aguzaban, alcanzaba una placentera y a la vez atroz claridad de conciencia. Parecía el elevado estado de percepción que provocan las drogas. Y podía, también, habituarse a él ya que hacía que pareciera vulgar cualquier otra cosa que la vida le ofreciese en cuanto a deleites y tormentos.

También he intentado describir la intimidad de la vida en los batallones de infantería, donde la comunión entre los hombres es tan profunda como entre amantes. En realidad, lo es aún más. Para mantenerla, no exige la reciprocidad, las promesas de afecto, las interminables protestas de fidelidad que reclama el amor entre hombres y mujeres. A diferencia del matrimonio, es un vínculo que no se puede romper con una palabra, con el aburrimiento, el divorcio u otro gesto que no sea la muerte. A veces ni siquiera la muerte es lo bastante fuerte. Dos amigos míos murieron al tratar de retirar los cadáveres de sus hombres del campo de batalla. Semejante devoción, simple y desinteresada —el sentimiento de pertenecer a los demás—, fue lo único decente que encontramos en un conflicto notorio por sus monstruosidades.

Pero esa ternura habría resultado imposible si la guerra hubiese sido mucho menos brutal. Los campos de batalla de Vietnam fueron un crisol en el cual una generación de soldados norteamericanos quedó unida por un enfrentamiento común con la muerte y por haber compartido las penurias, los riesgos y los temores. La misma fealdad de la guerra, la sordidez de nuestras vidas cotidianas y la degradación de haber tenido que participar en el recuento de cadáveres nos acercó aún más. Era como si en la camaradería encontráramos una afirmación de la vida y el modo de preservar, al menos, un vestigio de humanidad.

También hay un aspecto de la guerra de Vietnam que la distinguió de los demás conflictos norteamericanos: su violencia total. Me refiero a la violencia que impulsó a tantos combatientes norteamericanos —los buenos y fornidos chicos de las granjas de Iowa— a matar civiles y prisioneros. El último capítulo de este libro se refiere a este tema. Mi objetivo no ha sido confesarme cómplice de lo que, opino, equivale a un crimen, sino mostrar, poniéndome a mí mismo y a otros hombres como ejemplo, que la guerra, por su misma naturaleza, puede despertar una violencia psicopática en hombres de impulsos aparentemente normales.

Se ha exagerado mucho sobre las atrocidades norteamericanas

cometidas en Vietnam, exageración que no se refiere a su alcance sino a sus causas. Las dos explicaciones más simplistas que se han dado para atrocidades como las de My Lai han sido la teoría racista, que sostiene que al soldado norteamericano le resultaba fácil matar asiáticos porque no los consideraba como seres humanos, y la teoría de la herencia de la locura, que afirma que el soldado es intrínsecamente violento y que sólo necesita la excusa de la guerra para desahogar sus instintos homicidas.

Como toda generalización, en cada una hay parte de verdad pero ambas ignoran el trato brutal que tanto el Vietcong como el Vietnam infligieron con frecuencia a su pueblo, y ninguna de las dos menciona los delitos cometidos por la división coreana —probablemente la más sanguinaria de Vietnam— y por los franceses durante la primera guerra de Indochina.

El mal no era inherente a los hombres —salvo en el sentido de que en nosotros siempre mora un demonio—, sino a las circunstancias en que tenían que vivir y combatir. En la guerra del Vietnam confluyeron las dos formas de guerra más amargas —la guerra civil y la revolución—, a las que se sumó la ferocidad del combate en la selva. Veinte años de terrorismo y fratricidio habían anulado la mayor parte de los puntos de referencia del código moral del país, mucho antes de que nosotros llegáramos. Tanto los comunistas como el gobierno consideraban la crueldad como una necesidad, casi una virtud. Cometidas en nombre de los principios o por venganza, las atrocidades eran tan comunes en los campos de batalla vietnamitas como los hoyos de los obuses y el alambre de púas. Los hombres de nuestra brigada no eran intrínsecamente crueles, pero al llegar a Danang aprendieron rápidamente que Vietnam no era un sitio en que un hombre podía esperar misericordia si, por ejemplo, le hacían prisionero. Y los hombres que no esperan compasión, a la larga pierden su tendencia a concederla.

En algunas ocasiones, la camaradería que constituía la única cualidad redentora de la guerra provocaba algunos de sus peores crímenes: actos de reparación para los amigos que habían sido

asesinados. Algunos hombres no podían soportar la tensión que provoca la guerra de guerrillas: el estado de alerta que se les exigía constantemente, la sensación de que el enemigo estaba en todas partes y la incapacidad de distinguir a los civiles de los combatientes, creaban tensiones emocionales que crecían hasta tal punto que una provocación trivial podía hacer que esos hombres estallaran con la ciega destructividad de un proyectil de mortero.

Otros se volvieron despiadados a causa de una sobrecogedora ansia por sobrevivir. La autoconservación —el más básico y tiránico de los instintos— puede convertir a un hombre en un cobarde o, como ocurría con más frecuencia en Vietnam, en un ser que destruye sin vacilación ni remordimientos todo lo que suponga una potencial amenaza a su vida. Un sargento de mi sección, normalmente un joven agradable, me dijo una vez: «Mi teniente, en mi tierra tengo mujer y dos hijos y volveré a verlos, no me importa a quién ni a cuántos tenga que matar para hacerlo».

La estrategia de agotamiento del general Westmoreland también tuvo repercusiones importantes en nuestra conducta. Nuestra misión no consistía en ganar terreno o tomar posiciones, sino, simplemente, en matar: matar comunistas, tantos como fuera posible. Apilarlos como leña. La victoria consistía en un elevado número de cadáveres; la derrota, en una proporción de pocas muertes; la guerra era una cuestión de aritmética. Era intenso el apremio que se hacía a los comandantes de unidades para producir cadáveres enemigos y aquéllos, a su vez, lo transmitían a sus tropas. Esto condujo a prácticas semejantes a la de contar a los civiles como miembros del Vietcong. «Si está muerto y es vietnamita, es uno del Vietcong», era una regla empírica del monte. En consecuencia, no resulta sorprendente que algunos hombres manifestaran desdén por la vida humana y cierta predilección a cortarla.

Por último, existían las condiciones que el clima y la región imponían. Durante semanas tuvimos que vivir como los hombres primitivos en remotas avanzadillas, rodeadas de extraños mares de arrozales y bosques lluviosos. El paludismo, la fiebre de las aguas

estancadas y la disentería —aunque no tan mortales como en guerras pasadas—, cobraron sus víctimas. En la estación seca, el sol nos abrasaba, y en la monzónica, las incesantes lluvias nos atontaban. Pasábamos los días abriéndonos paso a golpes de machete por las junglas montañosas cuya inmensidad nos reducía a la insignificancia de las hormigas. Por la noche, nos acomodábamos en agujeros llenos de barro, nos arrancábamos las sanguijuelas que nos chupaban las venas y esperábamos un ataque imprevisto desde la oscuridad que se extendía más allá del perímetro de la alambrada.

Los cuarteles generales de Saigón y Danang, provistos de aire acondicionado, parecían encontrarse a miles de kilómetros de distancia. En cuanto a Estados Unidos, por algo lo llamábamos «el mundo»: podría haberse encontrado en otro planeta. Donde estábamos, no había nada conocido, ni iglesias, policía, leyes, periódicos, ni ninguna de las influencias moderadoras sin las cuales la población mundial de personas virtuosas se reduciría en un noventa y cinco por ciento. En el monte de Indochina se producía el amanecer de la creación, era un territorio virgen tanto en lo ético como en lo geográfico. Allí, sin nada que nos coartara, autorizados a matar, enfrentados con una región hostil y un enemigo implacable, nos hundimos en un estado de brutalidad. Semejante abyección sólo podía controlarla el conjunto de valores morales internos de cada hombre, ese atributo que se denomina personalidad. Había unos pocos —supongo que el teniente Calley era uno de ellos— que carecían de ese conjunto y cayeron hasta el fondo, descubrieron en sus profundidades más arcanas una capacidad maligna que probablemente jamás sospecharon que existiera.

La mayoría de los soldados norteamericanos que estuvieron en Vietnam —al menos los que yo conocí— no podría dividirse en hombres buenos y hombres malos. Cada uno de ellos mostraba partes iguales, aproximadamente, de ambas cualidades. He visto hombres que un buen día sentían gran compasión hacia los vietnamitas y, al siguiente, incendiaban una aldea. Como dijo Kipling de su Tommy Atkins, ellos no eran santos «pero tampoco canallas /

sino hombres solitarios en barracas, muy parecidos a ti». Quizá por este motivo los norteamericanos reaccionaron con tanto horror ante la revelación de las atrocidades cometidas por Estados Unidos, al tiempo que ignoraban las del otro bando: el soldado norteamericano era una imagen de ellos mismos.

Esta obra no es producto de la imaginación. Los acontecimientos que en ella se relatan son verídicos y los personajes, reales, aunque en algunos puntos he utilizado nombres ficticios. He intentado describir con exactitud cómo fue el acontecimiento capital de la vida de mi generación —la guerra de Vietnam— para los hombres que combatieron en ella. Con ese propósito, hice un enorme esfuerzo para rechazar la tendencia del veterano a recordar las cosas como le gustaría que hubieran sido en lugar de cómo fueron.

Por último, no hay que considerar a este libro como una expresión de protesta. La protesta surge de la convicción de que es posible cambiar las cosas o influir en los acontecimientos. No soy tan ególatra para creer que puedo. Además, ya no parece necesario plantear una objeción a la guerra, puesto que la guerra ha terminado. La perdimos y ninguna objeción resucitará a los hombres que murieron, sin redimir nada, en calvarios como Hamburger Hill y Rockpile.

Quizá evite que la próxima generación sea crucificada en la próxima guerra. Pero no creo que ocurra así.

PRIMERA PARTE

LA ESPLÉNDIDA GUERRITA

*No dependáis excesivamente del deseo de acción de los
bisoños soldados, ya que la perspectiva del combate es
agradable para quienes lo desconocen.*

VEGETIUS,
Escritor romano, siglo IV de nuestra era

- 1 -

Deja que el muchacho pruebe la hoja de esta bayoneta, cuan frío está el acero y ansioso por la sed de sangre...

WILFRED OWEN
Arms and the Boy

A los veinticuatro años, estaba más preparado para la muerte que para la vida. Mi primer contacto con el mundo, fuera de las aulas, había sido la guerra. De la universidad pasé directamente al Cuerpo de Infantería de Marina, de Shakespeare al *Manual of Small-Unit Tactics* (Manual de tácticas para unidades pequeñas), del campus al campamento de instrucción y, por último, a Vietnam. Aprendí el asesino oficio en Quantico, Virginia; lo practiqué en los arrozales y las selvas de los alrededores de Danang y se lo enseñé a otros en Camp Geiger, base de entrenamiento situada en Carolina del Norte.

En 1967, cuando concluyó mi enganche de tres años, ignoraba prácticamente por completo las cuestiones referentes a la vida común, el matrimonio, las hipotecas y el ejercicio de una carrera. Tenía un título, pero ninguna capacidad. Jamás había dirigido un despacho, dado una clase, construido un puente, ni hecho una soldadura, programado una computadora, apilado ladrillos, vendido algo ni manejado un torno.

Pero había adquirido cierta experiencia en el arte de matar. Sabía cómo afrontar la muerte y cómo provocarla, con todo lo contenido en la escala evolutiva de las armas, desde el cuchillo hasta

el lanzacohetes de 3,5 pulgadas. Me resultaba incomprensible la más sencilla reparación del motor de un automóvil, pero era capaz de minar un campo y montar un fusil M-14 con los ojos vendados. Podía concertar la artillería, preparar una emboscada, armar una trampa explosiva, dirigir una incursión nocturna.

Había realizado mágicas hazañas de destrucción mediante el simple hecho de pronunciar unas pocas palabras por un radiotransmisor. Convocados por mi voz, los cazas de retropropulsión aparecieron en el cielo para dejar caer sus cargas letales sobre aldeas y hombres. Las bombas de gran potencia redujeron las casas a fragmentos, el napalm absorbió el aire de los pulmones y convirtió la carne humana en cenizas. Todo esto con sólo pronunciar unas pocas palabras a través de un radiotransmisor. Como magia.

Regresé de la guerra con la extraña sensación de que me había vuelto mayor que mi padre, que entonces tenía cincuenta y un años. Era como si todos los posibles acontecimientos de una vida se resumieran en un año y medio. En Vietnam, un hombre veía las cimas y los abismos del comportamiento humano, violencias y horrores tan grotescos que provocaban más fascinación que repugnancia. En cierta ocasión había visto a los cerdos comerse cadáveres carbonizados por el napalm: un espectáculo memorable, los cerdos comiendo gente asada.

Nada me quedó del optimismo y las ambiciones que se supone debe tener un joven norteamericano; sólo el deseo de recuperar los dieciséis meses de falta de sueño y el convencimiento del anciano de que el futuro no contendría sorpresas mayores, ni buenas ni malas.

Esperaba que no hubiera más sorpresas. Había sobrevivido a bastantes emboscadas y dudaba de mi capacidad para soportar muchos más choques físicos o emocionales. Tenía todos los síntomas de la *veteranitis de combate*: incapacidad de concentrarme, temor infantil a la oscuridad, tendencia a cansarme fácilmente, pesadillas crónicas, intolerancia para los ruidos fuertes —sobre todo los portazos y el petardeo de los coches— y temporadas en que alternaban

la depresión y la furia y me dominaban sin causa evidente. La recuperación no había sido total.

Ingresé en el Cuerpo de Infantes de Marina en 1960, en parte porque me indujo a ello la ola patriótica de la era de Kennedy, pero, sobre todo, porque estaba harto de la segura existencia suburbial que había conocido durante casi toda mi vida.

Crecí en Westchester, Illinois, una de las poblaciones que surgió de las praderas que rodeaban a Chicago a consecuencia de la riqueza posbélica, los préstamos hipotecarios, el impulso emigrador y la escasez de viviendas que arrojó a millones de personas de las ciudades en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Disponía de todo lo que se supone que un suburbio debe tener: escuelas nuevas y brillantes que olían a yeso y a cera para pisos; supermercados llenos de Wonder Bread y peras congeladas Bird's Eye; hileras de casas de dos niveles, con calefacción central, que bordeaban calles inmaculadas en las cuales nunca pasaba nada.

Al principio era bastante agradable, pero al acercarme a los veinte años ya no podía soportar el lugar, su aburrimiento, las parrilladas veraniegas acompañadas por el zumbido adormecedor de los cortacéspedes eléctricos. Durante los años que estuve allí, Westchester se encontraba en el límite de la zona urbanizada o cerca de él. Más allá se extendían las tierras agrícolas y de pastoreo de Illinois, donde los fines de semana solía cazar. Recuerdo los campos tal como aparecían a finales del otoño: los morenos rastros de maíz contra la nieve; los cascabillos secos gimiendo roncamente en el viento; las alquerías abandonadas, esperando las aplanadoras que las echarían abajo a fin de dejar espacio para una nueva subdivisión; y a lo lejos, en el horizonte, unos pocos sicómoros pelados que se erguían contra el lóbrego cielo de noviembre. Todavía me veo vagando por allí, asustando a los conejos para que abandonaran las zarzas, la zona de las casas a unos pocos kilómetros a mi espalda, por delante, las extensas y vacías praderas: un chico inquieto atrapado entre el aburrimiento suburbial y la desolación rural.

Las reservas forestales de Cook y DuPage County, franja de bosques vírgenes entre los cuales corría un fangoso riachuelo, llamado Salt Creek, eran lo único que realmente me gustaba de mi entorno infantil, riachuelo que entonces no estaba excesivamente contaminado, y en sus lentas aguas había siluros, bagres, carpas y un raro róbalo. En el monte vivían animales de caza menor, a veces uno o dos ciervos, pero lo que más abundaba eran las alusiones al salvaje pasado, cuando los pies calzados con mocasines recorrían las sendas forestales y los cazadores de pieles atravesaban los ríos en canoas de corteza. De vez en cuando, encontraba puntas de flechas de sílex en la orilla del fangoso riachuelo. Las miraba, soñaba con aquella época salvaje y heroica y deseaba haber vivido entonces, antes de que América se convirtiera en una tierra de vendedores y centros comerciales.

Eso era lo que quería: encontrar, en un mundo vulgar, una posibilidad de vivir heroicamente. Como sólo había conocido seguridad, comodidades y paz, anhelaba peligros, desafíos y violencia.

No tenía una idea clara sobre cómo satisfacer esta extraña ambición hasta el día en que un equipo de reclutamiento de los infantes de marina instaló una caseta en el centro de estudiantes de la Loyola University. Buscaban jóvenes valiosos para formarlos como oficiales y exhibían un cartel en que había representado un delgado teniente, que tenía uno de esos rostros atléticos y ligeramente crueles que los militares consideraban guapo. Parecía una mezcla de futbolista típicamente norteamericano y de comandante nazi de un tanque. Claros y decididos, sus ojos azules parecían lanzarme un reto. **UNETE A LOS INFANTES DE MARINA, campeaba por encima de su gorra blanca. SÉ JEFE DE HOMBRES.**

Ojeé el material de propaganda y cogí un folleto en cuya tapa aparecían todas las batallas en que los infantes de marina habían combatido, desde Trenton hasta Inchon. Al leer esa lista comprendí bruscamente una cosa: la experiencia heroica que yo buscaba era la guerra; guerra, la última aventura; guerra, el medio más conveniente que tenía el hombre corriente para escapar de lo

común. En ese momento el país disfrutaba de paz, pero el principio de los sesenta fueron años de tensiones y crisis casi constantes; si estallaba un conflicto, sin duda alguna los infantes de marina combatirían y yo podría estar con ellos. Realmente *allí*. No lo vería en una pantalla de cine o de televisión, no lo leería en un libro, sino *allí*, plasmando una fantasía. Ya me veía arremetiendo por una lejana cabeza de playa, como John Wayne en *Arenas de Iwo Jima*, y después regresaría como un guerrero bronceado con medallas en el pecho. Los reclutadores comenzaron a hacer la propaganda de costumbre, como si se tratara de una venta, pero apenas necesitaba que me persuadieran. Decidí alistarme.

Tenía otro motivo para inscribirme como voluntario, motivo que ha impulsado a los jóvenes a los ejércitos desde que éstos se inventaron: necesitaba demostrar algo... mi valor, mi resistencia, mi virilidad, llámese como se quiera. Había cursado el primer año universitario en Purdue, libre de las limitaciones de un hogar suburbial y de la familia. Pero una crisis económica me impidió encontrar trabajo aquel verano. Incapaz de soportar los gastos de vivir en el campus (y, de todos modos, casi a punto de suspender, ya que había pasado la mitad del primer año bebiendo y la otra mitad con las payasadas del club estudiantil), tuve que trasladarme a Loyola, universidad de los alrededores de Chicago. En consecuencia, descubrí que a los diecinueve años volvía a vivir con mis padres.

Era una situación deprimente. En mi mente de adolescente, sentía que mis padres me consideraban como a un chico irresponsable que todavía necesitaba de su guía.

Quería demostrarles que se equivocaban. Tenía que irme. No sólo era una cuestión de separación física, a pesar de que esto también era importante. Más bien se trataba de demostrarles a ellos, y también a mí mismo, que ya era todo un hombre, como la figura de dura mirada del cartel de reclutamiento: EL CUERPO DE INFANTES DE MARINA PRODUCE HOMBRES era otra frase corriente en esa época y el 28 de noviembre me convertí en uno de sus proyectos

de producción.

Ingresé en la clase de jefes de sección, la versión de los *marines* de la clase de instrucción de oficiales de reclutamiento. El verano siguiente efectuaría seis semanas de instrucción básica y durante el verano asistiría a un curso superior, antes de graduarme en la universidad. El hecho de salir de la Escuela de Aspirantes a Oficiales y el título de bachiller me darían derecho a la graduación de oficial, después de lo cual debería cumplir tres años de servicio activo.

En realidad, no tenía la intención de convertirme en oficial. Habría abandonado la universidad y entrado inmediatamente como simple alistado si no hubiese sido por la resuelta decisión de mis padres de que su hijo fuera graduado universitario. Tal como estaban las cosas, eran desdichados. La visión que tenían de mi futuro no incluía uniformes ni tambores, sino que encontrara un trabajo respetable al terminar los estudios, me casara con una muchacha respetable y que después me instalara en un suburbio respetable.

Por mi parte, me alegré en el instante en que firmé y juré defender a Estados Unidos «contra todos los enemigos exteriores e internos». Había hecho algo importante por mi cuenta; el hecho de que se tratara de algo que se oponía a los deseos de mis padres lo convertía aún en más sabroso. Y me entusiasmaba la idea de que, una vez terminada la universidad, zarparía hacia lugares peligrosos y exóticos en lugar de tomar el tren de las siete y cuarenta y cinco para dirigirme a algún despacho. Al recordarlo, me resulta extraño. La mayoría de mis compañeros de universidad opinaban que entrar en el ejército era lo más conformista que alguien podía hacer y que el servicio militar era una forma más de esclavitud. Pero, para mí, alistarse constituía un acto de rebelión y el Cuerpo de Infantes de Marina representaba una oportunidad de libertad personal e independencia.

La Escuela de Aspirantes a Oficiales se encontraba en Quantico, extensa reserva de los pinares de Virginia, cerca de Fredericksburg, donde el Ejército del Potomac había sido inútilmente aniquilado un siglo atrás. Allí, en el verano de 1961, con varios centenares más

de aspirantes a tenientes, ingresé en la vida militar y comencé a entrenarme para la guerra. Nuestras edades oscilaban entre los diecinueve y los veintiún años, y los que logramos superar la Escuela de Aspirantes a Oficiales dirigiríamos las primeras tropas norteamericanas que se enviaron a Vietnam cuatro años después. Naturalmente, en ese momento no lo sabíamos: apenas sabíamos dónde estaba Vietnam.

Las primeras seis semanas —aproximadamente el equivalente del tiempo de entrenamiento de los voluntarios— las pasamos en Camp Upshur, conjunto de cobertizos de metal semicilíndricos y edificios de paredes de hojalata erigidos en el corazón del bosque. El aislamiento monástico era adecuado porque el Cuerpo de Infantes de Marina, como aprendimos rápidamente, era algo más que una rama de las fuerzas armadas. Era una sociedad en sí misma, que exigía el compromiso total con sus doctrinas y valores, muy parecida a una de esas órdenes militares casi religiosas de la antigüedad, los Caballeros Teutónicos o el Grupo de Tebas. Éramos novicios y el riguroso entrenamiento, administrado por sumos sacerdotes llamados instructores de ejercicios, se convertiría en nuestras ordalías de iniciación.

¡Vaya si fueron unas ordalías, tanto física como psicológicamente! Desde las cuatro de la madrugada hasta las nueve de la noche marchábamos y hacíamos instrucción, nos despanzurrábamos en carreras de obstáculos y realizábamos caminatas que nos condicionaban para las dificultades bajo una temperatura de 33 grados. Nos gritaban, pateaban, humillaban y hostigaban constantemente. Ya no nos conocían por nuestros nombres: los instructores de ejercicios nos llamaban «pájaro cagón», «bolsa de mierda» o «locos imbéciles». En mi pelotón había un cabo, hombre pequeño y cruel como sólo pueden serlo los hombres menudos, y un sargento, un negro vigorosamente enérgico llamado McClellan, cuyos músculos parecían tan duros y tensos como los cables telefónicos subterráneos.

El recuerdo más vívido corresponde a la instrucción en orden

cerrado: las horas que pasamos marchando bajo un sol tan ardiente que convertía el asfalto en una masa viscosa que se pegaba a nuestras botas; las horas interminables en que la voz de McClellan nos conducía y nos azotaba... una voz implacable, que llamaba a la obediencia, que se empotraba en nuestras mentes hasta que ya no podíamos caminar sin oírla, sin trazar una cadencia rítmica.

Uno-dos-tres-cuatro, tres-cuatro-izquierda, izquierda-derecha-izquierda, oblicua izquierda-derecha-izquierda, izquierda... usted-izquierda... usted-izquierda. Alinéense, alinéense, guarden distancias.

Setenta y cinco-centímetros-espalda-a-pecho-un metro-hombro-a-hombro. Izquierda-derecha-izquierda.

Hacia allí MA MARCH... MA MARCH... Por flanco izquierdo ¡MARCH! Alinéense, mantengan la alineación, ALINÉENSE BOLSAS DE MIERDA.

Izquierda-derecha-izquierda. Hundan los talones, húndanlos.

Levántenlos-y-bájenlos. HÚNDANLOS tres-cuatro-izquierda. HÚNDANLOS, HE DICHO QUE LOS HUNDAN, HÚNDANLOS.

Tres-cuatro-a-la-izquierda, izquierda-derecha-izquierda.

Cuadren esas piezas. CUADREN LAS CHICAS. USTED, CUARTO HOMBRE CABEZA DE CHORLITO DE LA FILA DELANTERA, HE DICHO QUE CUADRE ESA PUÑETERA PIEZA, CUÁDRELA. Uno-dos-tres-cuatro. SI NO CUADRA ESA PIEZA LE MALTRATARÉ, MUCHACHO, LE GOLPEARÉ EL COSTADO DE LA CABEZA, tres-cuatro-a-la-izquierda.

¡CUADRE ESA PIEZA! ¡MALDITO SORDO! ¡VISTA AL FRENTE! ¡NO ME MIREN A MÍ, LOCOS IMBÉCILES! ¡VISTA AL FRENTE! ¡CUADREN LAS PIEZAS!

Ahora se han hecho a la idea, idiotas. Uno-dos-tres-cuatro. Tres-cuatro-a-la-izquierda, izquierda-derecha-izquierda,

oblicua izquierda-derecha-izquierda, izquierda- derecha-izquierda. Izquierda-derecha-izquierda, izquierda-derecha-izquierda, a-la-izquierda, a-la-izquierda, SU OTRA IZQUIERDA, CABEZA DE CHORLITO.

Izquierda-derecha-izquierda, izquierda... izquierda...
Izquierda-derecha-izquierda.

El objetivo de la instrucción consistía en inculcarnos la disciplina y la eficacia de grupo, dos de las virtudes cardinales del cuerpo. A la tercera semana, ya habíamos aprendido a acatar órdenes instantáneamente y al unísono, sin pensar. Cada pelotón había dejado de ser un grupo de individuos para transformarse en una cosa: una máquina de la cual sólo éramos los componentes.

Los abusos mentales y físicos tenían varios objetivos. En primer lugar, estaban destinados a eliminar a los débiles, a los que se conocía colectivamente como *unsats*, es decir insatisfactorios. El razonamiento consistía en que todo aquel que no podía aceptar que, de vez en cuando, le gritaran y le dieran una patada en el trasero jamás podría soportar los rigores del combate. Pero esos abusos también se proponían destruir el sentimiento de la propia valía de cada hombre, hacer que se sintiera despreciable hasta que demostrara ser igual a las severas normas del cuerpo.

Y nos esforzábamos por demostrarlo, nos sometíamos a todo tipo de indignidades para mostrar que podíamos soportarlo. Decíamos «gracias, señor», cuando el sargento instructor nos pegaba en la nuca por tener sucio el fusil. Noche tras noche, sin quejarnos, hacíamos flexiones chinas por nuestros pecados (las flexiones chinas se realizan en posición inclinada, en que sólo la cabeza y la punta de los pies tocan el suelo). Diez o quince segundos después, sentías que un tornillo de banco te aplastaba el cráneo. Teníamos que hacer flexiones durante varios minutos, hasta que estábamos a punto de desmayarnos.

No sé qué pensaban los demás, pero soporté esas torturas

porque, pese a todo, me sentía impulsado por un abrumador deseo de triunfar. Esa espantosa palabra —*unsat*— me atormentaba. Tenía más miedo de ella que del sargento McClellan. Nada que él pudiera hacer sería tan malo como tener que volver a casa y reconocer ante mi familia que había fracasado. No eran sus críticas lo que temía, sino el afecto y la comprensión empobrecedores que, sin duda alguna, me mostrarían. Podía oír a mi madre, que decía: «No te preocupes, hijo. No tenías que estar con los *marines*, sino aquí, con nosotros. Me alegro de que estés de vuelta. Tu padre necesita ayuda en el jardín». Tenía tanto terror a que me consideraran insatisfactorio que hasta evité acercarme a los aspirantes que eran casos dudosos, los «marginales», como se los conocía según el léxico de aquel mundo extraño. Eran los portadores del virus de la debilidad.

Finalmente, la mayoría de los marginales quedaron en la categoría de *unsat* y los enviaron a sus casas. Otros se largaron. Dos o tres sufrieron crisis nerviosas; algunos estuvieron a punto de morir de insolación durante las marchas forzadas y los dieron de baja los médicos.

Los demás, aproximadamente el setenta por ciento de la clase inicial, aprobamos. Al concluir el curso, los instructores de ejercicios honraron nuestra supervivencia al informarnos que habíamos ganado el derecho a que nos llamaran *marines*. Estábamos orgullosos de nosotros mismos, pero no era probable que olvidáramos lo que habíamos soportado para merecer ese título. Incluso hoy, el olor del bosque a primeras horas de la mañana me recuerda aquellos lejanos amaneceres en Camp Upshur, con sus dianas agudas, sus sargentos vociferantes y los reclutas adormilados que tropiezan al levantarse.

Los que superamos la prueba inicial regresamos a Quantico dos años después, para el curso superior que resultó aún más duro. Se componía, en su mayor parte, de cosas conocidas: más instrucción en orden cerrado, prácticas de bayoneta y combate cuerpo a cuerpo. Pero había perfeccionamientos adicionales. Uno de éstos

consistía en un infernal artilugio de tortura física, llamado el Sendero de la Colina, nombre puesto con la típica falta de imaginación de los militares, porque se trataba de una senda que recorría una cadena de colinas, siete en total. Y qué colinas: escarpadas como una montaña rusa y diez veces más altas. Teníamos que recorrerlas dos veces por semana como mínimo, provistos de la mochila y el equipo completo. Ablandados por los dos años intermedios de vida en el campus, docenas de hombres se derrumbaron durante esas excursiones. Los instructores de ejercicios no mostraron piedad hacia las víctimas. Recuerdo a un muchacho, con demasiado peso, que yacía inconsciente contra el tocón de un árbol mientras un sargento le sacudía del cuello de la chaqueta y gritaba sobre su cara pálida:

—De pie, saco de mierda. Levante su culo gordo y póngase de pie.

El recreo consistía en carreras de obstáculos o luchas con palos de pugilistas. El palo del pugilista, grueso y de madera, con los extremos acolchados, aparentemente te había de inculcar el «espíritu de la bayoneta»; es decir, la furia salvaje necesaria para hundir el frío acero en las tripas de otro hombre. Dos hombres se ponían en actitud defensiva y se golpeaban con esos palos, azuzados por algún instructor sanguinario:

—Esquive ese golpe, ahora acuchille, ¡ACUCHILLE! Golpe vertical con la culata. Vamos, mate a ese cabrón, mátelo. Empuje. Hunda. Eso es, hunda. ¡HUNDA! MÁTELO. Fuimos concienzudamente sometidos a un intenso adoctrinamiento que parecía tomar prestadas las técnicas comunistas de lavado de cerebro. Mientras corríamos, teníamos que repetir consignas: «Un-dos-tres-cuatro, amo al Cuerpo de Infantes de Marina». Y antes de las comidas: «Señor, los *marines* de Estados Unidos; desde 1775, la fuerza de combate más invencible de la historia humana. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Recemos por la guerra». Como las consignas de los revolucionarios, en letras de molde parecen ridículas, pero cuando un centenar de voces las recita al unísono ejercen un efecto extraño e

hipnótico en un hombre. La psicología de la multitud, del mitin del *Bund*, se apodera de su voluntad y descubre que grita esas tonterías aunque sabe que son tonterías. Con el tiempo, empieza a creer que realmente quiere al Cuerpo de Infantes de Marina, que éste es invencible y que nada tiene de incorrecto rezar por la guerra, actividad en que el cuerpo ha justificado periódicamente su existencia y alcanzado su apoteosis.

Nos dieron conferencias sobre los códigos según los cuales se espera se rijan los infantes de marina: nunca dejan a sus bajas en el campo de batalla, nunca se retiran y nunca se rinden mientras tengan medios para resistir.

—Y el único momento en que un *marine* no tiene medios para resistir —nos explicó un instructor—, es cuando está muerto.

Tuvimos clases sobre la historia o, mejor dicho, sobre la mitología del Cuerpo de Infantes de Marina. Supimos que el teniente Presley O'Bannon había tomado por asalto el fuerte de los corsarios de la Berbería de Trípoli; que el capitán Travis se había apoderado de la fortaleza de Chapultepec —«residencia de Moctezuma»— durante la guerra mexicana. Supimos de la carga de bayonetas del quinto y sexto regimientos en Belleau Wood, y también que Chesty Puller castigó a los rebeldes, en Nicaragua, y a los japoneses, en Guadalcanal.

Alrededor de setecientos cincuenta hombres iniciaron el curso superior; sólo quinientos llegaron al final. La ceremonia de graduación tuvo lugar una abrasadora tarde de agosto de 1963. Permanecimos en posición de firmes en el asfalto derretido de la plaza de armas, en donde habíamos pasado un número incalculable de horas de instrucción. Un grupo de oficiales de estado mayor comenzó a ocupar su sitio en la tribuna de revista y las cintas de las campañas daban un toque de color a sus camisas de color caqui. El sol reverberaba en sus insignias de metal y en los brillantes instrumentos de la banda. Había un reducido grupo de civiles, la mayoría de ellos padres que se habían desplazado hasta allí para ver participar a sus hijos en ese rito marcial de aprobación. Se presentaron las

condecoraciones, se leyeron los mensajes de felicitación de siempre y alguien pronunció un breve discurso de despedida referente al deber, el honor y el país. Aguardamos pacientemente, mientras el sudor caía de nuestras narices a nuestras corbatas y el calor derretía las rayas de nuestras camisas.

Por último, la orden de marchar estremeció las filas. Marchamos junto a la tribuna y erguimos la cabeza ante la orden «vista a la derecha», mientras los guiones dorados y escarlatas se agitaban bajo la brisa, los tambores repiqueteaban y la banda interpretaba el himno del Cuerpo de Infantes de Marina. Fue glorioso y grandioso, como un 4 de julio chapado a la antigua. Clarines, tambores y banderas. Al marchar por la plaza, los batallones, cerrados en columnas, mientras ese himno conmovedor y elevado resonaba en nuestros oídos, nos sentimos invencibles, muchachos de veintiuno y veintidós años, alegremente ignorantes de que algunos no cumpliríamos muchos más.

El 2 de febrero de 1964 fui nombrado y en mayo regresé a Quantico para asistir a la Escuela Básica de Oficiales, donde los nuevos subtenientes realizaban un aprendizaje de seis meses antes de que los destinaran a sus primeros puestos de mando. Me destinaron a la compañía H, clase básica 2-64.

En comparación con la Escuela de Aspirantes a Oficiales, la Escuela Básica era bastante agradable. Se habían acabado los hostigamientos por parte de sargentos instructores profanos y sádicos. Ahora tenían que llamarnos «señor», aunque como la experiencia del verano anterior seguía fresca en nuestras mentes, ver a algún viejo suboficial con tres galones y una raya en las mangas todavía provocaba una reacción pavloviana de terror.

Las condiciones de vida eran excelentes. Nos albergaban en habitaciones para dos hombres, ubicadas en edificios semicilíndricos de metal, que en nada se diferenciaban de un dormitorio moderno. Salas de conferencia amplias y ventiladas y un gimnasio (que

llevaba el nombre de un alumno muerto en Corea) completaban una atmósfera semejante a la universitaria.

La Escuela Básica era, nominal y realmente, un centro de enseñanza: un establecimiento a mitad de camino entre el campus y el verdadero Cuerpo de Infantes de Marina. Su objetivo consistía en convertirnos en oficiales profesionales. Dada la doctrina del cuerpo de que cada *marine* es un fusilero, el curso recalcaba los fundamentos de la infantería: entrenamiento en el empleo de las armas y las tácticas de unidades pequeñas. Era una materia árida y técnica, profesada a la manera práctica de una escuela de artes y oficios: cómo tomar una colina mediante un ataque frontal o un movimiento envolvente; cómo defenderla una vez tomada; cómo llevar a cabo el fuego de búsqueda y escalada con una ametralladora M-60.

Para mí, la actividad de las aulas era embotante. Anhelaba el encanto de la guerra, las cargas de bayoneta y las batallas desesperadas contra obstáculos imposibles. Ansiaba el tipo de cosas que había visto en *Guadalcanal Diary*, en *Retreat, Hell!* y otra veintena de películas. En lugar del encanto, obtuve la metodología de la guerra, Clausewitz y sus nueve principios, líneas y flechas en un mapa, una jerga abstracta y una gran cantidad de siglas y abreviaturas desconcertantes. Encontrarse en una batalla era estar «en una situación de combate»; el asalto con un helicóptero era un «movimiento vertical envolvente»; un fusil M-14, un «arma de hombro semiautomática, alimentada con cartuchos, operada con gas, sostenida con la mano». Había leído en algún sitio que Stendhal aprendió su estilo sencillo y lúcido estudiando las órdenes de batalla de Napoleón. La literatura debería agradecer que Stendhal no viva en el presente; las órdenes de batalla que estudiamos estaban escritas en un lenguaje que hacía que la piedra Rosetta pareciera destinada a un lector de Dick-and-jane.

«*Sit. enemiga*. Fuerzas agresoras en fuerza de div tienen MLR Colina 280 complejo ge EN 940713-951716 w/fwd elementos

est. bn unión fuerzas en ge EN 948715 (véase Anexo A, COMPHIBPAC síntesis infor. período finaliza 25 junio)... *Misión*: BLT 1/7 apoderarse, tomar y defender obj. Age 948715... *Ejecución*: BLT 1/7 aterrizaje LZ RAYOS X EN 946710 a Hora H menos 10... B co. eje avance AZUL H más 5 estab. pos. Bloqueada vic gs EN 948710... A, C, D eos. elemento maniobra comenzar eje avance MARRÓN H más 10... Bn tacnet frec. 52.9... Trabas código HAZTRCEGBD... div. tacaire dir. aire spt signollamada *PLAYBOY*... Marcar pos amistosa paneles agua/aire o humo verde. Marcar tgt. w/WP».

No fui el único al que esto nubló la vista. Durante una conferencia especialmente aburrida, un compañero llamado Butterfield se me acercó y susurró:

—¿Sabes una cosa? El problema con la guerra es que no hay música de fondo.

Nuestras fantasías al estilo de Hollywood encontraron una salida en los ejercicios de campo que ocupaban aproximadamente la mitad del programa de entrenamiento. Se suponía que simulaban las condiciones del campo de batalla, que nos enseñaban a aplicar las lecciones teóricas y que estimulaban «el espíritu de agresividad». El cuerpo estimaba el *élan* en sus tropas. La ofensiva era la única táctica digna de tal nombre. Nos enseñaron los rudimentos de la guerra defensiva, aunque los movimientos de retroceso apenas se mencionaron y, cuando lo hicieron, fue en tono desdeñoso. El ejército se retiraba, pero los *marines* no, aunque lo habían hecho... en Chosen Reservoir, en Corea. La esencia de la ofensiva consistía en el ataque frontal:

«Eh, serio, serio, serio, hasta el medio». Ése era el momento supremo del combate de la infantería; nada de movimientos laterales o envolventes de carácter tramposo, sino una línea de hombres decididos que disparan ráfagas cortas desde la cadera mientras avanzan, con paso majestuoso, hacia el enemigo.

Era fácil hacerlo en la fábula incruenta de los problemas de campo, en donde todas las operaciones se desarrollaban de acuerdo con un plan y el único peligro, remoto, consistía en que alguien se cayera y se rompiera un tobillo. Nos tomamos en serio aquellos ejercicios organizados en el escenario, convencidos de que se parecían al verdadero combate. Entonces no sabíamos que eran tan semejantes a la realidad como el boxeo con un adversario imaginario se parece a una riña callejera. Armamos diligentemente las órdenes de ataque de cinco párrafos. Nos agazapábamos en matorrales con olor a pino, interpretábamos serenamente los papeles que nos habían asignado —jefe de la sección de estudiantes, jefe del pelotón de estudiantes— y, con nuestros mapas desplegados, planificábamos la destrucción de nuestro enemigo ficticio, las fuerzas agresoras. Luchamos contra ellas durante la primavera y el verano, las envolvimos, nos acercamos con ataques por pelotón y realizamos asaltos frontales a las colinas abrasadas por el sol que aquéllas defendían, lanzando gritos de guerra mientras arremetíamos en medio de las tormentas de fuego de cartuchos vacíos.

En aquel momento, la contrainsurrección estaba de moda en los círculos militares: se había vuelto obvio que la próxima guerra, si es que la había, tendría lugar en Indochina (aquel mes de agosto, cuando se aprobó la resolución del golfo de Tonkin, estábamos en la mitad del curso básico); combatir a los insurgentes daba a los servicios una misión especial en los tiempos de la Nueva Frontera. El Cuerpo de Paz podía construir presas en la India o escuelas en Bolivia, pero corría a cargo del Cuerpo de Guerra cumplir con el trabajo humano de combatir a las guerrillas comunistas, los nuevos bárbaros que amenazaban los amplios intereses de la nueva Roma. Además, la contrainsurrección todavía estaba rodeada por la mística de Kennedy, a pesar de que el joven presidente había muerto hacía casi un año. Pero el atractivo príncipe de Camelot había otorgado su *imprimatur* a la nueva doctrina al enviar a Vietnam los primeros destacamentos de fuerzas especiales, figuras también

fascinantes con sus boinas verdes y sus botas de paracaidistas.

La fascinación era más poderosa entre los oficiales subalternos, atraídos por el estímulo de combatir contra grupos guerrilleros en lugares remotos. Al margen de esto, un sentimiento de insuficiencia se apoderaba de nosotros siempre que comparábamos el colorido pecho de los veteranos de combate con el nuestro, desnudo a no ser por las placas de puntería. Deseábamos llenar ese caqui vacío con Estrellas de Bronce y de Plata, y Vietnam parecía el lugar más apropiado para ganarlas.

El teniente primero más antiguo que nos enseñó operaciones antiguerrilleras había prestado servicio allí durante treinta días como «observador militar», lo cual no le calificaba exactamente como experto. Sin embargo, le habían herido y aunque esto ocurrió en circunstancias muy poco heroicas —le alcanzaron en las nalgas mientras estaba agachado sobre una letrina—, el Corazón Púrpura cosido encima de su bolsillo izquierdo le confería un aire de autoridad.

De todos modos, hablaba autoritariamente cuando nos revelaba los misterios de la contrarrevolución. Sus conferencias contenían la suficiente jerga para desvanecer la ilusión de que la lucha antiguerrillera se parecía a la lucha india, un tipo de guerra cómodo y duro a la vez. Por el contrario, parecía un arte sumamente especializado; se necesitaban tácticas complejas de nombre esotérico para burlar a los astutos insurgentes. Nos enseñaron a bombardearlos hasta someterlos con el «movimiento del martillo y el yunque», a hacerlos bailar hasta morir en una «emboscada de minué», a atraparlos con un «cordón apretado» y a repeler sus ataques con la «defensa triangular».

Practicábamos estas extrañas maniobras en las tierras bajas y húmedas, que era lo más aproximado a las selvas asiáticas que Virginia podía ofrecer. Muchos meses después recordaría, del mismo modo que un adulto recuerda los juegos de su infancia, cómo corríamos por esos bosques, nos tendíamos emboscadas e invadíamos imaginarios campamentos de guerrilleros. Llenos de

entusiasmo, intentamos que esos ejercicios de comedia fueran lo más realistas posible, incluso en detalles tan secundarios como la vestimenta. Conservo la fotografía que nos tomaron a otro teniente y a mí poco antes de salir en una «operación de reconocimiento». Íbamos vestidos con lo que imaginábamos auténticos uniformes de los combatientes de la selva: camisas de camuflaje, boinas de camuflaje confeccionadas con la tela de los cascos y las caras cubiertas con pintura de camuflaje. Supongo que éramos poco más que niños demasiado grandes que jugaban a los soldados, pero, a juzgar por nuestra severa expresión, debimos considerarlo un asunto serio.

Algunos compañeros se convirtieron en apasionados de la contrainsurrección y se dedicaron a leer casi toda la literatura publicada sobre el tema. Esos oficiales, con el pelo al rape y aspecto de norteamericanos típicos, que estudiaban los evangelios de Mao Tse-tung con la misma devoción que los discípulos del presidente en Pekín y Hanoi, representaban un extraño espectáculo. Obedecían un viejo mandato: «Conoce a tu enemigo». La mayoría de los oficiales estudiosos eran soldados profesionales con ambición de hacer carrera y asimilaban esa estrategia exótica por el mismo motivo que los estudiantes de medicina leen los artículos sobre las últimas tendencias de la cirugía: pensaban que así desempeñarían mejor su profesión cuando llegara el momento de practicarla en serio. En lo que a mí respecta, no tenía ganas de convertirme en general. Vietnam me interesaba, sobre todo, como un lugar en que tal vez encontraría algunas aventuras peligrosas, no como terreno de prueba de nuevas teorías militares o de mis habilidades profesionales que, en el mejor de los casos, eran moderadas.

Siempre que recuerdo aquellos días en la Escuela Básica, lo primero que evoco es esto: una doble fila de hombres vestidos de verde, encorvados bajo las mochilas, que recorren un camino de tierra. Brilla un sol implacable. Nuestras botas levantan una nube de polvo rojo que cubre los árboles que bordean el camino, por lo que parecen enclenques y cenicientos. El polvo se adhiere a

nuestros uniformes y forma rayas fangosas en nuestros sudados rostros. Se oye el golpeteo de los portafusiles y las vainas de las bayonetas, el repiqueteo de los materiales de campaña resuena en nuestras mochilas. Nos duele la cabeza a causa del peso de los cascos de acero y el grito «cierren, mantenga la distancia, cierren», sube y baja por la larga columna.

No sé qué era peor, si la monotonía o el esfuerzo: la monotonía de poner un pie delante del otro hora tras hora o el esfuerzo de guardar una distancia de cinco pasos con el hombre de adelante, «para que el giro de uno no haga caer a todos». Incluso entre los soldados más disciplinados, una columna de entrenamiento muestra un «efecto de acordeón». Se dilata y se contrae a causa de las diferencias de paso. Al principio, la compañía avanza a paso sereno, pero súbitamente se detiene. Nos agrupamos, chocamos entre nosotros, esperamos y nos inclinamos hacia adelante para aliviar el dolor de espalda. La columna vuelve a moverse del mismo modo espasmódico que un tren cuando sale de una vía muerta. Se abren brechas entre las filas. Corremos para cubrirlas mientras un grito enloquecedor suena en nuestros oídos: «Ciérrenla, malditos, muchachos, manténganla cerrada». Al final, se hace un descanso de cinco minutos. Nos quitamos las mochilas, abandonamos el camino y nos dejamos caer por un terraplén para descansar, agotados, en el fresco césped. Sólo hay tiempo para beber unos pocos tragos de la cantimplora o para dar unas chupadas a un cigarrillo antes de que la temida orden recorra la línea: «¡Compañía H, a ensillar! ¡Levántense! ¡Ensillen, adelante!». Nos levantamos lentamente y de mala gana, como los presos de un pelotón de trabajo, y vuelta a empezar. Un pie delante del otro. Levantarlos y apoyarlos. A veces ni siquiera recordaba haber hecho otra cosa en la vida. Mis años de universitario se perdían y parecía que había pasado casi toda mi vida arrastrando una mochila demasiado pesada bajo un sol demasiado ardiente por un camino demasiado largo. Llegué a la conclusión de que la esencia de la vida del Cuerpo de Infantes de Marina era el dolor.

Pero existían instantes de entusiasmo que compensaban las horas de marcha con los pies llenos de ampollas. Recuerdo una tarde en que abríamos brechas mientras ascendíamos una colina hacia el lugar del vivaque. Al llegar a la cumbre de una elevación, miré el pelotón delantero que ascendía por otro. Se extendían a lo largo del sendero como dos trozos de cadena, uno detrás de la figura larguirucha del mayor Seymour, el jefe de la compañía, y la otra detrás del estandarte escarlata y ondulante que llevaba el portaguión. Cuando este último llegó a la cumbre de la colina siguiente, la brisa agitó la bandera, dejó ver durante un instante una H dorada, volvió a plegarse y cayó gradualmente hasta desaparecer mientras bajaba por la colina. La columna continuó y se arrastró a través de una tenue nube de polvo que avanzaba con ella, los uniformes cubiertos por negras manchas de sudor, los cinturones con cartuchera tramada de un amarillo opaco a causa del restregar constante, las mochilas enmarcadas por los rollos de las mantas, las culatas de los fusiles colgados como notas oscuras en las espaldas de las prendas utilitarias de color gris oliva de los *marines*.

A la derecha de las brechas, el bosque se extendía sin interrupción hasta el horizonte, donde el sol colgaba sobre una dentada línea de árboles: una gigantesca pelota naranja que flotaba por encima de un mar verde. El aire soplaba más frío y olía a pino, con la soñolienta quietud de una tarde de verano en el sur. Bajé hasta el collado de las dos colinas, volví a subir, descendí nuevamente y me alegré cuando adelante sólo vi terreno llano. Aproximadamente a medio kilómetro, la senda se unía al camino asfaltado que conducía al vivaque. Esa calva de asfalto que aparecía entre los árboles era un panorama acogedor. Como ahora sabía que estaba en las últimas, la compañía comenzó a marchar más rápida casi airosamente. Algunos *marines*, a punto de llegar, comenzaron a cantar las estrofas de una marcha y el resto de la columna respondía con el estribillo:

*Tengo una amiga que vive en una colina...
Oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jaane.
Ella no quiere hacerlo pero su hermana sí...
Pequeña Liza Jane.
Oh-oh-oh-oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jane.
Oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jane.
Tengo una amiga en Lackawanna...
Oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jane.
Sabe cómo hacerlo pero no quiere...
Pequeña Liza Jane.
Oh-oh-oh-oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jane.
Oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jane.*

La marcha era como un grito de desafío. Acababan de recorrer cuarenta y cinco kilómetros de bosque bajo un calor intenso, con veinte kilos a las espaldas, y entraban cantando. Nada podía dominarlos. Al oír ese ronco *oh-oh-oh-oh, pequeña Liza, pequeña Liza Jane* que recorría el bosque, me sentí orgulloso de esa valerosa compañía y feliz de contarme entre ellos.

En el otoño pasamos una semana en Norfolk, en la escuela de guerra anfibia: días de mareo en el agitado Atlántico y noches de borrachera en South Granby Street. Luego el regreso a Quantico para entrenamiento de la lucha de casa en casa y los ataques nocturnos, simulacros de combate bajo el pálido y espasmódico resplandor de los proyectiles de iluminación. Semana a semana, mes tras mes, aprendimos nuestro violento oficio y cada lección era un paso más en nuestra evolución de civiles a soldados profesionales. El cambio no sería total hasta que hubiéramos servido en Vietnam, ya que hay cosas de la guerra que no pueden enseñarse durante la instrucción, por muy realista y enérgica que sea. Pero en Quantico el proceso se cumplía tanto como era posible hacerlo fuera de un campo de batalla.

Como toda evolución, a la nuestra la acompañaron mutaciones.

El Cuerpo de Infantes de Marina nos había convertido en combatientes altamente eficaces y ya comenzábamos a parecerlo. Habían desaparecido los chicos velludos y algo gordos que bajaron a tropezones de los autobuses, en la Escuela de Aspirantes a Oficiales, mucho tiempo atrás. Se habían convertido en *marines* aerodinámicos, cuyos miembros endurecidos estaban adaptados para recorrer grandes distancias o para hundir fácilmente una bayoneta en las costillas de un hombre.

Pero los cambios más significativos no eran los físicos. Habíamos ganado confianza en nosotros mismos, nos habíamos vuelto orgullosos, algunos hasta la arrogancia. Habíamos adquirido las virtudes militares de valor, lealtad y espíritu de cuerpo, aunque a costa de la capacidad de sentir compasión. Existían otras alteraciones. En mi caso, correspondían al modo como enjuiciaba el mundo que me rodeaba. Un año antes, habría visto el campo ondulado de Virginia con los ojos de un estudiante de literatura al que le gustaba leer a los poetas románticos. Ahora tenía la visión más clara y pragmática de un oficial de infantería. Para mí, el paisaje ya no era un escenario sino *terreno* y lo juzgaba por sus valores tácticos más que estéticos. Puesto que constantemente me habían instruido para que buscara abrigo y escondite, en una extensión de terreno que a un civil le habría parecido totalmente llana, yo distinguía en ella depresiones y pliegues. A la vista de una colina —«terreno alto»—, automáticamente comenzaba a planificar cómo atacarla o defenderla, y mis ojos buscaban avenidas de acceso y campos de fuego. Para mí, un bosque carecía de belleza pintoresca. Más bien planteaba una amenaza potencial. Si penetraba en uno, mis primeros instintos consistían en calcular cómo lograr que un pelotón atravesara sin peligro el terreno expuesto y el mejor modo de desplegar a los hombres: en cuña, una uve de combate, o una línea de hostigamiento, dos secciones adelante y una detrás.

No toda la instrucción se ocupaba de letales cuestiones prácticas. En aquella época anterior a Vietnam, el curso se desarrollaba

perezosamente, con tiempo de sobra dedicado al aspecto ceremonial de la vida militar. Aprendimos a organizar revistas, el modo correcto de empuñar una espada, cómo comportarnos durante los acontecimientos sociales; en resumen, todas esas tonterías de oropel que están totalmente divorciadas de la sucia realidad de la guerra de nuestro siglo.

A pesar de su inutilidad, no dejó de resultarme atractivo. Lo que en mí había de romántico respondía a la vistosidad de un desfile, al ritualismo tribal de ceremonias que conmemoraban aniversarios o actos de camaradería que habían ocurrido hacía mucho tiempo en lejanos campos de batalla. En el verano, era la Noche del Rancho, cuyos oscuros y antiguos orígenes se remontaban al ejército británico. Al redoble de un tambor solitario, los oficiales, con uniforme blanco de gala, entraban en el departamento del rancho. Iluminado únicamente por la luz de las velas, aparecía tan oscuro y sigiloso como el comedor de un monasterio. Los trofeos de plata de nuestros antepasados, los *marines* reales, y otros regimientos ingleses, brillaban en una vitrina rinconera. La inscripción de uno de los trofeos decía: Al Cuerpo de Infantes de Marina de Estados Unidos, del Primer Batallón de Reales Fusileros Galeses, Pekín, 1900. Se celebraban los brindis y las copas de vino se elevaban, se bajaban y volvían a levantarse como cálices de una extraña misa.

En invierno, se trataba del baile de aniversario del Cuerpo de Infantes de Marina, que conmemoraba la fundación del cuerpo, que había visto por primera vez la luz en una taberna de Filadelfia el 10 de noviembre de 1775. La práctica de este rito fue la causa de mi primera infracción al Código de Justicia Militar. Me ausenté sin permiso del Hospital Naval de Quantico, donde me recuperaba de una mononucleosis, para asistir al festejo. Pensé que sería una noche de camaradería mientras se bebía cerveza, algo parecido a las reuniones de guerreros de Beowulfo en el salón del aguamiel, y estaba decidido a no pasarla en los asépticos confines del pabellón de aislamiento.

Ese mismo día, más temprano, dos compañeros habían metido

de contrabando en mi habitación mi traje azul de gala y una botella de Jack Daniel's. Después de la ronda de las ocho, hice un muñeco con mi amplio pijama, lo acomodé bajo las mantas, me puse el uniforme, escondí el *whisky* en una bolsa de papel y pasé tranquilamente junto a los guardias. Un breve viaje en taxi por la ciudad de Quantico —unos pocos bares, media docena de lavanderías automáticas y el doble de tiendas de uniformes frente al pardo Potomac— me llevó hasta Little Hall, donde se celebraba la fiesta.

Avancé hacia el interior y entré en el siglo XIX. Los oficiales subalternos llevaban guantes blancos y capas de cuello prusiano de color azul. Los mayores y coroneles a quienes estaba acostumbrado a ver con prácticas ropas de color caqui, vestían *smokings* con hombreras, en oro y rojo, que indicaban su graduación. Un par de generales se acercó a la barra y los capotillos ondularon a sus espaldas. En un costado, como una fila de cardenales sentados en una rama, los músicos de la banda, vestidos de color escarlata, estaban envarados en una hilera de sillas plegables. En medio de este boato militar, esposas y novias se deslizaban con un frufrú de costosos vestidos.

—Buenas noches, mayor —dijo uno de aquellos seres con su acento suave como la piel y coquetón pero casto de la aristocracia de Tidewater—. Me alegro tanto de verle de nuevo, de veras. Sin duda alguna, es una fiesta magnífica...

Un baile de etiqueta. No lograba decidir a qué se parecía: una escena de *El príncipe estudiante*, un baile de máscaras o la promoción más antigua de una academia militar.

Me sentí decepcionado. La atmósfera concordaba más con la del cotillón de una presentación de sociedad que con la del salón del aguamiel de Beowulfo. Y tal vez porque había tantos jefazos allí, incluido el comandante del cuerpo, el general Wallace Greene, todos se comportaban correctamente. La banda interpretó un insípido repertorio de números musicales de Broadway y el general Greene pronunció un discurso inaudible que mereció algunos amables aplausos.

Aunque el baile carecía de trascendencia, aquella noche de noviembre de 1964 tiene un significado especial para mí. Veo el salón, lleno de oficiales con barrocos uniformes y de mujeres vestidas a la moda. Algunos bailan, otros pasan junto a un bufé y cogen los entremeses con palillos; algunos, con un vaso en la mano, mantienen una conversación ligera; ninguno presiente lo que les espera: miedo, desfiguración, muerte súbita, el dolor de una larga separación, viudez. Y siento que tengo ante mí una representación de aquella época, un cuadro vivo de aquella era inocente anterior a Vietnam

.

Porque yo soy un subordinado, pero bajo mí tengo soldados, y digo a éste: Va, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi esclavo: Haz esto, y lo hace.

SAN MATEO 8:9

Los viejos solían decirnos que la experiencia más memorable de la vida de un oficial es su primer puesto de mando. Se supone que es como el primer amor, un hito en el camino de la madurez. Esos mayores y coroneles veteranos afirmaban recordarlo casi todo respecto a los primeros pelotones que mandaron en Guadalcanal, en Tientsin o en Corea.

—Pero, teniente, si parece ayer... Tenía un fusilero, el soldado de primera... Pobre muchacho, una ametralladora japonesa lo mató mientras tomábamos Bloody Nose Ridge... Y también aquel sargento de morteros, grueso y pelirrojo, vaya si era capaz de meter un ochenta y uno por una chimenea a una distancia máxima.

Yo no tengo semejante capacidad de recordar. Mi primer destino de mando fue una sección de fusiles en un batallón de la 3.^a División de Infantes de Marina, a la que me uní en Okinawa después de graduarme en la Escuela Básica y pasar un mes de permiso en San Francisco. Había alrededor de cuarenta hombres, pero sólo recuerdo a unos pocos. En mi memoria perdura una lista incompleta de la 2.^a sección, compañía C, 1.º batallón, 3.º de Infantería de Marina:

- Cabo Banks: jefe de la primera escuadra en lugar del sargento Gordon, que había sido provisionalmente agregado a la compañía D. Banks era un negro de voz suave que había combatido en Corea y, en consecuencia, su escuadra de

adolescentes lo consideraba una reliquia viviente. En realidad, no tenía más de treinta o treinta y un años.

- Cabo Mixon: jefe de la segunda escuadra, era delgado, de aspecto delicado y de actitud tímida y carecía de confianza en sí mismo.
- Cabo González: jefe de la tercera escuadra, bajo, fornido y agresivo, pero simpático.
- Soldado de primera Sampson: con sólo veinticinco años era ya un viejo y sus siete de carrera en el Cuerpo de Infantes de Marina estaban tan marcados como un tablero de ajedrez. En dos ocasiones había ascendido a cabo, ambas veces lo habían degradado a soldado raso y lo habían nuevamente ascendido cuando me hice cargo de la sección. Hombre poco ordenado y descuidado, con una permanente sombra de barba, Sampson era el arquetipo del holgazán de turno de la guarnición, pero un buen soldado en campaña. Aparentemente necesitaba el estímulo de la penuria o del peligro para exteriorizar sus mejores aptitudes.
- Soldado de primera Bryce: alto, nativo de Kansas y uno de los hombres más taciturnos de la compañía. Algo parecía remorderle la conciencia; fuera lo que fuese, lo guardó, como todo lo demás, para sus adentros. Sólo le oí pronunciar unas pocas docenas de palabras mientras lo traté y en julio de 1965, una granada lo redujo al silencio totalmente y para siempre.
- Soldado de primera Marshall: en la vida civil, un independiente caballero de la velocidad, dado a contar historias sobre las competiciones en caminos de tierra ganados con su corcel de cromo dorado, un Chevy picado con matrícula de California, palanca de cuatro velocidades, guardabarros 4-11 y un motor de inyección de combustible que en punto muerto lanzaba un ronco rugido y entraba en erupción como el Vesubio cuando lo apretaba, con el cuentakilómetros al rojo vivo, y avanzaba de cero a noventa en cinco

segundos, maldición, mientras los demás imbéciles quedaban como de piedra. Ambición: ahorrar suficiente dinero en el cuerpo para comprar, cuando saliera, una bestia aún más peluda y pasar el resto de su vida viendo cómo los postes telefónicos pasaban confusamente al otro lado de la ventanilla.

- Soldado de primera Chriswell: muchacho de diecisiete años a cargo de la radio de la sección, alto y delgado, con el pelo color de arena, que debía de sostener pelotas de baloncesto en el gimnasio de algún pueblo en lugar de un fusil a dieciséis mil kilómetros de su tierra. Tenía la irritante e inquebrantable costumbre de dirigirse a los oficiales en la arcaica tercera persona: «¿Quiere el teniente que le limpien la pistola?».
- Soldado de primera Lockhart: tranquilo, sensible hasta la ternura, aunque un superviviente de la vida en las peligrosas calles del South Side de Chicago. Por algún motivo, recuerdo el hecho insignificante de que lo pasaba perramente al hacer flexiones.
- Soldado de primera Devlin, el compinche de Lockhart, típico muchacho norteamericano, de diecinueve años, pelo rubio, ojos azules y el físico de un luchador de peso medio.
- Soldados de primera Bradley y Deane, inseparable pareja de nativos de Carolina del Norte que, al igual que sus antepasados rebeldes, eran soldados de infantería por naturaleza. Podían caminar eternamente y atravesar cualquier cosa, disparar con corrección y sólo sentir un alegre desdén por las dificultades físicas.
- Cabo Sullivan, cuya escuadra de ametralladoras estuvo agregada durante algún tiempo a mi sección. Exasperaba a algunos profesionales porque había ascendido a sargento pero se negaba a comportarse como tal. Se suponía que un sargento era un tirano jactancioso; Sully, por el contrario, era desgarrado, igualitario, un «maldito saltamontes»,

como lo describió uno de sus detractores al referirse a su modo de andar, desgarrado y de movimientos sueltos. Tomaba las cosas con un humor irreverente y daba órdenes que parecían encargos. A los veintidós años, era demasiado joven para un tercer galón y el hecho de que lo recibiera, se quejaban los profesionales, era otro indicio de que el cuerpo se estaba degenerando. «Por Dios, cuando entré no había sargentos cabrones con la cara llena de granos. Tardábamos cinco años para llegar a E-4».

En cuanto a los demás, sólo son nombres sin rostro o rostros sin nombre.

Respecto a todos ellos es posible hacer algunas generalizaciones. Eran, en su totalidad, profundamente norteamericanos, tanto en sus virtudes como en sus defectos: idealistas, insolentes, generosos, directos, violentos y provincianos en el sentido de que creían que el terreno que pisaban en ese momento era para siempre parte de Estados Unidos simplemente.

La mayoría de ellos provenía de los límites del Gran Sueño Americano, de las chabolas, las granjas pobres y las poblaciones mineras de los Apalaches. Con deprimente frecuencia, en los expedientes personales del servicio, aparecían las palabras «*Dos años escuela secundaria*» en la casilla denominada «EDUCACIÓN», y, en la correspondiente a «SEÑAS DEL PADRE», un recluta había escrito «*Desconocidas*». Eran voluntarios, pero me pregunté para cuántos el alistamiento había sido realmente voluntario. Al cumplir dieciocho años, aparecía la amenaza del servicio militar obligatorio y no esperaban obtener prórrogas por estudios, como los muchachos de clase media alta que más tarde les llamarían asesinos. En algunos casos, el juez de un tribunal de jóvenes les había planteado la disyuntiva de Hobson entre el Cuerpo y la cárcel. Otros se sentían impulsados por coacciones económicas y psicológicas; la Infantería de Marina les ofrecía un ingreso anual garantizado, atención médica gratuita, ropa gratuita y algo más, menos tangible pero

igualmente valioso: el respeto por sí mismo. El hombre que llevaba ese uniforme era alguien. Había pasado una prueba que muy pocos podían superar. No era un perdedor abandonado a su suerte, uno que surtía de gasolina o lavaba coches por un dólar y medio por hora, sino alguien: un infante de marina.

El sargento de la sección, William Campbell («Salvaje Bill» para sus amigos), era un veterano de Corea y de incontables peloterías en los bares de la mayoría de los puertos que hay entre Nápoles y Yokohama. Coincidió hasta tal punto con la imagen hollywoodense de un sargento de *marines*, que parecía un ejemplo en que la vida imita al arte. Con su metro noventa y sus cien kilos de prieta carne, creía en el Cuerpo de Infantes de Marina como un jesuita en la Iglesia católica y sólo sentía desdén por la Marina, el Ejército, el Parlamento, la maternidad y los oficiales... en ese orden. Era todo un espectáculo verle andar por la calle, con la espalda erguida y balanceándose con un uniforme blanqueado por los soles tropicales mientras sus ojos miraban desdeñosamente desde debajo de la visera de una gorra desteñida.

El gigante pelirrojo tenía una leve cojera, recuerdo de la congelación que, en 1950, sufrió en Chosen Reservoir. En aquella época, antes de que nombres como Khe Sahn, Hue y Con Thien se sumaran a los acorazados del cuerpo, se consideraba que la retirada en combate del «Congelado Chosen» había sido su contienda más grandiosa, una prueba de fuego y hielo. Con el correr de los años, la campaña alcanzó dimensiones de épicas —hasta los historiadores militares más ecuanímenes la comparaban con la marcha de los inmortales de Jenofonte— y todo *marine* que pudiera decir «estuve en Chosen», sin duda, sería considerado con sumo respeto. Campbell se contaba entre los pocos que podían jactarse de ello.

Su relación con la sección equivalía a la de un cacique con un clan guerrero. Esos cuarenta *marines* constituían su feudo privado, bajo la regla de que nadie estaba autorizado a interferirse. Tenía el convencimiento, y probablemente estaba en lo cierto, de que, en

un ejército regular, la disciplina se basa, fundamentalmente, en el miedo. Había inculcado ese sentimiento a la sección y no era miedo a la ley militar, sino a él. Los *marines* estaban convencidos de que arriesgarse a las posibles consecuencias de obedecer una orden era preferible a la ira del Salvaje Bill, consecuencia segura en caso de desobedecerla. «Estás jodiendo mi Cuerpo de Infantería de Marina», solía decir al insubordinado, y estas palabras generalmente precedían la invitación de salir a la parte trasera de las barracas.

La sección no se ofendía por los violentos métodos de Campbell. En todos los *marines* existe una inextirpable vena de machismo, que bordea el masoquismo, y creo que la sección estaba orgullosa de que su sargento tuviera fama de ser uno de los hombres más duros de la División. Además, su modo de imponer el castigo de hombre a hombre era preferible a la retribución impersonal del Código de Justicia Militar. En todo caso, así mantenían limpios sus expedientes personales y no corrían el riesgo de perder el grado ni la posibilidad de un ascenso.

Para Campbell, la pasión permanente de su vida era la instrucción en orden cerrado, para lo cual había adquirido gran habilidad, durante su destino como instructor de ejercicios en Parris Island, campamento de reclutamiento de los infantes de marina. Para él, la instrucción era una forma artística y ningún coreógrafo habría obtenido tanta satisfacción en la preparación de una danza como la que obtenía Campbell al hacer marchar a sus *marines* alrededor de una explanada de desfile. En cierta ocasión, poco después de mi llegada a Okinawa, le vi actuar. Se encontraba a un lado del campo, las manos apoyadas en las caderas, y lanzaba órdenes que la sección ejecutaba con la precisión de una máquina. Fue una demostración impresionante de su máxima habilidad y cuando me preguntó si quería seguir le respondí que no, que no podría hacerlo ni la mitad de bien que él, para no hablar de mejor.

—Correcto, teniente —respondió con una sonrisa burlona—. No hay nadie que lo haga mejor que yo.

Tuve dificultades para convencerle de que yo era el comandante de la sección. No sé con certeza si alguna vez lo logré. Siempre pareció tolerarme como a una molestia inevitable, que era lo que sentía por la mayoría de los oficiales. A pesar de todo esto, terminé por admirarle e incluso llegó a caerme bien. En el ejército moderno que Robert McNamara había proyectado según el modelo y organigrama de la Ford Motor Company, ejército lleno de «jugadores en equipo» que hablaban la elocuente pero poco sincera jerga de las relaciones públicas y practicaban el arte de borrar sus huellas, había algo refrescante en una persona independiente, ignorante y bebedor empedernido como Campbell. Jugaba de acuerdo con sus propias reglas, tanto como podía dentro del servicio, y no hacía nada a medias. Era lo que era en un ciento por ciento, sin pedir disculpas a nadie: un sargento de *marines*.

El batallón sufría una epidemia de «insularidad» cuando me sumé a él en enero de 1965. Excepto un breve período de entrenamiento en clima frío en Japón, el Uno-Tres estaba en Okinawa desde septiembre, en espera de que pasara algo. El aburrimiento se mezclaba con el aislamiento. Estaban acampados en Camp Schwab, «Hogar de la 3.^a de *marines*» que, con sus lúgubres hileras de barracas de cemento de una sola planta y las cercas de cadenas, parecía más una cárcel de seguridad mínima que un hogar. Era la base más lejana de la Roca y se encontraba al borde de las boscosas colinas que cubrían el tercio norte de la isla. Lo más parecido a la civilización era emprender un corto viaje en taxi y llegar a una miserable colección de tabernas con nombres que parecían una lección de geografía norteamericana: Bar Nueva York, Club California, el Salón Hawái Azul. La villa se llamaba Heneko, y los *marines* iban por las noches a pelear por magros honores, a cortejar a las muchachas de arqueadas piernas de los bares y a beber a la manera fuerte e implacable en que suelen beber los soldados rasos la primera vez que salen a ultramar. Los días respetaban la rutina secular de la vida en el cuartel: diana, lista, gimnasia, comida de la

mañana, grupos de trabajo, comida de mediodía, instrucción en orden cerrado, grupos de trabajo, gimnasia, comida de la noche, toque de libertad para los que podían contar con ella, hacer guardia para los que no la tenían, colores del anochecer, toque de apagar las luces, adiós luces.

Era una existencia lúgubre y en modo alguno satisfacía mis esperanzas, siempre ingenuas, de lo que significaba ser un infante de marina en el Lejano Oriente. La primera lección sobre los hechos de la vida la recibí de Fred Wagoner, el sargento primero de la compañía, fornido hombre de escasa y canosa cabellera y gafas con montura de acero, que en conjunto le conferían el aspecto de un abuelo severo. Como la mayoría de los sargentos mayores, Wagoner mostraba gran reverencia por las formalidades de la burocracia militar. El día que me presenté en la compañía, había firmado algunos formularios en blanco y los dejé sobre su escritorio antes de asistir a una reunión preliminar con el capitán Lee Peterson. Cuando salí, Wagoner me detuvo, con mirada furibunda emitida por sus ampliados ojos tras las gafas, que se le deslizaban; las acomodó con un dedo achaparrado, gruñó y dijo:

—Señor Caputo, los ha firmado con tinta azul. —Le respondí que tenía razón, que mi bolígrafo era azul—. Maldita sea, señor, ¿ya no enseñan nada en Quantico? —preguntó retóricamente, me entregó formularios nuevos con una mano y con la otra me ofreció su pluma—. Tinta negra, señor. Todo lo que se escribe en el Cuerpo de Infantería de Marina ha de ser con tinta negra.

—Pero —le contesté—, ¿cuál es la diferencia? Adoptó un tono de exasperación indulgente, como si se dirigiera a un niño idiota:

—Por favor, señor. Utilice mi pluma. Tinta negra. Ése es el sistema, teniente, y si algo he aprendido, es que no se ha de pretender derrotar al sistema.

Así fue como pasé las primeras semanas en ultramar: aprendí el sistema, firmé formularios con tinta negra y bebí café en el despacho de la compañía, con los demás jefes de sección. Demasiado para Hollywood y John Wayne. Como había poco que hacer,

pronto estuve tan inquieto como el resto. En realidad, un poco más. El aburrimiento y las tediosas tareas habituales de la vida en el campamento alteraron mis nervios porque estaba ansioso —algunos habrían dicho demasiado ansioso— de tener la oportunidad de probarme a mí mismo.

Mi posición en el Uno-Tres había despertado este entusiasmo; no sólo era el oficial más joven, sino también un desconocido, posición incómoda en el que debió ser uno de los cuerpos más fuertemente unidos del servicio. El Uno-Tres era un batallón de «transcolocación», parte de un sistema de rotación de unidades que el Cuerpo de Infantes de Marina utilizó entre las guerras de Corea y de Vietnam para mantener la pericia y la moral de sus fuerzas en el Pacífico. Un cuadro de oficiales veteranos y de suboficiales —hombres como el sargento Campbell— configuraban el núcleo de cada uno de esos batallones. Las filas estaban formadas por hombres que habían realizado juntos el período de instrucción y los alojamientos de los oficiales subalternos, por tenientes que se habían graduado en Quantico el mismo año. Así, los infantes de marina asignados a una unidad de transcolocación tenían algo en común desde el día en que pasaban a formar parte de ella; generalmente continuaban con la unidad durante el resto del enrolamiento, alrededor de tres años. Pasaban la mitad del tiempo entrenándose con la 1.^a división en Camp Pendleton, California, y después embarcaban para Okinawa a fin de cumplir trece meses de servicio en el Lejano Oriente, con la 3.^a. Puesto que lo hacían todo e iban juntos a todas partes, dado que compartían los mismos acontecimientos y dificultades, se desarrollaba entre ellos un alto grado de camaradería. Como el matrimonio de células de un organismo, cada *marine*, cada escuadra, sección y compañía estaba unido a los demás para formar una entidad con vida y espíritu propios: el batallón.

Esto era lo que ocurría con los *marines* del Uno-Tres. Sus personalidades se habían entrelazado inseparablemente con la de aquél; ellos eran él, él era ellos, y opinaban que constituían el mejor batallón de la mejor rama del servicio, la flor y nata de lo mejor. Su

actitud exclusivista y con fuerte espíritu de clan era casi palpable. Reparé en ella desde el principio y, en consecuencia, tuve la dolorosa sensación de ser un extraño. En el comedor, solía sentirme como un invitado de algún club exclusivo para hombres, no mal recibido pero tampoco como un miembro.

Mi «unidad padre» era la compañía de regimiento del cuartel general, que me había destinado al Uno-Tres durante noventa días, período que estaba obligado a cumplir en un puesto de mando a fin de calificarme en mi especialidad ocupacional militar, o EOM. Esto significaba que sólo estaba agregado al batallón, en lugar de formar parte de él; probablemente, cumplido el plazo de noventa días, me llamarían del cuartel general de oficiales para realizar un aburrido trabajo administrativo. Sin embargo, me dijeron que ese destino podía postergarse e incluso evitarse si el batallón me aceptaba como uno de los suyos. A su vez, esto dependía de que yo demostrara un grado aceptable de competencia y me ganara el respeto de mi sección y de mis compañeros oficiales. Nada de ello me resultaría fácil. Los demás jefes de sección de la compañía Charles—Glen Lemmon, Bruce Tester y Murph McCloy— tenían entre uno y dos años de experiencia, en tanto yo no tenía ninguna. Comparado con ellos, yo parecía inepto, un aficionado que ignora los hechos más elementales.

«¡Tinta azul!», había dicho el sargento primero y me había avergonzado delante de sus escribientes. «¿Ya no enseñan nada?». Todos me conocían como «botas marrones», que era el modo de referirse, enjerga, a un subteniente inexperto.

Por el campamento corría el rumor de un posible despliegue en Vietnam. Había comenzado a principios de mes, cuando la compañía Delta fue enviada a Danang para proporcionar seguridad interna al destacamento norteamericano afincado en dicha ciudad. Era una misión poco estimulante y, según la noticia oficial, provisional. Pero la noticia oficiosa sostenía que, a no tardar, el resto del Uno-Tres emprendería la marcha hacia Vietnam. A medida que las

semanas pasaban y no sucedía nada, comencé a perder la esperanza de ver alguna acción.

En febrero, la compañía marchó a la zona norte de entrenamiento —región selvática y montañosa— para realizar ejercicios de guerra antiguerrillas. Fue mi primera prueba de campaña; deseoso de aprobar y temeroso de cometer el más mínimo error, lo hice chapucestamente, al menos al principio. Dubitativo e inseguro de mí mismo, di órdenes que, con frecuencia, la sección comprendió erróneamente. Dirigir patrullas en las selvas de Okinawa resultó mucho más difícil de lo que lo había sido en los bosques de Quantico, que en comparación parecían un parque. Estuve a punto de perderme varias veces, con lo cual demostré la veracidad de un viejo refrán del servicio según el cual no hay nada más peligroso que un subteniente provisto de un mapa y una brújula. La afrenta suprema se produjo durante un problema táctico que comportaba un «ataque» a un campamento-base simulado de los guerrilleros. Mientras la sección esperaba para acercarse al punto de avanzada, Campbell encendió la lámpara de señales de humo, aparentemente porque tenía ganas de fumar un cigarrillo. Al verlo, supuse que eso era correcto e hice lo mismo. Apenas había terminado de dar la primera chupada cuando un enfurecido instructor surgió de un matarral de bambúes.

—¿Qué diablos ocurre allí? —gritó—. El problema no está resuelto. ¡La lámpara permanecerá apagada hasta que yo diga que se encienda! Si hace algo así en Vietnam, atraerá el fuego y arrastrará a los hombres a la muerte. Y quítese esa maldita cosa de la boca. Se supone que usted ha de dar el ejemplo.

Regañado delante de la tropa. Por si eso fuera poco, Joe Feeley, el oficial que ostentaba el mando de la compañía, me sermoneó ese mismo día. El instructor había informado a Peterson del incidente que, explicó Feeley, estaba dispuesto a hacer algunas concesiones porque yo era novato. Pero otro error semejante y el capitán comenzaría a dudar de mi competencia.

—En lo que respecta al sargento de su sección, *teniente*, será

mejor que le enseñe a ese cabrón cabeza de chorlito quién es el mandamás antes de que vuelva a crearle problemas.

Después de recibir los consabidos veinte latigazos verbales, regresé a la sección y recordé las palabras de un personaje de una novela de guerra que había leído en cierta ocasión: «Por Dios, no hay nada como el mando». Por Dios, no lo había, y me pregunté si alguna vez lograría comprenderlo. Posteriormente comprendí. Decidido a no soportar nuevas reprimendas, me convertí en un pequeño e inquebrantable rigorista y la actuación de la sección durante el resto del ejercicio, aunque lejos de ser brillante, resultó, al menos, respetable.

Al reflexionar sobre ello, creo que gran parte de mi posterior conducta en Vietnam, tanto la buena como la mala, estuvo determinada por las reprimendas que recibí aquel día. Me inculcaron un imperecedero temor a las críticas e, inversamente, un anhelo de alabanzas. Lo último que deseaba era que me consideraran incompetente, indigno de ser miembro del rudo y masculino mundo de un batallón de fusileros de *marines*. Si hubiese sido mayor o más maduro, habría tomado el comentario de Feeley como lo que era, una cuestión sin importancia; pero sufría la tendencia juvenil a tomarme las cosas demasiado en serio. Así aparezco en los comentarios que diversos jefes hicieron en los informes sobre mi aptitud. Aún guardo copia de estas críticas mixtas que muestran a un oficial ardiente y algo imprudente que hace demasiados esfuerzos para vivir de acuerdo con lo que se espera de él. El teniente Caputo es intrépido frente al «enemigo»; «se trata de un joven oficial, acometedor y ansioso, con deseos de triunfo»; «demasiado rápido con el gatillo»; «suele lanzarse impulsivamente a las cosas»; «no planifica de antemano»; «buena actuación durante el combate». En una ocasión, Napoleón dijo que podía hacer que los hombres murieran por un trocito de cinta. Cuando el batallón se marchó a Vietnam, estaba dispuesto a morir por mucho menos: por unos pocos comentarios favorables en un informe sobre mi aptitud. Palabras.

Los ejercicios duraron dos semanas; dos semanas de lluvias continuas durante las que ganamos cierta familiaridad con las desdichas características de la guerra en la selva: sanguijuelas, mosquitos, humedad constante, la claustrofobia que creaban los densos bosques que empalidecían el mediodía más brillante y convertían la medianoche en la oscuridad absoluta vivida por los ciegos. No puedo decir que aprendiéramos muchas más cosas que nos resultaran útiles. Practicamos las tácticas perfeccionadas por los británicos durante el levantamiento malayo de los años cincuenta, conflicto que sólo tenía un parecido superficial con el de Indochina. Pero fue la única acción contra los insurgentes que con éxito libró una potencia occidental en Asia y con el éxito no se discute. Por eso, como parece ocurrir siempre en el servicio, fuimos entrenados para una guerra equivocada; aprendimos todo lo que era posible saber sobre la lucha contra las guerrillas de Malaca.

Intentaron inculcarnos esas cualidades antisociales sin las cuales un soldado que combate en la selva no puede sobrevivir largo tiempo. Ha de ser sigiloso, agresivo e implacable, una combinación de ladrón, asaltante de bancos y asesino de la Mafia. Uno de los instructores de dichas lecciones era un sargento corpulento cuyo grueso cogote se perdía suavemente en unos hombros que parecían tan anchos como largo es un fusil M-14. Siempre ponía de relieve la necesidad de aniquilar a todo soldado enemigo que penetrara en la zona de muerte de una emboscada. A la primera ráfaga de fuego, lanzada a la altura de la cintura, debía seguir una segunda a la altura de los tobillos, cuyo objetivo consistía en liquidar a todo aquél que hubiese sobrevivido a la descarga inicial. A fin de que nos empapáramos del feroz modo necesario para matar a sangre fría, el sargento inició su primera lección de esta manera:

Entró en el aula, emitió un grito de guerra que helaba la columna vertebral y clavó un hacha pequeña en una de las paredes de madera. Sin decir palabra, escribió algo en una pizarra pequeña y lo tapó con su espalda en forma de uve. Dio un paso hacia un lado y señaló lo escrito con una mano y a un *marine* con la otra.

«Usted, ¿qué dice ahí?», preguntó.

Marine: «Dice “las emboscadas son asesinas”, sargento».

Sargento: «Correcto». Grita: «LAS EMBOSCADAS SON ASESINAS», se acerca a la pizarra, escribe algo más y vuelve a preguntar: «¿Qué dice?».

Marine: «Y el asesinato es divertido».

Sargento: «Nuevamente correcto». Retira el hacha de la pared y la esgrime ante la clase. «Ahora, repitan todos: “LAS EMBOSCADAS SON ASESINAS Y EL ASESINATO ES DIVERTIDO”».

La clase, vacilante y con algunas risas nerviosas, entona: «Las emboscadas son asesinas y el asesinato es divertido».

Sargento: «*Marines*, no les oigo».

La clase, esta vez al unísono: «LAS EMBOSCADAS SON ASESINAS Y EL ASESINATO ES DIVERTIDO».

Barbuda y mugrienta, la compañía regresó a Camp Schwab a tiempo para enterarse de que mientras había asesinado a guerrilleros ficticios, los de verdad habían emprendido criminales acciones en Vietnam. El Vietcong había atacado la base aérea norteamericana de Preiku y provocado lo que entonces se consideraba muchas bajas: alrededor de setenta pilotos habían muerto o estaban heridos. Pocos días después, los primeros aviones de Estados Unidos comenzaron a vaciar sus entrañas, llenas de explosivos, en el norte. Había comenzado la campaña de bombardeos continuos que se conoció con el nombre de «Operación Trueno Rodante».

El batallón había retornado a su rutina habitual, pero las noticias de estos dos acontecimientos —la incursión de Pleiku y los bombardeos de represalia— volvieron a desatar los rumores sobre «la ida al sur», y cambiaron la atmósfera del campo, de aburrimiento a expectación. El 15 de febrero negaron los rumores, al informar de que el Uno-Tres zarparía dentro de una semana y su destino sería Hong Kong o Filipinas. El día 17 los confirmaron, cuando nos avisaron de que nos organizáramos ya que el 24

saldríamos rumbo a Danang.

Así comenzaron tres semanas confusas de alarmas y contraalarmas, avanzadas y retiradas. La compañía Charley volvió al monte para realizar ejercicios durante dos días más, aparentemente como ensayo del drama con municiones de verdad que a fin de mes estaríamos interpretando. El clima, que había sido despejado y cálido mientras permanecíamos en la guarnición, se tornó húmedo, por lo que tuvimos prácticas adicionales en el hecho de ser desdichados. Sin embargo, toda la sección estaba entusiasmada, excepto el sargento Campbell.

—Llevo diecisiete puñeteros años haciendo esto —dijo mientras chapoteábamos bajo la lluvia para cruzar un riacho color salmón y lleno de sedimentos—. Teniente, soy demasiado viejo para estas paparruchadas de los niños exploradores. Me gustaría regresar a Parris, conseguir mis veinte y largarme. Pasar un tiempo, para variar, con mi mujer y mis hijos.

—Diablos, sólo es arcilla roja, sargento Campbell —dijo Bradley, que se encontraba detrás de nosotros—. El viejo Deane y yo solíamos pisar algo parecido a esto cuando volvíamos de la escuela.

—Hablabas con el teniente, cabeza de chorlito.

—Sí, señor, sargento Campbell.

—Como le decía, teniente, recoger mis veinte y largarme. ¿Sabe? He comprado ochenta acres en Carolina del Sur y calculo que me retiraré allí.

Me eché a reír.

—Salvaje Bill Campbell, el granjero gentilhombre.

—Bueno, señor, ríase si quiere. Pero cuando salga me uniré a los soldados de reserva y con eso, más el retiro, calculo que el viejo Salvaje Bill lo pasará de primera mientras el resto de estos cabezas de chorlito sigan caminando por esta mierda.

—Miecerda —dijo alguien—. No caminaré por esto más de lo necesario. No soy un maldito profesional.

—Eso es porque no eres bueno, imbécil.

Al concluir los ejercicios con una marcha obligada de quince kilómetros atravesamos la puerta principal con aspecto y sentimientos bélicos. Pero el día 24, el batallón seguía en la Roca. Durante una semana, las órdenes fueron interrumpidas y luego anuladas. Nos enteramos de que habían suspendido la operación de Danang. Después de todo, nos marchábamos a Hong Kong. Luego llegó la noticia de que el Uno-Tres debía prepararse para aterrizar en el campo de aviación de Danang. Se fijó el 1.º de marzo como fecha. Ese día, se postergó hasta el 3 y éste se aplazó hasta el 5, cuando fue totalmente anulada. Según «radio macuto», esa fuente anónima de verdades, semiverdades y falsedades del servicio, el batallón continuaría en Okinawa hasta el 8 de abril, fecha en que emprendería viaje a Filipinas.

No sé si esta serie de órdenes anuladas fue un engaño planificado o, simplemente, un ejemplo de la confusión que precede a la mayoría de las principales operaciones militares. Si fue lo primero, no logró engañar a nadie salvo a nosotros. Las muchachas de los bares de Heneko, fuente de información siempre exacta, hablaban con desconsuelo de nuestra inminente partida. «Los del batallón Uno-Tres van a Vietnam *skoshi-skoshi*. Digo verdad. Quizá *sayonara* todos tercero *marines*. Número diez [el peor], no dinero Heneko no soldado raso aquí». Apareció otro presagio en el periódico de la isla, editado en inglés, en que se informaba que sesenta prostitutas habían emigrado de Saigón a Danang «anticipándose al rumor de la llegada de los *marines* de Estados Unidos». Existían otros indicios aún más serios de que el ejército sudvietnamita estaba al borde del colapso. Las noticias del *Pacific Stars and Stripes* y de la red de radio de las fuerzas armadas eran una letanía de derrotas: puestos de avanzada invadidos, emboscadas a columnas de socorro, campos de aviación atacados y bombardeados.

A pesar de estas señales, ya no esperábamos que nuestro futuro fuera violento. Llegamos a la conclusión de que las alarmas anteriores habían sido ejercicios para poner a prueba la «preparación

de combate» del batallón y nos dispusimos a un prolongado confinamiento en la Roca. El aburrimiento volvió a reinar y lo combatimos como de costumbre. El domingo 7 de marzo, como mínimo la mitad de los componentes del Uno-Tres disfrutaban de un fin de semana de embriaguez y fornicación en Kin y Kadena, Ishakawa y Naha, ciudad de la Casa de Té de la Luna de Agosto.

Uno de los que permaneció en la base era Glen Lemmon, oficial de guardia del batallón durante aquel día. A primeras horas de la tarde, llegó un mensaje al cuartel general, donde Lemmon estaba sentado, bostezaba y anotaba entradas en el diario del oficial de guardia. Leyó el mensaje, despertó rápidamente de su letargo y cogió el teléfono para llamar al jefe, el teniente coronel Bain.

Mensajero: Preparaos, generales. El enemigo llega en actitud gallarda; ha extendido su sangrienta señal de batalla, y hay que hacer algo inmediatamente.

SHAKESPEARE

Julio César

En el momento que Lemmon cogió el teléfono, Murph McCloy y yo estábamos en la terraza del club de oficiales, bebíamos cerveza y admirábamos la panorámica. El club se encontraba en lo alto de una elevada colina y la escena de abajo parecía tomada de *South Pacific*; sólo faltaba un amartelado Ezio Pinza que le cantara a Mary Martin. Una laguna turquesa reverberaba bajo el sol, los pescadores de piel color caoba empujaban los esquifes por su superficie inmóvil y, más allá de la barrera de corales, la brillante extensión del mar de la China Oriental se prolongaba hasta el horizonte. Satisfechos, descansábamos en las poltronas, con el sol tibio en el rostro y la cerveza fría en las manos.

—Seguro que ésta es una buena vida, P. J. —afirmó McCloy.

Sonó el teléfono y Sammy, el administrador del club oriundo de Okinawa, se asomó a la terraza:

—Algún oficial del batallón Uno-Tres debe llamar inmediatamente al oficial de guardia.

McCloy se ofreció a ello. Calculé que no sería nada más serio que otra pelea a puñetazos en el club de soldados, pero Murph regresó acalorado como si tuviera mucha fiebre. En cierto modo, era así.

—Era Lemmon. Está de guardia y acaba de recibir la noticia. Nos vamos al sur.

—¿Qué?

—¡Nos marchamos a la guerra! —exclamó, como si fuera lo más maravilloso que podía ocurrirle a un hombre. Abandonó corriendo el club.

Como durante casi un mes había oído el grito del pastor según el cual llegaba el lobo, me había vuelto cauteloso, de modo que entré para hablar personalmente con Lemmon. Me aseguró que no se trataba de una trampa. Tenía el mensaje ante sus ojos: el Uno-Tres se marchaba por aire al sur. En algún momento de esa noche despegaríamos de la base que el Ejército del Aire tenía en Kadena y aterrizaríamos en Danang a la mañana siguiente. ¡*Danang a la mañana siguiente!* Las palabras me despertaron de la inercia provocada por el calor y las seis cervezas. Sentí una descarga de adrenalina, un cosquilleo en las manos y una sensación de vacío en el estómago, como si me encontrara en un ascensor que bajara demasiado rápido.

¿Qué se suponía que debía hacer? Nunca había ido a la guerra.

—Bueno, yo tampoco —comentó Lemmon—. Lo principal es que, en primer lugar, te organices —me leyó una lista de instrucciones: preparar una mochila de transporte de campaña, guardar instrumentos extra en una bolsa marinera, etcétera.

Una vez hecho esto, bajar hasta la zona de la compañía. No preocuparse por los soldados de caballería pues los oficiales se encargarían de ellos. Era todo lo que podía decirme. Mientras tanto, tenía que reunir a los demás oficiales—. ¡Qué día eligieron los idiotas para la partida! —exclamó, y rió de manera extraña, con una risa que parecía un cacareo, tan seca y áspera como las llanuras del oeste de su Texas natal. *Je, je, je*, los idiotas eligieron un domingo; todos andaban sueltos por la isla, se emborrachaban o follaban y cuando se comunicó con ellos en los burdeles y bares, estaban demasiado bebidos para comprender lo que les decía—. Llamé al Club de Oficiales de Kadena, pues calculé que los muchachos estarían trasegando allí. Williamson respondió a la llamada. Le dije

que volviera a Schwab porque nos marchamos al sur. Responde: «Oh, pamplinas». Le expliqué: «No son pamplinas, Williamson, nos marchamos hoy, maldita sea». Me dice: «Lemmon, estoy demasiado ocupado para ir a Vietnam. Envía a otro» y cuelga. Volví a llamar y obtuve las mismas respuestas. Bueno, un rato después apareció el mayor Lyons y le expliqué mi problema con Williamson. Entonces Lyons llama a Kadena, se hace poner en comunicación con él y dice: «Señor Williamson, le habla el oficial jefe del batallón. Si no está aquí, despejado, dentro de una hora, lo colgaré de los fondillos del pantalón». Je, je, je. Phil, es realmente otra cosa, está todo mezclado...

Lemmon colgó y dejó que adivinara el sentido de esa historia, si es que lo tenía.

Volví al alojamiento y atravesé la puerta con un ruido lo bastante fuerte para sobresaltar a mi imperturbable compañero de habitación, Jim Cooney.

—Jesús, ¿qué bicho te ha picado?

Era unos pocos números posterior a mí y acababa de llegar a la Roca, por lo que me compuse e intenté hablar con un tono fríamente profesional.

—Ah, acabamos de recibir la noticia de que nos marchamos.

—¿Adónde?

—A Vietnam —respondí con desenfado, como si una vez por mes tomara el tren de abonados hasta allí.

—¿Sí? —agregó Cooney, sin sorprenderse. En agosto perdería a la mitad de su sección, durante la batalla de Chu Lai—. A Vietnam, ¿eh? No bromees.

A pesar de las alarmas anteriores, yo no estaba preparado para algo más serio que un ejercicio de campaña. Mi equipo 782, o equipo de campaña, estaba diseminado por el cuarto y Miko, una de las *naïssons* que se ocupaba de la lavandería del alojamiento, tenía mis uniformes de campaña. Bueno, en el monte no habría necesidad de uniformes almidonados. Entré corriendo a la

lavandería, puse unos dólares en la mano de Miko, recogí mi hato y salí corriendo, mientras Miko gritaba a mis espaldas:

—Caputosan, debo terminar, debo terminar —le respondí que me marchaba a Vietnam—. Ah, Vietnam —agregó—. Número diez. Es una pena.

De regreso en el cuarto, trabajé rápidamente para organizar un equipo de transporte de campaña. Esta carga se componía de una mochila grande, una pequeña, una manta, un capote, perchas de una tienda de campaña, cuerda, un par extra de botas, mudas de calcetines y ropa interior, un uniforme de repuesto, enseres para el rancho, útiles de afeitar y herramientas de trinchera. Al añadirle un casco de acero, dos cantimploras, arma de cinto, chaqueta antifuego aéreo, prismáticos, brújula, cuchillo y raciones, mi equipo terminó por pesar treinta kilos. Cuando intenté acomodar las tiras de los hombros, la mochila parecía una caja de caudales de la Wells Fargo. ¿Esperaban que realizáramos largas marchas a través de las selvas humeantes con todo eso en la espalda? La dejé caer y chocó contra el suelo con un golpe seco. Seguí las instrucciones de Lemmon y guardé el equipo extra de combate en la bolsa marinera y acomodé mis uniformes de servicio «A», la mayor parte de mis ropas de civil y, lamentablemente, mis libros, en un baúl. Me habría gustado llevar los libros, pero en la bolsa marinera no había bastante lugar. También estaba seguro de que en Vietnam no habría tiempo suficiente para leer. Todavía ignoraba que las nueve décimas partes de la guerra consisten en esperar a que ocurra la décima restante. Terminada la preparación, escribí CAPUTO, P. J. SUBTENIENTE 089046 c-1-3 en el baúl y le puse una etiqueta para que lo enviaran al almacén de la división, situado en Camp Courtney. Permanecería depositado allí hasta que yo fuera a buscarlo. Ni siquiera me pasó por la imaginación la posibilidad de que podía no regresar. Tenía veintitrés años, me encontraba en un magnífico estado de salud y estaba convencido de que viviría eternamente.

En la zona del batallón, el ambiente era caótico y reinaba una atmósfera de crisis. Los soldados entraban y salían corriendo de las barracas con el movimiento frenético de las figuras de una película muda. Algunos llevaban vestimenta completa de batalla, otros seguían con ropa de civil y también los había en paños menores, con partes del equipo colgadas de sus hombros desnudos. Los equipos de servicio arrastraban cajones desde los cobertizos de provisiones y los apilaban en las calles, por lo que organizaban una carrera de obstáculos para los conductores de *jeeps* y camiones. Una mula mecánica —transporte de armas pesadas que en nada se parecía a una mula sino a un vagón de juguete demasiado grande— esquivó una de las pilas, se subió al bordillo y rugió por la acera, mientras un fusil de 106 mm sin retroceso rebotaba en su lecho. Al igual que las demás, la zona de la Compañía Charley parecía una tienda al aire libre de sobras del ejército. Por todas partes se veían tubos de mortero, chapas de base, hileras de mochilas con los fusiles apoyados contra ellas, lonas de las tiendas de campaña, cartucheras de ametralladoras —los cartuchos enlazados, enroscados en los botes de municiones de metal—, chaquetas antifuego aéreo, cascos y diversos elementos del equipo de comunicaciones. Los operadores que probaban las radios producían un concierto de graznidos, chillidos y siseos estáticos, por encima del cual sus voces entonaban cantos monótonos:

—Aquí Seis, aquí Seis, habla Charley Seis, Charley Seis. Te recibo débil y mutilado, repito, débil y mutilado. Dame una larga cuenta de prueba.

—... Entendido, Charley Seis. Sigue la larga cuenta de prueba... diez, nueve, ocho...

Recuerdo muy poco de las horas siguientes. Todo era ruido y confusión mientras los oficiales gritaban órdenes a los sargentos, los sargentos a los cabos, los cabos a los soldados de primera y los soldados de primera a los soldados rasos que, como no tenían a quién gritarle, realizaban todas las tareas. Aunque fuera lo único, la cadena de mando funcionaba a la perfección. Recuerdo que el

exagerado McCloy exclamó:

«¡Los bronceados dioses marchan a la guerra!» cuando vio a un *marine* con las bandoleras cruzadas sobre el pecho, al estilo de los bandidos mexicanos; también me acuerdo de que un encargado de suministros dijo: «Éstos son para que no os pierda el pito» mientras repartía calzoncillos blindados; también recuerdo el sentimiento, mezcla de aprensión y recelo, que experimenté al recoger mi pistola en el arsenal y vi los cartuchos calibre 45 que resplandecían en las recámaras como dientes amarillos despuntados.

Alrededor de las veinte horas, más conocidas como las ocho de la noche, Peterson convocó a los jefes de su sección y a los suboficiales del estado mayor para que se presentaran en el despacho de la compañía en la reunión donde daría las órdenes. Nos apiñamos en el reducido cuarto, que poco después estaba repleto de humo de cigarrillo y olía a sudor rancio. Peterson, alto y con aspecto juvenil, estaba agachado sobre un mapa, metido en una cubierta de acetato, en el cual aparecían unas líneas y flechas hechas con lápiz de cera. Repartió copias entre los jefes de sección. Algunos ignorábamos hasta tal punto la geografía vietnamita, que el capitán tuvo que comenzar por mostrarnos dónde se encontraba Danang. En los viejos mapas del ejército francés aparecía con su nombre colonial: Tourane.

La reunión resultó incompleta. Peterson explicó que los comunistas habían lanzado una ofensiva de la estación seca en el Cuerpo I y en las tierras altas centrales y amenazaban con dividir Vietnam del Sur por la mitad. El ejército sudvietnamita había sufrido cuantiosas bajas, el equivalente a un batallón por semana. Ahora era necesario que las unidades sudvietnamitas que protegían las instalaciones vitales fueran enviadas al campo de batalla, tanto para compensar las cuantiosas pérdidas del ejército como para disponer de suficientes relevos para una contraofensiva. En consecuencia, había que trasladar inmediatamente a Vietnam las tropas de tierra norteamericanas, como fuerzas de seguridad de las bases estadounidenses, que corrían el peligro inminente de ser atacadas e

invasión. Se creía que el Vietcong se concentraba en Danang para una incursión en gran escala, semejante a la que había realizado en Pleiku. Últimamente habían aumentado los francotiradores y la infiltración.

La seguridad de la base la garantizaría la 9.^a brigada expedicionaria de *marines*, unidad organizada que comprendía nuestro batallón; el 3.^o batallón, 9.^o de *marines*; un batallón de artillería y diversas tropas de apoyo. La brigada organizaría un asalto combinado aire-tierra a tales y cuales horas de la mañana siguiente y después establecería posiciones defensivas alrededor de Danang. El Tres-Nueve realizaría un desembarco anfibio al norte de la ciudad, en un lugar denominado Playa Roja Uno, ascendería tierra adentro y ocuparía la colina 327, que dominaba la base desde el oeste. El Uno-Tres despegaría desde Kadena en los C-130 del Ejército del Aire y, después de aterrizar, organizaría un cono defensivo alrededor del campo de aviación propiamente dicho. La compañía C sería de las primeras en llegar. Poco más podía decirnos.

—¿Alguna pregunta?

—Sí, señor, ¿qué tipo de resistencia se espera?

—En su mayoría, una resistencia ligera, algunos tiroteos a campo abierto, quizá fuego antiaéreo; sin embargo, deben estar preparados para una resistencia mayor.

¿Algo más? Sí, teniente Lemmon.

—Sí, señor —dijo Lemmon arrastrando las palabras—. ¿Cómo salgo de este lío? Nosotros reímos y el capitán frunció el ceño.

—Déjese de tonterías, Glen. De acuerdo, escuchen. Cuando informen, dejen bien claro que nuestra misión es únicamente defensiva. No quiero que nadie piense que hará el papel de John Wayne. Debemos ofrecer seguridad y eso es todo. No vamos a combatir, sino a relevar a los miembros del ejército sudvietnamita para que combatan. Esta guerra es de ellos.

Dicho esto, salimos y transmitimos el mensaje a nuestras secciones.

—Cercos defensivo, una mierda —oí decir a un fusilero—. Éste es un batallón de gruñones, no un puñado de guardianes.

A pesar de todo, era más agradable que perder el tiempo en la Roca y, pensándolo bien, una operación tradicional del Cuerpo de Infantes de Marina: había que proteger las vidas y las propiedades norteamericanas; se debía ayudar a un aliado sitiado, y un enemigo extranjero debía aprender que Estados Unidos hablaba en serio. Los *marines* han desembarcado y todo lo demás.

Un rato después se formó un convoy. Cargaron provisiones y equipos y luego las compañías de fusileros subieron a bordo. Después de habernos apresurado durante todo el día, hicimos lo que hacen los soldados las tres cuartas partes del tiempo: esperamos. Transcurrió media hora, una, dos. Me acomodé en un *jeep*, aproximadamente en el medio de esa larga y ociosa columna, cansado y preguntándome si era realmente yo el que estaba sentado allí con casco, chaqueta antifuego aéreo y una Colt automática en la cadera. ¿Era posible que sólo hubiese transcurrido un año desde que analicé los méritos relativos de *Tom Jones* y *Joseph Andrews*, en un seminario sobre la novela inglesa? ¿Desde que mi compañero de cuarto y yo escuchamos a Bach y a Vivaldi mientras estudiábamos para los exámenes de graduado? Ahora todo eso parecía una pérdida de tiempo.

El súbito rugir de los motores me despertó de mi ensueño. Más adelante, una docena de fusileros corrían para abordar uno de los transportes. Evidentemente, habíamos estado esperando a los rezagados. El convoy comenzó a avanzar y se arrastró colina arriba en dirección a la puerta principal. Colby, el sargento de la sección de McCloy, uno de los rezagados que no logró llegar a tiempo, estaba en la calle con camisa deportiva y sonrisa estúpida.

—Hasta pronto, compañía Charley —dijo—. Adiós, muchachos.

Un *marine* que sabía que la oscuridad garantiza el anonimato, gritó desde uno de los camiones:

—El sargento Colby ha fallado el movimiento, cuélguenlo del culo. Colby se limitó a sonreír y saludar: Adiós, muchachos.

Le pregunté dónde diablos había pasado el día.

—Sólo alegrándome un poco, teniente.

—¿Sabe que nos marchamos al sur?

—¡Sí, señor! —Me hizo un saludo vacilante—. Y quiero que sepa cuánto apreciamos nosotros, los civiles, lo que ustedes, los muchachos, hacen por nosotros.

El convoy avanzó por estrechos caminos, pasó junto a cañaverales de color verde plateado bajo la luz de la luna y junto a playas vacías tomadas por asalto por otra generación, hacía mucho tiempo, en otra guerra. El viaje a la base aérea de los *marines* en Futema —la última escala antes de seguir hasta Kadena— fue un interminable traqueteo y balanceo. Los cuerpos y el equipo rebotaban sobre las bases de acero de los camiones o chocaban contra las guardabarandillas de madera, pero los golpes no afectaron el elevado espíritu de los *marines*. Éstos gritaban y voceaban, quebrantando el silencio matinal de las aldeas por las que pasábamos. Parpadeaban las luces en algunas de las chozas de bloques de cemento desproporcionadamente bajas. En una ocasión se asomó una mujer furiosa al vano de una puerta y gritó algo. No comprendimos sus palabras, pero el significado era claro. Le respondió un fusilero, en japonés chapurreado:

—Soldado bien, todo bien. Número uno saluda fregona.

¡Los dichosos guerreros! Todos parecían un poco borrachos. Y lo estaban, aunque por la excitación del acontecimiento más que por el alcohol. Su batallón había logrado una hazaña nada despreciable. Sin advertencia ni preparación, se había dispuesto una importante operación de combate en menos de ocho horas. Ahora que lo habían conseguido, eran libres de disfrutar de la aventura, de la sensación de liberación de las pequeñas reglas y rutinas que habían gobernado sus vidas hasta ese momento. Resultaba embriagador atravesar la oscuridad hacia lo desconocido, hacia una

guerra en un país lejano y exótico. Se habían despedido de los ejercicios, las inspecciones y el entrenamiento. Iba a ocurrirles algo importante y dramático.

Soportamos una nueva y prolongada demora en Futema. La tropa desmontó y apiló las armas en un campo cercano a la pista de aterrizaje. Los soldados, sentados espalda contra espalda o tendidos con las cabezas apoyadas en las mochilas,

descansaron sobre la hierba. Los cigarrillos iluminaban la oscuridad anterior a la aurora. El cuartel general del batallón se había instalado provisionalmente en la sala de operaciones de la base. Como no tenía nada que hacer, entré a tomar una Coca-Cola. Allí dentro reinaba la confusión. Repicaban los teléfonos, oficiales y empleados del estado mayor deambulaban trayendo y llevando mensajes. El robusto coronel Bain, cuya chaqueta antifuego aéreo le hacía parecer tan voluminoso como un bombero, decía a alguien por teléfono: «Será mejor que nos avisen si iremos o no». Caray, pensé, espero que no se trate de otra trampa. Un capitán al que no conocía se acercó y me preguntó si estaba haciendo algo. Cometí el error de responder que no.

—Bien. Esto es una lista de vehículos y esto —agregó, innecesariamente a mi entender— es un trozo de tiza. Quiero que encuentre estos vehículos y marque sus centros de gravedad con la tiza. Haga una cruz y debajo escriba CG.

—Sí, señor. ¿Pero cómo lo haré para saber dónde se encuentra el centro de gravedad?

—Porque en los lugares correspondientes encontrará las siglas CG, en pintura amarilla. No puede dejar de verlos.

Pensé en plantearle la siguiente pregunta lógica: ¿para qué tenía que marcar los centros de gravedad si ya estaban marcados? Pero había estado allí el tiempo suficiente para reconocer una orden perentoria cuando la oía.

Había iniciado mi abrumadora tarea cuando a través del campo resonó la ya conocida orden de montar: los centros de gravedad tendrían que seguir sin marcas. Corrí hasta mi *jeep*, pero descubrí

que estaba ocupado por un comandante del estado mayor. El encumbrado personaje me alcanzó mi mochila con una expresión que parecía decir: «El rango tiene privilegios, botas marrones». Encontré lugar en el vehículo de la escuadra de González, que respondió alegremente a la democrática actitud de su jefe de sección.

—El teniente acompañará a la escoria de voluntario —dijo alguien—. Hacedle sitio al teniente.

Me abrieron paso a través del laberinto de pertrechos. Avancé hasta el frente y me dejé caer contra la parte trasera de la cabina. Había olor a aceite para rifles, sudor, piel de botas y lona. Volvió a oírse el motor del camión.

—Maldición, otra vez en movimiento —exclamó González, cuyo pie izquierdo pronto quedaría destrozado en un terreno minado.

Un corpulento sargento pasó junto a nuestro camión y gritó:

—Eh, condenada segunda sección, ¿preparada para los vietcongs?

—Seguro.

—Bien, ¿qué les harán?

—¡Patearles el culo y apuntar sus nombres!

—Mieeerda —fue la respuesta del sargento.

El sargento era un hombre vigoroso y de fuerte complexión. En junio, la bala de un francotirador le aplastaría la columna vertebral, paralizándole de la cintura hacia abajo.

Pero eso todavía pertenecía al futuro. Por el momento, mientras viajaba con esta escuadra compartía la incomodidad que sacudía nuestros huesos y escuchaba sus risas y sus chistes, sentí una oleada de afecto como nunca había sentido por otros hombres. Los lazos invisibles que unían a ese batallón me emocionaron. Por primera vez pensé en mí como en mi batallón y en mí mismo como perteneciente a él.

Continuamos así durante alrededor de una hora: una sinuosa columna de hombres y máquinas que rodaban bajo el cielo que

preludiaba el amanecer. Existe una cualidad imponente y elemental en un ejército en movimiento. Parece poseer su propio ímpetu, una fuerza que no pueden controlarla los hombres que lo componen ni tampoco los hombres cuyas órdenes lo ponen en movimiento. Inexorablemente, como arrastrados por la corriente de un poderoso río, nos acercábamos a los aviones que nos llevarían a Vietnam y a la guerra.

Al llegar a Kadena, el convoy traqueteó por un ancho camino de tierra y la fila única se dividió en varias columnas más pequeñas que avanzaban de frente. Los camiones levantaron una cerrada nube de polvo en las curvas, cruzaron el campo y frenaron bruscamente al borde de la pista de aterrizaje. Más allá, los C-130 parecían armatostes bajo el reflejo gris de la aurora. Se produjo un breve período de conmoción. *Marines* pesadamente cargados saltaban con torpeza al suelo. Jefes de escuadra y sargentos de pelotón permanecían con los brazos levantados, gritando órdenes: «*Alinearse hacia mí, segunda...*». «*Aquí la Compañía Charley... Alfa a la derecha...*». A empujones, la multitud se acomodó en filas ordenadas. Marchamos, por compañías, hacia los aviones que nos esperaban. Se separaron las secciones y subieron estrepitosamente a las rampas traseras que los llevaban a las gigantescas mandíbulas de los aviones asignados. Los hombres daban la impresión de ser enanos tragados por monstruos alados.

Mis cuarenta y tantos hombres y yo tuvimos que compartir el espacio con varios cajones enormes y un *jeep* de comunicaciones. Nos vimos confinados a un estrecho pasillo formado por la carga —amarrada por una telaraña de cadenas— y el fuselaje. Algunos hombres exhaustos se desplomaron encima de las cajas; los demás intentaron dormir en el piso, usándose entre sí como almohadas. Así soportamos otra espera que superó con mucho la hora de partida programada. Circularon rumores de anulación. Por último subió la tripulación, impartió las instrucciones habituales y levantó la rampa, que se acomodó en su lugar con un chasquido metálico que me recordó el sonido de la puerta de una celda. Luego el avión

avanzó ruidosamente por la pista de aterrizaje y despegó en dirección al sur, sobre el mar de China.

Descansamos lo mejor que pudimos durante las cinco horas de vuelo. Retengo una imagen de cuerpos, armas y equipos entremezclados; un *marine* joven que fumaba, aparentemente perdido en pensamientos personales; de otro acurrucado en posición fetal con la chaqueta antifuego aéreo sobre su cuerpo, como una manta para protegerse del frío de las elevadas altitudes; de James Bryce tendido absolutamente inmóvil, con la boca semiabierta, en una prefiguración de la muerte que le sobrevendría seis meses más tarde.

Brilló una luz de advertencia. El C-130 dio tumbos en un empinado picado de ataque para evitar el fuego antiaéreo, tocó tierra, se deslizó un buen trecho y frenó.

—Ensillar, Segunda —dijo Campbell—. Al final de la fila.

Con las mochilas en alto, el pelotón permaneció con las piernas rígidas mientras bajaba la rampa. A continuación, extraños como caballeros medievales con sus chaquetas y calzoncillos blindados, desembarcaron y fueron a dar a un hangar gris, de tabiques de metal. La tarde era calurosa, húmeda y nublada. En el extremo sur del campo, a unos cientos de metros de distancia, vi a un grupo de *marines* en miniatura que armaban una tienda para la escuadra. Los helicópteros, que transportaban provisiones de la cabeza de playa del Tres-Nueve, revoloteaban sobre la pulida cima de la colina 327, monstruo geológico que surgía abruptamente entre los arrozales, al oeste de la base aérea. El muro negro verdoso de la cordillera de Annam asomaba a la distancia, con sus picos oscurecidos por las nubes que pasaban rápidamente.

Comenzaron a aterrizar las dos compañías restantes, después de que sus enormes transportes aparecieron bajo el cielo encapotado. De los aviones emergían figuras vestidas de verde que avanzaban en forma de abanico en dirección al cerco. Presté atención para oír el fuego de la artillería, pero no escuché nada. No estaba seguro de si me sentía estimulado o decepcionado. Un teniente joven, de

uniforme multicolor —camisa caqui y pantalones verdes—, se acercó a mí y se presentó. Pertenecía a la compañía D y era el oficial de enlace de aterrizaje. Me preguntó qué cuerpo tenía a mi cargo.

—Allí está Charley —señaló hacia el lugar donde estaban levantando la tienda, me estrechó la mano y prosiguió, como si yo fuera el invitado a una convención—: Bienvenido a Danang.

En una columna de a dos, avanzamos penosamente y pasamos junto a un depósito y a una escuadrilla de helicópteros H-34 estacionados. Los pilotos nos observaban con aire de despreocupación veterana. Iban disfrazados con las indumentarias de *Terry y los piratas*: uniformes de camuflaje, gorras de monte inclinadas, portarreólvolveres bajos. Supuse que una de las ventajas de estar en Vietnam consistía en la libertad de vestirse más o menos como a uno le viniera en gana. Poco después recibimos una lección objetiva sobre algunos de los inconvenientes de estar en Vietnam. Uno de los aviones había sido alcanzado por un leve fuego antiaéreo. Había varios boquetes recortados en una de sus alas. Las expresiones de algunos rostros parecían preguntar: «Si eso le hacen las balas a los aviones, ¿qué me harán a mí?». La respuesta la proporcionó un elevador de horquilla que descargaba en las cercanías.

Llevaba una pila de cajas de aluminio que parecían enormes cajas de herramientas. Eran ataúdes.

La compañía cavaba a lo largo de un camino de tierra, con la sección de Lemmon a la derecha y la de Tester a la izquierda. La mía ocupaba el centro. Algunos de los hombres de Lemmon hablaban excitadamente: su avión era el que había recibido el impacto. Les habían disparado, se habían resistido a su aterrizaje. Es justo reconocer que unos pocos disparos no significan demasiada resistencia, pero al menos nos habían ahorrado la humillación sufrida por el Tres-Nueve. Su entrada en la zona bélica había sido del tipo que presentan en las óperas cómicas. Al igual que los *marines* de los noticiarios de la Segunda Guerra Mundial, habían llegado a la playa y no fueron recibidos por el crepitar de las ametralladoras

ni el zumbir de las granadas, sino por el alcalde de Danang y una multitud de colegiales. El alcalde pronunció un breve discurso de bienvenida y las niñas colgaron guirnalda de flores de los cuellos de los *marines*. Adornados a la manera de los antiguos héroes, avanzaron para apoderarse de la colina 327, que resultó estar ocupada sólo por monos de las rocas — gorilas y no guerrillas, como dice el chiste— que no respondieron a la intrusión de sus primos erguidos y fuertemente armados.

La compañía Charley estaba destinada al sector sur de la zona, con las líneas dispuestas a la izquierda, en un camino asfaltado que conducía a la ciudad de Danang, y pegadas, por la derecha, a la compañía A. La línea principal de resistencia (LPR) se encontraba en la posición opuesta al camino de tierra, frente a nosotros. Existía una cerca de cadena eslabonada, una línea de trincheras en zigzag que unía una serie de atalayas de piedra —reliquias de la época colonial francesa—, una valla de alambre de púas de dos pistas, un campo minado y una triple hilera de alambre en acordeón. La LPR estaba guarnecida por un batallón del ejército regional (milicia) sudvietnamita, al que relevaríamos formalmente dos o tres días más tarde. Hasta entonces, el Uno-Tres actuaría como línea secundaria de defensa. Peterson nos contó que la faja de arrozales y aldeas que se extendía hacia el sur había sido durante años un baluarte comunista y se la consideraba la vía de llegada más probable de un ataque por parte del Vietcong. En términos sencillos, si atacaban, atacarían primero a la compañía C.

Espoleados por esa advertencia, los hombres trabajaron duramente toda la tarde, cavaron trincheras, llenaron, y apilaron bolsas de arena, apisonándolas con la parte roma de sus herramientas. Los oficiales deambulaban por la línea, asignaban y cambiaban posiciones. Tuve el cuidado de hacerlo todo según las reglas, estableciendo campos de fuego entrelazados, emplazando ametralladoras para cubrir el frente del pelotón... en resumen, todo lo que había aprendido en Quantico, en la compañía de fusileros para tácticas

defensivas. Ahora estaba ocupándome en serio de mi negocio, pero me resultó difícil convencerme a mí mismo de que se trataba de eso.

Hasta ese momento, esa maniobra tenía el carácter de ensayo de un ejercicio. Allá en Okinawa, la información del jefe acerca de ofensivas y contraofensivas había creado en mi mente sombrías imágenes de campos sembrados de granadas y de poblaciones devastadas. Pero por lo que yo podía ver, Vietnam no parecía un país asolado (defecto escénico que finalmente corregiría la potencia del fuego norteamericana). El «baluarte comunista» que se encontraba frente a nosotros me recordó un parque tropical. Los bosquecillos de bambú y los cocoteros asomaban de los arrozales como islas que emergen en un mar color de jade. Las campesinas avanzaban, con pasos cortos, por un arrozal —los palos sobresalientes apoyados en los hombros y la nuca, los sombreros cónicos— junto a un niño que montaba un búfalo. A un costado se deslizaba un grupo de jovencitas, provocativas criaturas con pantalones de seda y diáfanas túnicas. Sonrieron amablemente cuando Bunch, servidor de una ametralladora, las saludó desde su hoyo:

—Eh, *naisson*, número uno. Joto itchiban.

Williams, el jefe de su escuadra, le recordó que ya no estaba en Okinawa. Entretanto, escudriñé el campo con mis anteojos de campaña, en busca de las hordas rojas, pero las únicas señales de guerra que encontré fueron nuestros propios Phantoms que bramaban de cara al norte con sus portabombas llenos.

Las atalayas de *Beau Geste* de la LPR contribuían a la atmósfera de ficción. Si ésta era una verdadera zona bélica, ¿qué hacían aquí semejantes anacronismos? El único uso concebible que podían tener era como puntos de lanzamiento de baterías de morteros del Vietcong. Sus ocupantes eran otra fuente de perplejidad. El comportamiento relajado de los BG —los llamábamos bufidos de gallinita— indicaba una de esas tres posibilidades: nadie les había

advertido que era inminente un ataque enemigo; estaban informados, pero eran veteranos tan experimentados que las meras advertencias no les alarmaban; eran los peores soldados del mundo. Yo todavía no estaba familiarizado con las aptitudes combatientes de los sudvietnamitas, pero me incliné por la última posibilidad. Fuera como fuese, circulaban en masa, algunos con cascos o armas, y observaban con extrañeza nuestra febril actividad. Alrededor de media docena de ellos dormía bajo un colgadizo de paja; otros ganduleaban, descalzos, cerca de una de las torres encaladas. Unos pocos, descarados, se deslizaron por un hueco de la cadena eslabonada y se acercaron a nuestra línea a pedir cigarrillos:

—Soldado, dame cigarrillo tú.

Querían Salem, pero todo lo que pudimos ofrecerles fue Lucky de nuestra ración, cigarrillos tan viejos que se decía correspondían a los tiempos de la guerra de Corea. De cualquier manera, agradaron a los BG. Estimulados por el éxito de sus camaradas, vino a nuestro encuentro una segunda expedición de sudvietnamitas, pero fue expulsada por orden de Peterson. Éste nos hizo saber que debíamos evitar confraternizar con nuestros aliados. Según el oficial de información, los BG eran sospechosos tanto política como militarmente; se creía que en sus filas se habían infiltrado por vietnamitas o simpatizantes del Vietcong, lo cual significaba lo mismo. Huelga decir que nos resultó sumamente difícil comprender este criterio. Rebasaba nuestra capacidad de comprensión el que un batallón plegado de vietcongs, con uniforme del ejército regular sudvietnamita, pudiera estar defendiendo una base aérea norteamericana contra el Vietcong.

Al anochecer —sin haber oído un solo disparo ni disparado encolerizados— abandonamos nuestras excavaciones e improvisamos refugios para pasar la noche. Una vez hecho esto, la compañía hizo su primera comida desde el desayuno del día anterior en Okinawa, lo que ya comenzaba a parecer un lejano pasado. Los *marines* se sentaron en cuclillas para abrir los botes de raciones gris oliva con los abrelatas adheridos a las etiquetas. Se veían chispas

pequeñas y azules frente a cada grupo y el ácido olor de las tabletas para calentar latas se esparcía por el vivaque. Se escucharon las habituales bromas y maldiciones que acompañan a toda comida de raciones de campaña:

—Eh, cabrones, tengo jamón y judías... eh, gilipollas, cambio jamón y judías por una lata de melocotones...

—De acuerdo, acepto, ja...

—Si serás idiota, *te gustan* el jamón y las judías...

—De acuerdo, guárdatelos, marica...

—Estaba bromeando, dame esos melocotones...

—Ahora es tarde, no los cambio sólo por jamón y judías. El precio ha aumentado, muchacho. Jamón, judías y tu panecillo de dátiles por los melocotones.

Después de un día entero de excavar en el fango estaban todos mugrientos, además de legañosos a consecuencia de llevar dos días sin apenas dormir. Creo que también se sentían algo desilusionados. La prisa con que los habían enviado a Vietnam les había hecho suponer que la situación era desesperada: el convoy de carretas estaba rodeado y la caballería había acudido al rescate. Se habían sumergido en tal fiebre de anticipación que la realidad resultó ser un anticlímax. Más que desesperada, la situación parecía absolutamente en calma. Sí, allí estaban las carretas, bajo la forma de aviones militares supersónicos, pero faltaban los indios. Observando a los despistados sudvietnamitas y los tranquilos arrozales, nos preguntábamos:

¿Dónde está esa guerra de la que tanto oímos hablar? ¿Dónde están los fabulosos guerrilleros del Vietcong? Hubo un momento de excitación cuando estalló algo en un arrozal, a unos cien metros de distancia. A través de las copas de los árboles se elevó un penacho de humo amarillo pardusco. Algunos soldados se movieron en dirección a las armas, pero se tranquilizaron cuando se enteraron de qué había ocurrido: un perro que paseaba por un campo minado había estallado en pedazos.

La noche llegó rápidamente. En pocos minutos, el atardecer se convirtió en la oscuridad de una medianoche sin luna. Se establecieron las guardias: un veinticinco por ciento en estado de alerta durante las cuatro primeras horas, luego el cincuenta por ciento. Con los cascos y las chaquetas antifuego aéreo puestos (todos habíamos logrado «perder» los incómodos calzoncillos blindados), los hombres de la compañía se dirigieron a la línea. Entre las nueve y las diez, cuando unos francotiradores abrieron fuego sobre nuestras posiciones, supimos que la guerra de Vietnam se desarrolla, principalmente de noche. El tiroteo no fue denso ni preciso pero provocó mucho nerviosismo porque nadie podía saber de dónde venía. Las balas parecían silbar desde la nada. El paisaje, tan bucólico bajo la luz diurna, adquirió gradualmente un aspecto siniestro. Ante nuestra inexperta mirada, los arbustos comenzaron a parecerse a hombres. Sin embargo, no respondimos al fuego: el batallón se había comprometido a evitar herir accidentalmente a civiles. Las recámaras tenían que estar vacías y no podía abrirse el fuego salvo por orden de un suboficial o un oficial del estado mayor.

La batalla más dura que libramos aquella noche fue contra la vida de los insectos vietnamitas. Las redes y los repelentes contra los mosquitos resultaron ineficaces contra la horda de bichos que volaban, se arrastraban, reptaban, zumbaban y mordían, descendiendo sobre nosotros. De todos los grupos llegaba el sonido de manotadas y gritos de «malditos cabrones, fuera de aquí». A medianoche, mi cara y mis manos eran masas de verdugones.

Con el fin de escapar a semejante tortura, realicé frecuentes controles de las líneas de la sección. Fue aquella noche, o la siguiente o quizá la subsiguiente —aquellas primeras noches en Vietnam se confunden en mi mente—, cuando estuve a punto de que me disparara uno de mis propios hombres. Cuando me aproximé a su trinchera, frené mis pasos con un pedantesco y formal quién vive:

—Alto. ¿Quién vive?

—Charley Dos Verdadero —mi nombre en clave.

—Dos Verdadero, avance para ser reconocido. Adelanté dos pasos.

—Alto. ¿Quién es el presidente de Estados Unidos?

—Lyndon B. Johnson.

—¿Quién es el secretario de Defensa?

—Robert S. McNamara.

Como creí que mis respuestas me identificaban claramente, empecé a avanzar. Otro *alto*, seguido por el sonido de un cerrojo que se acomodaba en su lugar y la desagradable visión de un fusil que me apuntaba a diez metros de distancia, interrumpieron mis pasos.

—Dos Verdadero, ¿quién es el subsecretario de Defensa?

—¡Caray, qué sé yo!

—Dos Verdadero, reconocido —dijo, y bajó el arma.

Era Guiliumet. Cuando salté al interior de su foso comprendí la razón de su excesiva vigilancia. Él y el fusilero que le acompañaba, Paulson, habían estado a punto de ser alcanzados. Señalaron una bolsa de arena hecha jirones.

—La colocó exactamente entre los dos, teniente —explicó Paulson—. Jesús, si hubiera estado un par de centímetros más allá, no habría contado el cuento.

Hice un comentario trivial acerca de las ventajas de errar el tiro, pero me aseguré de permanecer alejado de la bolsa de arena destrozada. Al mirar hacia la oscuridad del otro lado de la alambrada no vi nada peligroso: sólo los arrozales desiertos, ahora grises en lugar de verdes, las manchas negras que identificaban una aldea o un matorral, las copas festoneadas de los árboles distantes, más negras que el cielo negro. No obstante, el tirador apostado tenía que estar por allí... y con mi cabeza a la vista. Para no permitir que mi imaginación siguiera volando, salí de la trinchera y continué mis rondas, sin dejar de sentirme nauseabundo en todo momento. Fantasmas, pensé, estamos luchando contra fantasmas.

Más tarde, estalló un vivo tiroteo a unos cien metros más allá de la zona. Vibraban granadas y morteros. Las armas de corto

alcance chasqueaban como madera ardiente y un par de trazadoras pasaron como un silencioso rayo de líneas escarlatas por encima de los árboles. Sonaba la artillería en otra batalla más distante. Todos aquellos ruidos, los misteriosos y fascinantes ruidos del contacto, parecían responder a nuestras preguntas anteriores: allí estaba la guerra y allí estaba el Vietcong, esperándonos.

*Leí la historia de nuestros héroes y
quise lo mismo: representar mi propio pa-
pel en la comedia patriótica.*

Balada irlandesa

Esperaron largo tiempo. El batallón no participó en ninguna acción hasta el 22 de abril, cuando enviaron a la compañía B como refuerzo de una patrulla de reconocimiento que había caído en una emboscada, a pocos kilómetros al oeste de la colina 327. En el ínterin, luchamos contra el clima, los francotiradores y la monotonía, aunque la peor dificultad era el clima.

Los días eran todos semejantes. El sol salía alrededor de las seis y cambiaba de color a medida que ascendía, del rojo al oro, del oro al blanco. Las neblinas de los arrozales se evaporaban y la brisa del amanecer se desvanecía. A mediodía, nada se movía bajo el cielo brillante. Los campesinos abandonaban los campos en busca de la sombra de sus aldeas; los búfalos permanecían inmóviles en los cenagales, dejando asomar únicamente sus cabezas y sus gruesos y curvados cuernos por encima del barro; los árboles estaban tan quietos como plantas en un invernadero. A media tarde soplaba el viento desde las montañas, un viento ardiente que levantaba el polvo de los caminos y los secos arrozales crujían bajo el sol, en los lugares donde se había recolectado el arroz. Toda vez que soplaba el viento, no podíamos mirar a ningún lado sin ver polvo: nubes de polvo, mantos de polvo, demonios de polvo que se arremolinaban en las tiendas cuyas paredes de lona ondulaban como velas,

tensaban las cuerdas y desaparecían súbitamente cuando pasaba el remolino. No era un polvo agradable sino un elemento espeso que se adhería a todo lo que tocaba, a la carne y a los fusiles, a las hojas de los árboles. Cubría el grasiento equipo de cocina del fogón, de modo que teníamos que comer polvo además de respirarlo. Y también beberlo, porque se filtraba en las bolsas y en los botes defectuosos, por lo que el agua sabía a barro tibio. A última hora de la tarde, las montañas otorgaban una prematura luz crepuscular al llano costero, pero el temprano anochecer era el peor momento. El viento amainaba y el aire se volvía sofocante a medida que la tierra liberaba el calor que había absorbido a lo largo del día. Bebíamos de nuestras cantimploras hasta que las barrigas sobresalían y tratábamos de movernos lo menos posible. El sudor chorreaba por nuestro cuerpo y nuestra cara. El polvo adherido a nuestra piel se espesaba en una película gomosa. Las temperaturas no revelaban nada: el clima de Indochina no se presta a las normas de medición convencionales. El hilo de mercurio puede llegar un día a los 37 grados, a 43 el siguiente y a 40 dos días más tarde, pero estas cifras no expresan la intensidad de aquel calor, del mismo modo que la lectura de un barómetro no indica el poder destructivo de un tifón. La única medida válida era lo que el calor podía hacerle al hombre, y eso era bastante sencillo: matarlo, cocerle los sesos o exprimirle el sudor hasta que abandonaba por cansancio. Los pilotos y los mecánicos de la base podían escapar a sus frescas barracas o clubs con aire acondicionado, pero dentro de la zona no era posible hacer nada con el calor, excepto soportarlo. El alivio sólo llegaba por la noche y la noche siempre era portadora de enjambres de mosquitos palúdicos y del *crac-crac-crac* de los fusiles de los francotiradores.

El aburrimiento era otro problema, como siempre ocurre en una guerra estacionaria. El batallón relevó a los sudvietnamitas que, menos que entusiastas ante la perspectiva de ser «libres de luchar» en la contraofensiva, se tomaron su tiempo para trasladarse. Dichosos habríamos ocupado su lugar. En lugar de la aventura que

habíamos esperado, defender el campo aéreo resultó ser de una monotonía enervante. Hacíamos guardias por la noche, nos manteníamos en estado de alerta después de la puesta del sol y reducíamos la guardia ante las primeras luces. Durante el día reparábamos los alambres oxidados, cavábamos hoyos, llenábamos bolsas de arena. Nuestras posiciones variaron con frecuencia, primero a la derecha, luego a la izquierda, después otra vez a la derecha, de acuerdo con los cambiantes esquemas defensivos diseñados por el personal de la brigada. Aquello no era la guerra, sino trabajos forzados. En una ocasión se dio la orden de emplazar armas manejadas por la dotación en refugios lo bastante resistentes para soportar tiros directos de morteros de 120 mm, y a continuación la artillería más pesada del arsenal del Vietcong. Las escuadras de ametralladoras, en un despliegue de instinto creador, erigieron elaboradas fortificaciones en un estilo que podríamos llamar del Moderno Bolsa de arena. Poco antes de concluir estos proyectos arquitectónicos llegó la orden de dismantelarlos. El general Karsch —comandante en jefe de la brigada— consideraba que los refugios destruían el «espíritu de ofensiva» de los *marines*, lo que llevó a Sullivan a observar que después de semanas de trabajar bajo el sol ardiente sin darse siquiera un baño, sus hombres eran tan ofensivos como resultaba posible.

Karsch y el coronel Bain recorrían la zona con bastante frecuencia y era interesante observar el contraste que había entre estos dos oficiales. El coronel parecía —y era— un *marine* de campaña hecho y derecho: brusco hombrón, con un rostro que lograba ser feo y atractivo a la vez. Su nariz, levantada y demasiado grande, la carne arrugada, los ojos duros y cansados, decían más acerca de dónde había estado que todas las palabras de su hoja de servicios y todas las cintas de su pecho. Era un rostro feo pero poseía la dignidad que se confiere a quienes han sufrido los dolores corpóreos y emocionales de la guerra. El coronel había pagado su tributo bajo el fuego, de modo que pertenecía a la antigua hermandad a la que el dinero, la ascendencia social y las relaciones políticas no podían

abrir la entrada.

El alto pero tripudo brigadier era otra cuestión. Representaba un gran papel luciendo una corbata a la inglesa verde con su almidonada chaqueta de campaña. Sus botas y las estrellas de su cuello brillaban, y un séquito de oficiales del estado mayor le pisaba los talones cada vez que recorría la zona. El general hizo algunos intentos por hablarnos de hombre a hombre durante sus visitas pero nunca lo consiguió. En cierta ocasión, entró en mi puesto de mando del pelotón mientras me estaba afeitando, sin el casco. Empecé a quitarme la espuma de la cara pero la elegante figura —puro almidón y rayas bien marcadas— hizo un gesto deferente con la mano:

—No es necesario, teniente —dijo—. Me gusta ver que se mantiene la pulcritud en el campamento. Prosiga.

Proseguí, aunque me chocó la falsa cordialidad de su voz, similar a la de un político en plena campaña electoral.

Se emprendió la contraofensiva al concluir marzo. Empleo el término *contraofensiva* con poca exactitud: la barahúnda que oíamos todas las noches se parecía más a una serie de tiroteos inconexos que a una batalla organizada. Las ametralladoras disparaban en ráfagas breves y medidas, ráfagas que se prolongaban cada vez más hasta que sólo se oía un largo y continuo tableteo y luego, repentinamente, se hacía el silencio; después volvían las ráfagas reguladas. De vez en cuando sonaba un disparo de mortero con un *crump* rápido y sordo, estampido que no podía oírse sin pensar en carne desgarrada y huesos rotos. La artillería pesada tamborileaba toda la noche a intervalos regulares, la pálida luz de las granadas, al estallar, parpadeaba por encima del borde de las distantes colinas. En algunas ocasiones el estruendo de la batalla se aproximaba al campo aéreo, pero nunca lo bastante para tocarnos, excepto los habituales tiradores apostados. Resultaba extraño permanecer a salvo en nuestras trincheras mientras otros hombres se mataban y morían a menos de un kilómetro de distancia.

Con el propósito de evitar que las tropas se apoltronaran, el sargento de artillería de la compañía, hombre alegre y de ancho pecho, llamado Marquand, las enviaba a ocupar sus posiciones con pronósticos de ataques inminentes:

—Esta noche nos atacarán. Se lo garantizo. Caerán sobre nosotros.

Pero nada ocurría. Nuestro papel en la supuesta contraofensiva se limitaba a realizar detallados informes de todo disparo que oyéramos hacia el frente de nuestros respectivos sectores de sección. Ignoro quién hacía qué con esa información, pero creo que ayudaba a que el oficial de información del batallón trazara lo que en la jerga se conoce como «dismapa», mapa que muestra la disposición de las fuerzas amigas y enemigas. Un día, aquél me lo mostró. La LPR era una línea gris trazada con lápiz de cera. Al otro lado, un enjambre de rectángulos como símbolos de batallones del Vietcong y de compañías independientes, describía un semicírculo alrededor del campo aéreo, con las concentraciones más densas al sur y al oeste. Un panorama sombrío y desconcertante: allí los comunistas tenían el equivalente de una división, pero todavía no habíamos visto un solo soldado enemigo. Observé el mapa, luego los arrozales, y a continuación otra vez el mapa y sentí la misma náusea que aquella primera noche en la trinchera de Guiliumet. Entonces se trataba de un francotirador fantasma. Ahora era toda una división de fantasmas.

González fue herido a finales de mes: nuestra primera baja. Conducía a un destacamento de alambradores y habían penetrado en un campo minado que se suponía que los BG habían limpiado antes de que los releváramos. Éstos habían hecho un mal trabajo o los norvietnamitas que según se decía estaban en sus filas, deliberadamente habían dejado colocadas algunas minas. Se trataba de minas pequeñas más destinadas a mutilar que a matar, y la que González pisó hizo lo que se suponía debía hacer. González voló por los aires y su pie izquierdo se convirtió en una masa de carne

magullada y sanguinolenta en el interior de los jirones de su bota. Podía haberse desangrado hasta morir allí mismo, pero el soldado de primera Sampson —reptando boca abajo y tanteando el suelo con la bayoneta en busca de minas— abrió una senda a través del campo, se colgó al herido de los hombros y lo salvó. Sampson fue propuesto para la Estrella de Bronce. No volvimos a ver a González. Lo evacuaron a Estados Unidos y lo último que supimos fue que se estaba recuperando en el Hospital Naval de Oakland. Le habían amputado el pie.

Lo echamos de menos sinceramente, no porque poseyera cualidades que hicieran de él un hombre especial, sino porque, sencillamente, había sido uno de nosotros. Peterson, preocupado por la moral de la compañía, pidió a los comandantes de secciones que hablaran con sus hombres. Debíamos recordarles que nos encontrábamos en una zona de guerra, que deberían habituarse a las bajas y que aunque González había sido el primero no sería, sin duda, el último. La idea de pronunciar semejante arenga me hizo sentir como un impostor, ya que yo no sabía nada de la realidad militar en el combate, pero de todos modos lo hice. El pelotón se reunió en mi puesto de mando —como llamaban grandilocuentemente a mi cubil— al atardecer. Amontonados a mi alrededor como un equipo de fútbol alrededor del defensa, los cascos bajo los brazos, los rostros tan cubiertos de barro que sus ojos parecían asomar por debajo de máscaras rojas, escucharon pacientemente a un subteniente que les hablaba de las duras realidades de la guerra. Cuando concluí, inquire si querían hacerme preguntas. Sólo hubo una:

—¿Se pondrá bien José, teniente?

Respondí afirmativamente y repetí que le habían amputado el pie. Algunos asintieron. Acababan de oír lo único que para ellos era importante y nada de lo que yo dijera podía importarles tanto. Su amigo se pondría bien. Entonces les despedí y mientras los observaba salir, en grupo de dos o tres, volví a emocionarme el afecto poco común que esos hombres comunes sentían entre sí.

Hubo más bajas. El Tres-Nueve sufrió la mayoría de ellas. Sólo

unas pocas fueron provocadas por acciones enemigas; el resto correspondió a insolaciones y accidentes, contratiempos que también forman parte inevitable de la guerra. Centinelas nerviosos dispararon, por error, a otros *marines*. Algunas descargas accidentales fueron las causantes de varios muertos y heridos. En cierta ocasión, un Skyraider de propulsión, que había sido alcanzado por una descarga antiaérea, cayó a tierra en la pista de aterrizaje. El piloto había echado por la borda toda su artillería, excepto una bomba de 120 kilos, que por alguna razón permaneció en el portabombas. Una fatal excepción. Estalló, desintegrando al piloto y a su avión e hiriendo a varios aviadores que se encontraban en las cercanías. La otra servidumbre, la enfermedad, también nos afectó, aunque no con demasiada gravedad. La diarrea y la disentería fueron las más frecuentes. La malaria hizo su aparición, pero las amargas píldoras que ingerimos la mantuvieron bajo control, además de otorgarnos un matiz amarillento a la piel. Oí decir que dos *marines* de la brigada murieron de fiebre de las aguas estancadas. Un mal más corriente, que atrapé aquella primavera, se denominaba FOD o fiebre de origen desconocido. Se caracterizaba por una fiebre ligera, dolor e inflamación de garganta y una sensación general de inutilidad que el calor empeoraba.

Dichas enfermedades se originaban principalmente en nuestras condiciones de vida. Solíamos leer, con asombro, las noticias acerca de los lujos que se prodigaban al ejército de Estados Unidos. Nosotros los llamábamos Soldados de Chocolate, porque los *marines* del I cuerpo vivían duramente, como siempre han vivido los hombres de infantería. Por la noche, el polvo, la mugre y los mosquitos llenaban nuestros cubículos. Nuestra única comida caliente parecía ser el arroz y las judías. Las otras dos comidas consistían en raciones de campaña y llegó un momento en que me sentía incapaz de mirar esos botes de hojalata sin tener arcadas. Salvo los melocotones y las peras. Los melocotones y las peras eran prácticamente lo único que podíamos comer en aquel clima. En principio, no teníamos duchas; rara vez había suficiente agua para beber

y menos aún para bañarse, sin contar con que casi toda la que teníamos era una especie de caldo verdoso que extraíamos de los pozos de la aldea. El agua se purificaba con tabletas de *halizona*, lo que le daba sabor a yodo. Incluso con las tabletas, el agua aflojaba las tripas de todos y si existe un olor que siempre asociaré con Vietnam es el olor a heces y a cal de una letrina. El papel higiénico escaseaba y sólo contábamos con las minúsculas servilletas de papel de las cajas de raciones, lo que permite imaginar que no pudiéramos soportar nuestro propio olor con los residuos adheridos al vello anal, sin baños, sudando constantemente, con los uniformes rígidos y blanqueados por la transpiración seca.

Si dejamos de lado esas incomodidades no pasamos mal del todo aquel tiempo de guerra ficticia. Hacía tiempo había desaparecido el monzón, lo mismo que la guerra de agotamiento, con su juego asesino de Rey de la Montaña. No estábamos lo bastante cerca del peligro para abrigar la ilusión de que realmente corríamos riesgos y darnos el título de combatientes de infantería. La imagen que teníamos de nosotros mismos la corroboraban los aviadores destacados en la base. Se trataba de un puñado de pacíficos mecánicos y técnicos que durante semanas habían vivido sin nada que los separara del Vietcong, salvo esa débil y poco confiable línea de milicianos sudvietnamitas. Ahora, con una brigada de *marines* que los custodiaban, podían hundirse en sus camastros por la noche sin temor a que les cortaran la garganta mientras dormían. Con frecuencia nos decían: «No os imagináis cuánto nos alegramos de que estéis aquí». Nos abrieron las puertas de sus clubs y siempre contábamos, como mínimo, con una ronda de cervezas gratuitas. A sus ojos éramos héroes, papel que representábamos hasta la saciedad con muchas conversaciones acerca de balas caídas en la zona, que ellos consideraban el fin del mundo.

Había algún riesgo en el patrullar de pequeñas unidades de seguridad que llevábamos a cabo en aldeas del otro lado de la LPR, pero dichas acciones nunca significaron mucho más que un saludable ejercicio al aire libre. A modo de diversión, nos tomábamos

algunas libertades ocasionales en Danang, donde íbamos de putas y bebíamos. Una vez cumplidos nuestros deberes soldadescos de esta forma, nos dirigíamos al Grand Hotel Tourane, encalado establecimiento colonial, encantadoramente pobre, donde ingeríamos una comida decente. Luego, saciados y maravillosamente limpios con nuestros caquis tropicales, nos instalábamos en la terraza a beber cerveza fría debajo de ventiladores que giraban lentamente y observábamos los sampanes que se deslizaban por el río Tourane, de color rojo herrumbroso en el ocaso.

Aquel período en Vietnam fue singular, con algo del característico sabor romántico de las guerras coloniales de Kipling. Hasta el nombre de nuestro grupo era evocador: Brigada Expedicionaria. Nos gustaba ese nombre y como era la única brigada norteamericana que se encontraba en el interior del país en aquel momento, teníamos la sensación de que éramos seres especiales, la sensación de ser «unos pocos, nosotros los pocos felices, nosotros el grupo de hermanos». El teniente Bradley —el oficial de transporte motorizado del batallón— expresó perfectamente la atmósfera de aquellas semanas, a las que calificó de «espléndida guerrita».

No era tan espléndida para los vietnamitas, naturalmente, y a principios de abril tuvimos un aviso de la naturaleza de la contienda que se estaba librando en el monte. Dos comandos australianos, asesores de un grupo de Rangers del ejército sudvietnamita, llegaron a la zona de la compañía Charley. Eran unos personajes de aspecto duro y facciones enjutas, acompañados por un ranger de aspecto aún más duro, cuyos ojos delataban la hastyada expresión del hombre al que ya no le preocupan las cosas que ha visto y hecho. Los australianos hablaron con Loker —sargento del pelotón de Tester—, que anteriormente había prestado servicio como consejero con ellos. Fue una reunión bulliciosa. Algunos de nosotros, curiosos ante esos extranjeros, nos reunimos en las cercanías para oír lo que decían. Los australianos describieron un enfrentamiento que habían sostenido aquella mañana. Los detalles del combate escapan a mi memoria, pero recuerdo que el más bajo de

los dos dijo que su patrulla se había llevado un recuerdo del cuerpo de un vietcong muerto. Sacó algo del bolsillo y, sonriente, lo sostuvo en alto, a la manera de un pescador que posa para una fotografía con una trucha gigantesca. Fue una visión educativa, ya que no edificante. Nada podía haber estado mejor calculado para dar una idea del tipo de guerra que era la del Vietnam y del tipo de cosas que los hombres son capaces de hacer en la guerra si participan en ella el tiempo suficiente. No ocultaré mis emociones. Me impresionó lo que vi, en parte porque no esperaba ver semejante cosa y en parte porque el hombre que la sostenía era una fiel imagen de mí mismo: un miembro del mundo de habla inglesa. En realidad, tendría que decir «las sostenía», en plural, porque eran dos, ensartadas en un alambre: dos orejas humanas, marrones y sanguinolentas.

A finales de abril relevamos al Tres-Nueve en la colina 327, que no era una sola colina sino una serie de elevaciones que formaban un muro natural entre Danang y el valle controlado por los vietcongs, al oeste. Se llamaba Valle Feliz, aunque allí nunca ocurrió nada dichoso.

La compañía D guarnecía la mismísima colina 327, en el flanco izquierdo; la colina 268, en el centro, estaba ocupada por nuestra compañía y, en el flanco derecho, la compañía A defendía el paso de Dai-La, al norte del cual se elevaba otra colina, la 368, ocupada por el 2.º batallón que, junto con el cuartel general del regimiento, había aterrizado pocos días antes. El cuartel general del batallón y la compañía B, en reserva, establecieron su campamento en la base del terreno alto, en un campo próximo a una miserable aldea apodada Perro Apaleado. Exactamente detrás de ellos se emplazó una batería del 105, con los obuses rodeados por muros circulares de bolsas de arena y los cañones elevados para que las granadas pudieran pasar por encima de las colinas.

El nuevo hogar de la compañía era muy recomendable. Las abruptas y hermosas cuestas de la colina 268 eran casi

inexpugnables para una fuerza numerosa. Sus anteriores ocupantes habían perfeccionado sus rasgos defensivos naturales mediante trincheras con bolsas de arena, emplazamientos de ametralladoras y un refugio para un observador de avanzada, semejante a una fortaleza. Evidentemente, el Tres-Nueve no había tenido muy presente la advertencia de conservar el espíritu de ofensiva. Para colmo de bienes, allí arriba el calor era menos intenso. Además, no había polvo ni francotiradores, si se exceptúa a Charlie Milseiscientos, puntual guerrillero que lanzaba unos cuantos disparos casi todas las tardes a las cuatro en punto. Llegamos a quererlo, principalmente porque nunca acertó a nada. Pero lo más impresionante era el paisaje, especialmente si se dirigía la vista hacia el oeste. El Valle Feliz era tan bello como peligroso: una sábana de arrozales esmeraldinos y campos polvorientos quebrados por las ondulantes líneas de las acequias arroceras y por bosquecillos de palmeras donde se encontraban las aldeas. A través del valle corría el Song Tuy Loan, pero no podíamos verlo a causa de los bambúes densamente apiñados en sus márgenes; sólo una mancha ocasional de agua marrón aparecía a través de las arqueadas ramas de los árboles. A lo lejos, parduscas estribaciones ascendían hacia la elevada cordillera, cuyos picos tenían nombres como Ba-Na, Dong Den y Tung Heo. Las montañas siempre variaban pero nunca cambiaban. Sus formas se modificaban con las trémulas olas de calor y sus colores mudaban con la luz, desde el verde pálido —cuando recibían el sol naciente— hasta un verde cada vez más oscuro que se convertía en azul en los días muy claros, después que la lluvia había bañado el polvo del aire. Nunca había visto un campo semejante, tan exuberante y encantador bajo la luz diurna que me recordó Shangri-la, el país de ficción de la eterna juventud. Pero la noche siempre llevaba consigo el retumbar de la artillería, recordatorio práctico de que estábamos en Vietnam, donde la juventud era superflua.

Transcurrieron diez días, diez días de holgazanería total. Se diluyó la novedad de nuestro entorno y el batallón comenzó a sufrir

una enfermedad anímica, llamada *cafard* por los soldados franceses cuando se encontraban en Indochina. Los síntomas consistían en ocasionales estados de depresión, acompañados de invencible fatiga, que hacía que las tareas más sencillas, como afeitarse o limpiar un rifle, parecieran agotadoras. Sus causas eran oscuras, pero tenían algo que ver con el persistente calor, la falta de acción y los largos días de contemplación de aquel extraño paisaje, paisaje ciertamente encantador, pero después de un tiempo toda esa jungla verde se volvía tan monótona como el *beige* del desierto o el blanco del Ártico.

Esperábamos y seguimos esperando un ataque que nunca llegó. Por último, en la segunda quincena del mes, alguien decidió que si el Vietcong no venía a nosotros, nosotros iríamos a su encuentro. Se cambió la estrategia de la defensa estática. La brigada recibió órdenes de iniciar acciones de patrulla de largo alcance y operaciones de reconocimiento-y-destrucción en pequeña escala, más allá de la zona. «Pequeña escala» significaba de la dimensión del batallón. A la nueva estrategia se le denominó «defensa agresiva», pero significaba que participaríamos de la lucha. La guerra ya no sería sólo «de ellos» —«ellos» eran los vietnamitas— sino también nuestra: una empresa de propiedad conjunta.

La orden de la defensa agresiva resultó una cura eficaz para la *cafard*. La primitiva excitación, embotada por siete semanas de monotonía, volvió a hacer vibrar al batallón. Desde el mismo momento del aterrizaje estábamos convencidos de que podíamos ganar esta guerra de escaramuzas y ganarla rápidamente, si nos daban, a nosotros, la posibilidad de combatir. Cuando digo «nosotros» *no me* refiero a Estados Unidos sino a nuestra brigada, y cuando digo «rápidamente», quiero decir muy rápidamente.

—Creo que limpiaremos esto en pocos meses —me aseguró entonces un oficial del estado mayor.

Tanta seguridad no parecía extravagante entonces, ni se limitaba a los que nos encontrábamos en Vietnam. Un viejo amigo de la escuela secundaria, que también pertenecía al Cuerpo de

Infantería de Marina, estaba embarcado en medio del Atlántico cuando se enteró del aterrizaje en Danang. En cuanto regresó a Estados Unidos, corrió a Washington y solicitó destino inmediato en las «fuerzas de tierra del Pacífico occidental».

«Me inquietó pensar que la guerra terminaría antes de mi llegada», me dijo años después. (Cumplió su deseo: dos veces lo enviaron a Vietnam y dos veces fue herido, la primera vez por un mortero y la segunda por un cohete que le hizo perder la visión de un ojo).

Supongo que creíamos en nuestra propia publicidad —los guerrilleros asiáticos no tenían la más mínima probabilidad contra los *marines* norteamericanos—, como aceptábamos todos los mitos creados por el más expresivo y elegante artífice de mitos, John F. Kennedy. Si él era el rey de Camelot, nosotros éramos sus caballeros y Vietnam nuestra cruzada. No existía nada que no pudiéramos hacer, porque éramos norteamericanos y, por la misma razón, todo cuanto hiciéramos estaba bien.

La nueva etapa se inició con la escaramuza de la compañía B del 22 de abril. Por lo que sé, fue el primer encuentro librado por una unidad norteamericana en Vietnam. Como muchos de los miles de enfrentamientos que seguirían, comenzó con una emboscada y concluyó sin resultados palpables. Una compañía de ochenta hombres del 3.º batallón de reconocimiento había partido aquella mañana en una incursión a través del Valle Feliz. El 3.º de reconocimiento estaba formado por una pandilla de matones de estilo propio, en cuyo estandarte había una calavera y dos tibias cruzadas, y su divisa los calificaba de CELER, SILENS ET MORTALIS: rápidos, silenciosos y mortales. Habría sido más acertado decir lentos, ruidosos e inofensivos, porque lo único que siempre lograron fue que los rodearan o les tendieran una emboscada, o ambas cosas, y luego pedir auxilio para que los rescataran.

Y eso fue lo que ocurrió el 22 de abril. Una compañía de vietcongs, de unos ciento veinte hombres, rompió el fuego sobre la patrulla cerca del caserío de Binh Thai. La patrulla atacó las

posiciones enemigas, pero las tropas de reconocimiento, apenas armadas, no lograron desalojar a los guerrilleros, que los acosaron con disparo de armas automáticas. Un equipo de exploradores del ejército sudvietnamita, agregado a los *marines*, se separó y huyó presa del pánico. Entretanto el jefe de la patrulla solicitó, por radio, el envío urgente de refuerzos. Después de un prolongado retraso, mientras la solicitud recorría la cadena de mandos, se ordenó a la compañía Bravo que «ensillara» a velocidad de combate. Dirigidos por su encantado capitán, los fusileros se reunieron en el helipuerto del batallón, a aguardar la llegada de sus helicópteros, símbolo de la nueva movilidad militar. Los H-34 llegaron, pero no a tiempo de impedir otra demora que, aunque no por responsabilidad de los H-34, restó sentido a la nueva movilidad. Un oficial del regimiento del estado mayor observó que los *marines* no llevaban sus chaquetas antifuego aéreo y ordenó que volvieran a sus tiendas. Ante este hecho, el coronel Bain estalló en un ataque de ira e hizo acres comentarios acerca de «la caída que son los oficiales del estado mayor que se preocupan más por las ordenanzas referentes al uniforme que por ayudar a los *marines* que están en peligro». Con el propósito de señalar su desdén por los entrometidos, montó en su *jeep* y se dirigió al valle por un camino de tierra. En el punto en que acababa el camino, prosiguió a pie hasta el campo de batalla, a través de tres kilómetros de monte hostil, acompañado únicamente por un aterrorizado conductor y el sargento mayor de seguridad. Este acto de audacia le ganó la admiración de las tropas y la enemistad de los miembros de la brigada y el regimiento.

Los de la compañía C ignorábamos toda esa confusión. Desde nuestro reducto de doscientos cincuenta metros, sólo podíamos ser testigos del drama de la operación. Teníamos la impresión de estar en un cine al aire libre, viendo una película de guerra. Los *marines* corrían agachados hacia el interior de los helicópteros; los helicópteros despegaron uno a uno a medida que se cargaban y cada uno de ellos levantó una polvareda flotante provocada por las paletas del rotor; el rugido ensordecedor de los motores disminuía

mientras las máquinas se dirigían a un punto de reunión que se encontraba directamente en lo alto, suspendidas en el aire, en tanto más adelante los buques cañoneros Huey bombardeaban la zona de aterrizaje, casi rozándola, pequeños contra el telón de fondo de las montañas y las ráfagas de sus cañones de fuego rápido enmudecían por la distancia hasta transformarse en un chirrido; luego el prolongado y deslizante descenso de los helicópteros de asalto que se agrandaron y volvieron a empequeñecer antes de desaparecer por el borde bajo, más allá del cual se encontraba la zona de aterrizaje; el humo de fósforo blanco se tamizaba entre los árboles donde la compañía Bravo se comunicaba y de donde surgía la voz tensa que cloqueaba en una radio de campaña: «Aquí Bravo tiene cuatro vietcongs muertos en acción, repito cuatro Víctor Charlie MEA». Había cierta fascinación en todo esto. Por encima de todo, deseé estar con ellos. Contacto: ese acontecimiento que tantos de nosotros anhelábamos. En ese momento supe que en la guerra había algo que me seducía. Puede haber sido una atracción atroz pero existía y no podía negarla.

El tiroteo perduró, en forma intermitente, hasta el atardecer, pero, en ningún momento, la compañía B se encontró frente a frente con el grueso de los norvietnamitas. Los guerrilleros habían utilizado las dilaciones para quebrar el contacto con la patrulla de reconocimiento y luego habían desaparecido en el monte, cubriendo su retirada con unos pocos francotiradores y algunos hombres en la retaguardia. Seis de éstos murieron y cuatro fueron capturados en una aldehuela incendiada con granadas de fósforo blanco. Nuestras pérdidas fueron insignificantes: unos pocos heridos por metralla de granada, aunque sólo uno, de la patrulla de reconocimiento, lo bastante grave para ser hospitalizado. Sin embargo, la compañía Bravo sintió que había recibido su bautismo de fuego, ese sacramento de los soldados, y regresó muy pagada de sí misma.

Al día siguiente, Peterson llamó a los oficiales y a los sargentos de pelotón para informarles. La inofensiva camorra de la compañía

B había inspirado al estado mayor para hacer algo más ambicioso: una operación de reconocimiento-y-destrucción de dos compañías. La unidad enemiga que había que buscar y destruir, si se la encontraba, era el batallón 807. Se consideraba que éste operaba en las estribaciones que rodeaban a Hoi-Vuc, aldea del extremo más alejado del valle. La compañía Delta debía establecer una posición de bloqueo cerca del escenario de la acción del día anterior, mientras la compañía Charley practicaría un ataque en helicóptero a pocos kilómetros hacia el oeste. La zona de aterrizaje sería un claro entre las colinas 107 y 1098; esta última era una gran pirámide gris, conocida por los vietnamitas con el nombre más poético de Nui Ba-Na. Desde allí, la C avanzaría hacia el sudeste, siguiendo el curso del río Song Tuy Loan, atravesaría la aldea de Hoi-Vuc y se reuniría con la compañía D. Reconocí la maniobra gracias a mis estudios en Quantico: un movimiento de martillo y yunque. La compañía C era el martillo y se esperaba que los vietcongs huyeran como ratas enloquecidas antes de que aquélla avanzara, para ser aplastados por la compañía D, el yunque. Así aparecía el plan en el mapa del capitán, donde la enmarañada jungla sólo era una mancha de tinta verde y las colinas, chatas.

Peterson concluyó su informe leyendo las instrucciones de la brigada referentes a las normas de acción. El día anterior, un fusilero de la compañía B había disparado contra un granjero, al que aparentemente había confundido con un vietcong. Con el objeto de evitar incidentes similares en el futuro, la brigada volvía a ordenar que las recámaras se mantuvieran vacías excepto cuando el contacto fuera inminente y, en las zonas controladas por los guerrilleros, no debía dirigirse el fuego a vietnamitas desarmados *a menos que corrieran*. Un vietnamita que corría era un blanco seguro. Esto nos desconcertó e inquietó. Nadie estaba ansioso por dispararles a los civiles.

¿Por qué el acto de correr identificaría a alguien como comunista? ¿Qué ocurriría si le disparáramos a un vietnamita que tenía una razón legítima para correr? ¿Se consideraría como un acto

bélico justificable o daría lugar a un consejo de guerra? Por último, el jefe dijo:

—Ignoro qué se supone que significa esto, pero hablé con el batallón y me dijeron que por lo que a ellos se refiere, si está muerto y es vietnamita, es un vietcong.

A continuación nos retiramos para informar a los jefes de escuadra.

Las horas siguientes se dedicaron a los preparativos habituales y todos se mostraron muy contentos... excepto los sargentos de sección. Cuando entré en la tienda de éstos para pasarle unas instrucciones de último momento a Campbell, los encontré en un estado de ánimo raro, que me sorprendió. Campbell parecía especialmente ceñudo, algo poco común en él, y bajo la tenue luz de la lámpara de queroseno, las sombras ahondaban las arrugas de su rostro y parecía mucho mayor de los treinta y seis años que tenía. Estaba escribiendo una carta a su esposa y a sus tres hijos. Es extraño, pero nunca había pensado en él como marido y padre, ni como ninguna otra cosa excepto un sargento. Hice una observación acerca del mal humor de todos ellos.

—No estamos malhumorados —dijo Colby—. Ocurre que esta compañía actúa como si nos dispusiésemos a emprender una excursión de niños exploradores. Estábamos conversando y pensamos que si mañana muere alguno, habría que amortajarlo, exhibirlo, y dejar que la compañía desfilara y contemplara el cadáver. Entonces veríamos si a alguien le quedan ganas de reírse.

Observé que eso me parecía muy morboso.

—Estos ataques en helicóptero pueden llegar a ser muy morbosos. —El teniente Colby se dedicó a hacer una minuciosa descripción de una sangrienta operación en que había participado mientras prestaba servicios como consejero de los Rangers del ejército sudvietnamita—. Nos movíamos a la izquierda y los morteros se movían a la izquierda. Nos movíamos a la derecha y los morteros se movían a la derecha. Permanecieron con nosotros todo el

camino valle arriba. Eso ocurrió en Tam-Ky, donde me hirieron, teniente. Se nos derritió el trasero y eso mismo puede ocurrirnos mañana si se trata de una zona de aterrizaje crítica.

Me retiré graciosamente y sentí que había tocado un nervio sensible de aquellos veteranos. Pero no logré comprender de qué se trataba, así como tampoco logré entender la razón de su estado de ánimo. Lleno de ilusiones, no me di cuenta que ellos no albergaban ninguna.

¿Para qué queríais combatir? No sé realmente por qué. O realmente sé por qué. ¿Quién desea el verdadero combate? Pero aquí está...

ERNEST HEMINGWAY

Al otro lado del río y entre los árboles

A la madrugada, Widener me despertó. Introdujo la mano a través de mi mosquitero, me sacudió por los hombros y dijo:

—Las cuatro, teniente. Es hora de saltar de la cama.

Widener, indio sureño que había ocupado el lugar de Chriswell como operador de radio del pelotón, tenía la voz estridente y nasal de un presentador de música al aire libre. Una voz sumamente desagradable para escucharla a semejante hora:

—Las cuatro, señor. Hora de salir de la cama.

—Estoy despierto, Widener. Puedes retirarte.

—Sí, señor.

Me levanté. Sentí muy frío, bajo mis pies, el suelo de tierra apiñonada de la tienda. Tenía un sabor metálico en la boca, como consecuencia de haber fumado demasiado y dormido muy poco la noche anterior. De hecho, apenas acababa de echar un sueñecito cuando entró Widener. Sin embargo, no me sentía cansado. En la vida civil, algunas veces había dormido diez horas y me había sentido menos despierto que aquella temprana mañana de abril, en Vietnam. Miller, el observador de avanzada agregado a la compañía C, roncaba en el catre próximo al mío. Sólo el contorno de su abultada figura era visible a través del mosquitero que le envolvía. Los demás estaban despiertos: Peterson se ataba los cordones de

las botas, McCloy se afeitaba junto al farol del lavabo improvisado afuera, Lemmon secaba la humedad de su carabina, Tester hacía lo mismo con su rara y preciosa SK-50, metralleta que había adquirido porque consideraba que su pistola era un medio inadecuado de defensa personal. Tanteé en la oscuridad para buscar mis botas y mi chaqueta y localicé ambas prendas por el olor, el mohoso hedor a sudor seco y suciedad absorbida. Toda la tienda olía igual, como un armario que nunca ha sido aireado. Nos vestimos sin hablar; los únicos sonidos que se oían era el lejano tableteo de la artillería y el rechinar metálico de los utensilios para el rancho mientras la compañía se dirigía al fogón en busca de su desayuno. Luego una batería de obuses de 20 cm abrió fuego desde su posición del otro lado del camino, en el cuartel general del batallón. El estrépito hizo que se me encogiera el corazón. Hacía pocos días que habían llevado aquellas gigantescas armas, pero aún no me había acostumbrado a su monstruoso rugido ni al chirrido —cual alarido de un demente— de las bandas de retención que giraban excéntricamente en los grandes proyectiles que pasaban como un rayo en lo alto.

—El Gran Ivan —dijo Miller, al que despertó el fuego. Ivan era el nombre, en clave, del operador de radio de la batería—. Con eso preparan la zona de aterrizaje.

Probablemente en este momento se están impresionando. Sí, apuesto a que Ivan le infunde a Charlie el temor a Dios.

—Ignoro qué le ocurrirá a Charlie —intervine—, pero, sin duda alguna, a mí me está infundiendo el temor a Dios.

—Eh —dijo alguien—, P. J. se está poniendo nervioso en el servicio. McCloy, que se estaba vistiendo afuera, recitó algo de Kipling:

—«Soy viejo, estoy nervioso y me arrojan del servicio...». Me enfurecí ante la tomadura de pelo porque se parecía demasiado a la verdad. *Estaba* nervioso. Porque temía cometer algún error estúpido cuando el pelotón atacara la zona de aterrizaje, había

permanecido despierto toda la noche, tratando de imaginar todos los posibles riesgos y ensayando lo que haría en cada caso. Así repetidas veces hasta que, exhausto por el esfuerzo mental, me había sumergido en fantasías de heroísmo personal. Llegué a imaginar cómo aparecerían los relatos de mi coraje en los periódicos locales: «En aquella fecha se anunció que a un *marine* de la zona de Chicago le ha sido otorgada la Estrella de Plata, en Vietnam. Philip Caputo, de los suburbios de Westchester, fue citado por su valerosa acción mientras prestaba servicios como jefe de una sección del 3.º regimiento de *marines*, cerca de Danang. El oficial de veintitrés años de edad, sin ayuda de ninguna especie, puso fuera de combate a un nido de ametralladoras del Vietcong...». Con un cerebro que alternaba entre febriles sueños de gloria y los problemas fríamente prácticos que comportaba la ocupación de una zona de aterrizaje, mis sentimientos se habían vuelto confusos. Esperaba que encontraríamos resistencia, para poder realizar esos sueños, o al menos para enterarse de cuál era mi conducta en combate. Al mismo tiempo, preocupado por mi posible comportamiento inadecuado, abrigaba la esperanza de que no ocurriera nada. Deseaba la acción y la rechazaba. Lo que ahora sentía en la tienda era el resultado de aquellos encontrados deseos: un inestable equilibrio emocional que las explosiones de los obuses amenazaban perturbar.

En semejante estado, la cita poética de McCloy me irritó más de lo que correspondía. Hice un agrio comentario acerca de la estupidez de afeitarse antes de una operación, ya que todos los cortes y rasguños arderían más que nunca con el calor. Murph comentó que era correcto y galante que un oficial asistiera al combate bien afeitado y agregó que «los paracaidistas franceses se rasuraron antes de saltar a Dien Bien Phu».

—Sí —intervino Lemmon—, sin duda les hizo mucho bien.

Se produjo otra ráfaga de obuses mientras bajábamos en dirección al fogón; las armas eran visibles e invisibles a intervalos, según el resplandor espasmódico de sus bocas. Hacia el oeste, el valle era un pozo de negrura sólo iluminado por el estallido rojo de las

bombas. En dirección al este, el mar de China se confundía con el cielo, de modo que las luces de los juncos pescadores parecían estrellas colgantes y la franja de blanca arena costera, el horizonte del mundo. Adelante, la compañía hacía cola ante el rancho; los rostros de los soldados aparecían desdibujados bajo la luz amarilla del farol que ardía junto al fogón. Los soldados de monos grasientos que atendían la cocina, depositaban, con indiferencia, el desayuno en las bandejas y un *marine* expresó su asombro cuando vio de qué se trataba:

—¿Bistec y huevos? Debo estar viendo visiones. ¿Bistec y huevos?

—No estás viendo visiones —respondió un cocinero—. Te estamos engordando para la matanza, cabeza de chorlito. El bisté y los huevos se ven muy bien cuando te quedan las tripas colgando.

En la tienda de campaña pomposamente llamada «Comedor de oficiales y suboficiales del estado mayor», comimos de prisa en medio del agradable y extrañamente doméstico aroma del café. Los sargentos de sección se habían recuperado de su mal humor y se mostraban alegres, en la forma resignada de los hombres que saben que no pueden regir lo que ha de ocurrirles. Sólo se quejaron de la falta de pan y mermelada. ¿Qué tenía de bueno el lujo del bisté y los huevos si no había pan ni mermelada? El sargento primero Wagoner les dijo que no debían tener tantas pretensiones y Campbell replicó:

—Calle, que está lleno de mierda de mochuelo.

Todos rieron aunque quizá demasiado estrepitosamente.

Asomó la luz, pero no como lo hace en los climas templados, donde la oscuridad retrocede lentamente ante el avance del gris de la aurora, sino de repente. Concluyó el desayuno, nuestro primer desayuno decente en siete semanas. Mientras volvía a la tienda de oficiales en busca de mi equipo, me dejé penetrar por los aromas del agua, la tierra húmeda y el humo de leña de la temprana brisa matinal. Era el único momento soportable del día en Vietnam. Me

deleité con la frescura, mientras temía al calor que prometía el rojo sol naciente.

Formamos en grupos de helicópteros, de ocho hombres cada uno, y nos reunimos en un espacio ancho y nivelado del collado que se encontraba entre nuestra colina — pensábamos en ella como «nuestra»— y la colina 327. La compañía C representaba una escena que podía haber sido el símbolo de la guerra: hileras de hombres con fusiles verdes y cascos de camuflaje, de pie o hincados sobre una rodilla, aguardando los helicópteros que los transportarían al campo de batalla. Más abajo y al otro lado del camino de las polvorientas tiendas del cuartel general, la batería de obuses de 20 cm comenzaba a bombardear la zona de aterrizaje. Esa visión siempre me conmovió, incluso después de haberme desilusionado de la guerra: la visión de armas pesadas en acción. Se trataba de obuses autopropulsados, grandes mastodontes, como tanques, que imponían respeto. Desde sus largos y negros cañones chasqueaban lenguas de fuego. Las bombas siseaban en lo alto y sobre el valle, desdibujados por la sombra de las montañas. La cordillera aparecía especialmente hermosa a aquella hora y, por la claridad del aire, daba la impresión de estar al alcance de la mano. En lo alto, donde el sol la tocaba, era de color verde-dorado; negro verdoso más abajo. La línea que separaba la luz de las sombras era tan nítida como si la hubieran pintado. Al mirar en dirección opuesta, se distinguía cómo despegaban los helicópteros desde el improvisado aeropuerto. En ascenso hacia el límpido cielo, volaron por encima de los arrozales costeros como una bandada de desgarrados pájaros migratorios. Llegó a nosotros el sonido del bombardeo. Las explosiones de las primeras granadas retumbaron y levantaron ecos a través de las montañas; cuando empezó a desvanecerse su ensordecedor rugido hubo otra descarga y otra serie de ecos, y otra más, hasta que todo cuanto oímos fue un redoble solemne y sin solución de continuidad. Las armas disparaban ráfagas aéreas. Por encima de la colina 107 florecían grises penachos de humo que surgían de la amarronada hierba de elefante como la espalda de un

dinosaurio dormido. Detrás se elevaba Nui Ba-Na, en cuya cara este la línea de sombra retrocedía a medida que se alzaba el sol. Las nieblas habían comenzado a filtrarse en las selvas que cubrían las laderas de las montañas y se mezclaban con el humo, formando una nube que se sacudía y engrosaba a cada explosión. La escena me fascinó: el valle desdibujado, la colina y los penachos grises que florecían en lo alto y, coronándolo todo, la gran montaña con su nombre misterioso.

Los helicópteros llegaron cuando amainó el bombardeo. Aterrizaron de tres en tres, en el pequeño espacio y cada uno de ellos produjo un huracán en miniatura. El jefe de la dotación del primer helicóptero hizo señas a mi equipo de que avanzara. Dobladlos, a la altura de la cintura, corrimos por debajo de las paletas giratorias del rotor, a través del polvo azotado por el viento. Abordamos el helicóptero. El ruido era terrible. El achaparrado H-34, de cabeza roma, se estremecía y sacudía violentamente. Teníamos que gritar para hacernos oír. El jefe de la tripulación, sentado detrás de su ametralladora, sobre una chaqueta antifuego aéreo doblada, nos indicó que nos atáramos a los asientos de malla. El chillido del motor aumentó. El helicóptero pareció desinflarse un instante, como el participante en una carrera de salto de altura que toma impulso, y arremetió hacia lo alto. Se me hizo un nudo en el estómago por el brusco ascenso. Subimos en escarpada. Miré hacia abajo y vi que el resto de los hombres de la compañía eran cada vez más pequeños.

Volamos hacia el oeste, siguiendo el curso del Song Tuy Loan. Los arrozales se extendían hacia el norte y hacia el sur, como un mosaico verde y pardo, atravesado por la cinta de color mostaza del río. Widener y los seis fusileros de mi equipo estaban envarados, con las armas sujetas verticalmente entre las rodillas. El polvo se adhería a sus rostros como si fuera talco rojo. El jefe de la dotación, inclinado sobre la culata de la M-60, trataba de encender un cigarrillo a pesar del viento que soplaba a través de la escotilla abierta. Era el primer viento fresco y constante desde mi llegada a

Vietnam y me pareció maravilloso. ¡Qué calor haría en el monte! Si no hiciera tanto calor... aunque fuera hoy. Me asomé por la escotilla y vi que los otros helicópteros volaban al costado, en formación escalonada. De color verde oscuro contra el cielo azul, ascendían y descendían según las corrientes del viento, a la manera de barcos envueltos en una suave marejada.

Cuando volví de la guerra, a menudo me preguntaban cómo me había sentido al ir a combatir por primera vez. Nunca respondí sinceramente, temeroso de que la gente creyera que era un amante de la guerra. La verdad es que me sentía feliz. El nerviosismo me abandonó en cuanto entré en el helicóptero, y me sentí más dichoso que nunca. Ignoro por qué. Tenía un tío que me había contado cómo había sido la contienda en Iwo Jima, además de un primo, mayor que yo, que había luchado en Francia a las órdenes de Patton, y que apenas podía hablar de las cosas que había visto. Yo había leído todos los libros dignos de crédito sobre las guerras mundiales y los poemas de Wilfred Owen acerca del frente occidental. Sin embargo, no había aprendido nada. Owen había señalado que «en nuestros días, lo máximo que puede hacer el poeta, es advertir». Sin duda Colby y los demás sargentos de sección no eran poetas, pero eso era lo que habían intentado hacer la noche anterior: advertirme, advertirnos a todos. Ellos ya habían estado en el lugar a donde nos dirigíamos, a esa frontera entre la vida y la muerte, pero ninguno quería escucharlos. En consecuencia, supongo que cada generación está condenada a librar su batalla, a soportar las mismas calamidades, a sufrir la pérdida de las mismas ilusiones y a aprender las mismas lecciones en cabeza propia.

El paisaje cambió. El Tuy Loan se estrechó hasta ser sólo una hebra bordeada por galerías de bosques de bambú. Los arrozales dieron paso a estribaciones plegadas y amarillas que parecían montañas en una maqueta o en un plano de relieve. Me aseguré de que las granadas de humo estuvieran bien ajustadas en mi cartuchera y, seguramente por décima vez, repasé el plan de toma de la zona de aterrizaje: la cabeza de los helicópteros asomaría a las doce en

punto; la primera escuadra se instalaría de doce a cuatro; la segunda escuadra, de cuatro a ocho; la tercera escuadra, de ocho a doce; humo rojo: zona de aterrizaje crítica; humo verde: zona de aterrizaje accesible. Mientras hacía esto, la formación cambió su curso. Ahora volábamos paralelos a la montaña; la cordillera se extendía ante nosotros y era el espectáculo más formidable que jamás hubiera visto. Una masa continua de color verde se extendía hacia el oeste, montaña tras montaña, de más de dos kilómetros de altura, cubierta de bosques que parecían lo bastante sólidos para caminar sobre ellos. No tenía fin. Se extendía hasta el horizonte. No vi aldeas, campos, caminos, nada, salvo infinitas forestas del color del musgo viejo. Allí estaba la cordillera de Annam, hostil y totalmente extraña. Los propios vietnamitas se referían a ella con temor. «Allí», denominaban a ese húmedo desierto donde acechaba el tigre de Bengala y se enroscaba la cobra bajo su roca, y tendía emboscadas el Vietcong. Cuando miré hacia abajo, me pregunté, por un instante, si la operación sería una broma de alguien. Nuestra misión consistía en encontrar un batallón enemigo. Un batallón, unos pocos centenares de hombres. La totalidad del ejército norvietnamita podía haberse ocultado en ese mar de junglas, pero nosotros buscaríamos un batallón. Lo aplastaríamos en un movimiento de martillo y yunque. Encontraríamos a un batallón y lo destruiríamos.

Reconocer y destruir. Casi esperé que esas grandiosas montañas se estremecieran, en una desdeñosa carcajada, por nuestra pretensión.

Cruzamos la línea de partida, término militar que se refiere a la línea imaginaria más allá de la cual una unidad ha de atacar. Indicé a la escuadra que destrabara y cargara las armas. Retrocedieron los cerrojos, las cargas pasaron a las recámaras, se deshebillaron las carrilleras. Los helicópteros bajaron en un esquinado descenso en espiral. Los árboles parecían de treinta metros de altura y durante un largo trecho sus troncos se veían tan grises y desnudos como huesos. La zona de aterrizaje estaba delante y se acercaba

rápidamente: un círculo luminoso en las tinieblas de las selvas. El Tuy Loan —que corría por el medio del claro—, el pardo Tuy Loan centelleaba con apagado brillo bajo la luz del sol, como un cinturón de cobre empañado. Ahora el helicóptero rozaba las copas de los árboles y el jefe de la tripulación lanzaba ráfagas de ametralladora a la maleza, al borde del claro. Las cartucheras se crispaban al desenrollarse de la caja de municiones. El piloto lanzó el helicóptero en medio de una bengala de aterrizaje. Los rotores produjeron un sonido semejante a *uap-uap-uap*, la nave se posó en tierra, desembarcamos y corrimos, formando una línea de escaramuza, a través de la hierba aplastada por el viento.

Llegaron las otras dos escuadras y sentí alivio cuando las vi desplegarse en abanico por el claro, sin confusión. La ausencia de fuego enemigo fue otro motivo de alegría, pues había decidido que aquél era el último lugar en que podía desear un encuentro. La suma felicidad es una zona de aterrizaje accesible. En pocos momentos abandonamos la zona de aterrizaje y ocupamos un espacio en los bosques contiguos. Aquello fue lo mismo que pasar del sol brillante a una habitación a oscuras. A través de la densa bóveda elevada, la luz se filtraba en haces astillados, matizándolo todo con un brillo verdoso. No había viento. El aire era pesado y sofocante; la jungla olía como una bodega húmeda. Oímos cosas que se deslizaban y susurraban en la maleza: las oíamos pero no las veíamos. Resultaba difícil distinguir algo a través de las enredaderas y los árboles, enmarañados en una lucha salvaje y silenciosa por la luz y el aire: una guerra de vida vegetal.

Arrojé una granada. Se elevó el espeso humo verde y aterrizó el resto de la compañía. Cuando se fueron los helicópteros nos invadió una sensación de abandono. Ahora la compañía Charley estaba aislada del mundo exterior. Habíamos cruzado una línea de partida, una línea de partida entre lo conocido y lo ignoto. Los helicópteros nos habían dado la impresión de que se trataba de algo conocido. Puesto que éramos norteamericanos, nos sentíamos a gusto con las máquinas, pero una vez desaparecidas éstas nos

conturbó la absoluta extranjería de aquella exuberante y lamentable soledad. Nada se movía en el aire paralizado y los únicos sonidos eran el gorgoteo del río y el susurro de aquellas cosas invisibles en la espesura. Aquél no era un silencio sereno. Recordé el dicho de los hombres del oeste norteamericano: «Demasiado tranquilo». Bien, aquello *estaba* demasiado tranquilo. Había tensión en la calma, la sensación de que iba a ocurrir algo. Recorrí nuestra zona para cerciorarme de que nadie se había perdido y al pisar un matorral de hierba de elefante que crujió, una voz aguda gritó:

—¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

—El teniente.

La voz pertenecía al soldado de primera Skates, que, por lo general, no era asustadizo. Lo encontré unos metros más adelante, con el fusil todavía apuntando en mi dirección.

—Bien, señor, es usted. Me aterrorizó, teniente.

Las secciones de Lemmon y de Tester formaban en el extremo opuesto del claro. El cuartel general de la compañía, señalado por una pequeña maraña de antenas de radio, se encontraba en el centro de la columna. En ese preciso momento chasqueó mi radio y la voz de presentador de discos de Widener quebró el silencio.

—Entendido, Charley Seis, repito para tomar nota. Charley Dos debe permanecer en posición hasta salida de Uno y Tres, luego seguir la huella. Entendido, Seis. Ahora Dos en comunicación —se dirigió a mí—: Señor, dice Seis...

—Escuché lo que dijo Seis, Widener. Seguramente lo oyeron todos los vietcongs a diez kilómetros a la redonda. Baja tu maldita voz.

—Lo lamento, señor.

—No lo lamentes, límitate a cerrar la boca.

—Sí, señor.

La compañía comenzó a bajar siguiendo el río. Uno a uno desaparecieron en la espesura, como si ésta se los tragara. Luego mi sección abandonó la zona y formó la retaguardia. Avanzamos

durante una hora a través de la galería selvática que crecía junto al río y, bajo la luz variopinta y densa y el aire húmedo, era lo mismo que caminar bajo el agua. La ruta era estrecha y fangosa: en el monte nada llegaba a secarse, ni siquiera en la estación seca, sólo se volvía menos húmedo. A un lado se elevaba un laberinto de bambú y hierba de elefante que doblaba la altura de un hombre y al otro lado se encontraba el indolente río: al oeste del río, las montañas. La hierba de bordes dentados castigaba nuestra piel, el sudor hacía arder los rasguños y el calor atravesaba nuestros cascos y exprimía nuestra transpiración de la misma manera que nosotros podemos exprimir agua de una esponja. Había momentos en que no podía pensar en aquello como en calor, es decir, un estado de la temperatura; se parecía más a algo malévolo y vivo. Seguimos andando lentamente, mientras el inaccesible muro verde de las montañas se elevaba sobre nosotros.

Aquella mañana, el patrullar tenía la calidad de pesadilla que caracteriza a la mayoría de las operaciones de pequeñas unidades en la guerra. La ruta se torcía, serpenteaba y no conducía a ninguna parte. La compañía parecía dirigirse al vacío, perseguida por una presencia intangible aunque real, por la sensación de estar rodeados por algo que no podíamos ver. Lo más irritante era la imposibilidad de ver. En eso reside el aterrador poder de la jungla: ciega. Estimula el mismo instinto que nos vuelve temerosos en lugares tales como desvanes y callejones oscuros.

Las primeras presas de estos temores son los hombres que poseen una imaginación desbordada. En la guerra, un hombre necesita muchas cosas, pero una imaginación de ese tipo no es una de ellas. En Vietnam, los mejores soldados solían ser los hombres poco imaginativos que no sentían miedo hasta que no existían razones obvias para ello. Pero el resto sufríamos una constante intranquilidad, la sensación de que algo estaba a punto de ocurrir, que esperábamos que ocurriera, que deseábamos que ocurriera para aliviar los temores.

Finalmente ocurrió algo aquella mañana y vaya susto que me

llevé. No fue demasiado: una ráfaga de fuego pesado desde la cabeza de la columna y el ruido ampliado por la frondosa arboleda. De inmediato los hombres se dejaron caer al suelo, de cara a los flancos. El tiroteo sólo duró unos segundos y luego el ruido que oí fue el de mi corazón golpeándome el pecho. Widener recibió una llamada de Peterson por la radio, en la cual solicitaba mi presencia. Corrí agachado y en mi carrera dejé postrados a algunos *marines*. Me sentí bien en cuanto estuve en movimiento. Encontré a Peterson de pie, esperándome, ¡en un maizal! En el punto exacto donde concluía la espesura comenzaba aquel maizal, un fragmento del Mediooeste en la selva asiática. Una hilera de fusileros avanzaba cautamente por entre las filas de tallos secos. El campo terminaba en una hilera de hierba de elefantes, del mismo color que los tallos de maíz y más allá de la hierba se elevaba un cordón arbolado de poca altura. La colina 107 se encontraba a unos cien metros de distancia, hacia nuestra retaguardia izquierda.

Un francotirador, situado detrás del cordón arbolado, había abierto el fuego. Aunque el tirador interrumpió el contacto a la primera ráfaga de devolución del fuego, Peterson sospechaba que podía tratarse de una emboscada. Una dotación enemiga de morteros en lo alto de la colina 107 y algunos fusileros con armas automáticas, apostados tras de los árboles, podían causar graves pérdidas a la compañía mientras ésta atravesaba el amplio maizal. En consecuencia, lo cruzaríamos sección por sección, cada una cubriendo a la otra, mientras el jefe solicitaba un ataque aéreo sobre la colina.

Los hombres de Lemmon fueron los primeros en avanzar. Un ametrallador roció la selva en el lado opuesto del campo, acción denominada «reconocimiento por medio del fuego», término caprichoso utilizado para designar el hecho de dispararle a la maleza con el fin de ver si ésta devuelve los disparos. Dos Skyhawks cargados con cohetes ascendieron verticalmente por el aire. La sección de Tester avanzó lentamente por el claro, seguida por la mía. La tierra y el humo brotaban a través de los árboles, sobre la colina. El ruido era reconfortante. Quebraba la irreal quietud y de algún

modo mitigaba nuestro miedo a la irreal presencia que parecía acechar en cada matorral. Ésa debía de ser la verdadera razón de la incursión aérea y del fuego a ciegas en dirección a la espesura: hacían ruido y el ruido nos hacía tener menos miedo. Era como si los cohetes y las ametralladoras fuesen, meramente, los equivalentes tecnológicos de las calabazas y las matracas que los nativos utilizan para ahuyentar a los espíritus del mal.

Concluido el alboroto, la columna avanzó con dificultad por la siempre serpenteante ruta. Caminata durante diez minutos. Detención durante cinco para reconocer una zona de aspecto sospechoso. Dejarse caer de cara a los flancos. Levantarse y avanzar un poco más. Nueva detención. ¿Ahora qué? ¿Qué demonios está ocurriendo allá arriba, en el promontorio? Dejarse caer, dar vuelta la cabeza, observar los flancos. Levantarse, caminar otra vez. Tropezar en un barranco, subir por el otro lado, deslizarse en el fango. No se apiñen, advierten los jefes de escuadra y de equipos anti-fuego. Vamos, no se apiñen. Mantengan las distancias. Alto. Dejarse caer, cara a los flancos. Avanzar. Caminar, detenerse, caminar, el sol cada vez más caliente. Echen un trago de sus cantimploras. Sólo un trago. Disciplina del agua. Vaya si fue bueno. ¿Otro? De acuerdo, pero sólo uno más. Ahhhh, mejor que el primero. Tienen dos cantimploras y son capaces de beberse el veneno de ese río si pudieran. La cabeza echada hacia atrás, maman de las cantimploras como un bebé de una teta. No escupan el agua, ya saben que eso no se hace, se lo han enseñado. No, tráguenla hasta que sientan que se les hinchán las tripas. Si devuelven la cantimplora vacía a su lugar, cinco minutos más tarde estarán tan resecos como antes.

Nos llevó casi toda la mañana cubrir los cuatro kilómetros y medio de recorrido entre la zona de aterrizaje y la aldea. Cuatro horas para caminar menos de cinco kilómetros sin encontrarse una sola vez con resistencia enemiga de importancia. Era la tierra la que se nos resistía; la tierra, la selva y el sol.

Hoi-Vuc estaba enclavada en la ribera sur del Tuy Loan, cerca de un recodo del río en forma de herradura. Una veintena de

chozas de paja y una ruिनosa pagoda que tenía las marcas de fuegos pasados. Peterson dispuso un cordón y un movimiento de reconocimiento: la primera y tercera secciones rodearían la aldea, luego la segunda registraría las chozas. Yo transpiraba tan copiosamente que apenas veía. Me parecía observar el mundo a través de una cortina translúcida. Semiciego, tropecé en la orilla, sentí que el suelo cedía y repentinamente encontré que era sesenta centímetros más bajo. Había caído en una trampa de *pangee*. Afortunadamente, era muy vieja. Las estacas estaban sueltas y podridas y lo único que sufrí fue la burla del *marine* que me ayudó a salir de ella.

El pelotón se abrió camino a través de un paraje de hierba de elefante dura para vadear el río, poco profundo en la estación seca. Corriente abajo, un búfalo que descansaba en la ciénaga levantó su cabeza de anchos cuernos cuando lo salpicamos. La ruta de la orilla opuesta era ancha y zigzagueaba a través de un túnel de arqueados bambúes. A ambos lados de ella había trincheras, fosos para tiradores apostados, trampas e hileras de estacas cruzadas, emplazadas en ángulos, como los *chevaux-de-frise* utilizados en nuestra propia guerra civil.

La sección avanzó con cautela hasta la aldea. Protegidas por cocoteros, las chozas estaban dispuestas alrededor de una explanada, libre de árboles, donde una vieja con el rostro oscuro y agrietado como una nuez permanecía sentada en cuclillas junto a una pequeña fogata. A su lado había una pila de largas estacas de madera. Sostenía una sobre las llamas, aparentemente para endurecerle la punta. Apenas había alguien más en los alrededores: algunas ancianas, con los dientes manchados de rojo negruzco de tanto mascar betel y un par de viejos ociosos que llevaban camisas blancas de algodón y cómicos sombreros de paja. Un perro flaco rodaba en el polvo.

Nos dividimos en equipos e iniciamos el registro, lo que significó revolver desorganizadamente las pertenencias de los lugareños. Quizá como consecuencia de mis lecciones sobre los deberes y derechos de los ciudadanos en la escuela primaria, me sentí

incómodo al hacerlo, como un ladrón o como uno de esos bravucones soldados ingleses que solían irrumpir en las casas norteamericanas durante nuestra revolución. Pero no estaba del todo convencido de que aquellas chabolas de paja y bambú fueran casas; una casa tenía paredes de ladrillo y habitaciones, ventanas, jardín, una antena de televisión en el tejado. La mayoría de las chozas estaban vacías, pero en una encontramos a una joven que amamantaba a un bebé que tenía la cabeza cubierta de llagas. La muchacha estaba sentada en una cama de paja entrelazada y nos observaba con una mirada que no reflejaba temor ni odio, ni ninguna otra emoción. El lugar era sombrío y estaba mal ventilado. Olía a humo de leña. El piso de tierra era tan duro y liso como el hormigón. Widener y yo comenzamos a revisar bultos de ropas. Otros dos *marines* volcaron de costado una gran urna llena de arroz para comprobar si ocultaba una entrada a un túnel, mientras otro tanteaba las paredes con su bayoneta. Nos habían dicho que a veces los vietcongs escondían pinas de municiones de armas pequeñas en las paredes. La joven permanecía sentada, con la vista fija y alimentaba al bebé. La absoluta indiferencia de su mirada comenzó a irritarme. ¿Pensaba permanecer como una estatua mientras poníamos su casa patas arriba? Yo esperaba que mostrara cólera o terror. Quería que lo hiciera, porque su pasividad se me antojaba una negación de nuestra existencia, como si para ella sólo fuésemos el viento que pasaba y desplaza algunas cosas de su lugar habitual. Sonreí estúpidamente y ordené ostentosamente todo lo que habíamos revuelto. Observe, señora, nosotros no somos como los franceses. Somos buenos muchachos norteamericanos. Tiene que aprender a apreciarnos. Somos yanquis y a los yanquis nos gusta que nos aprecien. Si es necesario, revolveremos todo este lugar pero antes de irnos lo ordenaremos todo. Vea, eso es lo que estoy haciendo en este mismo momento. Pero si ella supo apreciar mi caballerosidad, no lo demostró. Ni siquiera eso.

No obtuvimos nada importante de aquel registro. Peterson indicó que no interrumpiéramos para almorzar y que debíamos estar

dispuestos a proseguir la marcha dentro de media hora. Agradecidos, los *marines* se quitaron las mochilas y se sentaron en el suelo, bajo la sombra protectora de los árboles. Unos cuantos soldados resueltos recogieron las cantimploras vacías. Campbell, Widener y yo descansamos en el interior de una de las chozas. Debía de pertenecer a uno de los ricos del lugar, porque tenía piso de cemento. Me tendí con la cabeza apoyada en la mochila y bebí el zumo de una lata de melocotones. Prácticamente, eso fue todo lo que pude ingerir. Nunca me había sentido tan agotado y, sin embargo, sólo había caminado cuatro kilómetros y medio, menos de la décima parte de las distancias que cubría en Quantico. Seguramente se debía al calor, al increíble calor del sudeste asiático. A través de la puerta miré el blanco destello exterior y me pregunté cómo era posible que aquel sol fuera el mismo que en ese momento brillaba suavemente en la fresca primavera del Medioeste norteamericano.

—Puede desecarlo a uno, ¿verdad? —dijo Campbell, como si hubiera leído mis pensamientos—. ¿Sabe qué bebería en este preciso momento? Una botella fría de San Miguel. Es lo que solía beber cuando estaba de servicio en Filipinas. Tenía una casita en la bahía de Subic, con criada y todo lo demás. Una chica filipina. Yo volvía del cuartel, me sentaba en el sofá y la filipinita aquella me servía una botella de San Miguel. Fría como el hielo, teniente.

—¡Basta!

—Fría como el hielo, teniente. Una botella de San Miguel, fría como el hielo, me vendría muy bien.

Incapaz de seguir soportando aquella tortura, bajé hasta el río, hundí mi casco en la corriente y volqué agua sobre mi palpitante cabeza. En el camino de regreso, vi un ejemplo de la paradójica cordialidad y crueldad que hizo que la guerra de Vietnam fuera tan peculiar. Uno de nuestros muchachos curaba al niño que tenía llagas en la cabeza aplicándole bálsamo en las úlceras, mientras otros *marines* lo entretenían para que no llorara. Al mismo tiempo, y a pocos metros de distancia, nuestro intérprete — un teniente vietnamita — interrogaba violentamente a la mujer que atendía la fogata.

El teniente gritaba y agitaba una pistola frente a su rostro marcado por los estragos del tiempo. No comprendí una palabra de lo que decía, pero no era necesario ser lingüista para saber que la estaba amenazando con hacerle volar la tapa de los sesos. La escena continuó durante varios minutos. Luego la voz del teniente se elevó hasta ser un chillido histérico y levantó los brazos sosteniendo la 45 por el cañón, con la intención de golpearle el cráneo con la culata. Creo que lo habría hecho si no hubiera llegado Peterson y se lo hubiera impedido.

—Es del Vietcong, Dai-uy —protestó el teniente vietnamita.

El intérprete explicó que las estacas que la anciana endurecía en el fuego eran ardidés antihelicópteros, que los vietcongs instalaban en campos que podían ser utilizados como zonas de aterrizaje. Peterson respondió que lo comprendía y que haría destruir esas estacas, pero que no pensaba presidir la tortura de una anciana, perteneciera o no al Vietcong. Sorprendido y decepcionado, el teniente se retiró, no sin advertirnos que ya aprenderíamos cómo se hacían las cosas allí. La anciana se alejó arrastrando los pies, un saco de huesos cubierto por una delgada capa de carne marchita: el Enemigo.

La compañía empezó a trasladarse media hora después. Habíamos empezado a cruzar el polvoriento campo surcado de las afueras de la aldea cuando los francotiradores abrieron fuego. Los proyectiles crujían estentóreamente por encima de nuestras cabezas o pasaban junto a nuestras orejas con un ruido de succión, como cuando se inspira con los dientes cerrados. Los disparos parecían provenir de la zona que antes habíamos atravesado, pero al mirar hacia allí sólo vi árboles. Dos o tres *marines*, a cubierto detrás de las paredes desmoronadas de una capilla en ruinas, disparaban ciegamente en dirección a la selva. Los vietcongs respondieron con unos pocos disparos más, los *marines* con otra ráfaga y allí se acabó la contienda. La compañía formó una columna y comenzó a descender por la orilla del río, arrastrando lánguidamente los pies bajo

la blanca y líquida luz de una tarde tropical. El sudor oscurecía nuestros uniformes, nos dolía la espalda por el peso de los fusiles y las mochilas.

Según nuestro plan, debíamos patrullar un corto trecho a lo largo de la orilla sur, luego vadear el río y atravesar una zona montañosa del lado norte antes de unirnos a la compañía D. Eso completaría la operación... si es que podía llamarse operación a dar vueltas sin propósito fijo. Le tocó el turno a mi sección. Habíamos recorrido alrededor de doscientos metros cuando nuestros amigos invisibles volvieron a abrir fuego, esta vez con una ráfaga breve pero densa de armas automáticas. Los proyectiles chasquearon en los árboles, desmenuzaron hojas, arrancaron ramas. La primera escuadra, la del sargento Gordon, saltó a una trinchera cercana y lanzó una descarga cerrada y tartamuda hacia los matorrales del lado opuesto del río. Un *marine* vació rápidamente su recámara, introdujo otro cargador y volvió a vaciarla. Un disparo sonó a mi lado, con un ruido desproporcionado a su envergadura. Me lancé a la trinchera junto al soldado de primera Bunch, no del todo seguro de qué se suponía que debía hacer. Por lo tanto, y según mi costumbre, grité. Cuando estés en peligro, cuando dudes, da vueltas corriendo, chilla y grita.

—¡Aflojad el fuego! —grité al oído de Bunch—. ¡Aflojad el fuego! ¿A quién demonios estáis disparando?

—Allí, señor. Están allí —respondió Bunch mientras lanzaba otros cinco disparos.

Miré por encima de su hombro pero lo único que vi fue el plácido río y, más allá, el muro de la espesura. Era como si los árboles estuvieran disparando contra nosotros. No estaba asustado: sólo confuso. O tal vez me sentía perplejo porque estaba asustado. En seguida oí la voz de Campbell que resonaba, a nuestras espaldas.

—¡Alto el fuego, imbéciles! ¡Alto el fuego! —Algunos proyectiles enemigos cayeron a sus espaldas y levantaron polvo, el último de ellos a pocos centímetros de sus talones. Siguió caminando con la misma indiferencia—. Alto el fuego. No comprendo a quién

demonios le disparáis. Conservemos la disciplina de fuego.

La descarga se interrumpió. Salí de la trinchera. Me sentía algo incómodo.

—Ignoraba que usted estuviera allí —dijo Campbell. No sé si se trataba de una comprobación o de un reproche—. Esos soldados carecen de disciplina de fuego, teniente. Son un puñado de niñas nerviosas.

—Ciertamente, pero usted estuvo muy sereno. Casi le arrancan el trasero. Campbell se mofó como sólo él era capaz de hacerlo:

—No intente convertirme en un héroe. No salí corriendo porque me disloqué la espalda al bajar del helicóptero.

Mi lomo no es muy resistente. Soy un viejo. Bueno, pensé, eres algo viejo.

Surgió la voz de Peterson en la radio. Quería saber si estábamos poniendo en escena una representación de la segunda guerra mundial. Sentí que resurgía en mí el antiguo temor a las críticas, pero el jefe se limitó a una leve reprimenda:

—No gasten todas sus municiones en un par de francotiradores. Muévanse.

Quince minutos más tarde, mientras cruzábamos una extensión de arrozales, la sección volvió a ser atacada por un grupito de guerrilleros. No podían ser más de tres, dos con carabinas y uno con un fusil automático, probablemente un AK-47. Se encontraban en el mismo lado del río que nosotros, en una línea de árboles prácticamente fuera del alcance eficaz de armas cortas. El efecto sonoro era el que produciría un hombre que palmeara rápida y rítmicamente. A continuación el AK lanzó unos pocos disparos frente a nosotros y toda la sección se dejó caer como si hubiera pisado una trampa de alambre. Entonces vi algo raro para esa etapa de la guerra: un vietcong. Era el que tenía la automática. En realidad, vi una retorcida nube *beige* en el borde de los árboles: el polvo levantando por el retroceso del rifle. Es posible que hubiera visto al guerrillero, pero no estoy seguro. Estaba demasiado lejos para que alguno de

nosotros le acertara, salvo por accidente, pero pensé que podíamos abatirlo con una M-60. Corrí y puse en movimiento una de las ametralladoras. Cuando sus balas trazadoras avanzaron en largos arcos rojos hacia el bosque, algunos fusileros de la tercera sección establecieron una línea detrás de una acequia arrocera y comenzaron a disparar en la dirección de las trazadoras. Pese a ello, mi propia sección permanecía tendida, en estado de aturdida parálisis.

Imaginé que ésta era una oportunidad de redimir mi anterior tontería hollywoodense. De pie frente a un árbol atrofiado —el único árbol del arrozal y el lugar más estúpido del mundo para exponerme— doblé el brazo y lo dirigí hacia arriba y hacia abajo. Era la señal de mano-y-brazo que ordena moverse a paso ligero. Sin dejar de actuar, grité:

—Adelante, moved el trasero. ¿O vais a permitir que un par de francotiradores liquiden a toda una sección? ¡Moved el trasero!

Algo chasqueó entre las ramas, a menos de quince centímetros por encima de mi cabeza: un capirotazo de Charlie. Una rama herida cayó sobre mi casco y las hojas desprendidas llovieron sobre mi cara. Tardíamente, eché a correr. No había nada azaroso en aquello. Aquel disparo iba dirigido a mí y por primera vez en mi vida tuve la sensación de que me apuntara alguien que intentaba matarme específicamente a mí.

No fue algo tan aterrador ni horripilante como se supone. Más bien sorprendente. Mi primera reacción, arraigada en la ilusión de que cualquiera que tratara de matarme debía tener un motivo personal, fue: «¿Por qué quiere matarme precisamente a mí?

¿Qué le hice yo?». Un instante después comprendí que en ello no había nada personal. Todo lo que el otro veía era a un hombre con el uniforme enemigo. Intentaba matarme y continuaría intentándolo porque ése era su cometido.

Volví a escuchar la voz de Peterson en la radio y esta vez estaba enloquecido. Lo supe por el tono de exasperación controlada de su voz. Peterson, a quien yo consideraba uno de los mejores comandantes de compañía bajo cuyas órdenes podía prestarse servicio,

nunca levantaba la voz. Me preguntó serenamente qué demonios hacía levantando los brazos bajo el fuego enemigo. Le respondí que estaba utilizando la señal de mano-y-brazo que nos habían enseñado en Quantico.

—Ahora no está en Quantico, teniente. Con ese movimiento atraerá el fuego sobre usted.

Le respondí que el vietcong acababa de transmitirme el mismo mensaje en términos más contundentes.

Cuando concluyó la escaramuza, una escuadra registró la línea de árboles pero sólo encontró unos cuantos cartuchos vacíos. Los fantasmas habían vuelto a desaparecer. A última hora de la tarde, quemados por el sol, con los huesos molidos, preguntándonos si habíamos logrado algo y sospechando que no, nos reunimos con la compañía D y nos trasladaron al campamento base.

Os garantizo que descubriréis que las ceremonias de las guerras, y sus inquietudes, y sus formas... son de otra manera.

SHAKESPEARE

Enrique V

Durante las semanas que siguieron, las compañías de fusileros se atuvieron a un programa casi tan regular como el de empleados de una oficina o trabajadores de una fábrica. En efecto, nos trasladábamos a la guerra y volvíamos de ella, íbamos al monte durante dos o tres días, retornábamos para un breve descanso y salíamos de nuevo.

No había una pauta fija para ese patrullar y operaciones. Sin frente, flancos ni retaguardia, librábamos una guerra imprecisa contra un enemigo impreciso que se evaporaba como la niebla matinal de la jungla, sólo para materializarse en algún lugar inesperado. Era un tipo de combate azaroso y episódico. La mayor parte del tiempo, nada ocurría; cuando sucedía algo, era instantáneamente y sin previa advertencia. Brotaba el fuego de los fusiles o las ametralladoras con brusquedad paralizante, como cuando salen de su refugio codornices y faisanes batiendo las alas. O de la nada aparecían granadas de mortero cuyo único preámbulo era la tos de sus cañones.

En aquellas semanas no sostuvimos ninguna refriega pesada; las bajas del batallón no rebasaban las veinte mensuales, en un total de fuerza de combate de casi mil hombres. Pero vimos lo suficiente para aprender las lecciones que no se enseñan en los campos de

instrucción: cómo es el temor y qué aspecto tiene la muerte, el olor de la muerte, la novedad de matar, de soportar el dolor y de infligirlo, la pérdida de amigos y la visión de los heridos. Aprendimos en qué consistía la guerra, «sus inquietudes y sus formas». Empezamos a cambiar, a perder la torpeza juvenil que habíamos llevado a Vietnam. Nos volvimos más profesionales, más débiles y más duros, a la par; empezó a formarse un callo alrededor de nuestros corazones, una especie de chaqueta antifuego aéreo emocional que embotaba los arranques y el escozor de la piedad.

A causa de la naturaleza esporádica y confusa de la lucha, me resulta imposible ofrecer un relato ordenado de lo que hicimos. Salvo una o dos excepciones, sólo guardo recuerdos inconexos de aquel período, la primavera de 1965. Destacan los incidentes, los recuerdo vívidamente, pero no encuentro un hilo conductor que los una.

La compañía marcha pesadamente por un camino de tierra, delante de una iglesia católica construida largo tiempo atrás por los misioneros franceses. Su estilo gótico parece fuera de lugar en el paisaje asiático. Las paredes son de roca oscura, de aspecto volcánico. El patio está rodeado por una valla de piedra cubierta de buganvillas. En lo alto del abovedado portal hay un crucifijo. Avanzamos en doble columna a través de un manto de polvo levantado por nuestras botas. El polvo se aleja lentamente del camino y flota en el patio de la iglesia, apagando el brillo de las buganvillas. Es un día sumamente caluroso, más caluroso que cualquiera de los anteriores. Nos han informado que la temperatura es de casi cuarenta y cinco grados, pero la cifra carece de sentido. No se puede medir con un instrumento la crueldad de este sol. Delante de mí, con la cabeza inclinada, camina un ametrallador con el arma asegurada sobre los hombros; una de sus manos cuelga por encima de la boca del arma y la otra sobre la culata, de modo que su sombra recuerda la figura de Cristo en la cruz, en lo alto del portal de la iglesia. Más allá, el sendero atraviesa una extensión de colinas

bajas y herbosas y de arrozales inundados. A lo lejos, se alza una aldea desierta, algo después de la mitad del camino de nuestro objetivo, una plantación de té abandonada.

Los hombres de Lemmon se encuentran a la vista. Los distingo a través del polvo, mueven sus pesadas piernas bajo un cielo tan brillante como un disco de acero inoxidable. Se produce una repentina descarga de armas de fuego cortas: las balas levantan géiseres en los arrozales inundados. La columna se detiene mientras los hombres de Lemmon se despliegan en una línea de escaramuza y avanzan hacia las sierras. Chapotean por los arrozales, vadean las súbitas erupciones de barro y agua, desaparecen en la hierba de elefante que cubre el terreno alto. Después de atravesarla, penetran en la aldea. Dos escuadras vuelven al camino y otra permanece detrás para registrar las chozas. Oímos gritos de «¡Fuego a los hoyos!», y sordas explosiones cuando arrojan granadas a refugios y túneles. Pero el enemigo no está allí. La escuadra retorna a la columna y volvemos a marchar, a marchar bajo el calor y el polvo sofocante.

Mi sección ocupa un puesto de avanzada en el extremo de una cadena montañosa, mil metros adelantada respecto a las líneas de la compañía C. Hemos estado en el puesto durante dos días aunque los hemos vivido como si fueran dos semanas. Durante el día no hay nada que hacer, excepto sentarse en las trincheras con bolsas de arena y contemplar los arrozales y las montañas. Las noches han sido horas de nervioso insomnio quebrado por intervalos de sueño espasmódico. Escuchar cosas —¿hombres, víboras, animales?— que se arrastran en la maleza. Aplastar mosquitos. Tratar de ver en una negrura ocasionalmente iluminada por un resplandor distante.

Ahora es la tarde del tercer día. Estoy sentado en el puesto de mando de la sección con el sargento Gordon. Hemos improvisado un toldo sobre la trinchera para protegernos del sol, pero aun así aprieta el calor. El capote de goma ondea y se comba con las

intermitentes brisas que soplan entre las copas de los árboles. Gordon —*marine* profesional, bajo y de rostro sonrosado— habla del temor y de la valentía. Dice que el coraje es la conquista del temor, idea no del todo nueva. De todos modos, sólo le escucho a medias. Intento leer el libro de Kipling que está abierto sobre mi regazo pero no puedo concentrarme porque Gordon habla y porque una indomable inquietud me impide leer más de unas líneas por vez. Además, sigo pensando en una chica alta y rubia con la que pasé mi permiso en San Francisco, hace cinco meses y cien años. La echo mucho de menos pero cuando pienso en ella me resulta difícil de recordar con claridad su rostro. Ella y San Francisco están tan lejos que parecen no existir. La transpiración me empapa la nariz, humedece el libro de Kipling y emborrona las letras. Gordon prosigue con su cháchara.

Tomo mis anteojos de campaña y escudriño el valle. La humedad ha empañado las lentes y todo lo que veo es un verde desdibujado, levemente moteado. Tengo la impresión de estar sentado en el lecho de un río verde, con los ojos desorbitados. Seco las lentes y mi cara pero pocos segundos más tarde un nuevo chorro de sudor cae en cascadas sobre mis ojos. Vuelvo a secar las lentes y enfoco los prismáticos en dirección al valle desierto. Lo he hecho docenas de veces durante las últimas cuarenta y ocho horas. Es mi misión: «Mantener bajo observación el valle del río Song Tuy Loan e informar sobre cualquier movimiento y actividad enemigos». Naturalmente, no hay ningún movimiento ni actividad enemigos. Todo cuanto veo son arrozales azotados por el sol, una cumbre cónica a menos de un kilómetro de distancia, la colina 324, y la escarpada pared de la cadena de Annam. Resulta interesante observar que el color verde —al que poetas y compositores de canciones asocian siempre con la juventud y la esperanza— pueda ser tan deprimente cuando no está acompañado de otros colores para contrastarlo. Verde. Está incrustado en mi alma. Mi visión está llena de arrozales verdes, colinas verdes, montañas verdes, uniformes verdes; verde pálido, verde verde, verde oscuro, verde oliva. Tan

monótono como la voz de Gordon.

Le interrumpo para leer en voz alta la estrofa de un poema que ha llamado mi atención:

*Y al final del combate hay una lápida blanca
con el nombre del difunto,
y el funesto epitafio: «Aquí yace un tonto
que intentó sacudir a Oriente».*

Gordon no entiende tal ironía y se lanza a una conversación sobre su poema favorito, una balada titulada «*Whisky de centeno*». Comienza a entonarla con su voz gutural:

*Whisky de centeno, whisky de centeno,
pido whisky de centeno.
Si no me dan whisky de centeno moriré.*

Y creo que si no cierras la boca, Gordon, morirás, y mucho antes de lo que esperabas. Eso es lo que pienso pero no lo digo. Me doy cuenta de que estoy en la segunda etapa de la *cafard*, la etapa en que uno siente odio por todo y todos cuantos le rodean. Con el propósito de alejarme de Gordon, voy a inspeccionar la zona. Todos los *marines* están con el mismo ánimo que yo: «hartos, jodidos y lejos de casa». Tienen los brazos profundamente bronceados pero el calor ha chupado el color de sus rostros y sus ojos tienen esa expresión vacía conocida como «mirada clavada a mil metros». Es de noche en el mismo puesto de avanzada y, como mínimo, en uno de los *marines*, P. F. C. Buchanan, el aburrimiento ha dado paso al terror. Disparó varios tiros a algo que oyó moverse frente a su posición. Le regaño, furioso:

—¡Maldito aficionado! Se supone que tienes que arrojar una granada si allí hay algo, no disparar tu arma. El destello en la boca de tu arma puede delatar tu posición. Tendrías que saberlo.

Mi discurso no sirve de nada. Buchanan permanece rígidamente

agachado, con el fusil apoyado en el parapeto de las bolsas de arena, el dedo en el gatillo. No me mira; mantiene los ojos fijos en la espesura. La vegetación es gris verdoso bajo la luz de la luna.

—Buchanan —susurro—, aparta tu dedo del gatillo. Relájate. Probablemente era un mono de las rocas.

Buchanan no se mueve. El miedo le ha vencido. Sin apartar la mirada, insiste en que el ruido lo produjo un hombre. Cedo:

—De acuerdo. Me quedaré un rato. No quiero que dispires a menos que haya un blanco —bajo al hoyo, saco una granada de mi bolsillo, retuerzo el seguro y la dejo a un costado.

Pocos minutos después, Buchanan dice en voz baja:

—Allí está, allí está.

Oigo un crujido seco, como si alguien estrujara una hoja de papel. Me levanto, miro por encima del parapeto y veo que unos arbustos se mueven a veinte o veinticinco metros cuesta abajo. Sea lo que fuere es grande, grande como un hombre, pero no puedo creer que un infiltrado haga tanto ruido. A menos que esté tratando de atraerse el fuego. El frufrú se interrumpe. Oigo un suave chasquido cuando Buchanan suelta el seguro. Insisto en que probablemente se trata de un mono de las rocas. Pero ya no estoy del todo seguro y Buchanan no lo cree en absoluto.

—No es un mono, teniente.

Se reinician los crujidos. Un matorral se estremece y vuelve a su posición; tiembla el siguiente y luego el que está a su lado. Algo o alguien repta por la ladera, paralelo a la línea límite de la zona. Antes de que Buchanan pueda disparar, arranco el seguro de la granada. La lanzo, por lo alto, con una mano y empujo a Buchanan hacia abajo con la otra. La granada estalla. Una nube de humo se cuela a través de la maleza gris verdoso, como vapor de hielo seco, y cesa el crujido.

—Si de verdad había allí un vietcong —comento—, eso lo mató o lo espantó.

Por fin Buchanan baja el fusil: la granada parece haberle hecho

recuperar la confianza.

Regreso al puesto de mando por una senda que lleva a través de una avenida de árboles de troncos negros y resbaladizos. Es un lugar muy oscuro, casi tan oscuro como una tumba y siento alivio cuando me encuentro sano y salvo en el puesto. Widener solicita el informe de la situación horaria al cuartel general de la compañía.

—Charley Seis, aquí Charley Dos. Todo bien. La situación sigue siendo la misma.

Más tarde despierto sobresaltado por disparos de fusil. Parece que he desarrollado la extraña habilidad de dormir y no dormir al mismo tiempo. Mi cabeza se aclara instantáneamente y sé lo que ha ocurrido como si hubiera permanecido despierto todo el tiempo. Se produjeron un par de disparos de una carabina y una descarga de una M-14. El fuego provenía de mi retaguardia derecha, cerca del puesto del soldado de primera Marshall. Salgo de la trinchera y avanzo en esa dirección por la senda que conduce a través de la oscura avenida de árboles. Interrumpo mis pasos cuando veo la silueta de un hombre a un metro o un metro y medio de distancia. Creo que es un hombre. La figura no se mueve. Debí de verme en el mismo momento que yo a él. Nos miramos durante lo que parece un largo rato. No logro ver si está armado, aunque sé que oí una carabina. ¿O lo imaginé? ¿Lo estoy imaginando ahora? Quizá sólo esté mirando a un arbusto que tiene forma de hombre. Tal como me han enseñado, observo el contorno de la figura y no la figura propiamente dicha: si uno mira directamente a un objeto por la noche, los ojos pueden jugarle una mala pasada. De modo que dirijo la mirada a los bordes de la forma, de la figura, del arbusto, del matorral, de lo que sea. Sí, es un hombre, inmovilizado en mitad de un paso, aparentemente porque está tratando de descubrir si yo lo he visto. No veo un arma pero puede tenerla, o puede llevar granadas. Quiero gritar quién vive, gritar «Dung lai» (alto), pero las palabras mueren en mi garganta y la debilidad sube por mis piernas. Pasmado, sigo observándolo mientras me observa. El tiempo transcurre como una pesadilla que sólo dura pocos

segundos pero parece interminable. Un *marine* grita algo, algo así como «allí está». La figura se mueve y en un solo movimiento suelto la alerta de mi pistolera, saco la pistola, hago retroceder la corredera para alojar un proyectil en la recámara y apunto. Ha desaparecido, aplastando la maleza colina abajo. Apunto al sonido pero no disparo, temeroso de herir a uno de mis hombres. Luego me doy cuenta de que mi corazón late con demasiada prisa y que la mano que aferra la pistola resbala por el sudor.

Marshall se acerca y me cuenta lo que ocurrió. Él estaba de guardia, tendido en su cubil, cuando oyó movimientos a corta distancia. Hubo un quién vive de un centinela, seguido por algunos disparos. Marshall se asomó a su madriguera y vio a un vietcong que corría hacia el puesto de mando, pero el infiltrado se desvaneció en la oscuridad antes de que pudieran dispararle.

Después de dar la orden de que permanecieran del todo alerta durante la hora siguiente, regreso al puesto de mando y me hago cargo de la radio en lugar de Widener. Todavía no estoy seguro de si la figura que vi y oí era un vietcong, algún animal o una quimera. No obstante, el temor es real. Pasamos una noche sin incidentes pero inquieta y siento júbilo cuando el cielo comienza a aclararse y solicito el último informe de la situación.

—Charley Seis, aquí Charley Dos. Todo bien, la situación sigue siendo la misma.

El cabo Parker y yo estamos en el hospital de campaña de la división. Visitamos a P. F. C. Espósito, granadero de una de mis escuadras. Espósito está gravemente herido y lo evacuarán a Estados Unidos. Se trata de un muchacho corpulento, de piel oscura, que habla del regreso después de cuatro años con los *marines*. Sus sentimientos son confusos. Será bueno volver a la patria, dice, pero lamenta tener que abandonar al batallón y a Parker, que ha sido su camarada desde el primer momento. Espósito parece fuertemente drogado. Está acostado en su catre de lona, tiene los ojos vidriosos

y la voz velada. Parker le da un suave puñetazo en el hombro y dice:

—Te pondrás bien. Hemos estado juntos mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, mucho tiempo —responde Espósito con una voz que suena como la de una grabación lenta.

—¿Recuerdas aquel misil cubano del sesenta y dos? ¡Hombre, parece que ocurrió hace tanto tiempo! —Parker se vuelve hacia mí y afirma—: Estamos muy unidos, teniente. Espósito y yo estamos muy unidos.

Hay varios hombres heridos en la tienda: tres *marines* y media docena de sudvietnamitas. Los catres vacíos tienen manchas de sangre seca. De los tres marines, sólo dos están levemente heridos y descansan como si estuvieran de vacaciones. El tercero ha recibido una herida grave en la cabeza. Va vendado. Tiene un tubo intravenoso pegado a uno de sus antebrazos, y uno de plasma, al otro; los tubos cuelgan de frascos suspendidos en una percha de metal. Lleva otro tubo adherido al pene. Diversos líquidos —orina, glucosa, plasma sanguíneo— recorren constantemente los tubos plásticos. El *marine* es un hombrón corpulento y atlético, tan alto que sus pies sobresalen del borde del catre. Permanece inmóvil y sé que está vivo sólo por el movimiento de ascenso y descenso de su pecho y los apagados y guturales ruidos que emite cada varios minutos.

Un enfermero del cuerpo le coloca un termómetro en la boca, controla su tensión sanguínea y se acerca a atender al soldado sudvietnamita que está en la cama vecina a la de Espósito. Se trata de una cama corriente de hospital, elevada de modo tal que el soldado está casi erguido. Vendas y escayolas cubren cada centímetro de su cuerpo, excepto un brazo, la mitad inferior de la cara y la parte superior de la cabeza. Un mechón de pelo grueso y oscuro cae sobre las vendas de campaña que le rodean la frente y los ojos. Hay una serie de instrumentos adheridos al cuerpo del soldado: tubos, mangueras de goma, abrazaderas, indicadores de tensión.

Envuelto en blanco, con todos esos artilugios sobre su cuerpo, me recuerda algún horrendo experimento de una película de terror.

Parker y Espósito continúan rememorando su prolongada amistad. Parker tiene los ojos húmedos y la voz quebrada por la emoción. Me siento incómodo, como si estuviera escuchando la conversación de dos amantes que están a punto de ser separados. Me vuelvo y hablo con el enfermero. Le pregunto qué le ocurrió al soldado vietnamita. El enfermero me dice que le han herido el brazo izquierdo, ambas piernas, el estómago y la cabeza. Se supone que morirá dentro de uno o dos días. El *marine* es menos afortunado:

—Probablemente pasará el resto de su vida así, como un vegetal —me explica el enfermero.

Instantes después, casi como si tratara de contradecir el pronóstico, el *marine* comienza a sacudirse y a emitir un extraño ruido, una especie de rugido gorgoteante. Casi de inmediato oigo un sonido semejante al de un tallo de apio seco mordido. En su espasmo, el *marine* ha apretado las mandíbulas contra el termómetro. Intenta tragarlo.

—¡Hijo de puta! —exclama el enfermero.

El enfermero corre y extrae el termómetro aplastado de la boca del *marine*. Éste se convulsiona violentamente, los frascos oscilan en la percha mientras el enfermero saca de su botiquín una ampolla de Syrette. Frota con alcohol el musculoso brazo del *marine* y le inyecta el sedante.

—Tranquilo, tranquilo —murmura mientras lo sujeta—. Tranquilo, tranquilo. A partir de ahora te pondremos un termómetro rectal. Te lo daremos por el culo antes de que te mates.

El sedante comienza a hacer efecto. Los espasmos del *marine* remiten, los gruñidos se convierten en una sucesión de gemidos y finalmente se tranquiliza.

Estamos tendidos en una zanja mientras un AK-47 remacha fragmentos de muerte vestida de cobre en el camino, frente a nosotros. Cuando cesa el fuego corremos y lo devolvemos desde atrás

de un terraplén del otro lado. Disparamos sin apuntar, a un campo de hierba de elefante y a unas colinas bajas y redondeadas que hay en las cercanías. Algunos subimos a cuatro patas el terraplén, formamos una línea de escaramuza y atravesamos el campo en dirección a las colinas. Un fusilero dispara un par de descargas a algo que ha visto u oído, o a algo que cree que ha visto u oído. Todo es quietud y calor en la hierba, calor suficiente para que resulte difícil respirar.

Paulson y yo trepamos por un otero y descubrimos un refugio en forma de ele, a un costado. Me aproximo con cuidado, me detengo junto a la entrada y arrojo una granada en el interior. Un estremecimiento sacude la tierra cuando estalla la granada con fuerza condensada. Tras disiparse el humo, Paulson y yo nos arrastramos al interior y encontramos los restos de una estera de juncos hecha jirones por el estallido. Pero el francotirador, si es que estuvo allí, desapareció hace mucho tiempo. Volvemos al camino, decepcionados por el esfuerzo desperdiciado, como un boxeador que ha lanzado un derechazo bien calculado y ha errado.

Pasa una hora. Algunas patrullas de *marines* avanzan arrastrando los pies, llevando a víctimas del calor tendidas en parihuelas que improvisamos cortando palos con machetes y acomodando capotes sobre los palos. Se ordena a mi sección que releve a la primera en el punto delantero. Ascendemos y dejamos atrás a los hombres de Lemmon, que están repantigados en una acequia, bajo la sombra de unos árboles. Uno de los *marines*, con los hombros hundidos y los brazos colgados entre las rodillas, permanece sentado en un leño, en la clásica postura del soldado vencido. Con ojos vacíos, contempla un punto en el espacio. La transpiración adhiere una capa de polvo a su rostro. El casco está a sus pies. El fusil, apoyado en la chapa de la culata, forma un ángulo contra una de sus piernas. Le miro y sé que siente lo que siento yo: un cansancio superior a la mera fatiga, más profundo que el océano, que alcanza una parte de mi cuerpo que no sé nombrar.

Transcurre otra hora y vemos al convoy que nos llevará de

vuelta al campamento de base, en la colina 268. Los camiones forman una hilera cerca del cruce de este camino y el que conduce a través del paso de Dai-La. Esbelta y erguida, una vieja atalaya francesa asoma en el paso: monumento ruinoso de un imperio en ruinas. El convoy está unos quinientos metros más adelante; los verdes vehículos parecen espejismos en medio de las olas de calor que se elevan desde el camino. Aunque verlos nos levanta el espíritu, nuestros cuerpos están demasiado fatigados para acelerar la marcha.

El ametrallador Powell comienza a trastabillar y a hacer piruetas como si imitara a un borracho. Otro *marine* se ofrece a llevarle el arma, pero Powell lo empuja a un costado y replica, orgulloso:

—Puedo arreglármelas. Sé arrastrar mi arma.

La M-60 cae al suelo. Powell tropieza y cae boca abajo en el polvo. Le damos vuelta y comprobamos que su piel está caliente, seca y blanca como la panza de un pez. Insolación. Le humedecemos los labios y volcamos todo el agua que nos queda sobre su cabeza. Dos *marines* levantan al desvanecido Powell y, en volandas, lo llevan hasta los camiones. Lo colocan en una de las cabinas, para protegerlo del sol, lo que resulta un error: el aire sofocante del interior empeora su estado. Powell recupera el conocimiento con furia maníaca e intenta estrangular al conductor. Se han necesitado tres hombres para aflojar sus dedos de la garganta de aquél. Aprieta los labios entre los dientes, patea y gruñe como un animal capturado; Powell es arrastrado al piso de la caja del camión y atado con cuerdas. No hay helicópteros disponibles para una evacuación.

El convoy avanza lentamente. Powell alterna todo el tiempo entre la inconsciencia y el frenesí y en una ocasión logra desprenderse de las ataduras. Cuando llegamos a la posición de la batería de 105 mm, el teniente Miller y yo lo metemos en el *jeep* de éste y volamos hacia el hospital. Powell está otra vez furioso y el médico de la marina de guerra se niega a atenderlo.

—No es un problema médico —dice.

—¿Qué mierda cree que es, doctor, un problema disciplinario?

—Estalla Miller.

—Yo no puedo hacer nada por él.

—Será mejor que haga algo —amenazo mientras me llevo la mano a la pistola.

Lo que hago es una estupidez propia de mi temperamento y de mi inclinación por el melodrama. Pero lo consigo. El médico ordena que lleven a Powell a una de las tiendas. Media hora más tarde, aquél sale y afirma, en tono de disculpa, que se habrá de evacuar a Powell a Estados Unidos:

—Ni siquiera comprendo cómo está vivo. Tiene una temperatura de 43 grados. Pregunto qué significa eso.

El médico responde que la sangre de la cabeza de Powell borbotea como si fuera agua hirviente.

—Si vive, probablemente sufrirá un daño cerebral permanente.

Mientras volvemos a la zona de la compañía en el *jeep* de Miller, pienso que hemos perdido un hombre, no en manos del enemigo, sino del sol. Parece que el sol y la tierra misma están confabulados con el Vietcong para abatirnos, para volvernos locos, para matarnos.

La compañía vuelve a salir a la zona que rodea Hoi-Vuc, aldea que en nuestras mentes se está transformando en sinónimo de la guerra. Se encuentra bajo control norvietnamita tanto de día como de noche y estamos casi seguros de que allí encontraremos algo. El plan es el siguiente: la compañía A realizará un ataque en helicóptero cerca de la aldea, en un campo al que, en clave, se le ha dado el poco bélico nombre de Zona de Aterrizaje Pato. La compañía C se trasladará, en camión, a un punto cercano al río Song Tuy Loan. Desde allí proseguiremos a pie cinco o seis kilómetros, guiándonos por el río, y estableceremos una posición de bloqueo. Se trata del mismo y viejo movimiento de martillo y yunque, pero ya hemos aprendido que en el monte nada ocurre de acuerdo con los planes. Las cosas ocurren al azar, como los accidentes automovilísticos.

Pasamos junto al cuartel general del batallón y del regimiento. Empleados y mecanógrafos están de pie a un costado del camino. Vuelven las cabezas para proteger sus ojos del polvo que despiden los camiones. Nos vitorean y observan con la envidia que a menudo sienten las tropas de retaguardia por la infantería. Como sucede frecuentemente antes de una operación, estamos inundados de un «dichoso espíritu guerrero» y tendemos a dramatizarnos a nosotros mismos. Con los cascos inclinados a un costado y los cigarrillos colgando de los labios, posamos como duros veteranos para los *marines* del cuartel general. Somos estrellas de nuestra propia película de guerra y la batería de obuses cercana nos ofrece una ruidosa música de fondo.

El convoy disminuye la marcha hasta casi arrastrarse cuando atraviesa Perro Apaleado. La mugre y la pobreza de esta aldea son medievales. Las acequias están cubiertas de verdes charcas residuales y su olor se confunde con el hedor de la bosta y del nuoc-mam, salsa hecha con pescado podrido. Unos perros flacos se retuercen y mordisquean entre sí en las calles de tierra. Los búfalos se revuelcan en fangosos corrales protegidos del sol por bananeros cuyas hojas blanquea el polvo. Casi todas las chozas son de paja, pero la presencia norteamericana ha aportado un nuevo material de construcción: varias casas están totalmente edificadas con botes de cerveza achatados: Budweiser, roja y blanca; Miller, dorada; Schlitz, crema y marrón; Hamm, azul y oro, todas de la tierra de aguas azules como el cielo.

Grupos de niños y adolescentes corren al lado del convoy. Muchos de los chicos tienen las barrigas hinchadas, pieles llagadas, décadas de sabiduría en su mirada y palabras soeces en los labios. Corren, piden, venden.

—Soldado, dame un cigarrillo tú.

Un cigarrillo cae entre la muchedumbre y el chico que lo coge es inmediatamente atacado por sus amigos. Desaparece debajo de una pila de brazos y piernas delgados que manotean, patean y se retuercen para quitarle el cigarrillo.

—Dame un dulce tú.

Alguien arroja una lata de ración de campaña.

—Mierda. Mierda soldado esto no dulce. Número diez.

Los amigos del que habla ríen cuando éste arroja la lata contra un camión.

—Dame cigarrillo dame dulce tú compra una coca. Una coca veinte piastras compras.

Algunos *marines* lanzan billetes y monedas de piastras al mar de manos que sostienen botellas de Coca-Cola, y que no aceptan a cambio de su dinero. En esta guerra de *Alicia en el País de las Maravillas*, la Coca-Cola es un arma. A veces los vietcongs la envenenan o le agregan vidrio molido y se la dan a los niños para que las vendan a los norteamericanos. O eso es lo que nos han contado.

—Veinte piastras soldado tú te digo veinte piastras. Éstas no son veinte piastras.

Maldito seas si engañas Charlie.

Los adolescentes son menos mercenarios. Como los de cualquier otro sitio, se sienten fascinados por los soldados y los ejércitos. Uno de ellos grita:

—*Marine* número uno. Mata vietcong.

Un *marine*, que no es mucho mayor que el muchacho, imita una pistola con el pulgar y el índice.

—Tú vietcong —dice—. Pum. Pum.

El adolescente sonríe y hace la mímica de un soldado que dispara un fusil desde la cadera:

—Anda. Anda. Mata vietcong.

Los adultos de la aldea se mantienen a distancia. Los hombres fuman nudosos puros truncados por los dos extremos y nos miran fijamente sin que parezcan notar nuestra presencia. Las mujeres permanecen en las puertas, mientras alimentan a sus hijos y escupen rojos chorros de jugo de betel en el polvo. Para ellos no representamos ninguna novedad. Han visto soldados extranjeros antes. Las putas son las únicas personas adultas que nos prestan cierta

atención. En Perro Apaleado hay varios burdeles desde la llegada de la brigada. En la jerga local los llaman «casas de bonanza». Resulta patético mirar a esas muchachas vestidas con pantalones de estilo occidental y tan exageradamente maquilladas que parecen caricaturas de lo que son. Hacen gestos obscenos y señales de precios con las manos, como comerciantes en el salón de una lonja.

Es media tarde. La compañía prosigue a lo largo de la senda, en la margen norte del río. Esta guerra no cuenta con un frente delimitado pero tenemos la sensación de que hemos atravesado una línea indefinida entre la zona de seguridad y lo que las tropas denominan «país indio». Aquí no hay nadie en los caseríos, excepto los muy viejos y los muy jóvenes. Las trampas de pangee bostezan a un costado de la ruta y se observa una quietud tensa y opresiva. Estamos a mitad de camino de la posición de bloqueo cuando la sección delantera, la de Tester, cae víctima de una emboscada. El Vietcong abre el fuego desde una línea de trincheras en el lado opuesto del río. La descarga automática suena como papel rasgado; los proyectiles siegan las hojas por encima de nuestras cabezas y alguien grita:

—¡Emboscada a la izquierda!

Se oye otro ruido rasgueante cuando la tercera sección responde al fuego. En breve, el intercambio se transforma en unos pocos disparos intermitentes y con la misma rapidez vuelve a aumentar. Las cargas estallan en el aire. Una orden imperiosa recorre la columna:

—¡Segunda sección arriba! ¡Segunda sección!

Subo a paso vivo y estoy a punto de rodar sobre un *marine* que apunta con su fusil detrás de un árbol. Le apunta a una mancha de ropas que se agita brevemente en el verdor de la maraña, en la margen opuesta. Aprieta el gatillo y lanza una maldición porque nada ocurre. Se le ha atascado el fusil o, en medio de la excitación, no colocó un cargador en la recámara.

—¡Maldición! —dice sin dirigirse a nadie en particular—. Lo tenía a la vista.

Al mismo tiempo, parte de la tercera sección desciende a tropicónes por la orilla escarpada; el resto chapotea en el río, grita y dispara, avanza salvajemente hacia un caserío del otro lado. Se oyen disparos de los francotiradores y un *marine*, que se esfuerza por abrirse camino a través de la red de matorrales de la orilla, gira y cae. Otro fusilero pide un enfermero. La acción dura como máximo dos o tres minutos, pero lo he visto y oído todo con claridad poco común, lo que parece estar relacionado con el hecho de que podrían haberme acertado en cualquier momento.

Peterson ordena que mi sección y la de Lemmon formen una zona alrededor de los arrozales de este lado del Tuy Loan. Entretanto, la tercera sección persigue a los vietcongs, pero éstos han vuelto a desaparecer. Alguien dice que hay rastros de sangre que conducen a la jungla. Quiero creerlo. Quiero creer que esos fantasmas son realmente hombres que sangran.

Nuestra única baja, el soldado de primera Stone, ha sido herido superficialmente en la mano. Sin embargo, le ha impresionado la fuerza del impacto del AK.

—Sólo me rozó —le dice al enfermero que le venda la herida—, pero me desplomó.

Los hombres de Tester lanzan una descarga repentina sobre el caserío. Una granada de fósforo estalla en una nube de humo blanco y espeso. Una choza comienza a arder. Le sigue otra. En pocos minutos, toda la aldehuela está en llamas, la paja y el bambú crujen. Los *marines* lanzan agudos gritos, como el alarido de los antiguos rebeldes, arrojan granadas y disparan rifles en dirección a los refugios antibombas y subterráneos. Las mujeres gritan, los niños lloran. Perseguidos por el fuego, los aldeanos huyen de las llamas y del humo como si se tratara de un desastre natural. El ganado enloquece y el cloqueo de las gallinas, el gruñido de los cerdos y el mugido de los búfalos se suman a los gritos, los aullidos y los estallidos sordos de las chozas incendiadas.

—Se han vuelto locos, jefe —dice Tester—. Están acabando con todo. ¡Cristo, están matando a los animales!

Tester y Peterson intentan frenar la destrucción pero no lo logran: la tercera sección parece haber enloquecido. Destruyen con furia incontrolada. Por fin acaba todo. El caserío que en nuestros mapas está señalado como Giao-Tri ya no existe. Sólo quedan montones de cenizas y unos cuantos postes chamuscados. En virtud de algún milagro, no hay ningún herido. Oigo gemir a las mujeres y veo a una de ellas a través del humo que cubre el río. Está de rodillas, se inclina y se yergue entre las cenizas de lo que fue su hogar. Endurezco mi corazón ante su llanto. Permitiste que los vietcongs utilizaran tu aldea para una emboscada, pienso, y ahora lo pagas. Entonces comprendo que la destrucción de Giao-Tri fue algo más que un acto de demencia cometido en el calor de la batalla. También fue una represalia. Estos aldeanos ayudaron a los vietcongs y nosotros les dimos una lección. Estamos aprendiendo a odiar.

*Perdisteis vuestra juventud y llegasteis
a la edad adulta en pocas horas... Oh, eso
es doloroso. Muy doloroso.*

HOWARD FAST

Mañana de abril

Nuestra siguiente operación tuvo lugar en una desolada zona, al sudoeste de Danang. Un verdadero paraje indio, región de campos en barbecho, de colinas abrasadas por el sol y aldeas abandonadas cerca de una elevación de color verde pálido conocida como Cerro de Charlie. La operación, que duró cuatro días, fue otro intento por atrapar a los vietcongs entre dos compañías de fusileros, la nuestra y la compañía A, del capitán Miller. Esta vez lo logramos en parte, aunque más de manera accidental que a propósito.

Pasamos el primer día andando a tontas y a locas en el monte y sosteniendo escaramuzas con los francotiradores de costumbre. En cierta ocasión, mientras descansábamos, fuimos sorprendidos por el fuego de armas automáticas. Aunque poco faltó para que alcanzaran a Peterson y al coronel —que había llegado en helicóptero a transmitir alguna orden—, el único daño real lo sufrió nuestra tranquilidad anímica. En la mañana del segundo día, a raíz de que el servicio de información recibió un informe de movimiento enemigo al sur de donde nos encontrábamos, recogieron a la compañía C para realizar un ataque en helicóptero cerca de una elevación, señalada en el mapa como colina 270.

El vuelo fue breve y nos condujo sobre una zona de la cadena de Annam. Los manuales que estudiábamos en los cursos de

guerra antiguerrillas aseguraban alegremente que el soldado moderno y civilizado no debe tenerle miedo a la selva:

«La selva puede ser tanto tu amiga como tu enemiga». Al contemplar la verde inmensidad que tenía a mis pies, sólo pude llegar a la conclusión de que aquellos manuales los habían escrito hombres que en su mente la idea de la selva coincidía con la que tenían del Everglades National Park. No había nada amistoso en el monte vietnamita: era una de las últimas y oscuras regiones de la Tierra y sólo los muy valientes o los muy estúpidos —que a menudo van juntos— podían observarlo sin sentir temor.

Hacía menos de diez minutos que estábamos a bordo, cuando los H-34 comenzaron a descender hacia la zona de aterrizaje, campo limitado al norte por intrincados bosques y un arroyo cuyas aguas pardas e inmóviles, moteadas de blanco, me recordaron la leche sucia. Al sur, un cerro bajo separado de la zona de aterrizaje por una ciénaga, más allá de la cual se elevaban las oscuras cuestas de la colina 270. Mientras descendían en círculo, los helicópteros comenzaron a atraer el fuego; cuando pasaron junto al helicóptero, los proyectiles hacían un ruido semejante al estallido de las palomitas de maíz. El fuego no era denso, pero nos produjo una sensación de impotente espera a que una bala perforara el fuselaje y atravesara un pie o una ingule. Atrapados, apenas éramos fragmentos de carga humana, sin medios de defensa ni posibilidad de refugio. El fusilero que estaba en la portezuela sentado sobre una chaqueta antifuego aéreo doblada, permanecía rígido detrás de su ametralladora, pero no podía devolver el fuego sin correr el riesgo de acertarle a otro helicóptero. Mientras oía el *pop-pop-pop* exterior, sólo podía pensar en lo que una vez me había dicho un piloto: «Si le aciertan a un helicóptero en el lugar preciso, tiene las características de vuelo de una caja fuerte en picado». No obstante, esa aventura —la primera en una zona de aterrizaje crítico— no fue del todo desagradable. Había un extraño efecto vigorizante en nuestra impotencia. Llevados, pese a todo, hacia la zona de aterrizaje, mientras el viento nos azotaba los rostros y los árboles pasaban

velozmente en un borrón verdoso a nuestros pies, sentimos un estremecimiento visceral. Era la misma sensación que se siente en una montaña rusa o en una canoa que carena por un torbellino salvaje; la sensación, mezcla de temor y de excitación, que le invade a uno cuando se halla a merced de las garras de fuerzas incontrolables.

Repentinamente estábamos en terreno firme. Salté por la portezuela y sentí gratitud cuando mis botas tocaron la suave y húmeda tierra. Volví a encontrarme en el lugar al que pertenece un hombre de infantería: de pie y en el barro. Dobladitos por la cintura, nos lanzamos hacia los bosques del extremo norte del claro. Al otro lado, los hombres de Lemmon se reunían en un matorral de hierba de elefante, en la base del cerro bajo. La hierba ondeaba al viento agitado por las paletas del rotor de los helicópteros. Los vietcongs seguían disparando al azar hacia la zona de aterrizaje; oímos las descargas que chasqueaban sobre nuestras cabezas y el crujido característico de las SKS rusas. Los dos ruidos se superponían, de modo que era imposible saber dónde se encontraban los francotiradores. Pero ahora que habíamos vuelto al elemento natural del soldado de a pie, el fuego no nos parecía tan aterrador. Era el habitual fuego esporádico y amenazante, y entonces ya sabíamos que no era un tiroteo serio, sino una táctica del Vietcong que intentaba desgastar nuestros nervios. Lo ignoramos.

Llegó la última escuadrilla, dejó en tierra a la sección de Tester y alzó el vuelo. Se produjo un breve traqueteo cuando los norvietnamitas dirigieron sus fusiles contra los helicópteros, sin alcanzar a ninguno. Mientras los observamos ascender hasta que sólo fueron manchas en el cielo, algunos de nosotros sentimos un anhelo momentáneo, pero profundo, de volver con ellos a las pequeñas comodidades y a la relativa seguridad de lo que se llamaba, a falta de un término mejor, la retaguardia. Era la misma sensación que habíamos experimentado en la primera operación, la sensación de ser abandonados en una playa hostil, de la que no se tenía la certeza de regresar. En ordenada formación en el campamento base,

la compañía C parecía formidable: doscientos *marines* fuertemente armados. Pero en la zona de aterrizaje, rodeada por aquellas elevadas colinas selváticas, resultaba una fuerza muy pequeña.

Mi sección formó una columna y se encaminó hacia su primer objetivo, un otero en el extremo del arroyo pardo lechoso. Era un objetivo sólo en el sentido geográfico de la palabra, ya que carecía de significación militar. En el vacío de aquella jungla, podríamos haber avanzado en tantas direcciones como puntos hay en una brújula y cualquiera era probable que nos condujera a los vietcongs o nos alejara de ellos. Los guerrilleros estaban en todas partes, que es otra forma de decir que no estaban en ninguna. El otero nos daba, meramente, un punto de referencia. Era un lugar al cual ir y hacerlo nos proporcionaba la ilusión de que estábamos logrando algo.

La sección avanzó con dificultad a través de extensiones de enredaderas que nos llegaban a la altura de los tobillos y luego descendió por una senda hacia las matas amarilloverdosas que bordeaban el claro. Los disparos de los tiradores apostados continuaban sonando a nuestras espaldas. Dos disparos, medio minuto de silencio, otro disparo, quince segundos de silencio, dos disparos más. Los bosques se volvieron espesos y apagaron el ruido hasta que ya no oímos las armas de corto alcance. Un sólido muro de vegetación cercaba ambos costados de la senda con árboles tan inmóviles que no parecían reales. Un *marine* resbaló en el barro y su fusil y su equipo entrechocaron cuando cayó. La columna comenzó a apiñarse y el suboficial pasó la voz de «manténganse desplegados, cinco pasos entre hombre y hombre». Era un fenómeno que ya había observado antes: en la selva, los hombres tienden a reunirse, a buscar la seguridad que proviene de estar físicamente cerca de otro, aunque eso aumentaba el riesgo de la proverbial andanada que mata a varios hombres simultáneamente. Creo que se producía el amontonamiento porque incluso la idea de estar solo en aquel lugar acechante y peligroso, era insoportable. Se suponía que debíamos saber cómo hacer las cosas, pero los oficiales éramos

tan víctimas de ese temor como los soldados. En un patrullaje anterior, yo había perdido de vista al *marine* que avanzaba adelante; había desaparecido por una curva cerrada de la senda. Aunque sabía que estaba a muy corta distancia, me sentí perdido, casi aterroizado, y corrí para girar hasta que tuve la reconfortante visión de su espalda.

Así, extendiéndose y contrayéndose, la columna avanzó a un ritmo exasperantemente lento. Por último, llegamos al riachuelo. El hombre que marchaba en cabeza sostuvo su fusil por encima de la cabeza y comenzó a vadear las aguas que le llegaban a la altura del pecho, estancadas y oscuras a la sombra de los elevados árboles. Me espantó la idea de caminar por allí, aunque se burlaron de mí mismo los recuerdos del riacho truchero de Michigan en el cual solía pescar durante mis vacaciones de verano. Recordé los angostos trechos en que fluía con tanta rapidez que había gastado las rocas del lecho hasta dejarlas suaves como el mármol pulido y también me vino a la memoria que me dolían los dientes cuando bebía aquel agua fría. Perdido en este ensueño, apenas oí la llamada que llegaba desde la retaguardia de la columna:

—¡Alto! Díganle al teniente que se detenga.

—¿Para qué demonios hemos de detenernos? —inquirí.

—Deténgase, teniente.

El sudor me corría por los ojos y sentí que mi irritación crecía:

—¡Maldición, he preguntado para qué! Un *marine* de rostro enrojecido, calado hasta los huesos, subía por la senda. Era uno de los escribientes de la compañía que hacía las veces de ordenanza durante las operaciones.

—Señor Caputo, dice el capitán que lleve de vuelta, a paso vivo, a su batallón a la zona de aterrizaje —respiraba dificultosamente—. Hay algunos vietcongs en el cerro y vamos a atacar.

Instantáneamente, mi irritación se convirtió en regocijo. ¡Un ataque!

—¿Cuántos?

—Señor, eso es todo lo que me dijo el jefe, que debe volver a paso vivo a la zona de aterrizaje. Pero a mí me parece que hay un pelotón entero allí arriba. Los divisó uno de los pilotos.

Giramos, de modo tal que la escuadra de retaguardia ocupó la cabeza y toda la sección regresó por donde había venido. Los cascos golpeaban nuestras cabezas, las cantimploras nuestras caderas, los portafusiles y las bandoleras vibraban: parecíamos un pelotón de chatarreros. Habíamos cubierto la mitad de la distancia, tal vez un centenar de metros, cuando oí una descarga perdida y los ruidos que indicaban un contacto sólido: el tableteo de las ametralladoras y los estallidos de las granadas M-79, un proyectil de 40 mm disparado desde un lanzador semejante a un fusil. Abandonamos la selva y corrimos hacia el claro, bajo un fuego vivo. Las balas rasgaban el aire y aunque pasaban a una distancia segura por encima de nuestras cabezas, instintivamente nos desplegamos en abanico y avanzamos con los hombros hundidos, como si camináramos contra un fuerte viento. Como perros que avanzan al trote cruzamos el campo, tropezando con las enredaderas bajas, y nos resultó difícil saber qué ocurría. Sesenta o setenta metros más adelante, los hombres de Lemmon subían por el cerro; pequeños grupos avanzaban precipitadamente mientras otros disparaban hacia la cumbre: aparecían manchones de polvo donde las balas picoteaban la tierra y luego una espiral de humo gris se elevó tras el borde del cerro, seguida inmediatamente por la rotunda explosión de una M-79. El mensajero me condujo hasta Peterson, que permanecía de pie, con estudiada calma, cerca de su operador de radio. El jefe me ordenó que situara a mi sección en posición de protección contra fuego de enfilada, al lado de una colina que se encontraba en ángulo, recto respecto al cerro.

Cumplimos la orden. La sección de Tester estaba frente a la mía, formada en una larga fila contra la ladera. Soplabla el viento y hacía calor; nos agachamos a esperar, mientras la primera sección hacía un ataque frontal, la quintaesencia de las maniobras de los *marines*. No se parecía en nada a los ataques coreográficos que habíamos

practicado en Quantico o en Okinawa. Los *marines* estaban más o menos en fila, agrupados en algunos lugares, separados en otros. Algunos hombres quedaban atrás, otros se adelantaban y disparaban desde la cadera. Unos pocos parecían ascender mano sobre mano donde la cuesta era muy escarpada. Mi imaginación me convenció de que había visto a los vietcongs en el borde del cerro. Si en realidad fue así no los vi durante demasiado tiempo. Súbitamente aparecieron en la cumbre varias figuras vestidas de verde. Luego oí un sonido rítmico que me recordó al de las detonaciones de un fusil. El operador de radio de la compañía dijo que los vietcongs se habían espantado y ahora retrocedían a través de la ciénaga. Lemmon quería acertarles con morteros antes de que alcanzasen la cobertura de la selva en la colina 270.

La dotación de morteros de 60 mm del sargento Johnson ocupó el centro de la zona de aterrizaje, instaló rápidamente el tubo y lanzó tres descargas al aire.

—¡Derecha cinco-cero! —gritó alguien.

Johnson —veterano de la guerra de Corea, con el rostro tan marcado como el pozo de una mina muy explotada— retransmitió la corrección a la dotación y otras tres granadas sisearon sobre el cerro para estallar en una sucesión de *cerrumps* apagados en la ciénaga.

Peterson ordenó que la sección de Tester y la mía iniciaran el ascenso; debíamos barrer el flanco de los guerrilleros, entrar en la marisma y limpiar el terreno. Nos cubriría una cortina de fuego de artillería apuntada a la colina 270 por si se encontraba allí otra fuerza norvietnamita. Mientras los morteros de Johnson continuaban sus disparos, empezamos a subir la colina, precedidos por la sección de Tester. Fue lento avanzar a través de matas de hierba de elefante que nos llegaba a la altura de la cintura. Algún rebote ocasional pasaba junto a nosotros, pero la acción había disminuido hasta convertirse en intercambios inconexos entre los ametralladores de Lemmon y algunos francotiradores que se encontraban en la colina 270. A continuación llegó a nuestros oídos un ruido débil y

vibrante, que en segundos se transformó en uno similar al de la lona rasgada, seguido por el más espantoso que en mi vida haya oído, un chirrido semejante al de una sierra cuando encuentra un nudo. Se trataba de la artillería, de los 155 mm, y como el blanco era cercano, sentimos y oímos los estallidos de las granadas. El suelo se estremeció, la onda de impacto azotó como una racha de viento, y el humo y los terrones de tierra burbujearon desde la ciénaga y la cuesta de la colina 270. A esa distancia, existían bastantes posibilidades de que una descarga no alcanzara el nivel previsto — es decir, que cayera sobre nosotros— y nos agachamos tanto como nos lo permitió nuestra dignidad. Mientras escuchaba los 155 que hendían el aire con bramidos y rugidos, sólo podía preguntarme cómo sería estar bajo el bombardeo, ser uno de esos vietcongs, desamparado contra la descarga y el acero retorcido de bombas de cincuenta kilos. Por un momento, les tuve lástima. Dudo de haber sentido más compasión que cualquier otro, pero en aquellos tiempos yo tendía a considerar la guerra como un deporte al aire libre y el bombardeo me parecía, digamos, injusto. El ordenanza había dicho que quizás había un pelotón de guerrilleros en el cerro, refiriéndose a veinte o veinticinco hombres como máximo. Nosotros éramos doscientos y, sumado a nuestra superioridad numérica, estábamos arrojando una tonelada de potentes explosivos sobre ellos. Pero esto ocurría a principios de la guerra; más adelante, yo sería capaz de ver a soldados enemigos abrasados por el napalm y sentirme perfectamente dichoso.

El bombardeo cesó y se ordenó a la compañía C que avanzara ciénaga abajo. Debíamos limpiar cualquier residuo de resistencia y buscar cadáveres enemigos, cuyo número daría la medida de nuestra victoria. Según los manuales de tácticas, esa etapa de la acción era la «persecución». El término sugiere una caza estimulante, pero en este caso significó una cacería humana depravada y fangosa. La ciénaga, enorme charca de lodo rojo herrumbroso, de casi el doble del tamaño de un campo de fútbol, estaba dividida por islas de arbustos espinosos y de hierbas afiladas como una navaja que

azotaban la piel y rasgaban nuestros uniformes. En algunos lugares el barro nos llegaba a la altura de la cintura. Se pegaba a nuestras botas, casi descalzándonos cuando levantábamos los pies para caminar; a cada paso, el olor a huevos podridos del gas que manaba del agua estancada se filtraba en nuestras narices. Pronto todos estuvimos cubiertos de sanguijuelas, bichos negros tan grandes como el pulgar de un hombre.

En el laberinto de matorrales era imposible mantener ningún tipo de formación. Las unidades se mezclaron, las secciones se descompusieron en escuadras, las escuadras en equipos de fuego, hasta que la compañía no tuvo más organización que la de una muchedumbre que aguarda en una estación ferroviaria. También resultó difícil encontrar los cadáveres. Probablemente algunos habían quedado enterrados en el fango. Unos vietcongs heridos, a juzgar por los rastros de sangre que dejaron tras de sí, parecían haberse arrastrado hasta los casi impenetrables matorrales; los dejamos allí, para que se murieran lentamente o se pudrieran si ya estaban muertos. Uno o dos de ellos pudieron quedar destrozados por la artillería: algunos trozos de carne y jirones de vestimentas colgaban de la maleza. Después de quince o veinte minutos de búsqueda descubrieron el primer cadáver. Dos *marines* arrastraron el cuerpo, cada uno de ellos por un tobillo: los sesos asomaban por el enorme agujero de la cabeza, como un budín gris en un cuenco cascado.

Con el barro, el calor, las sanguijuelas, las espinas y el riesgo de que un norvietnamita herido lanzara una granada desde su escondite, el humor de la compañía se volvió violento. Esto se aplica especialmente a la primera sección, que había cumplido la matanza real, y una vez que los hombres comienzan a matar no es fácil detenerlos. De modo que no nos sorprendió ni nos indignó enterarnos de cómo había muerto el primer vietcong que encontramos, al que se le escapaban los sesos por el cráneo. Aunque gravemente herido durante el tiroteo, seguía vivo cuando lo encontró una de las patrullas. Sin advertencia, el soldado de primera

Marsden — granadero de la sección de Lemmon— le disparó a la cara con una pistola. La ejecución sumaria sorprendió, evidentemente, al propio Marsden: un instante después de disparar, observó la pistola como si se hubiera disparado por su cuenta y dijo: —¿Por qué hice eso?

Había otras dos versiones del incidente: que el soldado enemigo ya estaba muerto cuando Marsden le disparó, y que éste lo había hecho en defensa propia cuando el vietcong intentó arrojarle una granada. Cualquiera que fuese la verdadera, en aquella peligrosa ciénaga el hecho apareció como algo perfectamente natural. Y dada la orden que el general Greene —el comandante del Cuerpo de Infantes de Marina— había impartido en una gira de inspección por Vietnam el mes anterior, parecía la actitud más congruente. Al dirigirse a un grupo de *marines*, Greene les había dicho que tenían una única misión que cumplir en la guerra: «Estáis aquí para matar vietcongs». Eso era lo que Marsden había hecho; había matado a un vietcong, había suprimido una pequeña parte de las fuerzas comunistas: había cumplido su misión.

La limpieza continuó. Encontraron otro cadáver. Junto con el soldado de primera White —ametrallador de la primera sección conocido como Papá porque ya había cumplido sus venerables veintinueve años— yo le seguía el rastro a un tercero. Un hilo de sangre acompañado de trozos de carne e intestinos, nos condujo a un lunar de hierba de marisma de color pardo.

—Tiene que estar por aquí, señor —afirmó White mientras acunaba su M-60—. A media docena de ellos, como mínimo, les obligamos a bajar de ese cerro y sé que uno de ellos cayó por aquí.

Saqué mi pistola y avancé por la hierba que me llegaba cerca de la cabeza, lo que dificultaba ver poco más de unos metros hacia adelante. El rastro de sangre fue cada vez más espeso y había salpicado la hierba parda como si fuera pintura roja fresca; la hierba estaba aplastada en los lugares donde el herido se había abierto paso arrastrándose. Seguimos el rastro varios metros y nos detuvimos a escuchar. Como no oímos nada salvo el apagado golpeteo

de un fusil a cierta distancia —probablemente un *marine* que aclaraba un matorral antes de registrarlo—, White y yo proseguimos nuestro camino. Tropecé y estuve a punto de caer sobre el vietcong. Estaba tendido de espaldas, con un brazo sobre el pecho y el otro en ángulo recto respecto al cuerpo, los ojos abiertos, fijos en un cielo que no veía.

—Sabía que teníamos a uno por aquí —confirmó White.

El soldado enemigo parecía tener dieciocho o diecinueve años. Había recibido el disparo en el peor y más doloroso lugar en que puede ser golpeado un hombre, en el lugar que es el centro de tantos dolores, el dolor del miedo, el dolor del hambre, incluso a veces el del amor. Percibimos muchas sensaciones en las tripas y allí es donde había recibido dos balas de 7,62 mm el norvietnamita. A juzgar por la distancia que se había arrastrado, unos buenos treinta metros, había tenido tiempo suficiente de sentir dolor y quizá de comprender que no faltaban décadas, sino sólo momentos, para su muerte. Un proyectil moderno y de alta velocidad hiere con un tremendo impacto. No produce orificios minúsculos, como en las películas. Los dos que aquel hombre tenía en su vientre eran pequeños —aproximadamente del tamaño de una peseta— pero yo podría haber metido mi puño en los orificios de salida que tenía en la espalda. Había perdido gran cantidad de sangre y permanecía echado en un charco de color carmesí en que flotaban fragmentos de piel y cartílago blanco.

No llevaba nada encima, ni fotografías, ni cartas, ni nada que lo identificara. Aquello decepcionaría a los muchachos del servicio de información, pero para mí estaba bien. Quería que ese chico siguiera siendo anónimo, no quería pensar en él como en un ser humano muerto, con nombre, edad y familia, sino como en un enemigo muerto. Eso lo volvía todo más fácil. Llegaron dos *marines*, recogieron el equipo del vietcong —una carabina y una cartuchera de red con una cantimplora adjunta— y luego arrastraron el cadáver.

—¡Cómo pesa! —observó uno de los fusileros—. Nunca habría

llegado a pensar que un alfeñique como éste pesara tanto.

En aquellos momentos la compañía había llegado al pie de la colina 270 y algunas patrullas subían su cuesta en un intento por establecer contacto con los restos del pelotón enemigo. A corta distancia castañeteaban disparos de fusil. Algunos de mis *marines* corrieron hacia una nube de humo que se elevaba desde la maleza, en las márgenes de la ciénaga.

—Oiga, teniente —gritó uno de ellos—, por aquí.

El humo provenía de una caja incendiada, llena de papeles. Aparentemente, uno de los vietcongs se había demorado lo suficiente para destruir documentos. Pisoteamos las llamas y acabamos con ellas pero no logramos salvar nada. Sin embargo, el guerrillero estaba herido; había manchas de sangre en los arbustos cercanos y las seguimos hasta el lecho de una corriente seca que conducía colina arriba. Cuando contemplé la sombría y maligna jungla que nos esperaba más adelante, decidí que aquélla no era tarea para una patrulla poco numerosa. Intuí que una emboscada de un centenar de hombres nos aguardaba en la exuberante vegetación. En consecuencia, reuní a la sección y los cuarenta iniciamos el ascenso por el lecho del riachuelo seco.

El fondo estaba cubierto de guijarros con musgo entre los que chorreaban cintas de agua oscura y era muy resbaladizo. Manchas de sangre fresca, rojas contra el verde musgo, salpicaban las rocas. La sección avanzó lentamente, deteniéndose de trecho en trecho para prestar atención a algún asomo de respiración o al crujido de los matorrales. Pero sólo escuchamos el golpeteo de nuestros portafusiles y el rechinar de nuestras botas contra las rocas.

El lecho del riachuelo se volvió cada vez más profundo y sus orillas se elevaban a más de un metro por encima de nuestras cabezas. Un resplandor gris verdoso se filtraba a través de la bóveda de la jungla. La vida vegetal crecía en enmarañada profusión en ambas márgenes; ramas de árboles, enredaderas y zarcillos se mezclaban y trataban de estrangularse entre sí en un esfuerzo por escapar a las sombras y alcanzar la luz del sol. A ambos lados del

barranco rezumaba agua y el aire viciado era denso por el olor a madera y hojas podridas. Parecía que caminábamos por una cloaca.

Avanzamos sin oír nada y después perdimos las huellas. Quizá la sangre de la herida del vietcong se había coagulado. O tal vez había reptado hasta la maleza y nos esperaba arriba para llevarse a algunos de nosotros. Además, podía hacerlo y sin demasiadas dificultades. Limitada al estrecho pasillo del lecho de la corriente, la sección estaba a tiro de enfilada, lo que significaba que si la línea de fuego enemiga estaba frente a nosotros, podía afectar a toda la columna; una única descarga de fusil automático tumbaría a los cuatro o cinco hombres destacados como si fueran palos de bolos. ¿Dónde estás?, pregunté para mis adentros. ¿Dónde estás, cabroncito? Era extraño; había iniciado la persecución con la idea de capturar al guerrillero pero ahora todo lo que deseaba era matarlo. Liquidar al hijo de puta y salir de ese malsano y maloliente barranco.

Rivera, el hombre que iba en cabeza, levantó la mano y se dejó caer apoyado en una rodilla. Hizo señas de que me acercara.

—Mire aquí, teniente —me dijo.

Rivera señaló un sampán que reposaba en lo alto de una plataforma construida en una de las paredes perpendiculares del barranco. Algunas latas cuadradas y oxidadas, llenas de arroz, se encontraban apiladas debajo de la plataforma. Había otros objetos: peines de municiones de armas cortas, bandoleras de algodón, cantimploras y cartucheras. Pocos metros más arriba, el lecho de la corriente se curvaba angostamente.

—Si está por aquí no anda lejos —murmuró Rivera.

Me sequé las manos en los pantalones y reprimí el deseo de encender un cigarrillo. En aquel momento, lo que más deseaba en el mundo era un cigarrillo. Mi imaginación —mi maldita imaginación— conjuró la visión del vietcong a la espera al otro lado de la curva. ¡Si aquella condenada curva no se hubiera encontrado precisamente allí! Rivera me observó con una expresión que todo

oficial de infantería, alguna vez, ha visto en los rostros de sus hombres, expresión que decía:

«¿Qué hará ahora, señor oficial?». En último término, yo tenía dos posibilidades: retroceder o avanzar, a riesgo de caer en una emboscada. Escogí la última, parcialmente por el «espíritu de agresividad» que el Cuerpo de Infantes de Marina me había inculcado, en parte por curiosidad y también por pura ambición personal. Tengo que reconocerlo: *quería* combatir, quería demostrarme a mí mismo que era igual a los demás oficiales de la compañía C. Lemmon, el duro tejano, se había llevado la parte del león de la acción de aquel día y yo le envidiaba. Probablemente conseguiría una propuesta o, quizá, una medalla. Yo también quería una.

—Oye —le dije a Rivera—, reuniré un equipo de fuego y veremos qué ocurre al otro lado de la curva. Ponte en cabeza. Si ves a ese vietcong, cárgatelo.

—Sí, señor.

Seis de nosotros empezamos a reptar mientras el resto de la sección aguardaba. El lecho del barranco —cubierto de musgo y erosionado por las corrientes de incontables estaciones monzónicas— era tan verde, resbaladizo, frío y húmedo como la piel de un lagarto. Rivera se deslizó por la curva, levantó la mano en señal de alto y apuntó con su rifle a algo que se encontraba más adelante. Mis ojos vislumbraron una mancha amarilla en el follaje y luego los contornos de una choza. Era un pequeño campamento de base; la choza se apoyaba en postes por encima del fondo del riachuelo seco.

Seguimos avanzando, sin dejar de comprobar, nerviosos, si había trampas de alambre y explosivas. El campamento sólo podía haber albergado a pocos hombres y contenía camas de juncos entrettejidos bien tensos, una sobre otra, apiladas como literas. El mosquitero estaba retorcido y desgarrado. Sentí admiración por los vietcongs: exigía mucho entusiasmo vivir en un lugar semejante, donde apenas se veía el sol, el aire era tan espeso que se podía cortar y los mosquitos se elevaban en nubes desde las charcas de agua

estancada.

Alrededor del campamento encontramos fragmentos de equipos y muchos documentos. Parecía que el guerrillero —en el supuesto de que hubiera pasado por allí— había buscado apresuradamente algo. Por otro lado, era posible que lo hubiera esparcido todo con el fin de desviar nuestra atención de su búsqueda. Si éste era su propósito, lo había logrado. La jungla parecía aún más espesa adelante y el barranco era oscuro como una cueva. Se evaporó mi espíritu agresivo. No seguiría adelante. Charlie viviría para luchar otro día o, si estaba gravemente herido, se arrastraría a un matorral para morir en él.

Comenzamos a examinar los documentos, entre los que había un gran número de libretas donde habían escrito apretados párrafos y numerados. Parecían órdenes de operaciones, lo que me llevó a preguntarme si no habríamos tropezado con el cuartel general de una pequeña unidad. Estaba a punto de felicitarme a mí mismo por tan valioso e inteligente descubrimiento cuando uno de mis *marines* exclamó:

—Eh, teniente, mire esto.

Me entregó un pequeño paquete de cartas y fotografías. Una de las fotografías mostraba a los vietcongs con sus uniformes multicolores, en poses heroicas; otra correspondía a uno de los guerrilleros con su familia. También había varios retratos de tamaño cartera que correspondían a amigas o esposas de los vietcongs. Las notas escritas en las esquinas de estas últimas fotografías, probablemente, expresiones de amor y fidelidad; me pregunté si los del otro lado tenían un sistema, como nosotros, para notificar las bajas a los familiares. Abrigué la esperanza de que así fuera. No me gustaba pensar en esas mujeres que soñaban con retornos que nunca se producirían, que aguardaban cartas que nunca llegarían y se preguntarían a qué se debía la falta de noticias, imaginando una docena de razones justificadoras, todas salvo la que más temían, y su temor creciente a medida que cada largo día sin noticias se oscurecía en una noche más larga aún.

Un pequeño grupo de *marines* se reunió y contempló las cartas y las fotografías. No sé qué sintieron ellos, pero yo estaba embargado de emociones encontradas. Lo que habíamos encontrado otorgaba al enemigo la humanidad que yo deseaba negarle.

Resultaba reconfortante comprender que los vietcongs estaban hechos de carne y hueso y que no eran los misteriosos fantasmas que yo había pensado, pero esta misma idea me produjo una perdurable sensación de remordimiento. Aquéllos eran hombres a los que habíamos contribuido a matar, hombres cuyas muertes afligirían a otras personas con sus pérdidas irrevocables. Nadie dijo nada, pero más tarde, de vuelta en el campamento base, el soldado de primera Lockhart expresó lo que seguramente era una emoción colectiva:

—Son jóvenes —me comentó—. Son como nosotros, teniente. Siempre son los jóvenes quienes mueren.

Permanecimos allí unos minutos, tratando de encontrar algún sentido a todo aquello. La compañía sólo había hecho lo que se esperaba que hiciera y lo que le habían enseñado a hacer: había matado al enemigo. Todo lo que habíamos aprendido en el Cuerpo de Infantes de Marina nos indicaba que debíamos sentirnos orgullosos y así nos sentíamos casi todos, pero no comprendíamos por qué se mezclaban con nuestro orgullo sentimientos de piedad y culpa. La respuesta era sencilla, aunque en aquel momento no resultaba evidente para nosotros: pese a su intensidad, nuestro entrenamiento en el Cuerpo de Infantes de Marina no había borrado por entero los años que habíamos pasado en el hogar, en la escuela, en la iglesia, aprendiendo que la vida humana era preciosa y que tomarla estaba mal. Los campos de ejercicios y nuestros dos primeros meses en Vietnam habían embotado, pero no anulado, nuestra sensibilidad. Manteníamos la capacidad de remordimiento y todavía no habíamos alcanzado la etapa de insensibilidad moral y emocional.

O al menos así le ocurría a la mayoría de nosotros. Había excepciones. Como mínimo un *marine* de la compañía ya había

superado la callosidad y pasado al salvajismo. Habíamos iniciado el retorno por el barranco, después de prenderle fuego al campamento, cuando nos encontramos con una patrulla a cargo del sargento Loker. Los hombres estaban agotados y parecía que habían sido sorprendidos por un chaparrón. Loker hizo alto para descansar, se sentó en cuclillas y encendió un cigarrillo.

—¿Usted incendió aquel lugar, señor? Respondí afirmativamente.

—Nosotros pasamos por allí más temprano, pero decidí no hacer nada. Recuerde cómo se puso el jefe cuando incendiábamos aquella aldea. Dijo que no quería ver más aldeas incendiadas.

—Aquél era un campamento de base, sargento Loker, no un poblado. El sargento Loker se encogió de hombros y respondió:

—Está bien, teniente. Usted manda.

Dio una larga pipada al cigarrillo, apartó la mirada de mí un instante y volvió a mirarme a la cara. La transpiración caía por su bigote negro y recortado:

—¿Se enteró de lo de Hanson, señor?

—No. ¿Qué le ha ocurrido?

Hanson era un fusilero de la primera sección.

—Pesqué al muy bestia cortándole las orejas a uno de los vietcongs muertos. Tenía en la mano una cuchilla en forma de K e intentaba rebanárselas. ¡Qué animal! Dios, cogí su navaja y le dije que le haría trizas el culo si volvía a verlo en algo semejante.

La imagen de Hanson ocupó mi mente: un muchacho callado de unos diecinueve años, alto y delgado, con pelo rubio oscuro, tan representativo del norteamericano corriente que podría haber posado para algún Norman Rockwell del antiguo *Saturday Evening Post*. Traté de imaginarlo en su papel de protagonista del acto que Loker acababa de describir pero me resultó imposible.

—¿Lo sabe el señor Lemmon?

—Sí, señor. Supongo que esta vez no le ocurrirá nada al chico. No le di la oportunidad de concluir la tarea. Pero ¿puede usted

imaginar a un puerco semejante?

No respondí, aunque sentí la tentación de recordarle a Loker la actitud de sus dos amigos australianos. Quizá Hanson se encontraba entre los que habían visto cómo los australianos exhibían orgullosamente su trofeo y tal vez su cerebro joven y poco adecuado se había hecho a la idea de que ese tipo de cosas estaba bien. No obstante, tenía que haber algo fundamental desviado en un hombre que podía poseer el nervio y la sangre fría necesarios para mutilar a un cadáver con una cuchilla. Al menos el acto de Marsden era comprensible, pero el de Hanson rebasaba toda comprensión. No quise oír nada más al respecto. Mi cupo de emociones estaba cubierto por aquel día.

Después de sudar tinta por la ciénaga, vimos al enemigo muerto tendido en una esmerada hilera, como si estuviera dispuesto para una inspección. Un fotógrafo — creo que del *Stars and Stripes*— les tomaba instantáneas desde diversos ángulos. Sorprendentemente, sólo había cuatro cadáveres. *Cuatro*. Habíamos luchado durante una hora y media, gastado cientos de disparos de municiones de armas cortas, veinte granadas de mortero y todo un arsenal de 155 mm para matar a cuatro hombres. Hice esta observación a un miembro del cuartel general de la compañía, que me contestó:

—Había muchos fragmentos y rastros de sangre por allí, de modo que calculamos que hay ocho VC-MEA. —Cuando inquirí cómo habían llegado a esa cifra, el *marine* respondió—: Supongo que alguien contó los brazos y las piernas y dividió por cuatro.

Le entregué los documentos a Peterson y le hice un informe de nuestra incursión al campamento base de los vietcongs. Pareció satisfecho, por lo cual, naturalmente, me sentí complacido. Después se ordenó a la sección que mantuviera un puesto de avanzada en una colina, en el borde occidental de la marisma. Debíamos hacer de vigías de la compañía A, que se suponía se reuniría con nosotros a última hora de aquel día. Habían capturado a cinco prisioneros en una escaramuza, cerca de Hoi-Vuc.

La sección estaba exhausta después de abrirse camino hasta la cima de la colina de cien metros. Se formó un recuadro y los *marines* se desplomaron; apoyaron sus cabezas contra sus cascos y mochilas. Entonces desempeñé la sagrada obligación del comandante de sección, consistente en una inspección de pies. Los hombres se quitaron las botas impregnadas de barro y sus empapados calcetines. De las rodillas hacia abajo, sus piernas estaban cubiertas de sanguijuelas, y la piel apergaminada y blanca como el cutis de los ancianos.

Mientras pasaba de un hombre al siguiente, tuve conciencia de que en ellos se había operado una sutil diferencia y podría no haberla notado si no los hubiera conocido tan íntimamente. Habían participado en su primera acción, aunque poco importante, que sólo había durado noventa minutos. Pero durante esos noventa minutos su compañía había matado; por primera vez habían sido testigos de la muerte violenta y visto algo de la crueldad que el combate despierta en los hombres. Antes del enfrentamiento, aquellos infantes de marina se ajustaban a ambas definiciones de la palabra *infantería*, que significa «cuerpo de soldados equipados para prestar servicio a pie» o «infantes, muchachos, jóvenes colectivamente». La diferencia consistía en que ya no podía aplicárseles la segunda definición. Después de haber recibido el sacramento fundamental de la guerra, el bautismo de fuego, su juventud había quedado atrás. Ni ellos ni yo pensábamos en esos términos en aquel momento. No nos decíamos a nosotros mismos que habíamos estado bajo el fuego, que habíamos derramado sangre, que ahora éramos hombres. Simplemente sabíamos, en una forma que no podíamos expresar, que nos había ocurrido algo importante. Mientras daba vueltas por el recuadro, llegaron a mis oídos fragmentos de conversación en los que los *marines* se referían a la aventura vivida; algunos intentaban dominar sus emociones expresándolas, otros encubrían sus sentimientos bajo una capa de dureza.

—¿Viste a ese Charlie al que Marsden desmenuzó?

—Sí, le voló la tapa de los sesos. El gilipollas del primer batallón

me contó que era posible verle la parte trasera de los dientes a través del agujero de la cabeza.

—Sí, una cuarenta y cinco a quemarropa es capaz de arruinar cualquier historial clínico.

—En los bolsillos de uno de los Charlies encontraron un documento de identidad según el cual sólo tenía quince años. Quince, viejo. Un chico.

—Quince, mieceerda.

—Todos esos fantasmas parecen más jóvenes de lo que son. Probablemente llevaba un documento de identidad falsificado.

—Bueno, no eran mucho mayores que cualquiera de nosotros. No sé, pero sentí cierta pena por ellos. No rencor.

—¿Nada de rencor? ¿Crees que ellos habrían llorado si hubiera ocurrido al revés? Nada de eso. Nos habrían aplastado, de modo que nosotros los aplastamos a ellos. Lo siento.

La mayoría de los hombres estaban demasiado fatigados para charlar largo rato. Finalmente se extendió un silencio hosco. Se estaba fraguando la reacción, una sensación general de decepción y depresión. El encuentro, nuestra primera aventura de combate, no había resultado como ellos imaginaban. Habitados a las falsas batallas ordenadas de los ejercicios de campaña, la realidad demostró ser más caótica y menos heroica de lo que habíamos previsto. Quizá había sido heroica para la sección de Lemmon, pero para el resto de nosotros significó una degradante cacería humana; el hecho de arrastrar cadáveres por el barro nos hizo avergonzar de nosotros mismos, asemejándonos más a demonios necrófagos que a soldados.

La mutilación causada por las armas modernas también significó un choque. Estábamos acostumbrados a ver el cuerpo humano intacto; para nosotros, un cadáver era un tío anciano tendido en un ataúd con el rostro empolvado y la corbata en su lugar. La muerte no reconoce grados: el tío anciano que muere decentemente en la cama no está menos muerto que el soldado enemigo cuya cabeza

ha volado en pedazos después de haber sido alcanzada por un proyectil del calibre cuarenta y cinco. No obstante, nos marearon las carnes desgarradas, las vísceras y los sesos desparramados. El horror reside en el reconocimiento de que el cuerpo —que se supone es el receptáculo terrenal de un alma inmortal al que la gente pasa mucho tiempo alimentando, acondicionando y embelleciendo— sólo es, de hecho, un frágil envase relleno de repugnante materia. Incluso el cerebro, ese maravilloso órgano complejo que genera la capacidad del pensamiento y la palabra, sólo es un terrón de tejido viscoso y gris. La vista de la mutilación me provocó algo más que revulsión física: anuló los mitos religiosos de mi infancia católica. No podía mirar a esos hombres y seguir creyendo que sus almas habían «pasado» a otra existencia ni, en primer lugar, que tuvieran alma. No podía creer que esos revoltijos sanguinolentos fueran capaces de una resurrección el día del juicio final. En realidad, parecían «más» muertos. *Aniquilados* describiría mejor lo que les había ocurrido. Sea como fuere, habían desaparecido para siempre en cuerpo, mente y espíritu. Ya habían visto su último día, aunque no excesivamente. Murieron bastante antes de mediodía.

Como no encontré síntomas de inmersión de pies (dolencia cutánea similar al «pie de trinchera», semejante a los sabañones, causada por el frío y la humedad, como ocurre en las trincheras) entre los *marines*, regresé al puesto de mando de la sección para echarme un vistazo a mí mismo. Allí encontré a Campbell y a Widener, que descansaban bajo un capote extendido entre dos árboles. Era mediodía, no había ni un asomo de viento y el cielo parecía una deslumbrante chapa de aluminio tendida sobre el mundo. Pero me sentó bien pisar los rayos del sol con los pies descalzos.

Campbell conversaba consigo mismo mientras le prendía fuego a una sanguijuela que se había quitado de la pierna.

—Ahí te pudras —dijo mientras tocaba al bicho negro e hinchado con la punta de un cigarrillo encendido—. Un poco de inmersión de pies para ti —la sanguijuela se arrolló y cayó—. Maldita seas, putilla. ¿Tiene alguna, teniente?

—Aún no lo he mirado —respondí.

—Bueno, permita que el viejo sargento de su sección lo haga por usted. Bájese los pantalones, señor.

Me bajé los pantalones y, aunque me sentía algo ridículo, me mantuve de pie mientras Campbell me examinaba. Encontró una sola sanguijuela y observé complacido cómo ésta claudicaba bajo el calor del cigarrillo.

—Eso es todo, teniente. Me parece que a las sanguijuelas no les va su grupo sanguíneo. Había más de una en su viejo *watashiwa*.

La palabra japonesa que significa «seguro servidor» me recordó los tiempos de paz del batallón en Okinawa. Parecía haber transcurrido mucho tiempo.

De pie en la cumbre de la montaña, observé las posiciones del batallón en las colinas 268 y 327. Estaban a catorce o quince kilómetros de distancia, pero el aire límpido y algún accidente en el contorno del terreno hacía que parecieran muy cercanos. Las cimas de ambas colinas, limpias de matorrales para formar campos de fuego, se elevaban rojas y desnudas en medio del verde circundante. Las tiendas se veían como puntos negros y las trincheras, como una línea oscura e irregular que atravesaba la tierra rojiza. Aquel campamento distante y polvoriento representaba la civilización para mí. Duchas. Un catre para dormir. Comida caliente.

Pero tuve que limitarme a las habituales raciones de campaña. Resultaba difícil comer a causa del calor, a causa de que estaba harto de raciones de campaña y a causa de que no dejaba de recordar aquel tipo que White y yo habíamos descubierto: la mirada fija, como la de un pez muerto, la boca sonriente y semiabierta.

Nos dedicamos a holgazanear el resto del día. De vez en cuando enfocaba mis anteojos de campaña sobre el valle, en dirección al oeste, por si captaba señales de la compañía A. Era inútil. No se veía nada a través de la verde opacidad de la jungla, excepto un amontonamiento de enormes piedras pulidas de forma rectangular, apoyadas en una ladera como enormes lápidas. Además, la compañía A no apareció en ningún momento, ya que se había visto

forzada a retroceder debido a las impenetrables forestas. La selva había ganado otro asalto.

Cerca del anochecer aterrizó un helicóptero en la isla de terreno sólido donde permanecían tendidos los cuatro cadáveres. Se habían puesto rígidos en extrañas posiciones y comenzaban a oler mal. Cargaron a los cadáveres en el helicóptero, junto con los documentos y equipos capturados. Éste despegó y su lento ascenso vertical me recordó al de un globo que se eleva con viento ascendente. Supuse que llevarían los cadáveres al cementerio de Danang, donde según se decía enterraban a los muertos enemigos en fosas comunes.

Peterson se comunicó conmigo por la radio y ordenó que la sección regresara a la zona de aterrizaje; la compañía instalaría allí su posición defensiva nocturna. Los *marines* levantaron sus mochilas y portafusiles, bajaron a tumbos la colina, volvieron a chapotear por la marisma y enfilaron hacia el cerro donde los vietcongs habían abierto el fuego antes del ataque de la primera sección. Excepto algunas cajas de cartuchos vacías, no había nada que denotara que allí había tenido lugar un enfrentamiento. La ciénaga en que habían muerto hombres estaba desierta. Su barro rojo se había filtrado en el interior de los hoyos abiertos por las bombas, y llenado; el humo del campamento incendiado había desaparecido. Cansada, sudorosa, salpicada de barro, la sección escaló el cerro a ritmo de procesión. Ranas, grillos y pájaros iniciaron su coro vespertino. La artillería comenzó su estribillo nocturno, las armas sonaban sordamente en la distancia, los cascos de metralla susurraban en el aire y explotaban con un eco que sonaba como el golpeteo de apagados tambores.

Mientras la primera sección disponía una emboscada en las cercanías, la segunda y la tercera formaron un cordón alrededor de la zona de aterrizaje. Se pusieron en hora los relojes, se enviaron puestos de escuchas, se calibraron los radios en la frecuencia nocturna, se cavaron trincheras: la rutina habitual. Cuando todo estuvo hecho, los *marines* se dispusieron a fumar el último cigarrillo

antes de que cayera la tarde. Algunos aprovecharon la luz diurna restante para limpiar sus armas. De vez en cuando se oía una sonora carcajada como festejo de algún chiste. Finalmente se puso el sol bajo el mellado borde de las montañas, las montañas asiáticas que permanecían allí desde el principio de los tiempos y probablemente permanecerían allí hasta el final de los tiempos.

He hecho relaciones de las que no hablan los dichosos amantes de las viejas canciones. Porque amor no es la unión de ardientes labios... sino los fuertes lazos atados en la guerra...

WILFRED OWEN

Apología Pro Poemate Meo

La compañía pasó una noche inquieta. Una espesa niebla se elevó alrededor de las dos de la madrugada, hora en que solían atacar los vietcongs. Los centinelas descubrieron todo tipo de terrores imaginarios en la arremolinada blancura; un *marine* confundió un arbusto con un hombre y disparó varios tiros que nos pusieron los nervios de punta durante una hora. Cegados por la niebla, teníamos que confiar en el oído, aunque este sentido a menudo se engañaba por pequeños animales que pisoteaban audiblemente la hierba seca que rodeaba la zona de aterrizaje.

En un momento dado oí, a lo lejos, redobles de tambores. Podían ser los vietcongs, pero probablemente eran los hombres de la tribu de Montagnard que se hacían señales entre sí. Independientemente de cuál fuera la realidad, se trataba de un ruido escalofriante que parecía la esencia de todo lo terrorífico y misterioso que contiene la selva. Un rato más tarde, uno de la emboscada de Lemmon le disparó a un guerrillero que había divisado a través de un espectro de luces en forma de estrella, recurso utilizado por los francotiradores nocturnos. El *marine* creía haber alcanzado al guerrillero, pero no estaba seguro. En medio de la niebla y la penumbra, mientras escuchábamos los extraños sonidos nocturnos, no

podíamos estar seguros de nada. Parecía que la alborada jamás llegaría.

Cuando llegó nos sentimos sumamente aliviados.

—Estoy seguro de que todo ha concluido —afirmó el sargento Gordon cuando bajó del montículo cubierto de arbustos en donde tenía su puesto de escucha—. Aquello era lo mismo que estar en el interior de una caja fuerte. No veía nada y cada vez que intentaba dormir un poco algo crujía y teníamos la seguridad de que se trataba de un maldito infiltrado. Pasamos la mitad del tiempo muertos de miedo.

Para las compañías A y C, los últimos días de operaciones fueron iguales al primero: horas de monótona caminata amenizada por breves duelos con francotiradores invisibles. Fueron heridos dos *marines*, aunque no gravemente. Varios hombres cayeron víctimas de nuestro otro enemigo, el sol.

En la tarde del cuarto día atravesamos Giao-Tri, el caserío que la tercera sección había destruido anteriormente. Algunos aldeanos seguían allí y buscaban sus pertenencias, entre montones de cenizas y esqueletos chamuscados, en lo que habían sido sus hogares. Un anciano se acercó arrastrando los pies, con una marmita parcialmente quemada en la mano. Él y los demás —eran unos seis— se detuvieron para observarnos mientras pasábamos. Todavía los veo, vestidos de harapos de algodón, de pie contra un telón de fondo de escombros y árboles ennegrecidos, contemplándonos con una pasividad que no era sumisión. Al principio me embargó una sensación de culpa y compasión. Incendiar su aldea había sido una demostración de lo peor que había en nosotros y yo habría agradecido la posibilidad de mostrarles lo mejor que había en nosotros. Instintivamente quise hacer algo por ellos como reparación de lo que ya les habíamos hecho. Claro que no podríamos haber hecho demasiado salvo, quizá, regalarles nuestra comida y nuestros cigarrillos. Gustoso lo habría hecho, habría vaciado mis bolsillos y mi mochila, habría ordenado a mi sección que vaciara los suyos, pero la pétrea frialdad de los aldeanos me detuvo. No

parecían desear que hiciéramos nada. Se limitaron a permanecer allí, silenciosos e inmóviles, sin mostrar pesar, ni ira, ni temor. Sus ojos apagados e imperturbables poseían la misma indiferencia que había visto en la mirada de la mujer cuya casa habíamos registrado en Hoi-Vue. Era como si consideraran el arrasamiento de su aldea como un desastre natural y, al aceptarlo como parte de su sino, no sintieran por nosotros más de lo que podían sentir por una inundación. Tal pasividad me pareció inhumana. Podía tratarse de una máscara estoica que ocultaba profundos sentimientos de tristeza o de furia, pero si se trataba de eso, su capacidad de controlar las emociones resultaba igualmente inhumana. Así, mi conmiseración por ellos se transformó rápidamente en desprecio. No se comportaban como yo esperaba que lo hicieran, es decir como harían los norteamericanos en circunstancias similares. Los norteamericanos habrían hecho algo: adoptarían una expresión furiosa, blandirían los puños, llorarían, correrían, exigirían compensaciones. Aquellos aldeanos no hicieron nada y por eso los desdeñé. Su aparente indiferencia por lo que había ocurrido me volvió indiferente. ¿Por qué sentir compasión por gente que parecía no sentir nada por sí misma? Porque yo no tenía noción del sufrimiento que constituía su existencia cotidiana. Enfrentados con la enfermedad, las malas cosechas y, sobre todo, con la violencia azarosa de una guerra interminable, habían adquirido la capacidad de aceptar lo que nosotros habríamos encontrado inadmisible, de sufrir lo que nosotros habríamos considerado insoportable. Así lo exigía su supervivencia. Como las grandes montañas de Annam, duraban.

Al atardecer, la compañía llegó al camino de tierra que pasaba junto al «fuerte francés», ruina de piedra y hormigón orientada a los arrozales del oeste de la colina 327. De acuerdo con la leyenda, su guarnición franco-marroquí había sido aniquilada por el Viet-minh a principios de los cincuenta. Ninguno de nosotros reflexionó en el destino de aquellos hombres ni percibió una advertencia en los muros del frente, desconchados por las balas.

Tumbados al borde del camino bajo la luz menguante, aguardamos al convoy que nos devolvería al campamento base. Una fila de jóvenes campesinas bajó por el sendero, con sus palos equilibrados sobre los hombros. Balanceaban los brazos vigorosamente — las cestas de los extremos de los palos se movían al ritmo de sus brazos—, presurosas por llegar a su aldea antes del toque de queda. Las «normas de acción» especificaban que los vietnamitas encontrados al aire libre después del oscurecer debían considerarse vietcongs y era necesario dispararles o capturarlos. Los camiones llegaron poco después. Los *marines* montaron, felices de ser transportados en lugar de andar, pero conscientes de que los camiones los volvían más vulnerables a una emboscada o a saltar por los aires a raíz del estallido de una mina. Su alivio fue casi palpable cuando el convoy traspuso el paso de Dai-La. Habían abandonado el país indio, el peligro inmediato, habían aliviado las tensiones que les habían asaltado durante cuatro días.

Compartí el viaje con la escuadra del cabo Nixon y un equipo de ametralladores compuesto por unos quince hombres. El Ejército de Estados Unidos considera a la infantería reina de las batallas, pero aquellos agotados fusileros no tenían nada de regio. De las rodillas hacia abajo, sus piernas estaban cubiertas de barro seco, sus botas de piel, modelo antiguo —aún no se habían distribuido las nuevas botas de lona adecuadas para la selva—, estaban podridas a la altura de los pies, su equipo de malla, al igual que sus uniformes, se veía desteñido y deshilachado.

Amontonados como pasajeros de un autobús en la hora punta, chocando entre nosotros cuando los camiones traqueteaban por el camino lleno de baches, pasamos junto al cuartel general del batallón. A los ojos de hombres habituados al monte, aquél parecía increíblemente familiar. La ropa húmeda colgaba de cuerdas tendidas entre las tiendas y el humo surgía alegremente del tubo de salida del tejado de la casucha que hacía de cocina. Algunos tanquistas de la compañía blindada agregada al batallón permanecían sentados ociosamente en lo alto de sus monstruos de treinta toneladas.

Un grupo de *marines*, con toallas arrolladas alrededor de la cintura se encaminaba, calzados con sandalias de goma, hacia las duchas de campaña. En las trincheras que se encontraban detrás de la alambrada de púas que rodeaba la línea, otros *marines* haraganeaban cómodamente mientras esperaban que llegara la noche.

El convoy giró hacia el nuevo camino que los ingenieros habían construido para unir el cuartel general con los campamentos de compañías de fusileros de las colinas 327 y 268. El camino, que ascendía por una sucesión de curvas cerradas, era de espeso polvo rojo debido al calor sin lluvias de la estación seca. Subimos lentamente, con una caída gradual y poco profunda de un lado y una subida escarpada del otro. Hartos del polvo y ansiosos por llegar al campamento, señalábamos nuestros progresos observando a los camiones que ocupaban la cabeza de la columna. Desaparecieron alrededor de una curva en forma de horquilla, reaparecieron más arriba, avanzaron en línea recta a través de la cara visible de la colina, se desvanecieron en la curva siguiente, volvieron a aparecer más alto aún. Al mirar hacia abajo, el barranco se veía cada vez más profundo y su cuesta se extendía hasta un macizo de brozas, en la lejanía. La escarpada elevación del lado opuesto del camino comenzó a nivelarse; vislumbramos los riscos herbáceos y las prominencias rocosas cercanas a la cumbre. Volví a mirar hacia abajo y vi la cola de la columna, la huella de polvo detrás, que describía una serie de curvas en S colina abajo. Las tiendas del cuartel general, los tanques, las armas y los hombres que ocupaban el campo al pie de la colina, parecían piezas de un ejército de juguete a escala.

El convoy frenó bruscamente en el campo aplanado que hacía las veces de zona de reunión de la compañía.

—¡Fuera de los camiones! —La voz del sargento de artillería Marquand retumbó en el campo—. Entregad la pirotecnia —cohetes de señales y granadas de iluminación— a vuestros guías de sección. Alineaos, hombres. Cuanto antes lo hagáis, más pronto podréis ir a cagar.

Las partes móviles de los camiones crujieron estruendosamente cuando los *marines* bajaron y formaron filas, sin confusión y sin su habitual bullicio. No estaban deprimidos pero algo apagados.

Los sargentos de sección ladraban las órdenes de ritual:

—¡Formad fila derecha, formad fila, vista al frente, en su lugar descanso!

Observé a los hombres de la compañía, sus rostros, a la par viejos y jóvenes, sus botas agrietadas y embarradas, y sentí que otro cambio los había afectado desde el mes de marzo. Un grupo íntimo desde el principio, la compañía C había estrechado más sus lazos, si cabe, en Vietnam, y de manera diferente. Su anterior camaradería poseía una cualidad adolescente similar al exclusivismo de un equipo de fútbol o de una fraternidad. La emoción que mostraban aquella noche era de tipo más serio porque Vietnam había entretejido nuevas hebras más resistentes en los lazos que los habían unido antes del aterrizaje en Danang, hebras entretejidas por la común aventura de estar juntos bajo el fuego y por la culpa de haber derramado sangre juntos, por los peligros y las penurias compartidas. Al mismo tiempo, sabía que yo era menos ingenuo en la forma de observar a los hombres del batallón. Ahora sabía que mis primeras impresiones no se basaban en la realidad sino en un consumo juvenil de películas de guerra y novelas melodramáticas. Los había considerado como versiones contemporáneas de Willie y Joe, tipos duros que en el fondo eran decentes y buenos. Ahora comprendía que algunos de ellos no eran tan decentes ni tan buenos. Muchos abrigaban celos, enconos y prejuicios. Y la arrogancia templaba su arraigado idealismo norteamericano («un *marine* vale por diez de estos vietcongs»).

No se trataba de que yo me hubiera convertido en su juez: como no era ejemplar, no estaba en condiciones de juzgar. Pero había llegado a reconocerlos como hombres comunes y corrientes que a veces tenían actitudes extraordinarias en la tensión del combate, actos de arrojo y también de crueldad.

El sargento Colby sustentaba un punto de vista distinto. Una noche le comenté que no podía comprender qué le había ocurrido a Hanson.

—Cuando estuve en Corea —contestó Colby—, vi a hombres que practicaban puntería disparando contra granjeros coreanos. Antes de abandonar esto, señor, aprenderá que una de las cosas más brutales del mundo es su muchacho norteamericano típico de diecinueve años.

Me negué a creerle. Sólo sabía que me había embargado un gran afecto por esos jóvenes *marines*, sencillamente porque habíamos compartido unas cuantas cosas. Eran los hombres con quienes había compartido el calor y el polvo, las tensas noches de vigilia, los riesgos de rastrear alguna selva desolada. Había hombres más admirables en el mundo, hombres con más principios y hombres más sensibles, pero éstos dormían en pacíficos lechos.

¡Libertad!

Los oficiales y los sargentos de sección se encontraban en la tienda del cuartel general para recibir el informe diario del capitán y el sargento primero Wagoner acababa de pronunciar la palabra mágica.

—¿Dijo usted libertad?

Wagoner bufó, se acomodó las gafas y afirmó que el diez por ciento del batallón se beneficiaría del permiso de Cenicienta (o sea que concluía a medianoche) en Danang.

—... pero nadie puede ir allí si no lo hace en el transporte regular programado para el permiso —agregó.

—Conforme —intervino alguien—, ¿a qué hora sale el transporte regular programado?

Con expresión franca, Wagoner respondió:

—Por lo que sé, no hay ninguno.

Tester, bajo, pelirrojo, siempre alegre, literato de la compañía —había llevado una pequeña biblioteca a Vietnam— lanzó una

carrajada desde su taburete plegable:

—¡Y yo creía que *Catch 22* era pura ficción!

—¿Qué es eso? —inquirió Wagoner.

—Es una sátira acerca de la burocracia del ejército —le expliqué. Wagoner parecía desconcertado:

—¿Ejército? ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Nosotros pertenecemos al Cuerpo de Infantería de Marina, no al Ejército.

Pese a la falta de un transporte regular programado, durante toda la tarde sonó la llamada de libertad. Y unos veinticinco reclutas de la compañía C fueron trasladados a Danang en camión. McCloy, Peterson, el sargento Loker y yo fuimos en el *jeep* del capitán, con el cometido de asegurarnos de que las tropas se comportasen correctamente.

Dejamos el campamento acicalados con nuestros caquis tropicales, pero cuando entramos en la ciudad ya íbamos sudorosos y cubiertos de polvo. Aunque estaba bien para ojos que sólo habían visto arrozales y selvas, Danang no era Hong-Kong. Era posible que hubiese poseído un encanto exótico antes de la guerra; perduraban vestigios de aquellos tiempos en los distritos tranquilos, donde se levantaban casas encaladas a la sombra de palmeras y tamarindos. Pero en su mayor parte Danang se había convertido en una ciudad-guarnición, plagada de refugiados del campo, de soldados armados y en uniforme de campaña, de putas, maricas, seguidores de campamentos y estraperlistas.

En las afueras de la ciudad se apiñaban chozas de paja, inmersos en espesa miseria, chozas que se convertían en madrigueras con techos de oxidadas chapas de metal. Niños raquíticos berreaban en los enlodados callejones que separaban las chabolas, callejones que olían como pozos negros. Doc Lap Street, una de las principales avenidas, era el coto de los más afortunados. Allí vivían oficiales del ejército de graduación media, funcionarios públicos y comerciantes, en casitas de estuco, cercadas por muros bien acabados y cubiertos de buganvillas. Esplendorosos árboles con capullos de color rojo brillante sombreaban la calle. Doc Lap nos condujo al

centro de la ciudad, lugar caótico lleno de restaurantes corrompidos, burdeles y tiendas cuyas contraventanas de metal estaban bajas mientras sus propietarios descansaban en el agobiante calor vespertino. En un mercado de verduras cercano, las campesinas se codeaban en los puestos y regateaban con sus rápidas voces de sonsonete.

El soldado de primera Reed —el conductor de Peterson— piloteó el *jeep* entre las casetas a lo largo de la calle. Se detuvo frente a una hilera de bares con nombres tales como «Ritmo aterciopelado» o «La dalia azul». Los camiones que nos seguían frenaron bruscamente. Libres, después de casi seis semanas de constantes operaciones de combate, los *marines* saltaron a tierra y se lanzaron en tropel a los bares. A pesar de sus nombres exóticos, el interior de los bares era corriente: una barra con tapa de fórmica, un equipo estereofónico robado en alguna tienda de artículos norteamericanos —emitía canciones que hablaban de Georgia y de Tennessee—, una hilera de reservados donde chicas de pelo oscuro se magreaban con muchachos que se encontraban a mucha distancia de Georgia y de Tennessee.

—Soldado, págame un trago.

—Sí, claro. Un trago. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre Co-Phoung. Soy Saigón. Págame trago ahora.

—Ya te dije que sí. Te pago una copa y después vamos a tu casa.

—Por supuesto. Tú yo vamos mi casa. Rápido número uno. Pero primero pagas trago.

Afuera, conductores de ciclomotores hacían de alcahuetes en las esquinas, con sus ojos de lagartija que asomaban por debajo de los cascos de corcho contra el sol, mientras se dirigían a la multitud de color caqui que pasaba a su lado:

—Eh, soldado —siseaban y arrastraban sus vehículos de tres ruedas—, mi ciclomotor te lleva buen lugar. Muy barato. Buen lugar. No venéreas. No vietcongs.

Ancianas de rostros como dátiles secos ocupaban las aceras

sentadas en cuclillas y ofrecían cigarrillos del mercado negro, monedas del país, baratijas y chaquetas ordinarias con las palabras *Danang. He servido en el infierno*, cosidas en la espalda.

De vez en cuando, un hombre al que le faltaba un brazo, o una pierna, o un ojo — víctima olvidada de alguna remota batalla— se acercaba cojeando y extendía su desteñida gorra. En Vietnam no existía una Asociación de Veteranos y sus legiones de soldados liados —como los supervivientes acribillados de Falstaff— tenían plena libertad de «mendigar en los barrios de la ciudad durante toda la vida».

Mientras bajaba por una calle con McCloy y Loker, entregué unas pocas piastras a uno de esos mendigos. Éste no había terminado de decir «Cam Ong» (gracias) cuando nos acosó una pandilla de niños pequeños con mirada de viejos.

—Dame dinero tú.

—No tengo dinero. Vete, di-di.

—Dame cigarrillo. Un cigarrillo un Salem dame —hicieron la mímica de los movimientos de un hombre que fuma un cigarrillo.

—Di-di, cabroncillos —rugió Loker—. Di-di mau (sal de aquí y rápido).

Pero siguieron a nuestro lado, coreando «Charlie malo, número diez Charlie malo». Hacía un calor abrasador y el aire estaba cargado del olor del pescado medio podrido que se apilaba en el muelle, junto al río Tourane.

Buscamos refugio en *Simone's*, bar que llevaba el nombre de su propietaria, una aventurera franco-camboyana-tailandesa nacida en Bangkok, que ambicionaba casarse con un norteamericano y llegar a Estados Unidos. Cinco o seis *marines* de mi sección se encontraban en aquel lugar, al borde de la borrachera y la quiebra. En seguida Loker se puso a hablar con Simone. Se sentía muy atraído por ella aunque no tenía la menor intención de llevarla a Estados Unidos. Ella lo sabía, de modo que le contestaba con evasivas. McCloy me presentó a dos chicas, pupilas de Simone. Éstas

tenían los increíbles nombres de Yum-Yum y Yip-Yap y eran regordetas, agradables y razonables. Pero sentí cierta timidez ante la idea de ir de putas delante de mis hombres.

Dos de los *marines*, Marshall y Morrison, me preguntaron si tomaría una copa con ellos y los demás *marines*. Acepté. Durante algún tiempo quise salvar las barreras que existen entre oficiales y números, beber con la tropa y llegar a conocerlos tan bien como ellos se conocían entre sí.

El experimento de la democracia militar fracasó. Todos habíamos bebido demasiado y decíamos tonterías sin parar. Morrison no dejó de echarme uno de sus brazos fornidos y velludos al cuello y de murmurar, arrastrando la voz:

—Teniente, usted y yo juntos podemos ganar esta guerra. Sólo nosotros dos.

Luego me preguntó si le hablarían a Peterson de un brillante plan bélico que habían elaborado, él y sus compañeros.

—Charlamos y pensamos que podemos romperles el culo a los Charlies si hacemos un salto nocturno en paracaídas sobre la frontera de Laos y después nos abrimos paso hasta Danang a pie. Entienda, señor, que el Cong nunca nos pescará si sólo somos cuatro o cinco. Recorreríamos el terreno reptando, arrastrándonos y emboscando norvietnamitas a todo lo largo del camino. Liquidaríamos a un montón. Tiene que hablar de esto con el jefe.

—El viejo Moe podría hacerlo —opinó otro de los *marines*—. Es una mierdecita en la guarnición, pero un ser auténticamente maligno al aire libre.

—Morrison —observé—, ésa es la idea más delirante que he oído en mi vida.

—Eso se debe a que estoy chalado, teniente. Soy un loco. Usted lo sabe y yo también. Me han degradado tantas veces que no podría ascender a soldado de primera aunque permaneciera treinta años en el cuerpo.

Otro *marine* que se balanceaba sobre sus propios pies levantó su vaso de cerveza:

—Díselo, Moe. Díselo. Cómete la manzana y que el cuerpo se vaya a la mierda.

—Cierra el pico, saco de escoria —ordenó Morrison—. Como le decía, señor, estoy chalado, pero las guerras las ganan los chalados.

Ya había oído lo suficiente acerca de las teorías militares del soldado Morrison y me volví en dirección a Marshall, que se había mantenido a un costado, con la boca cerrada. La conversación que siguió fue apenas mejor. El tema favorito de Marshall era el de los automóviles. Probablemente, su único tema. Yo lo ignoraba prácticamente todo acerca de los coches y escuché estupefacto mientras los demás asentían como conocedores, en tanto Marshall divagaba sobre fuerzas de torsión, revoluciones, relaciones de multiplicación, fresas, cilindros y émbolos, levas y ejes oscilantes en sus cojinetes, taquímetros, y sobre lo fantástico que era golpear los parachoques en el aparcamiento de un supermercado.

Cuando concluyó su soliloquio automovilístico, Marshall me preguntó qué tipo de coche conducía, con los ojos brillantes de expectativas: un oficial sería propietario, como mínimo, de un Jaguar XKE. Confesé tristemente que no tenía coche. Nunca había tenido coche.

Marshall pareció compadecerme de verdad:

—¿No me toma el pelo, teniente?

—No bromeo. Pero siempre quise tener un Chevy del cincuenta y siete.

—Sí... quiero decir, sí señor. Bien, respecto a los Chevy del cincuenta y siete, permítame decirle...

Prosiguió. Confundido y finalmente aburrido por su jerga, importado a intervalos por Morrison —que insistía en que considerara su delirante plan— decidí que existían buenas razones para erigir barreras entre oficiales y soldados. Logré separarme del grupo y abandoné el bar en compañía de McCloy.

Murph, que había hecho una gira por Vietnam como

observador, se sintió inclinado a revelarme los misterios de Da-nang. Empezamos cenando en un restaurante con el comandante del batallón del Ejército sudvietnamita en que había servido McCloy, el 11.º de los Rangers. La comida no fue memorable, si se exceptúa el chayó —papel de arroz relleno de verduras— y la acre salsa nuoc-maum. Afortunadamente, la nuoc-maum sabía mejor de lo que olía. Después de hacer bajar la comida con té helado, salimos a satisfacer otras necesidades físicas.

En confiadas zancadas a través de un laberinto de calles estrechas de aspecto siniestro, McCloy me guió hasta una casa de dos pisos con derrotadas paredes amarillas y contraventanas verdes.

—Aquí es —dijo mientras subíamos las escaleras.

El interior del burdel parecía una escena de una película de Fellini: una enorme sala sofocante con el piso mugriento; prostitutas semidesnudas echadas en camas de paja que movían lánguidamente abanicos de mimbre frente a las nubes de moscas que zumbaban alrededor de sus cabezas. En un rincón, una criatura descarnada de edad indefinida yacía de espaldas y contemplaba el cielo raso con ojos vidriosos por el opio. La confianza de McCloy comenzó a flaquear.

—No era así el año pasado —me aseguró con su suave acento de Kentucky—.

Quizá me equivoqué de lugar.

Una de las mujeres se levantó y avanzó hacia nosotros arrastrando los pies. Su boca era un manchón de lápiz de labios y se había pintado círculos rojos en sus mejillas cetrinas.

—¿Bonanza-bonanza, soldado? —balbució la grotesca criatura mientras señalaba una escalera—. ¿Follar-follar?

—Khoun, khoun —exclamé, y le volví la espalda—. No, no. —Me dirigí a McCloy—: Murph, no me importa si éste es el lugar *correcto*. Larguémonos de aquí. Si seguimos respirando este aire, podemos hacernos la cuenta que ingerimos una dosis de opio.

En ese preciso momento bajaron la escalera tres *marines* de la

compañía Charley, riendo y metiéndose los faldones de las camisas en los pantalones. Interrumpieron sus pasos, petrificados, cuando nos vieron. El cutis claro de McCloy pasó al rojo vivo y noté que me ruborizaba, perturbado. No se supone que los oficiales son santos, pero se espera que sean discretos. O sea que se supone que no se les ha de ver con putas ni borrachos. Acababan de vernos. Yo no supe qué decir pero Murph resolvió el problema con su aplomo acostumbrado. Miró a los *marines* seriamente y explicó:

—El teniente Caputo y yo estamos aquí para asegurarnos de que sabéis cuidaros.

Esperamos que hayáis tomado precauciones.

—En el caso de que nos esté preguntando si usamos gomas, señor, le respondo que sí, señor, que las usamos —replicó uno de los hombres, soldado de primera negro.

—Bien hecho. No queremos que os contagiéis una enfermedad venérea. Está bien, seguid vuestro camino.

—Seguiremos nuestro camino, señor.

Sin decir una sola palabra más, McCloy giró bruscamente y me guió hasta la puerta.

—Muy bien resuelto —reconocí.

—P. J., no asistí a la Academia Naval para no aprender nada.

Luego fuimos a «La dalia azul», bar tenuemente iluminado, con un jardín exuberante en el exterior y un grupo de esplendorosas chicas de alterne chinas en el interior. Era una de las guaridas de los asesores australianos estacionados en Danang. Tres de éstos se encontraban con los Rangers del 11.º y no tuve más remedio que soportar sus remembranzas y las de McCloy sobre las escaramuzas en la selva, de «los viejos tiempos».

Como la mayoría de los australianos, eran campeones de la bebida. Aparecieron dos botellas de Johnnie Walker de su propiedad. En el espíritu de la amistad australiano-norteamericana, nos sirvieron a cada uno un vaso lleno del transparente *whisky* blanco-dorado. Puro, por supuesto. Ni agua ni hielo. Luego llenaron sus

vasos y en esa ronda vaciaron una botella y parte de la otra. A continuación uno de los australianos, curtido y delgado suboficial, hizo algo que yo nunca había visto antes y nunca vi después: cogió su vaso, que contenía como mínimo un cuarto litro de *whisky*, y lo vació de un trago.

—¡Buaj! ¡Sí que está bueno! —afirmó mientras se servía otro. En comparación con su heroico trago, yo sólo había dado un delicado sorbo. El australiano me palmeó la espalda—: Oye, compañero, creí que eras un *marine* norteamericano. Creí que vosotros erais tíos duros. Venga, trágatelo. Tenemos mucho más.

Con mis ideas de veintitrés años acerca de la hombría y el desafío de defender la reputación de los *marines* norteamericanos, yo también vacié el vaso de un solo trago. Pocos segundos después, el lugar empezó a dar vueltas lentamente, como las paletas del rotor de un helicóptero en el momento que se enciende el motor.

—Así se hace —congratuló el suboficial.

El australiano me sirvió unos dedos más de *whisky* en el vaso. Alguien dijo «salud», yo respondí «salud» y eché otro trago. Los rostros del salón giratorio se multiplicaron por dos; sentí en la boca el mismo sabor que cuando el dentista me aplicaba una inyección de novocaína en las encías; las quebradas voces australianas parecían llegar a través de un tubo de más de un kilómetro de largo:

—Venga, compañero, échate otro trago. Vacíalo. Muy bien hecho. Salud. Se te ve muy bien.

Me sentía bastante menos que muy bien cuando desperté en la habitación de una de aquellas muchachas chinas. No podía recordar cómo había llegado allí. Mi uniforme estaba esparcido en el piso. La túnica de ella, cuidadosamente doblada sobre una silla. Desnuda, acostada a mi lado, lanzó una risita cuando me contó que yo estaba «buku borracho» y que me había quedado dormido. Pero como veía que ahora estaba bien, ¿quería un rápido número uno?

—Claro. ¿Cuánto?

—Cuatro mil piastras.

Salvo la mirada dura y comercial de sus ojos, era una muchacha hermosa, más robusta que una vietnamita, pero con el mismo pelo negro, liso y largo. Sin reflexionar en el hecho de que cuatro mil piastras representaban más de treinta dólares, acepté:

—De acuerdo. ¿Por qué no? Queda en tus manos.

Metí la mano en la cartera y retiré un fajo de billetes anaranjados en que había impresos tigres y dragones. Ella los contó atentamente, se acomodó sobre mi cuerpo y me proporcionó un rápido que era número uno pero no valía cuatro mil piastras.

Cuando terminamos y estuvimos vestidos, me acompañó enfrente, hasta «La dalia azul». McCloy seguía allí y había una chica sentada sobre sus rodillas. Aunque parezca mentira, los australianos estaban consumiendo otra botella de *whisky*.

—¿Qué tal se portó Lang? —me preguntó el suboficial australiano: era la primera vez que oía el nombre de la chica.

—Lang se portó bien, pero resulta cara.

—Sí, en este lugar las estropean. Llamaron a la puerta.

—¡Mierda! —exclamó el australiano—. La condenada policía militar. Vosotros dos, yanquis, meteos detrás del diván.

Nos hizo señas a McCloy y a mí de que nos escondiéramos detrás de un sofá que estaba apoyado contra una de las paredes. Por lo visto, el bar se encontraba en un distrito donde estaba limitada la permanencia de norteamericanos después de cierta hora. Nos deslizamos como pudimos debajo del diván y recuerdo que veía dos pares de lustrosas botas negras con cordones blancos a menos de quince centímetros de mi cara. El *whisky* y lo ridículo de la situación me produjo un ataque de risa. McCloy tuvo que apretarme la boca con una mano para evitar que lanzara una carcajada. Los policías militares recorrieron el salón durante unos minutos, hasta cerciorarse de que allí no había norteamericanos. Salieron dando un portazo.

Su partida significó una señal para nosotros. Agradecemos a los australianos el *whisky* y el escondite, salimos a la calle y en la

humedad de la noche anduvimos hasta el Grand Hotel. Allí encontramos a Peterson y a Loker, que bebían ron en la terraza, con un marino mercante noruego. Peterson, con los ojos vidriosos, nos presentó al noruego, rubio, grandote y con venas rojas y azules en la cara.

—Phil y Murph, este marinero es un tipo estupendo —dijo el jefe con voz turbia

—. Es un tipo estupendo porque es escandinavo y *yo soy escandinavo* y me siento orgulloso de serlo. Los escandinavos son las personas más grandiosas del mundo.

Después de reconocer las superlativas cualidades de los escandinavos, Murph y yo nos sentamos. El marinero nos invitó a una ronda de ron. Acepté, ya que había sudado el *whisky* durante mi caminata al hotel. Luego pagué una ronda. A continuación el noruego invitó a otra. En una especie de estupor, me dedicaba a contemplar las luces de los juncos pescadores que se balanceaban sobre la sedosa cinta negra del río Tourane, cuando cuatro gigantesos representantes de la policía militar irrumpieron en la terraza y nos arrestaron a todos, excepto al marinero. Habíamos violado la ley de toque de queda, según dijeron. Sin conmoverse ante nuestras protestas de que éramos *marines* en campaña que no sabíamos nada acerca de toques de queda, los policías militares nos arrastraron a la prisión militar de Danang.

Todo lo que recuerdo acerca de nuestra breve permanencia en aquel lugar es que permanecí inestablemente de pie frente a un espejo de cuerpo entero sobre el cual se leía una orden: ¡MUÉSTRESE ACICALADO! COMPRUEBE LA RAYA DE sus PANTALONES, sus BOTAS y su PLACA. Comprobé la raya de mis pantalones: había desaparecido por el calor; comprobé mis botas: estaban mugrientas; comprobé mi placa: completamente deslustrada.

Después de algunos intercambios verbales, los policías hablaron de encerrarnos entre rejas. Aunque ignoro cómo se enteró, el soldado de primera Reed se presentó a buscarnos y nos liberaron.

Montamos en el *jeep* del jefe, recogimos a los dos camiones cargados de *marines* rugientes y borrachos e iniciamos el regreso al campamento. Todo el mundo reía y cantaba. No todo el mundo: Peterson se había desvanecido. El permiso de Cenicienta impuso un castigo muy distinto del de los cuentos de hadas. Todos cuantos lo disfrutaron padecieron una resaca paralizadora al día siguiente. Tres días más tarde, la mitad de ellos descubrió que había contraído alguna enfermedad venérea y desfiló hasta el puesto de socorro del batallón para desnudar sus nalgas mientras un sanitario las atiborraba de penicilina.

Mis recuerdos de las últimas dos semanas en el batallón se entremezclan y confunden. La compañía C realizó dos o tres operaciones más durante ese período. Los días siempre calurosos y a veces peligrosos en el monte alternaron con monótonas esperas en el campamento. Un par de breves y sórdidos permisos similares al primero aliviaron el aburrimiento.

En cierta ocasión dirigí una dificultosa misión de patrullaje, al mando de una sección, cerca del cerro de Charlie. Me gusta pensar en ello toda vez que oigo que algún general que pasó su visita de inspección estudiando mapas y trasladándose en helicópteros afirma que podríamos haber ganado la guerra. Primero tuvimos que abrirnos paso a través de un manchón de bambúes y hierba de elefante de tres metros de altura, la peor y más espesa parte de selva que jamás hubiésemos soñado encontrar. El hombre que iba en cabeza y yo nos turnamos para cortar la vegetación con un machete. Cuando no podíamos resistir más, se acercaban tres o cuatro *marines* y aplastaban el muro de malezas arrojándose contra él. Luego el resto de la sección avanzaba unos cuantos metros. A continuación, el que iba en cabeza y yo empezábamos de nuevo. Todo esto bajo un calor abrasador. Cuando salimos de la jungla entramos en una ciénaga, que tuvimos que cruzar saltando de una isla de terreno sólido a la siguiente. El cabo Mixon perdió pie, cayó en una charca de arenas movedizas y cuando logramos sacarlo de allí ya

se había hundido hasta el pecho, cubierto de estiércol y lagartijas. El guía de la patrulla nos condujo por la ciénaga y luego en el ascenso de una sierra de doscientos cincuenta metros de altura. La única senda para escalarla consistía en un paso de animales de caza. Al principio resultó fácil pero después la cuesta se volvió tan escarpada que tuvimos que seguir apoyándonos en las manos, aferrándonos a las grises raíces de las caobas, adelantando un pie por vez, jadeando y transpirando en el aire húmedo. A veces un hombre caía y derribaba a varios de los que le seguían mientras rodaba cuesta abajo. Espinosos arbustos se nos clavaban en el cuerpo, enredaderas del diámetro de una cuerda se nos arrollaban en los brazos, en los fusiles y las cantimploras, con una tenacidad casi humana. Cuando finalmente llegamos a la cresta estudié el mapa y la hora: en cinco horas y sin haber establecido un solo contacto con el enemigo, habíamos cubierto poco menos de un kilómetro.

Pocos días más tarde hirieron a Lemmon en otra operación. La compañía estaba acampada en una zona de aterrizaje, denominada Oriole, y habían enviado a la sección de Lemmon a explorar una colina que daba a dicha zona. A mitad de camino, la sección se enredó en un breve tiroteo con un grupo de vietcongs que vigilaban un gran campamento base. Uno de los guerrilleros, oculto detrás de una prominencia rocosa, arrojó una granada en el momento que Lemmon dirigía una descarga contra el campamento. La granada le dio en el pecho, rebotó, aterrizó entre sus pies, rodó hasta un hoyo y estalló. Algunos fragmentos hirieron a Lemmon en la cara y la fuerza de la explosión estuvo a punto de tumbar a Sullivan, que se encontraba detrás de él, provisto de una ametralladora.

La sección tomó el campamento por asalto. Lo encontraron vacío de vietcongs — los fantasmas habían vuelto a desaparecer — pero lleno de uniformes, equipos y AK-47 nuevos en cantidad suficiente para armar a toda una compañía. Los *marines* destruyeron alegremente las armas y los equipos, incendiaron el campamento y retrocedieron mientras nuestra artillería bombardeaba las colinas a sus espaldas.

Lemmon sólo sufrió heridas menores y Sullivan escapó de milagro, pero con el uniforme agujereado. Sin embargo, aquella aventura les impresionó profundamente, como ocurre por lo general con lances parecidos. Sullivan, que ahora era sargento y padre de un varón de dos meses, no quería participar en nuevos acercamientos.

—Hombre —le oí decir mientras la sección volvía a la zona de aterrizaje—, noté que esa explosión me golpeaba como un viento ardiente. Me pegoteó el uniforme a la piel. Para mí eso se acabó. Ahora soy padre.

Lemmon no dijo nada en los primeros momentos y se limitó a menear la cabeza. Todavía veo su anguloso rostro, blanco como la porcelana excepto en los lunares sanguinolentos donde le había alcanzado la metralla. Guardó silencio un rato hasta que habló soltando un torrente de palabras:

—Phil, jamás lo olvidaré. Vi cómo eso me caía encima. Divisé al hijo de puta que lo arrojó. Pensaba perseguirlo con mi fusil cuando esa cosa cayó.

Lemmon dio una larga pipada a su cigarrillo y meneó la cabeza varias veces. Su rostro no perdió en ningún momento la extraña blancura enfermiza. El humo del campamento incendiado se filtraba a través de los árboles y sobre la colina. No veíamos el campamento: sólo el humo y las ocasionales lengüetas anaranjadas de las llamas. A lo lejos, desde las colinas, se elevaban los penachos de color gris negruzco de las granadas que habían cubierto la retirada de Lemmon.

—Pensé que había llegado mi fin —prosiguió—. Me dio exactamente en el pecho y cuando la vi entre mis piernas sólo pude pensar en mis genitales. Sólo pensé: «Ese trasto me va a reventar los huevos». Luego rodó y desapareció.

La compañía D, que ocupaba nuestro flanco izquierdo durante la operación, también tuvo contratiempos ese mismo día. Los bombardearon con 60 mm en un lugar correctamente apodado Valle del Mortero y seis hombres quedaron gravemente heridos. Pero

lograron igualar el marcador cuando atacaron otro campamento base y mataron a cinco vietcongs, incluido un comisario político norvietnamita. En el ínterin, ordenaron a mi sección que fuera a tender una emboscada de toda la noche, operación que recuerdo por su mísero resultado. Ningún soldado enemigo cayó en la emboscada, pero se atraparon miles de insectos. Permanecemos en vela durante ocho horas, soportando las picaduras de los mosquitos y de las hediondas hormigas.

Agotados y con los ojos enrojecidos, regresamos a las líneas del batallón al día siguiente, donde oímos un extraño rumor: nuestro papel en la guerra concluiría en septiembre, momento en que el regimiento pasaría a Okinawa. Algunos aceptamos el rumor como un hecho, manteniendo la ilusión de que estábamos perjudicando seriamente al Vietcong. Se trataba de una ilusión parcialmente creada por los informes siempre optimistas emitidos por la superioridad o impresos en el *Stars and Stripes*, y, en parte, por nuestro propio y persistente convencimiento de que venceríamos y pronto. No tan rápido como creíamos al principio pero lo conseguiríamos en un período de, pongamos, seis meses o un año.

A finales de mayo me ordenaron que me presentara a mi unidad de procedencia, la compañía del Cuartel General del Regimiento. Después de asistir a un curso de una semana en Yokosuka, Japón, sería destinado al estado mayor como ayudante adjunto. Un ayudante adjunto es un oficial administrativo. Detestaba la idea de abandonar el Uno-Tres. Se trataba de un batallón de infantería de primera categoría, poseedor de un espíritu y una personalidad singulares. Además, el estado mayor sólo parecía ser un organismo militar, algo sin alma y sin sangre. Papeles. Informes. Alfileres clavados en un mapa. Realicé algunos intentos para que cambiaran mi destino, pero todos fueron en vano.

Desolado, eché el candado a mi bolsa marinera y me despedí de la sección, del temerario Morrison, de Sampson —al que le habían concedido una Estrella de Bronce por rescatar a González y luego

había sido degradado a soldado de primera por indisciplina en Da-nang—, de Butler, que había animado los grises días del campamento con su canto; de Mixon, Marshall, Skates y Parker, y del sargento Campbell, naturalmente.

SEGUNDA PARTE

EL OFICIAL A CARGO DE LA MUERTE

*¿Cuántos muertos? Tantos como deseas.
No los cuentes: son demasiados.
¿Quién compra mis hermosos cadáveres
recientes a penique el par?*

SIEGFRIED SASOON
The Effect

Tu diestra sabiduría nos perseguirá largo tiempo entremezclando nuestro pesar con el ayer. Tu risa es una canción rota, y la muerte te ha encontrado bondadoso y alegre.

SIEGFRIED SASSOON

Elegy

Regresé de Japón el 15 de junio. El soldado de primera Kazmarack, conductor del jefe de ayudantía, me recogió en el aeropuerto. Era un día húmedo y encapotado. Una temprana lluvia matinal había convertido en lodo el polvo de los caminos. Las tiendas del cuartel general del regimiento y del batallón —ambos cuarteles generales ocupaban el mismo campamento— lucían extrañamente limpias. En la parte superior de las tiendas se habían juntado charcos de agua y algunos *marines* la hacían caer al suelo golpeando con palos las bolsas que se habían formado en los techos de lona. El agua producía un agradable cascabeleo al deslizarse por los plateados lienzos y chocar contra el suelo. Kazmarack salió del camino, el *jeep* patinó en el barro y atravesamos una brecha de la alambrada de púas. Vi a dos *marines* sentados en un emplazamiento de sacos de arena, con sus capotes todavía brillantes por la lluvia. Me acobardé cuando un obús de 20 cm de la batería del otro lado del camino lanzó una descarga. Es necesario haber oído la detonación de un 20 cm para saber apreciarlo. Kazmarack sonrió y comentó:

—No se asuste, señor, sólo es bulla.

—Sé que es bulla —repliqué, enojado conmigo mismo por

haberme acobardado y con el conductor por haberlo percibido—, pero produjo un verdadero estrépito.

—Espere hasta esta noche, teniente. Éstos y los ciento cincuenta y cinco armarán jarana toda la noche. Podría pensarse que allí está el Ejército Rojo de China y no una pandilla de guerrilleros.

Frenó cerca de la tienda del ayudante y saltó para recoger mi equipaje del asiento trasero.

—Llegamos, señor. Estamos en casa. Bienvenido al viejo y querido Dang-Dang junto al mar. ¿Qué tal es Japón en comparación con esto?

Pensé en el fin de semana que había pasado en Tokio después de la finalización del curso.

—Kazmarack, ¿cómo supone que es Japón comparado con esto?

—Imagino que comparado con este agujero, Japón era número uno, señor.

—Tiene razón.

En realidad, no me sentía tan mal con el regreso. Me había sentido solo durante aquellos diez días que había permanecido en Japón y ahora, mientras chapoteaba por el barro del campamento, supe por qué. Mis amigos y mi grupo estaban en Vietnam. Yo pertenecía a ese lugar. De hecho, el regimiento era mi hogar.

Me presenté a mi nuevo jefe, el capitán Anderson. Estaba sentado en una silla de lona, detrás de un escritorio hecho con trozos de madera sobrante, un viejo tablero de mapas y cajones de municiones. Frente al suyo se encontraba otro escritorio improvisado, el mío. Varios cajones vacíos de proyectiles, en los cuales se leía *155 mm*, servían de archivadores. La sección del asistente, o S-1, ocupaba la mitad de la tienda: la S-4 (logística) la otra mitad.

Entregué mis órdenes —trece copias— a Anderson, que las cogió con su mano gordinflona y firmó el recibí. Después de prestar servicios durante más de cinco meses con el delgado y musculoso Peterson, me sorprendió la abultada barriga del ayudante, que

sobresalía pegada a su transpirada camiseta y colgaba por encima de su cinturón. También tenía una cabeza enorme. Su cara, con la barbilla débil y sus ojillos entre pliegues de carne tostada por el sol, parecía la de un porcino.

—Bienvenido a bordo —gruñó—. Puede descansar el resto del día para ir acostumbrándose. Preséntese mañana a las siete y media.

El teniente Schwartz, a quien yo reemplazaría, me mostró los alojamientos de los oficiales subalternos. Schwartz se sentía tan dichoso por mi traslado al cuartel general como yo desdichado por la misma razón; él pasaría a hacerse cargo de una compañía de fusileros del 2.º batallón.

Me señaló un catre sobre el cual colgaba un mosquitero verde que parecía un capullo raído:

—Es suyo. Le gustará estar aquí. Tiene todos los inconvenientes de una compañía de primera línea y ninguna de las ventajas correspondientes.

Dejé caer mi bolsa en el estante de madera que vi al pie del catre. La tienda era inmunda. La habían instalado junto al camino y el polvo que levantaban los convoyes y tanques que pasaban por allí penetraba directamente al interior. El piso de tierra duramente comprimida parecía tachonado de chinches muertas. Afuera, una trinchera ofrecía refugio en caso de bombardeo o servía como posición en el improbable caso de un ataque por tierra. En la trinchera había, por lo menos, treinta centímetros de agua.

Por la tarde subí a la colina 268 para recoger la parte de mi equipo que había dejado allí.

Cuando uno ha vivido en el mundo íntimo de una compañía de infantería, llega a conocer a quienes han compartido ese mundo como a su propia familia. Al penetrar en el vivaque de la compañía C, percibí de inmediato que algo había ocurrido. Nadie me dijo nada ni me miró de manera extraña, pero lo percibí, del mismo modo que un hombre que entra en su casa después de haber estado

fuera un tiempo, oye palabras familiares en bocas de personas familiares, ve los objetos habituales en su lugar habitual, pero instintivamente sabe que las cosas no son iguales que cuando él las dejó.

El campamento no presentaba ninguna diferencia. La cocina, el cuartel general, las tiendas de oficiales y de sargentos de sección seguían enganchadas de extremo a extremo en la estrecha repisa de la cuesta de la colina. Más abajo, la ancha cicatriz roja de la zona de aterrizaje y más lejos aún, las tiendas de los soldados. No se habían modificado las posiciones defensivas de la cuesta de avanzada. Vi la antigua línea de trincheras atravesadas que cortaban la falda de la colina en una serie de ángulos agudos; los hoyos con sus parapetos de sacos de arena curtidos por la intemperie; los centinelas con chaquetas antifuego aéreo sentados en algunos de los hoyos; el refugio subterráneo donde yo había dormido tantas noches y el de madera dura del subteniente de aviación, con sus antenas de radio ondeando en la brisa como hebras de acero.

Pasé junto a la cocina. Algunos *marines* limpiaban sus fusiles bajo el cartón alquitranado que hacía las veces de toldo. Me embargaron los conocidos olores a aceite y disolvente y el ruido a metal de las varillas y cepillos de limpieza mientras recorrían los cañones de los fusiles. Una radio de transistores lanzaba al aire el programa de música ligera que todos los días transmitía la emisora de las Fuerzas Armadas, en Saigón. Me vieron algunos hombres de mi antigua sección. Me saludaron y me preguntaron cómo era estar «en la retaguardia». Dije que lo ignoraba, que acababa de presentarme.

Seguí andando, cada vez más obsesionado por la sensación de que nada era igual. Había algo peculiar en la forma de tratarme; parecían algo fríos y distantes y me pregunté si se debía a que ahora me consideraban un intruso. En la tienda de suboficiales, Campbell y Greene, el sargento de la sección de Lemmon, jugaban a los naipes, como hacían siempre que la compañía estaba en el campamento. Lemmon, Tester y McCloy se encontraban en la tienda siguiente, la de los oficiales. Tester decía algo sobre su equipo,

palabra con la que se refería al magnetófono Teac que había comprado en Hong Kong antes de que enviaran al batallón a Vietnam. Se había visto obligado a dejarlo en depósito en Okinawa y estaba preocupado.

—Espero que esos payasos no me lo estropeen —le decía a Lemmon cuando yo entré. Glen, con su rostro de gavilán que todavía mostraba las señales de la granada, no dijo nada. McCloy leía una historia de la segunda guerra mundial titulada *Panzer Leader*—. En Estados Unidos ese equipo me costaría mil doscientos pavos. Lo compré por seis... eh, aquí está P. J. —se interrumpió Tester—. Caputo, retírese. Ésta es una compañía de línea. Se encuentra fuera de los límites de los finolis de la retaguardia.

—Bastante mal me encuentro allí. No lo empeores.

—Huy, huy, huy, Caputo está enojado. Está furioso conmigo.

—No sé por qué te has de encontrar tan mal —intervino Lemmon—. Tendrías que estar contento de estar en el regimiento —no me miró. Sentado en un cajón vacío, con una boina de monte echada sobre la frente, se daba cartas a sí mismo y a un contrincante imaginario—. En realidad, no sé por qué razón tenías tanta prisa en regresar al Nam. Walsh, de la compañía Alfa y Mike Repp, de la Delta, fueron a Okinawa el mes pasado para unos ejercicios de vuelo y creo que todavía no han vuelto. Tendrías que haber alargado tu visita.

—Vi a Walsh y a Repp —respondí—. De todos modos, la alargué todo lo que pude.

—Phil, todavía eres un botas marrones. Suponte que te hubieras quedado unos días más. ¿Qué podían hacerte? ¿Te habrían enviado a Vietnam?

El acento tejano de Lemmon era de por sí áspero, pero había un nuevo timbre en su voz, una amargura que antes no existía. Y al igual que los soldados que había visto antes, tenía un aire vagamente distante.

—Quiero que me cuentes algo de Japón —pidió Tester, que no parecía haber cambiado—. Lo que quiero saber es si te quitaron los

calcetines. ¿Alguna de aquellas abejitas te quitó los calcetines? Eso es todo lo que quiero saber.

Entonces les conté el fin de semana que había pasado en Tokio y de la chica mitad rusa mitad japonesa que se había alojado conmigo en el Palace Hotel. Se llamaba Ayakok, era una chica de alterne de Yokosuka e inmediatamente antes de meternos en el tren que va a Tokio me había dicho: «Philsan, pasaré dos días contigo y no tendrás que pagarme. Te amaré dos días y después dejaré de amarte».

—¡Jesús! ¡Lo conseguiste gratis! —Quiso saber Tester—. *¿Por qué* volviste? Lemmon meneó la cabeza mientras daba las cartas:

—¡Caray! Si hubiese sido yo, todavía seguiría allí. Como ya te dije, ¿qué podían hacerme? ¿Enviarme a Vietnam?

—Podrían encerrarte en la prisión militar, Glen —contesté.

—La prisión militar es mejor que esto. Allí no pueden matarte.

—Bueno, yo no estoy pensando en dejarme matar. De cualquier manera, no hay muchas posibilidades de que a uno lo maten en el regimiento.

—¿Te enteraste de lo de Sullivan?

—No.

—Ha muerto.

La imagen de Sullivan brilló en mi mente: alto, huesudo, aparentando menos de los veintidós años que tenía, me ofrecía un cigarrillo. Yo estaba en lo alto de uno de los antiguos fortines franceses y escudriñaba los arrozales con mis binoculares. Sullivan se estiró todo lo que pudo para alcanzarme un cigarrillo. Sonreía y su sonrisa resquebrajó el polvo que tenía adherido a la cara. «Eh, teniente», me dijo, «acabo de recibir una carta de mi mujer, desde Pensilvania. Es un varón». Eso había ocurrido en marzo o a principios de abril, cuando el batallón todavía estaba en la zona del campo aéreo. Al representarme a Sullivan como era entonces, sentí que algo se retorció en mi interior cada vez con más fuerza, hasta que creí que estallaría.

—¿Cómo? —pregunté.

—Lo alcanzó un francotirador. No era un norvietnamita cualquiera que jugaba con una carabina. Sabía disparar. Estábamos en el sur del Song Tuy Loan, cerca del río Song Yen. Hacía un calor de los mil demonios y Sully se ofreció como voluntario para llenar las cantimploras. Acababa de llegar al río cuando el tirador, bien apostado, disparó. Suponemos que llevaba un fusil ruso con mira telescópica, porque atravesó a Sullivan de un solo disparo. Entró por un lado y le salió por el otro. Se hizo un pulcro agujero a través de su cuerpo. Probablemente estaba muerto antes de caer al suelo.

Pregunté cuándo había ocurrido y me sentí como un desertor cuando Lemmon respondió:

—Pocos días después que te fuiste.

No es que mi presencia hubiera significado alguna diferencia, pero comprendí que debería haber estado con ellos.

—Tres compañías habían salido a hacer una operación en plan de batallón — prosiguió Glen—. Tienes suerte de no haber estado allí porque fue realmente jodido. También alcanzaron a Ingram.

—¿Muerto en acción?

—No, pero malherido. Una bala le entró por la espalda y le astilló la columna, creo. Lo último que supimos de él es que le sobrevino una meningitis y está en una silla de ruedas. Creo que se encuentra en un hospital de Tennessee, cerca de su terruño. Es probable que nunca más camine.

Entonces rememoré a Ingram, robusto, de pecho como un tonel, andando a zancadas por la cocina la mañana de la primera operación de la compañía, cantando con su esplendorosa voz de barítono, y el hilo que me unía a ellos volvió a retorcerse y quebrarse. Sentí que se rompía con tanta certeza como si se hubiera roto un hueso o un tendón; después, sólo una sensación fría y vacía en la boca del estómago. Ingram lisiado y Sullivan muerto. Muerto. Muerto. *Muerto*. Había oído esa palabra muchas veces pero nunca había conocido su significado.

—Lo cierto —decía Lemmon— es que Ingram se lo buscó. ¡Maldito Ingram! Ya sabes cómo era. Creía que era demasiado grande o duro para ser herido. Inmediatamente después que cayó Sullivan, alguien divisó al francotirador en una hilera de árboles cercana a la aldea de Duyen Son. Estaba a bastante distancia, de modo que le disparamos un tres punto cinco. Una descarga de largo alcance y entonces se jodió todo. Un par de lanzacohetes vieron el resplandor y supongo que imaginaron que estábamos señalando el blanco para un ataque aéreo. Comenzaron a atacar la aldea y a lanzarle cohetes. Una de mis escuadras oyó gritos de mujeres y llantos de niños, y avanzamos para sacarlos de allí. Caímos directamente en una emboscada. Nos atacaron desde tres costados. Ingram deambulaba como si se encontrara en un campo de ejercicios. Le dije que bajara el trasero. Me respondió:

«Soy un suboficial de los *marines*, señor, y no pienso arrastrarme». ¿Qué te parece, Phil? Así fue como recibió un disparo en la espalda y después le hicieron mierda un brazo a mi operador de radio. De todos modos entramos en la aldea para rescatar a aquellos civiles, pero no logramos que los lanzacohetes pararan el fuego. Ésa es otra cosa digna de recordar, ser atacado por tus propios aviones...

Evacuar a las víctimas había sido otra pesadilla, comentó Lemmon. La zona de aterrizaje se encontraba bajo el fuego de ametralladoras enemigas y los helicópteros no podían aterrizar. Entonces Gallardo, un cabo de la primera sección, corrió a la zona de aterrizaje y guió a los helicópteros con señales manuales. Le volaron las cantimploras de las caderas, los proyectiles se hundían a sus pies, pero siguió allí hasta que los pájaros bajaron y cargaron a las víctimas.

—El cadáver de Sullivan permaneció allí tendido todo el tiempo. El jefe no pudo ni mirarlo. Como te dije, Sully tenía un agujero a un costado del pecho. El balazo redujo a pulpa sus tripas y Peterson estaba realmente impresionado. Se volvió para no tener que mirarlo.

—Así es él —intervine—. Quiere realmente a los hombres de su compañía.

—Sí —coincidió Lemmon—, me parece que demasiado. Hablamos de otras cuestiones. Después recogí mi equipo y salí. Afuera me encontré con Colby.

—Hola, teniente Caputo. ¿Viendo cómo vive la otra mitad?

—¿Pueden dejarme en paz? Yo no pedí que me trasladaran al estado mayor.

—Lo sé, señor. Supongo que ya se ha enterado de lo del sargento Sullivan.

—Acabo de enterarme. Me lo contó el señor Lemmon.

—Bueno, señor, tenía que ocurrir. Lo que lamento es que le haya ocurrido a Sully.

—Sí, yo lamento eso y todo lo demás. Una vez me dijo que haría que todos contemplaran al primer hombre que muriera en acción. ¿Lo hizo, sargento Colby?

—Por supuesto que no, señor.

Kazmarack me condujo, de vuelta al cuartel general del regimiento, por el serpenteante camino de tierra. La tropa estaba formada para la comida nocturna. Yo no tenía hambre pero fui al comedor de oficiales. No tenía otra cosa que hacer. El comedor era lujoso en comparación con los que yo había frecuentado. Dos tiendas de escuadra estaban unidas y extendidas sobre una estructura de pilotes de cinco por diez. Había cortinas para evitar que el polvo y los insectos se acercaran a la comida de los oficiales del estado mayor, piso de madera contrachapada y tres mesas dispuestas en forma de herradura. Sujeto a uno de los pilotes se veía el blasón del regimiento, un escudo negro con un 3 en rojo y oro sobreimpreso en una bayoneta, y un estandarte que proclamaba: *TERCERA DE MARINES. FORTES FORTUNA ADJUVAT*. En contraste con la atmósfera relativamente democrática del comedor de una compañía de fusileros, el del regimiento era rígidamente jerárquico. La disposición de los asientos en la mesa en forma de herradura

correspondía al rango. El comandante del regimiento, coronel Wheeler, y el oficial ejecutivo ocupaban la cabecera. Seguían los mayores, luego los capitanes y después los tenientes, con los extremos reservados a los subtenientes. Sólo éramos dos subtenientes en el estado mayor y como el otro no se encontraba allí, comí solo.

Aquello era bueno para mi estado de ánimo. No tenía ganas de hablar con nadie. Mi mente estaba totalmente ocupada por Sullivan, Hugh John Sullivan, muerto a los veintidós años de edad, antes de tener la posibilidad de conocer a su hijo. Colby estaba en lo cierto: tenía que ocurrir. Pero me pregunté por qué tenía que ocurrirle a un joven prometedor, que siempre tenía un chiste en los labios y no a un viejo veterano cínico. Me pregunté por qué tenía que ocurrirle a un joven marido y padre, y por qué en la forma que ocurrió. Como muchos soldados sin experiencia, yo me había forjado la ilusión de que había buenas formas de morir en la guerra. Pensaba grandiosamente en términos de nobles sacrificios, de soldados que ofrecían sus vidas por una causa o para salvar la de un camarada. Pero no había habido nada de esforzado ni de solemne en la muerte de Sullivan. Le había acertado un francotirador mientras llenaba cantimploras en un fangoso río de la selva.

Lo imaginé como Lemmon lo había descrito, tendido de espaldas, con el enorme orificio abierto ensangrentado a un costado. Supuse que su rostro debía tener el mismo aspecto que los de los vietcongs muertos que yo había visto el mes anterior: la boca abierta, los labios apretados en una sonrisa como la de una calavera, los ojos fijos y en blanco. Era doloroso imaginar así a Sullivan: me había acostumbrado a ver su rostro viviente. Entonces sentí por primera vez —sentado en el comedor, frente a una pringosa bandeja de grasienta comida— el viscoso temor vacío y frío que es el temor de la muerte; la imagen del rostro muerto de Sullivan se transformó rápidamente en una imagen de mí mismo. Ése podía ser yo algún día, pensé. Aquél podía ser mi aspecto. Si le había ocurrido a él, no había ninguna razón para que no me sucediera a mí. No pensé que tuviera que ocurrir necesariamente pero

había la posibilidad de que así fuera. Excepto en un sentido abstracto, antes nunca se me había ocurrido la posibilidad de que me mataran. Como un joven y sano norteamericano criado y educado en tiempos de paz —o en los que pasan por ser tiempos de paz en este siglo—, había sido incapaz de imaginarme a mí mismo enfermo o viejo, y, ni por asomo, muerto. Había pensado en la muerte, claro, pero sólo como un acontecimiento que ocurriría en el futuro lejano, tan lejano que no lo había considerado como una probabilidad real. Pero súbitamente se había convertido en una posibilidad... y muy próxima, por lo que sabía. Ésa era la cuestión: yo no podía saber ni sospechar cuándo se produciría. Había muy pocas probabilidades de morir en una unidad del cuartel general, pero seguramente Sullivan no había sentido ninguna amenaza de muerte cuando bajó por aquel río con una serie de cantimploras entrechocando en sus manos. El francotirador centró la cruz de su mira telescópica y todo lo que Sullivan había sido o lo que podía ser, todos sus pensamientos, recuerdos y sueños quedaron aniquilados en un instante.

Llegué a entender por qué Lemmon y los demás me habían parecido tan distantes. El fenómeno no tenía nada que ver con que yo hubiera dejado de pertenecer al batallón. Se trataba, más bien, del aislamiento de los hombres que se encuentran viviendo con la constante presencia de la muerte. Habían perdido a su primer hombre en batalla y, con él, la juvenil confianza en su propia inmortalidad. La realidad les había sorprendido, al igual que a todos nosotros. Como dijo Bradley más tarde, aquella misma noche, «supongo que la espléndida guerrita ha concluido».

Algunos veteranos combatientes pueden pensar que estoy concediéndole demasiada importancia a una sola víctima. Más adelante vería enfrentamientos bastante movidos y sé que experimentar pérdidas cuantiosas o constantes tiende a disminuir la significación de una muerte individual. Pero cuando perdimos a Sullivan, el número de víctimas todavía era bajo, se trataba del período «expedicionario» de la guerra, período que abarcó, a grandes rasgos,

desde marzo a septiembre de 1965. Entonces la pérdida de un solo hombre era un acontecimiento extraordinario. Asimismo, quizá, estábamos menos preparados emocionalmente para la muerte y las heridas que los que llegaron después; los hombres que lucharon en Vietnam durante aquellos meses se habían alistado en tiempos de paz, antes de que la muerte doblara sus campanas en un anuncio cotidiano. Una breve estadística ilustra lo que quiero decir: las pérdidas totales del Uno-Tres, entre marzo y agosto de 1965, fueron, en conjunto, de ciento diez muertos y heridos, o sea el diez por ciento. En una batalla que tuvo lugar en abril de 1966, una sola compañía del mismo batallón perdió ciento ochenta hombres en una hora. Pero lo que es más importante aún, en aquel temprano período, los hombres del Uno-Tres estaban muy unidos. Habían estado juntos durante años y suponían que seguirían juntos hasta el fin del alistamiento. La muerte del sargento Sullivan hizo trizas este supuesto. Perturbó la sensación de unidad y estabilidad que había presidido la vida del batallón. El Uno-Tres era un cuerpo en el antiguo sentido de la palabra, un cuerpo, y la muerte de Sullivan representó la amputación de una pequeña parte del mismo. El cuerpo continuaría viviendo y funcionando sin él, pero tenía conciencia de haber perdido algo irremplazable. Más adelante, en esa misma guerra, aquel tipo de sensación se volvió cada vez más rara en los batallones de infantería. Los hombres morían, eran evacuados con heridas o se turnaban a un ritmo constante y luego eran reemplazados por otros hombres que morían, eran evacuados con heridas o se turnaban. Entonces, una baja sólo significaba una brecha que había que cubrir en la línea.

«Antes nunca había visto tantos muertos». Las armoniosas palabras brincaban en su cerebro mientras los cadáveres saltaban y hacían cabriolas bajo la lluvia. No, no: jamás volvería a contarlos...

SIEGFRIED SASSOON
The Effect

De acuerdo con la profecía de Kazmarack, mi primera noche en el cuartel general fue ruidosa. Las armas del otro lado del camino dispararon en misiones H-e-I hasta el alba. H-e-I significaba «hostilización e interdicción», un tipo de fuego de artillería dirigido a encrucijadas de caminos, cumbres de montañas, cualquier lugar donde era probable que estuviera el enemigo. Se suponía que eso desgastaría los nervios de los vietcongs y los desequilibraría. Ignoro si la artillería cumplió su propósito, pero a la mañana siguiente mis nervios estaban destrozados. Durante la noche me había despertado una docena de veces por el rugir de los obuses. La artillería estaba de nuestro lado, al menos cuando las granadas no alcanzaban el nivel previsto.

Rendido de cansancio, pasé el día siguiente entrenándome como ayudante adjunto. Schwartz y yo ordenamos lo que me pareció un camión cargado de papeles. Era necesario inventariar y revisar documentos, mensajes, directrices y archivar órdenes del regimiento. Al observar tanta burocracia, caí en la cuenta de que la vida de un oficial del estado mayor sería aún peor de lo que temía. Más tarde Schwartz me informó sobre mis cometidos

extraordinarios... o tareas adicionales, como las llamaban. Se asignaba una serie de ellas a los oficiales subalternos del estado mayor porque nadie quería cumplirlas. En consecuencia, éramos conocidos como los OTM: oficiales de trabajitos mierdosos. Schwartz me hizo una lista de los míos. Además de ayudante adjunto, debía cumplir las funciones de: oficial de información de bajas del regimiento, oficial de documentos secretos y confidenciales del regimiento, oficial jurídico del regimiento, oficial de cocina del regimiento. En el papel parecía una faena pesada. En la práctica, me dijo Schwartz, apenas representaba tres o cuatro horas de trabajo. Entonces, ¿para qué estaba yo allí? ¿No podía ocuparse de esas cuestiones uno de los escribientes? No, porque las ordenanzas exigían que dichos cometidos los desempeñara un oficial. De acuerdo, el capitán Anderson era un oficial, ¿por qué no podía desempeñarlas él? En efecto, era un oficial, pero para eso estaba allí el ayudante adjunto... para que no tuviera que realizarlas el capitán.

Pocos días después, Schwartz fue destinado al 2.º batallón y yo ocupé mi puesto. Mi antecesor tenía razón en cuanto a que no trabajaría más de tres o cuatro horas diarias. A veces, incluso menos. Pasé el mucho tiempo libre de que disponía buscando algo en que ocuparme, o leyendo las ediciones baratas donadas por la Cruz Roja —*en lucha con los diablos rojos*, «la verdadera historia de los valientes y gloriosos paracaidistas de la segunda guerra mundial»—, o sencillamente sentado ante mi escritorio, sudoroso y profundamente aburrido.

Por la noche, los oficiales subalternos nos turnábamos para montar guardia en la tienda de operaciones. Cuanto más subalterno era uno, más tarde le tocaba la guardia. Por lo general yo cumplía la de medianoche a dos de la madrugada o la de dos a cuatro de la mañana. Tampoco eso representaba mucho trabajo. Todo lo que hacíamos era atender las radios, llamar al oficial de operaciones, el mayor Conlin, cuando ocurría algo insólito y apuntar los informes de situación en el diario de la unidad. Los informes de situación llegaban aproximadamente cada hora: voces

anónimas cacareaban en las radios o en los teléfonos de campaña EE-8 y se expresaban en el galimatías codificado que lleva el nombre de Capitán Medianoche y pasa por ser el lenguaje militar. «Convite Tres, aquí Burke Tres. Burke Alfa Seis informa Alfa Dos Secoya en posición coordenadas red Alfa Tango Hotel Hotel Eco Yanqui Yanqui Lima. Todas unidades informan Alfa Sierra Sierra Sierra Malva». Situación sigue siendo la misma.

A medida que aumentaban los enfrentamientos estuve más ocupado en mi tarea suplementaria de oficial de información de bajas. También se trataba de un trabajo que me produjo muchos quebraderos de cabeza aunque tuvo el efecto de cauterizar cualquier idea bobalicona, abstracta y romántica que todavía albergara respecto a la guerra.

Mi trabajo consistía, sencillamente, en informar sobre las bajas, tanto enemigas como propias; bajas debidas a acciones bélicas como a otras causas distintas, estas últimas referidas a los accidentes que inevitablemente se producen cuando hay gran número de jóvenes armados con armas letales o a cargo de complicadas maquinarias. Los proyectiles de la artillería a veces caían en tropas amigas, los tanques aplastaban a alguien, los helicópteros chocaban, los *marines* disparaban a sus propios compañeros por error.

No era una tarea tan sencilla como parece. Los militares tienen establecidos procedimientos para todo y hacer el recuento de muertos y heridos no es una excepción. Los informes se escribían en formularios multicopiados, uno de ellos para los MEA (muertos en acción), uno para los HEA (heridos en acción) y un tercero para bajas producidas por otras causas. Cada formulario tenía espacios para el nombre, la edad, la graduación, el número de serie y la organización (su unidad) de la víctima, y para la fecha, la descripción de sus heridas y las circunstancias en que se habían producido. Si había muerto, ésas casi siempre se describían de la misma manera y las palabras podrían haber servido de epitafio para miles de hombres: «Muerto en acción mientras patrullaba alrededores de

Danang, Vietnam».

Los informes de MEA eran largos y complicados. Se requería mucha información acerca del muerto: religión, nombre y domicilio del pariente más próximo, beneficiarios de sus pólizas militares de seguro de vida y si el dinero había de pagarse en una suma global o a plazos. Todo tenía que escribirse en ese idioma clínico y eufemístico que los militares prefieren al lenguaje liso y llano. Por ejemplo, si a un *marine* le habían perforado las tripas yo no podía escribir «disparo en las tripas» o «disparo en el estómago»; no, tenía que poner «HDF (herida con disparo de fusil) profunda, abdomen». A las heridas de metralla las denominaban «múltiples laceraciones en fragmento», y la frase correspondiente a desmembramiento, una de mis favoritas, era «amputación traumática». Tuve que utilizarla muchas veces cuando los vietcongs empezaron a emplear armas y trampas explosivas. Un artefacto que usaban frecuentemente era la mina explosionada por control remoto. Las minas eran similares a nuestro Claymore, rellenas con cientos de perdigones de acero y algunos kilos de un explosivo llamado C-4. Si recuerdo bien, el ritmo de expansión del gas de un C-4 es de 26 000 pies por segundo. Esa tremenda fuerza y los cientos de perdigones de acero que lanzaba convertía a la explosión de una mina producida por un comando en una descarga simultánea equivalente a la de setenta escopetas de calibre 12, cargadas con perdigones zorros del doble cero. Naturalmente, cualquiera que recibiera un impacto de semejante arma sufriría, probablemente, la «amputación traumática» de algo —un brazo, una pierna, la cabeza— y eso es lo que les ocurría a muchos. Después de ver a algunas de las víctimas, comencé a preguntarme por lo acertado de la frase. La palabra *traumática* era precisa, ya que la pérdida de un miembro es algo decididamente traumático, pero me parecía que amputación sugería una operación quirúrgica. Sin embargo, observé que el cuerpo humano no se rompe limpiamente en una explosión. Tiende a fragmentarse en pedazos irregulares y a menudo irreconocibles, de modo que un término más ajustado y que habría conservado el

tono eufemístico que preferían los militares, habría sido el de «fragmentación traumática».

Los efectos fragmentadores de los explosivos de gran potencia en algunas ocasiones provocaban dificultades de expresión para informar sobre las heridas de hombres que habían sufrido una mutilación extrema. Era un fenómeno raro, pero algunos *marines* habían quedado tan destrozados que no parecían existir palabras que describieran lo que les había ocurrido. En algún momento de aquel mismo año, el teniente coronel Meyers, uno de los comandantes del batallón del regimiento, pisó una granada de 155 mm que se encontraba en el interior de una trampa explosiva. No encontraron lo suficiente de él para llenar una bolsa para descargas de fósforo blanco, o sea un saco impermeable apenas mayor que una bolsa de la compra. En realidad, el teniente coronel Meyers estaba desintegrado, pero el informe oficial decía algo así como «amputación traumática, ambos pies; amputación traumática, ambas piernas y brazos; laceraciones múltiples, abdomen; heridas profundas en fragmento, cabeza y pecho». A continuación decía: «muerto en acción».

Los ayudantes de batallón telefoneaban informes de las bajas de sus unidades y yo las transmitía al centro informador de bajas de combate de la división. Luego archivaba las copias de los informes en sus respectivas carpetas; una de ellas llevaba una etiqueta que decía BAJAS: ACCIÓN HOSTIL y la otra BAJAS: ACCIÓN NO HOSTIL. Creo que se llevaban por separado porque los hombres muertos o heridos por el fuego enemigo recibían, automáticamente, un Corazón Púrpura y no así los alcanzados por fuego amigo. Ésa era la única diferencia real. Un hombre muerto por fuego amigo (otro término equívoco, ya que el fuego nunca es amigo si te alcanza) estaba tan muerto como uno muerto por fuego enemigo. Además, a menudo había una cualidad accidental incluso en las víctimas de batalla. Pisar una mina o tropezar en el alambre de una trampa explosiva es un accidente que no se diferencia del de pasar frente a un coche veloz cuando se cruza una

calle de mucho movimiento.

En cuanto los informes estaban archivados, ponía al día el marcador del coronel Wheeler. Cubierta de acetato y dividida en columnas horizontales y verticales, la pizarra colgaba detrás del escritorio del oficial ejecutivo, en la tienda con estructura de madera donde él y el coronel habían instalado sus cuarteles generales. Las columnas verticales se titulaban, de izquierda a derecha: MEA, HEA, MH (muerto por heridas), CNH (causa no hostil), VC-MEA, VC-HEA y VC-PG (prisionero de guerra). Las columnas horizontales llevaban las designaciones numéricas de las unidades pertenecientes o adjuntas al regimiento: 1/3 significaba 1.º batallón, 3.º de Infantería de Marina, 2/3 significaba 2.º batallón y así sucesivamente. En las cuatro primeras columnas verticales se escribía la cifra de bajas que una unidad específica había sufrido y en las últimas tres, las víctimas que había provocado en las filas del enemigo. Después de cada acción, yo entraba en la tienda del coronel, borraba las cifras antiguas y escribía las nuevas con lápiz de cera. El coronel, hombre poco exigente en la mayoría de los casos, era inexorable en cuanto al mantenimiento de un marcador exacto: a menudo se dejaban caer visitantes de alto rango de Danang y Saigón, sin anunciarse, para observar cómo se las arreglaba el regimiento. La medida de la eficacia de una unidad en Vietnam no era la distancia que había avanzado ni el número de victorias alcanzadas, sino el número de soldados enemigos que había matado (recuento de cadáveres) y la proporción entre esa cifra y la de sus propios muertos (relación de muertos). Así, la pizarra permitía que el coronel siguiera la actuación de los batallones y compañías que estaban bajo su mando y, rápida y resueltamente, espetara impresionantes cifras a los dignatarios visitantes. Mi tarea no visible en aquella guerra estadística consistía en hacer operaciones aritméticas. Si como jefe de sección había sido un agente de la muerte, como oficial del estado mayor era un contable de la muerte.

En algunas ocasiones tenía que comprobar los recuentos de cadáveres. A veces los comandantes de campaña cedían a la

tentación de exagerar el número de vietcongs que sus unidades habían matado. En consecuencia, siempre que era posible, llevaban los cuerpos al cuartel general y yo los contaba para tener la seguridad de que había tantos como decía el informe. Aquello siempre resultaba agradable porque los cadáveres habían comenzado a descomponerse cuando llegaban al cuartel general.

Con aquel clima, la descomposición impregnaba el aire de inmediato. La tarea más agradable de todas consistía en identificar a nuestros propios muertos. Habitualmente correspondía a los ayudantes de batallón, pero toda vez que había alguna confusión acerca de los nombres de los muertos o cuando sus heridas estaban impropriamente informadas al regimiento, tenía que hacerlo yo. Se mantenía a los muertos en una tienda volante junto al hospital de la división. Se los tendía en camillas de lona, cubiertos con capotes o con bolsas de goma para cadáveres, con rótulos amarillos (correspondientes a bajas) atados a las botas... o a la camisa, si ya no tenían piernas. Una de las formas más sencillas de identificar a un muerto consistía en comparar su rostro con el de la fotografía del libro de registro del servicio. Algunos de ellos no tenían caras, en cuyo caso utilizábamos los antecedentes dentales, ya que la dentadura es un medio de identificación casi tan fiable como las huellas digitales. Sólo se recurría a estas últimas cuando la víctima estaba decapitada o su mandíbula hecha trizas.

Lo curioso era comprobar cuánto se parecían todos los muertos. Negros, blancos, amarillos, todos se asemejaban notablemente. Su piel tenía una textura sebosa, lo que les daba aspecto de muñecos de cera; sus pupilas eran de un gris desvaído y tenían las bocas abiertas, como si la muerte los hubiera pillado en mitad de un grito.

Todos olían igual, también. El hedor a la muerte es único, probablemente el más ofensivo que hay sobre la tierra y cuando se ha conocido no se puede volver a creer honradamente en que el hombre es el ser más elevado de la creación terrenal. Los cadáveres que tuve que oler como soldado y como corresponsal de guerra hedían mucho peor que todos los pescados, aves y ciervos que yo había

descamado, pelado o destripado como deportista. Dado que el olor a muerto es muy penetrante, uno jamás se acostumbra a él como puede acostumbrarse a la visión de la muerte. Y el olor es siempre el mismo. Puede variar su intensidad, según el estado de descomposición, pero si dos personas han estado muertas durante el mismo período de tiempo y en las mismas condiciones, no existirá ninguna diferencia en el olor que despidan. Hice por primera vez esta observación en Vietnam, en 1965, cuando percibí que el hedor de un muerto norteamericano me repugnaba tanto como el de un vietnamita muerto. Desde entonces la he corroborado en otras guerras, en otros lugares, en los Altos de Golán y en el desierto de Sinaí, en Chipre y en Líbano y —cerrando el círculo— en Vietnam, en las calles de Xuan Loe, ciudad donde se combatió ferozmente durante la ofensiva norvietnamita de 1975. Todos esos muertos, norteamericanos, norvietnamitas y sudvietnamitas, árabes e israelíes, turcos y griegos, musulmanes y cristianos, hombres, mujeres y niños, oficiales y reclutas, eran igualmente hediondos.

Mi primer día en el cargo de oficial de información de bajas fue el 21 de junio de 1965. A horas tempranas de la mañana, una patrulla del 2.º batallón libró una pequeña escaramuza con los vietcongs cerca del Cerro del Puente de Hierro. Alrededor de mediodía zumbó mi teléfono de campaña; era el ayudante del 2.º batallón que me llamaba para informarme de las víctimas caídas bajo fuego amigo: un muerto y tres heridos. Apoyé unos cuantos formularios correspondientes a acciones hostiles sobre el escritorio y dije:

—Bien, adelante.

Uno a uno, a partir de los MEA, me dio sus nombres, números de servicio y descripciones de sus heridas. La línea estaba cargada de electricidad estática y tuvo que deletrear los nombres fonéticamente:

—Atherton. Alfa Tango Hotel Eco Romeo Tango Oscar Noviembre. Nombre de pila, John. Inicial segundo nombre uve doble, como *Whisky*... herida con disparo de fusil, tronco superior...

muerto en acción mientras patrullaba alrededores de Danang... — Su voz tenía el timbre maquinal y experto de un locutor de radio que lee las cotizaciones de la bolsa.

Escribí de prisa. Hacía mucho calor en la tienda. La transpiración resbalaba por mi nariz y caía sobre los formularios, emborronando las letras. Los formularios se adherían como papel mata-moscas al antebrazo de la mano con que escribía. Uno de los informes me llegó tan confusamente que solicité al ayudante volviera a leerme la información. Había empezado a repetirla cuando nos interrumpió el operador:

—Convite Uno Alfa —ése era mi nuevo nombre en clave—, aquí Operador Convite intercepta... intercepta... intercepta.

Eso significaba que cortaría mi comunicación para dejar libre la línea.

—Operador Convite, aquí Uno Alfa trabaja... trabaja... trabaja —dije para indicarle que todavía no había concluido la comunicación.

—Uno Alfa, aquí Operador Convite. No oigo. Corto. Oí un chasquido.

—¡Maldito hijo de puta! —chillé ante el sordo teléfono.

Sin dejar de sudar copiosamente, di vueltas a la manivela del EE-8. Después de diez o quince minutos, el operador atendió y volvió a ponerme en comunicación con el 2.º batallón. El ayudante volvió a la línea y retomó la lista donde la había dejado:

—... múltiples heridas en fragmento, mitad inferior de ambas piernas. HEA, evacuado...

Después de clasificar, anotar y archivar los informes me acerqué a operaciones para averiguar cuántas bajas enemigas se habían producido. Webb Harrison, uno de los oficiales ayudantes de operaciones, me alcanzó una pila pequeña de mensajes.

—Aquí tienes —dijo—. Cuatro Charlies, todos MEA.

Entré en la tienda del coronel e hice las modificaciones correspondientes en el marcador, con mi lápiz de cera. El oficial

ejecutivo, teniente coronel Brooks, observó las cifras. Era un hombre calvo y morrudo a quien la tropa había puesto el sobrenombre de Elmer Fudd porque se parecía al personaje del tebeo.

—Mantiene la pizarra al día, ¿verdad, teniente? —inquirió.

—Sí, señor —repliqué, pero pensé si parecía que estaba haciendo otra cosa.

—¿De cuándo son esas cifras?

—De esta mañana, señor.

—Muy bien. Esta tarde, el coronel Wheeler presentará un informe al general Thompson y querrá contar con las últimas estadísticas referentes a las bajas.

—Sí, señor. ¿Quién es el general Thompson?

—Es de la CAMV —la Comandancia de Asistencia Militar en Vietnam, el cuartel general de Westmoreland.

Un rato después, un *jeep* trajo al cuartel general a los vietcongs muertos y a dos civiles heridos en el enfrentamiento. Los civiles, dos mujeres, viajaban en la parte de atrás del *jeep*. Una era vieja, de aspecto frágil y tenía unos rasguños en los brazos. La otra, de entre treinta y treinta y cinco años, estaba tendida boca abajo en el asiento trasero. Unos cascos de metralla habían penetrado en sus nalgas. Los cadáveres iban en un remolque enganchado al *jeep*.

El conductor aparcó detrás de la tienda del ayudante y desenganchó el remolque, que se tambaleó y el gancho chocó contra el suelo; los cadáveres cayeron unos sobre otros. Un brazo semiseparado, con un trozo de hueso que sobresalía blanco como la nieve a través de la carne, cayó pesadamente a un costado del remolque y rebotó. Llegaron los camilleros y se llevaron a la mujer joven al puesto de socorro del regimiento. La anciana arrastraba los pies detrás y escupía jugo de betel de color negro rojizo en el polvo.

Estudí los cadáveres para asegurarme de que había cuatro cuerpos. Eso parecía. Resultaba difícil dilucidarlo. A raíz del zarandeo del viaje en el remolque, se habían enredado y no era fácil distinguir uno de otro. Tres estaban entremezclados. El cuarto no tenía

brazo debajo del codo y sus piernas se habían separado o tal vez estallado por los aires. Los otros estaban destrozados en otros lugares. A uno le habían herido en la cabeza, y sus sesos y el cartílago blanco que los había engarzado a su cráneo rezumaban en el fondo del remolque. Otro, alcanzado en la mitad del cuerpo, se había sacudido demasiado y la masa resbaladiza, azul y pardo verdusca de sus intestinos sobresalía de su vientre. Había un profundo charco de sangre de color rojo oscuro en el extremo inferior del remolque. Aparté la vista y le dije al conductor que retirara los cadáveres.

—Lo siento, señor —respondió mientras montaba a su *jeep*—. Me dijeron que dejara los cadáveres aquí. Tengo que volver al parque móvil.

—¿Quién diablos te dijo que dejaras los cadáveres aquí? El conductor se encogió de hombros:

—Algún oficial, teniente. Tengo que volver al parque móvil.

—Bien, fuera.

El *marine* se alejó. Entré en la tienda y le pedí a Kazmarack que llevara los cadáveres al cementerio en que se enterraban los muertos enemigos. Kazmarack lo llamaba «basural», título más correcto que cementerio para designarlo. Intervino el capitán Anderson:

—Deje los cadáveres aquí, señor Caputo.

—Señor, apestarán dentro de unas horas.

—El coronel quiere los cadáveres aquí.

—¿Para qué demonios quiere los cadáveres aquí?

—Desea que los escribientes le echen una mirada. Por aquí no hay mucha acción, de modo que supongo que quiere que se acostumbren a ver sangre.

—Está bromeando, capitán.

—No, no bromeo.

—Bien, no me parece una gran idea. ¡Por Dios, enterremos a esos pobres cabrones!

—Teniente, me parece que lo que usted piensa no hace ninguna diferencia. El Viejo quiere que esta gente se acostumbre a ver

sangre y eso es lo que verán.

—Allí hay bastante sangre, pero no creo que se acostumbren a verla. Hay unas cuantas cosas más: tripas y sesos.

—Ya le avisaré en qué momento sacaremos los cadáveres de aquí.

—Sí, señor.

En consecuencia, los cadáveres quedaron tendidos bajo el sol. Como el coronel había ordenado, las tropas del cuartel general desfilaron junto al remolque para mirar a los vietcongs muertos. Lo hicieron como visitantes que recorren una exposición en un museo. El sol abrasaba y los cadáveres comenzaron a apestar por el calor. El olor, al principio débil porque hacía poco que los vietcongs habían muerto, era similar al del gas de cocina que escapa de los quemadores de un horno. Los *marines* pasaban, uno por uno, junto al remolque, miraban hacia el interior, hacían algún chiste desesperado cuando veían lo que había dentro o enmudecían; luego retornaban a sus escritorios y máquinas de escribir. El sol quemaba cada vez más, el olor era cada vez más hediondo. Se filtró en la tienda del ayudante en un soplo de brisa: el olor a gas de cocina y una fetidez que me recordaron el sulfuro de hidrógeno utilizado en las clases de química de la escuela secundaria. Bueno, eso eran los cadáveres, masas de elementos químicos y materia podrida. Miré hacia afuera y me alegré al comprobar que casi había concluido el espectáculo: los últimos *marines* de la fila desfilaban junto al remolque. A causa del olor, mantenían sus distancias. El hedor no era insoportable; transcurrirían varias horas hasta que así fuera. Sin embargo, era lo bastante subido para evitar que los últimos hombres de la fila deambularan por allí como lo habían hecho los primeros, por lo que se privaron de la posibilidad de observar a los cadáveres el tiempo suficiente para acostumbrarse a ver sangre. Le echaban un brevísimo vistazo a los cadáveres y se alejaban de prisa del remolque y de la creciente fetidez.

La procesión llegó a su fin. Kazmarack y otro escribiente, el cabo Stasek, engancharon el remolque y se alejaron en dirección a

Danang. Anderson se retiró para asistir a una conferencia que había sido convocada en preparación de la visita del general Thompson. Diez minutos más tarde volvió a entrar a la tienda dando tumbos; de su enrojecido rostro de abultados carrillos manaba sudor.

—Señor Caputo, tenemos que volver a traer esos cadáveres aquí. Lo miré con incredulidad.

—El Viejo quiere tener los cadáveres aquí para poder mostrárselos al general cuando le informe —concluyó Anderson.

—Stasek y Kazmarack se fueron, señor, probablemente ya han llegado a Danang.

—Ya sé que se fueron. Quiero encontrar a alguien que sepa conducir un *jeep*. Ordénele que los alcance y que se ocupe del regreso de esos cadáveres lo antes posible.

—Capitán, realmente no puedo creer en lo que estamos haciendo.

—Hágalo —se volvió y salió con pasos breves y saltones.

Logré encontrar a un conductor que conocía la ruta y le indiqué qué debía hacer. Regresé a la tienda donde, con el mismo espíritu delirante del baile en que estaba participando, me concedí un nuevo título. Lo escribí en un trozo de cartulina que pegué con una tachuela a mi escritorio. En ella se leía:

**SUBTENIENTE P. J. CAPUTO.
OFICIAL A CARGO DE LA MUERTE.**

El general llegó en helicóptero —¿de qué otro modo puede llegar un general?— a media tarde. Lo divisé de lejos cuando entró en la tienda vecina, el cuartel general, con el coronel a un costado, el teniente coronel Brooks al otro lado y un par de ayudantes, de aspecto nervioso, pisándole los talones. Parecía de la misma estatura y corpulencia que Wheeler, pero todo parecido terminaba allí. Wheeler llevaba el traje gris de un comandante de campaña y

Thompson un uniforme digno de un teniente general del Ejército de Estados Unidos. En su gorra verde brillaban tres estrellas blancas. Otras tres adornaban cada una de las puntas de su cuello almendrado. Llevaba prendida al pecho una Insignia de Combate de la Infantería, azul y blanca. Varios parches añadían lunares de color a sus hombros y una tarjeta sobre su bolsillo izquierdo proclamaba su identidad: THOMPSON.

Se inició el informe. Un cuarto de hora más tarde volvieron Stasek y Kazmarack, ambos muy excitados.

—Teniente, señor —tartamudeó Stasek—, ¿qué cuernos ocurre? Hicimos enterrar a esos vietcongs...

Les relaté lo que ocurría y les pregunté dónde estaban los cadáveres.

—Afuera, señor —Stasek lanzó una carcajada en la forma levemente histérica que ríe un hombre cuando en realidad quiere aullar—. Dios, tuvimos que desenterrarlos. A uno se le salieron las tripas. Luego tiré de otro y su pierna comenzó a separarse. Se desmembraban, sencillamente.

—Suficiente —le interrumpí—. Lamento todo esto. Por ahora esperad, pero tendréis que traer los cadáveres cuando concluya el informe.

—Sí, señor. Si ese general va a mirar los cadáveres, será mejor que reguemos el remolque.

—Está bien, regadlos —salí de la tienda con él y con Kazmarack.

El remolque estaba aparcado en el mismo lugar que antes. En la tienda contigua continuaba el informe. No logré oír todas las palabras pronunciadas, sino frases inconexas: «y estamos planificando nuevas operaciones en la zona de Le My... aquí está, general...». A través de la cortina vi a Thompson sentado con las piernas cruzadas. Asentía mientras el oficial informador hablaba y señalaba con un puntero en el gran mapa de pared de la tienda del coronel. Wheeler estaba de pie junto a su escritorio, donde una colección

de armas enemigas capturadas colgaba de un tabique que dividía su mitad de la tienda de la de Brooks. «Una de nuestras patrullas atacó a una fuerza vietcong en esa vecindad esta mañana, señor... la actividad se ha incrementado...». Veinte metros más allá, Kazmarack y otro *marine* habían conectado una manguera a un transportador de agua y estaban llenando el remolque. El general, sin descruzar las piernas, dijo algo que no pude oír. «Sí, señor», contestó el oficial informador. Una vez lleno el remolque, Kazmarack y el otro *marine* desconectaron la manguera. Levantaron el gancho del suelo, empujaron el remolque hacia atrás unos metros, lo empujaron hacia adelante, lo empujaron hacia atrás, y volvieron a empujarlo hacia adelante para que se moviera el agua. Se oyó un murmullo en el interior de la tienda del coronel. «Creo que puedo responderle, señor», dijo alguien. Afuera, el cabo Stasek dijo:

—Vale, Kaz, vuélcalo un poco hacia atrás.

Kazmarack y el *marine* que lo ayudaba volcaron el remolque hacia atrás. Así lo sostuvieron, con ambos brazos bajo el gancho, con gran esfuerzo por el peso que soportaban, mientras Stasek, agachado, metía la mano bajo el remolque y desenroscaba el tapón del fondo. Echó rápidamente la mano hacia atrás cuando el agua comenzó a caer en un denso arroyuelo rojo salpicado de fragmentos de materia blanca.

—¡Jesucristo! —exclamó Stasek—. Mirad eso.

Cuando finalizó el informe, el general Thompson, el coronel Wheeler y los demás oficiales salieron de la tienda. Me cuadré elegantemente cuando avanzaron hacia mis cadáveres recién lavados. Pensaba en ellos como míos: estaban muertos y yo era el oficial a cargo de la muerte. Un arroyuelo de agua coloreada por la sangre fluía del remolque y se filtraba en el polvo. El mandón avanzó cuidadosamente con el propósito de evitar que se empañara el brillo de sus botas. Alguien señaló los cadáveres y le informó al general que aquéllos eran los vietcongs muertos por la mañana. Los observó, hizo un comentario al coronel y se encaminó a la zona de aterrizaje, donde le aguardaba su helicóptero.

Pasé el resto de la tarde revisando un papeleo poco importante. Cuando entré en el comedor para la comida vespertina el capellán Ryerson y el oficial médico Milsovic dejaron de comer y fijaron su mirada en mí. Apoyé mi bandeja en la mesa de madera contrachapada y me senté. El capellán, que era tan delgado y sombrío como grueso y alegre el médico, se deslizó por el banco hasta quedar sentado frente a mí.

—El médico me dijo que hoy perdió a otro *marine* —se inclinó levemente hacia adelante. Su voz sonaba acusadora, como si por el hecho de haberlo registrado fuera responsable de la muerte del muchacho.

—Sí, señor. Lo perdimos.

—Sólo espero que esos muchachos estén muriendo por una buena razón, teniente.

¿Usted qué piensa?

—Con el debido respeto, capellán, se supone que no debemos hablar de estas cuestiones en el comedor. De cualquier manera, no deseo conversar sobre las bajas. Por hoy he tenido suficiente.

—Sea como fuere, sólo abrigo la esperanza de que esos chicos no estén muriendo porque algún oficial aspira a un ascenso.

—Yo no puedo saberlo.

—¿Qué quiere decir con eso de que usted no puede saberlo? Usted presencié el espectáculo que se montó hoy para el general, ¿verdad?

—Sí, señor. Pero en este preciso momento lo que quiero es terminar de comer.

Quizá usted debería hablar de esta cuestión con el Viejo. ¿Qué espera que haga yo?

—Tal vez usted pueda explicar qué está ocurriendo aquí. Ha sido comandante de una sección. Cuando llegamos aquí, se suponía que defenderíamos el campo aéreo durante un tiempo y luego volveríamos a Okinawa. Ahora estamos metidos en la guerra y nadie ha podido explicarme qué estamos haciendo. No soy un

especialista en táctica pero me parece que enviamos a los hombres a una operación, éstos matan a unos pocos vietcongs, o éstos los matan a ellos, luego nos retiramos y los norvietnamitas se acercan. De modo que estamos otra vez donde empezamos. Ése es mi parecer. Creo que esos muchachos están muriendo por nada.

Levanté las manos:

—Capellán, ¿qué quiere que le diga? Quizá tiene razón. Lo ignoro, sólo soy un subteniente. De todos modos, no es una guerra tan espantosa. Sólo hemos tenido ochenta y cuatro bajas desde finales de abril y entre éstas sólo doce MEA. En la segunda guerra mundial, un equipo como éste habría sufrido ochenta y cuatro bajas en cinco minutos.

—¿Qué quiere decir con eso? Ésta no es la segunda guerra mundial.

—Lo que quiero decir es que doce MEA en dos meses no está mal. Sus mejillas enrojecieron y su voz se volvió estridente:

—Eso significa doce hogares destruidos. *Doce hogares destruidos*, teniente —me señaló con un dedo—. Doce MEA está bastante mal para la familia de los muertos.

No respondí. Mi comida se enfriaba en la bandeja. Algunos oficiales de categoría superior se habían vuelto, para ver si averiguaban en qué consistía el estallido del capellán.

—El médico y yo pensamos en términos de sufrimiento humano, no en términos estadísticos —agregó Ryerson volviendo sobre la cuestión—. Eso es algo que ustedes, los tipos de infantería, parecen olvidar.

Entonces pensé en el sargento Sullivan y recordé cuan profundamente había afectado su muerte a los «tipos de infantería» de la compañía C.

—Mejor para usted y para el doctor. Son verdaderamente humanitarios. ¿Usted cree que me gusta hacer lo que hice hoy? ¿Usted cree que saco de ello algo más que mierda, piloto celestial?

—Contrólese, señor...

—Oye, Phil —medió Milsovic—. Modérate. El capellán no tenía la intención de decirte nada personal.

Me serené, le pedí disculpas a Ryerson y terminé de comer.

Después de dejar el comedor volví a mi escritorio. Me resultó difícil trabajar. El interior de la tienda era sofocante y me sentía confundido. La actitud moralmente superior del capellán me había amargado, pero su sermón había conseguido levantar dudas en mi mente, dudas acerca de la guerra. Una gran parte de lo que había dicho tenía sentido: nuestras operaciones tácticas parecían inútiles y no tenían objetivos evidentes. Había otras dudas, impuestas por los acontecimientos de aquel día, que significaban una negación de todo lo que me había enseñado la teología católica y de todo lo que habían predicado los sacerdotes dominicos y jesuitas en la escuela secundaria y en el colegio universitario. El cuerpo del hombre es el templo del Espíritu Santo; el hombre está creado a imagen y semejanza de Dios; respeta a los muertos. Bueno, los cuatro templos de aquel remolque habían sufrido una demolición considerable y resultaba difícil creer que alguna vez hubiera residido en ellos el Espíritu Santo. En cuanto a estar hechos a imagen y semejanza de la Deidad, parecían más hechos a imagen y semejanza de los perros atropellados que dejan tendidos a los costados de una carretera. Tampoco les habíamos tratado con demasiado respeto aunque estaban muertos. Yo todavía creía en la causa por la cual se suponía que combatíamos, ¿pero qué clase de hombres éramos y qué clase de ejército era el que realizaba exposiciones con los seres humanos de los que había hecho una carnicería?

Doce hogares destruidos. Las palabras del capellán retumbaron como un eco en mi mente. Recordé nuevamente a Sullivan. Él era una cifra de las estadísticas, lo mismo que los soldados enemigos matados aquella mañana. *Doce hogares destruidos.* Pensé en la joven viuda de Sullivan que se encontraba en Pensilvania y me recorrió un estremecimiento. Quizá su marido había muerto por nada, quizá por algo. De cualquier manera, para ella no había ninguna diferencia.

Si yo fuera cruel y calvo y de aliento corto, viviría con colorados mayores en la base y estimularía a melancólicos héroes a recorrer la línea de la muerte.

SIEGFRIED SASOON

Base Details

Echado en el catre, oí el tableteo del disparo de fusiles, el tamborileo de la lluvia contra la tensa lona de encima de mi cabeza y una voz que gritaba:

—Alerta. Arriba. Ciento por ciento de alerta.

Era muy temprano por la mañana, estaba despierto a medias y los disparos de fusil, la voz y el ruido de la lluvia parecían llegar desde la lejanía. Entonces salió despedido uno de los obuses de 20 cm. Me erguí repentinamente y supe que no estaba soñando. El fuego de armas de corto alcance era estruendoso y cercano. Webb Harrisson —era su voz la que había oído— se encontraba en un extremo de la tienda y desenganchaba las aletas plegadizas.

—Eh, P. J., por fin despiertas. Me parece que volvemos a tener visitantes.

Separó la aleta y salió. Cogí mi fusil del estante y le seguí. Mientras introducía un peine en el hueco del depósito del fusil y hacía retroceder el cerrojo para aposentar una carga en la recámara, corrí torpemente por el barro en dirección al cerro. No vi a Harrisson. La lluvia caía, fría, sobre mi espalda desnuda. Hacia la izquierda,

alrededor de la sección de línea del 1.º batallón, los destellos de las bocas de las armas parpadeaban en la oscuridad. Las trazadoras de una ametralladora atravesaban en rápida sucesión los monótonos arrozales del otro lado de la alambrada.

Resbalé en el barro que había sido polvo antes de la lluvia, caí y rodé hasta un hoyo en el momento que un proyectil lanzó su resplandor. El agua del hoyo me llegaba a la altura de las rodillas, estaba fría, llena de sedimentos y se metió dentro de mis botas. Ascendió un nuevo destello y luego otro. Flotaron levemente bajo el cielo negro y en seguida iniciaron el descenso en sus pequeños paracaídas, oscilando de un lado a otro y produciendo un extraño chasquido agudo al danzar en el viento. Vi cómo ondeaba la lluvia oblicua a través de los círculos anaranjados de las llamas, los contornos de las tiendas, dos *marines* con casco en una trinchera enfrente y a mi izquierda y, al otro lado del camino, los gruesos cañones brillantes de humedad de los 20 cm. Las armas siguieron disparando a sus blancos distantes, como si fueran indiferentes a la pequeña escaramuza que se producía a sólo cien metros.

Supuse que se trataba de otro sondeo. La noche anterior —la del 22 de junio— los vietcongs habían intentado infiltrarse a través de las líneas de la compañía en el cuartel general. Ahora parecían buscar puntos débiles en la zona del Uno-Tres. Era sólo una conjetura, ya que yo no tenía la menor idea de lo que en realidad ocurría. Las lenguas de fuego lamían la tierra, chisporroteaban unos segundos y se extinguían. El brigada del regimiento chapoteó a mi lado, sólo cubierto con unos calzoncillos verdes, provisto de una metralleta Thompson en una mano. Le llamé. Macizo y robusto, saltó al hoyo provocando un gran salpicón.

—¡Me cago en Dios! —blasfemó, sin importarle que lo oyeran— No me advirtió que ésta era una inmunda piscina, teniente.

—Eso no importa. ¿Qué demonios ocurre?

—¿Cómo puedo saberlo? Es probable que un par de chicos asustados estén disparando a los matorrales.

Una trazadora agotada flotó encima de nuestras cabezas con un

destello similar al chispazo de una hoguera. Hubo más resplandores. Fijamos la vista en el panorama que iluminaban tenuemente pero no vimos nada que se pareciera vagamente a un vietcong.

—Lo que imaginaba —dijo el brigada—. Allí sólo hay malezas, puñeteros arbustos. Y aquí estoy yo, con el barro hasta el culo. No es decoroso.

El tiroteo había cesado. Aguardamos, estremecidos y mojados, una hora más hasta que se levantó la alerta.

El brigada estaba equivocado en cuanto a que los *marines* disparaban a los matorrales. Poco después de la diana llevaron a dos vietcongs muertos al puesto de mando. Iban atados a varas de bambú como animales cazados y su pelo negro colgaba en largos mechones salpicados de sangre. Llevaban uniformes de color azul oscuro, lo que indicaba que pertenecían a las fuerzas regulares. Todavía atados de pies y manos a las varas, arrojaron a los cadáveres en el interior de un camión y así los acarrearon. Penetré en la tienda del coronel y sumé dos a la columna de VC-MEA del marcador.

Las siete noches siguientes fueron similares. Hubo sondeos de la zona del cuartel general o de las posiciones de los batallones, un par de ataques casuales de mortero en puestos de avanzada aislados, algunos intentos de infiltración de las defensas del campo aéreo, ahora a cargo del 1.º batallón, 9.º de Infantería de Marina. Con tantas alarmas dormimos muy poco.

En algún momento de aquella semana, Harrison me informó que los dos vietcongs muertos el día 23 formaban parte de una patrulla enemiga de cinco o seis hombres. Apparentemente habían estado haciendo un reconocimiento de las líneas del 1.º batallón y habían cometido el error de acercarse demasiado; un ametrallador los había matado a quemarropa. Eso estaba bien y era bueno, afirmó Harrison, bueno respecto a la imperturbabilidad y puntería del ametrallador, pero el incremento de la actividad norvietnamita indicaba que los informes acerca de un ataque enemigo inminente sobre el campo aéreo eran algo más que un rumor. Al mismo

tiempo, prosiguió, los vietcongs estaban concentrando fuerzas en la provincia de Quang Ngai, al sur de Danang, con el evidente objetivo de ocupar la capital de la provincia. Por último, en aquel momento operaban en el sur dos divisiones del ejército norvietnamita, una en las montañas centrales y la otra, en las inmediaciones del cuerpo I.

—Te digo que Charlie intentará algo en breve.

Harrison observó nuestro dilatado campamento de tiendas, totalmente expuesto, sin camuflaje, ordenado en correctas filas, sin nada que lo separara de los vietcongs salvo un rollo de alambre acordeón oxidado. Harrison rió:

—Jesús, Phil, hasta los franceses se atrincheraron.

Pocos días más tarde, fueron capturados dos vietcongs mientras exploraban una parte de las posiciones del regimiento a plena luz del día. Al día siguiente, una patrulla del batallón de reconocimiento divisó a una batería de morteros enemigos de 82 mm que avanzaba hacia el campo aéreo. La patrulla, a demasiada distancia de los vietcongs para atacar, solicitó fuego de artillería pero no se respondió a su demanda porque otra patrulla de *marines* se había perdido en la misma zona y nadie quería correr el riesgo de acertar a tropas amigas. El jefe de la patrulla de reconocimiento transmitió las coordenadas de los morteros y sugirió que se estaban poniendo en posición de bombardear el campo aéreo. Se tomó debida nota de la información y se la enterró en un archivador. El día 28 fue bombardeado un cuartel general de distrito del ejército sudvietnamita y el vietcong descargó morteros en una sección aislada de las líneas del Uno-Tres, donde mató e hirió a varios *marines*.

No era necesario ser Clausewitz para llegar a la conclusión de que todos esos incidentes significaban algo: el enemigo *pensaba* atacar el campo aéreo, cuya defensa seguía siendo nuestra misión primordial. Pero el personal del regimiento no tenía la menor intención de dejarse dominar por el pánico y verse obligado a lanzarse a una acción impremeditada. No pasamos aquella semana

analizando febrilmente las pautas de la actividad del Vietcong ni trazando planes de contraataques, ni mejorando las defensas existentes, ni haciendo ninguna de las cosas que se supone debe hacer un estado mayor militar. No, juiciosos profesionales como éramos, hicimos lo que por lo general hacen los oficiales del estado mayor: nada. No exactamente nada. Jugamos al balonvolea en nuestras horas libres y, en virtud de que no había suficiente trabajo para mantener ocupada siquiera a la mitad de los veintitantos oficiales del estado mayor, la mayoría de nuestras horas eran libres. También leímos mucho —aquella semana concluí *Las aventuras de Augie March*— o nos dedicamos a pasatiempos individuales. El oficial de comunicaciones, mayor Burin, practicaba melodías de danzas *folk*, acompañado por la chirriante música de violín que pasaba en su magnetófono portátil. Por todo el campamento se le oía cantar en su acento nasal de Kansas: «Alemanda izquierda con la mano izquierda... cambiad de compañera, ta-ra-ra los del centro una estrella de Texas formad». El oficial de asuntos civiles, Tim Schwartz (no el Schwartz a quien yo había reemplazado), descubrió una nueva forma de escribir poesía: preparó listas de las palabras más esotéricas que encontró en el diccionario y luego las unió en el orden en que las había encontrado. Se sentía muy orgulloso de sus incomprensibles versos y me preguntó si sabía dónde podía publicarlos. Le sugerí la *Kenyon Review*.

Cuando realizaban algún trabajo, las secciones del estado mayor se dedicaban a minuciosos detalles cotidianos e informes de rutina. La S-1 archivó sus informes habituales de efectivos y bajas. La S-2 —información— preparó informes sobre el orden de batalla enemigo y redactó las acciones enemigas recientes. Estas últimas contenían cierto valor histórico pero muy poco de información, ya que la función fundamental de la S-2 no consistía en reseñar lo que los vietcongs ya habían hecho sino en pronosticar qué era probable que hicieran. La sección de operaciones, la S-3 prosiguió anotando informes de situación en el diario de la unidad, esbozando planes de operaciones que casi invariablemente enviaba a batallones a

zonas donde no se encontraba el enemigo, y haciendo el recuento del número de secciones de patrulla que las compañías de línea llevaban a cabo diariamente. La S-4 mantenía nuestros inventarios de raciones y municiones.

La división del estado mayor general nos envió diversos mensajes para alertarnos sobre cuestiones cruciales:

1) Los *marines* que llevaban rótulos no reglamentarios con sus nombres encima del bolsillo izquierdo de la camisa, debían descoserlos. En lo sucesivo, se imprimirían los nombres en letras mayúsculas de cinco centímetros (5 cm).

2) La costumbre de ir desnudo de la cintura para arriba mientras se participaba en partidas de trabajo, patrullas, etc., no seguiría siendo tolerada por la comandancia general. Fuera de las tiendas, todo el personal debía llevar camisa o camiseta.

3) Estaba disminuyendo la circulación de la *Marine Corps Gazette*. Se solicitaba la suscripción de los oficiales que todavía no lo hubieran hecho.

Así prosiguieron sus días las plantillas, sujetas a rutinas, lo cual era otra forma de no hacer nada. Se enfrentaron a la amenaza enemiga ignorándola y el 1.º de julio el Vietcong atacó el campo aéreo.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada y acababa de cumplir mi guardia en la tienda de operaciones cuando cayeron los primeros proyectiles. Como precaución contra las inundaciones, la tienda se había elevado sobre una plataforma de madera contrachapada y de postes de cinco por diez. Una serie de peldaños de madera conducían desde la puerta hasta el piso. Cuando llegué a la mitad de los escalones vi un brillante destello por encima de los árboles, al otro lado del Camino Uno y luego oí el *crrrump* característico de un mortero al estallar. Los árboles marcaban los límites exteriores de la base aérea, que se encontraba aproximadamente a quinientos metros del puesto de mando del regimiento. La pista de

aterrizaje propiamente dicha —donde había caído la granada— estaba, como mínimo, a otros cien metros de distancia, de modo que no sentí ninguna sensación de peligro inmediato sino mera curiosidad. Volví a subir los peldaños y miré hacia el otro lado del campo, más allá del puesto de mando, en dirección a la oscura y quebrada hilera de árboles, mientras vi varios destellos más. Las explosiones de los 82 mm llegaron pocos segundos después; las bombas estallaron rápidamente una tras otra, como una ristra de cohetes, pero mucho más estruendosas; el cielo, que antes aparecía negro sobre la línea de árboles, se había tornado de un rojo pálido y parpadeante. Dentro del puesto de mando, los *marines* abandonaban sus catres y empuñaban sus armas.

—¿Llamaste a Conlin? —inquirí a través de la puerta, dirigiéndome a mi relevo.

—. Charlie está atacando el campo aéreo.

—No te inquietes. Conlin y el Viejo están en camino.

Un fusil sin retroceso disparó con un chasquido rápido y doble: el del arma primero, el del proyectil un instante después. Una enorme bola de llamas se elevó por encima de los árboles como un burlón amanecer. Oí el sordo ruido de la explosión de tanques de combustible: el fusil sin retroceso le había acertado a uno de los aviones. La bola de fuego burbujeó, con una cresta anaranjada y tan brillantemente blanca en el centro que logré ver nítidamente los rostros de los *marines* que corrían hacia las trincheras de nuestra zona.

Volví a entrar en la tienda; percibí que tenía que hacer algo aunque sin saber qué. Llegaron el mayor Conlin y sus ayudantes, Harrisson y el capitán Johnson con cascos y chaquetas antifuego aéreo. En seguida se reunieron con ellos el oficial de información y su segundo, el teniente Mora. Luego apareció el coronel Wheeler, cargado de espaldas, sereno, fumando su pipa. Estábamos todos apiñados con una serie de operadores de radio y ordenanzas. Una sola granada podría haber barrido a la mitad del estado mayor del

regimiento y estoy seguro de que algunos oficiales abrigaban la esperanza de que así ocurriera.

Se había iniciado en serio la batalla alrededor del campo aéreo. Los morteros del Vietcong producían un apagado ruido uniforme, los morteros de los *marines* respondían y los depósitos de combustible estallaban. Se sumaron descargas de ametralladoras. Otro brillante destello fue seguido por un estrepitoso ruido que no correspondía a un proyectil de mortero: una de nuestras propias bombas o tal vez una carga de macuto enemiga que incendió uno de los aviones. Se produjo cierta confusión en el interior de la tienda de operaciones. Chasquearon las radios, zumbaron los teléfonos de campaña, los oficiales del estado mayor corrían de una hilera de teléfonos a otra. Alguien hablaba con el Uno-Nueve, tratando de saber de dónde provenía el ataque y cuántos vietcongs participaban de él. El coronel contemplaba el gran mapa de operaciones, como si por la simple observación pudiera obligarlo a revelar qué estaba ocurriendo.

—Oíd, aquí nos estamos pisoteando —dijo el capitán Johnson—. Quien no tenga nada que hacer aquí, que se ponga el casco, la chaqueta antifuego aéreo y ocupe su posición en el cerco.

Me dispuse a salir. Un hombrón de amplio pecho y rostro profundamente arrugado atravesó la puerta, moviendo sus hombros al caminar. Al ver dos estrellas en su gorra, lo saludé estúpidamente:

—Buenos días, señor.

El comandante general Lew Walt no reconoció la formalidad y siguió su camino hasta el mapa de operaciones. Hacía poco que Walt se había hecho cargo del mando de la III FAM —la Tercera Fuerza Anfibia de Infantería de Marina—, cuartel general de todas las unidades de *marines* que se encontraban en Vietnam. Estaba furioso y tenía buenos motivos para estarlo: se estaba produciendo el ataque que, se suponía, el Cuerpo de Infantería de Marina tendría que haber previsto.

Yo sentía por Walt un temor reverencial. Todavía conservaba una fuerte tendencia a venerar el heroísmo y él era un héroe

auténtico. Había ganado tres Cruces Navales, una de ellas por arrastrar solo, sin ningún tipo de ayuda, una pieza de artillería colina arriba, bajo un pesado tiroteo japonés, durante una batalla en el Pacífico Sur. Asimismo, era uno de esos raros generales que creían que su tarea consistía en conducir al ejército desde el frente, no desde un cómodo puesto de mando tan alejado de la acción que resultaba una deserción. Había establecido su cuartel general avanzado en un tractor anfibio —tipo de transporte personal blindado— aparcado inmediatamente detrás de las baterías de obuses próximas al puesto de mando del regimiento. Walt dirigía a sus hombres desde la boca del cañón, donde solían apostarse los generales en los tiempos que eran combatientes como Lee y no gerentes de empresa como Westmoreland.

Yo tenía la impresión de que Walt era uno de los pocos oficiales de alto rango que se tomaba en serio al Vietcong en aquellos tiempos confiados y complacientes. También creía que al instalar su cuartel general en la avanzada y exponerse a peligros que podía haber evitado honrosamente, trataba de dar un ejemplo de liderazgo a los comandantes subordinados y a su personal. Era un ejemplo que pocos de ellos parecieron seguir, entonces o después. Sé que Walt se había fastidiado por algunas cuestiones que descubrió cuando, en mayo, se hizo cargo de la comandancia. Por las noches se pasaban películas al aire libre en el cuartel general del regimiento; Walt acabó con eso. El diez o el veinte por ciento de los hombres de los batallones de fusileros gozaban a menudo de permiso y deambulaban borrachos por Danang; Walt restringió el acceso a la ciudad. La línea principal de resistencia que rodeaba el enclave de Danang era una sólida línea de hombres y bayonetas en los mapas de los oficiales del estado mayor; Walt fue a cerciorarse con sus propios ojos —algo que rara vez hacían los oficiales del estado mayor— y descubrió que la línea no era una línea, sino una sarta de vivaques inconexos rodeados por endeble alambres que no habrían resistido un decidido asalto de una sección enemiga. Ordenó la construcción de una adecuada línea principal de

resistencia, con puestos fortificados, puestos de avanzada y concentraciones de artillería registradas con anterioridad.

Pero no pudo superar la inercia y la complacencia y en aquel momento el ataque progresaba con destructiva eficacia.

Afuera había tanta luz como si fuera de día a raíz de las llamas que flotaban sobre el campo aéreo y el fuego de los aviones incendiados. proyectiles trazadores rasgaban el cielo con líneas de color escarlata. Un racimo de estrellas subió como un cohete, llegó más alto que las ondulantes lenguas de fuego blancas y estalló en una lluvia de chispas. Se trataba de un racimo de estrellas rojas, la señal de que el enemigo había penetrado en la zona del campo aéreo. Los uno-cero-cinco de atrás del puesto de mando habían abierto la cortina de fuego antibatería. Un par de proyectiles siseó en lo alto pero no logré discernir si nos estaban atacando tiradores apostados o si se trataba de balas perdidas de la batalla en el campo aéreo.

Me puse el casco y la chaqueta antifuego aéreo y me encaminé a la tienda donde se guardaban los documentos secretos-y-confidenciales en una caja fuerte. Los archivos S-y-C contenían las claves y planes de operación del regimiento, además de un par de pequeñas máquinas criptográficas que se utilizaban para descifrar las claves. Como oficial de documentos S-y-C, yo era responsable de todo ese material de James Bond y me habían ordenado que los incendiara con granadas de termita si el campamento era atacado e invadido. El sargento Hamilton —el escribiente más importante— estaba fuera de la tienda, junto a su equipo de campaña. A su lado se encontraba un soldado de primera, un recién llegado que parecía tenso y confundido.

—¿Se acercan las hordas amarillas, teniente? —me preguntó el sargento Hamilton—. Todo está dispuesto. Tengo las granadas afuera y nada me gustaría tanto como quemar toda esa basura.

—Las hordas amarillas están atravesando la alambrada del campo aéreo. No parece que vayan a atacarnos a nosotros, pero en caso de que lo hicieran no quiero que quemes nada de esto a menos que veas que los Charlies se acercan directamente a ti.

—Señor, si los Charlies se acercan directamente a mí, les arrojaré estas granadas. A continuación les lanzaré encima estos archivos y dejaré que se quemen todos juntos —una ráfaga de trazadoras silbó por encima de nuestras cabezas; oímos el lento y ronco golpeteo de una ametralladora pesada. Hamilton lanzó una carcajada—. ¿Qué dijo acerca de que no nos atacarían a nosotros, señor?

—Probablemente ésa era de las nuestras. Ya oíste lo que dije.

—Sí, señor. Charlie está montando un gran espectáculo, pero alguien tendría que avisarle que faltan tres días para el Cuatro de Julio —volvió a reír: el chiste le parecía más gracioso de lo que era.

Como no tenía otra cosa que hacer, ocupé mi posición en el cerco. Cada uno de los oficiales subalternos del cuartel general era responsable de una sección de la zona del puesto de mando. Yo estaba a cargo de un cabo y diez hombres, lo más parecido que tuve a algún tipo de mando.

Mientras esperábamos en nuestros hoyos pasó un convoy que transportaba a una compañía de fusileros en dirección a la base. Tardíamente se ponía en camino el contraataque. Los camiones avanzaban con rapidez y arrojaban nubes de polvo que temblaban bajo el resplandor naranja despedido por las llamas que lamían el cielo sobre el campo aéreo. El convoy aceleró temerariamente camino abajo y los *marines* amontonados gritaron, vitorearon y blandieron sus rifles en el aire.

—Están todos locos —observó un escribiente del cuartel general a mi lado.

La batería de uno-cero-cinco aumentó el fuego; las armas y las dotaciones se dibujaron contra los intermitentes destellos de las bocas de los fusiles. Pasaron los últimos dos camiones del convoy. Cada uno remolcaba una pieza de artillería y experimenté un estremecimiento de excitación cuando vi los obuses que se balanceaban en sus cureñas detrás de los acelerados camiones. Una columna de llamas blancas de magnesio cubrió el campo aéreo exactamente cuando las granadas de uno-cero-cinco comenzaron a

estallar en los arrozales, al sur de la base.

Permanecimos en el puesto hasta las primeras luces. Plumeros de humo negro enturbiaban el cielo del amanecer pero la batalla había concluido. Aquel mismo día, Kazmarack y yo pasamos junto al campo aéreo. Íbamos camino de Danang, a donde llevábamos informes del cuartel general del cuerpo I. Esperaba encontrar la base en ruinas, pero era muy grande y su mayor parte había escapado a un daño grave. Pero el ataque había tenido un efecto más que intrascendente. Dos grandes transportes se encontraban en el extremo sur del campo, ambos totalmente destruidos, y a su alrededor había fragmentos de alas y motores desparramados. Dos aviones de caza parecían juguetes rotos y un tercero era una pila de cenizas y metal retorcido. Un camión arrastraba a otro avión averiado al costado de la pista. Nos detuvimos a observar las ruinas y vimos los hoyos que los zapadores norvietnamitas habían abierto en la cerca de cadenas, a lo largo del camino del cerco. Habían atravesado el sector que mi sección había ocupado en marzo y abril, cuando creíamos que ganaríamos la guerra en pocos meses y luego volveríamos a nuestra patria, a lucirnos en los desfiles.

La peor tragedia es la guerra, pero mientras exista el género humano habrá guerras.

JOMINI

The Art of War

No hubo serios enfrentamientos en los alrededores de Danang en el resto del verano. Durante el día ni siquiera parecía que estuviéramos en guerra. Los arrozales yacían serenamente bajo el sol. Eran hermosos en aquella época del año, de un color verde brillante moteado por el verde más oscuro de las palmeras que daban sombra a las aldeas. Los campesinos de las poblaciones de las zonas seguras seguían viviendo vidas cuyos antiguos ritmos apenas se habían visto perturbados por la guerra. Por la mañana temprano, los niños pequeños conducían a los búfalos desde sus corrales hasta las ciénagas del río y los agricultores salían a labrar los campos. Caminaban horas enteras detrás de arados de madera arrastrados por bueyes y arrancaban de la tierra la dureza consolidada por el sol. Por las tardes, cuando hacía demasiado calor para trabajar, abandonaban los campos y retornaban a la fría lóbreguez de sus chozas de paja. Era como un ritual: cuando el calor apretaba demasiado, desenganchaban sus arados y descendían por las acequias en dirección a las aldeas; sus cónicos sombreros amarillos se destacaban contra el verde de los arrozales. En general se levantaba viento por la tarde y los largos vástagos de arroz en sazón se rizaban exuberantes. Aquella planicie de arroz de color jade que se extendía hasta el pie de las colinas y las montañas azules a la distancia, eran un paisaje placentero. A la caída de la tarde los búfalos

volvían a sus corrales. Los niños caminaban al lado de ellos y azotaban sus ancas con varas de bambú mientras bajaban los polvorientos caminos balanceando sus cornudas cabezas, con los flancos apelmazados por el barro de las ciénagas.

La guerra comenzaba por la noche. Las armas de 20 cm y 150 mm iniciaban sus bombardeos regulares y los vietcongs empezaban a cumplir su misión de francotiradores y a lanzar sus descargas de mortero. Nuestras patrullas se deslizaban por oscurecidas sendas para tender emboscadas o caer en ellas. En los puestos, los centinelas prestaban atención y observaban una negrura iluminada de vez en cuando por opacas llamas. Aguardaban, alternativamente aburridos y nerviosos, a que los infiltradores que en algunas ocasiones rastreaban nuestras líneas lanzaran granadas sobre la alambrada o rociaran una posición con fuego de carabina. Llegaban de a dos o tres y así morían, lo mismo que los nuestros: de a dos o tres. No libramos grandes batallas. No hubo hemorragias aparatosas sino un lento y uniforme hilo de sangre provocado en una serie de emboscadas y fuegos entrecruzados. Aunque había más acción que en la primavera, los contactos con el enemigo seguían siendo raros. Casi todas las horas de todas las noches se oían los mismos informes en las radios de la tienda de operaciones. Provenían de puestos avanzados y de patrullas y los oíamos siempre que montábamos guardia. Veinte voces diferentes que decían lo mismo, como un coro que entona un cántico: «Contacto negativo. Todo bien. La situación sigue siendo la misma». Cuando se producían contactos eran violentos, pero nunca cambió nada realmente. El regimiento permanecía en las mismas posiciones que había ocupado desde abril y los detalles del paisaje circundante se volvieron tan conocidos que parecía que habíamos vivido allí toda nuestra vida. Los hombres morían y eran heridos, nuestras patrullas salían a luchar en los mismos lugares que habían combatido la semana anterior y las semanas anteriores. La situación seguía siendo la misma. Sólo se modificaban las cifras de la pizarra del coronel.

Las cifras no era lo único que cambiaba. Yo tenía veinticuatro

años cuando comenzó el verano; cuando éste acabó, era mucho mayor que ahora. Cronológicamente, mi edad había aumentado tres meses y emocionalmente alrededor de tres décadas. Me encontraba en mitad de la cincuentena, ese deprimente período en que los amigos de un hombre empiezan a morir y cada muerte le recuerda la cercanía de la propia.

Nuestros hombres no morían en gran número. En tanto morían como individuos, los recuerdo individualmente y no como cifras estadísticas. Recuerdo al cabo Brian Gauthier que, como dijo un cínico veterano, «ganó dos Cruces Navales: la azul y oro que te prenden al pecho y la de madera blanca que te ponen encima». Gauthier, jefe de escuadra de veintiún años de la compañía A, fue mortalmente herido en una emboscada del 11 de julio. Le otorgaron la medalla porque continuó dirigiendo a sus hombres bajo un pesado fuego enemigo hasta que, citando textualmente la mención,

«sucumbió a sus heridas». Más adelante dieron su nombre al campamento del cuartel general del regimiento. Fue un gesto muy hermoso por parte de la superioridad pero no otorgaron ninguna medalla ni recordaron el nombre del granadero que murió en la misma emboscada. Éste no tuvo la posibilidad de hacer nada heroico porque la mina que pisó provocó la detonación simpática de sus granadas de 40 mm, que lo mataron instantáneamente. «Detonación simpática» es la expresión que utilicé en el informe de la baja. Se trataba de otro de aquellos eufemismos militares secos e inexactos. Significaba que la explosión de la mina había hecho que sus granadas estallaran simultáneamente, pero yo no veía nada simpático en aquello.

Recuerdo a Frank Reasoner, que también tuvo una muerte heroica, y a Bill Parsons, que no la tuvo. Vi a Reasoner en la tienda de operaciones el día siguiente de la muerte de Gauthier. Yo acababa de rellenar los informes sobre siete *marines* que habían muerto o habían sido heridos por fuego de morteros aquella mañana. Reasoner estaba sentado en la tienda, fumaba su torcida pipa maltrecha y observaba el mapa. Reasoner era un hombre bajo y

morrucho de veintinueve años —viejo para ser teniente primero—, exrecluta que se había abierto camino a través de las jerarquías, marido y padre. Me gustaba Reasoner y también su aire de serena madurez. Compartimos una cerveza y conversamos acerca de la patrulla que mandaría aquella tarde. Su compañía iría a los arrozales que se encuentran debajo del cerro de Charlie, terreno llano y peligroso con muchas hileras de árboles y setos vivos. Reasoner terminó su cerveza y se marchó. Pocas horas más tarde un helicóptero lo trajo de vuelta: una ametralladora le había abierto el vientre y el joven cabo que había arrastrado el cuerpo de Reasoner para alejarlo de la línea de fuego dijo:

—Habría que cubrirlo. ¿Alguien tiene una manta? Mi jefe ha muerto.

Mientras patrullaba, su compañía había encontrado un par de nidos de ametralladoras enemigas. Reasoner se ocupó sin ayuda de una de las ametralladoras y la dejó fuera de combate. Luego de descargar su carabina en la segunda, corrió a recoger a uno de sus heridos y lo mataron. Concedieron a Frank Reasoner la Medalla de Honor del Congreso, pusieron su nombre a un campamento y a un barco. Enviaron la medalla y una carta de pésame a su viuda.

Parsons, teniente de la compañía E, 2.º batallón, cayó muerto dos noches después por el impacto de una de nuestras propias bombas de mortero de 10 cm. Ésta cayó sobre su sección mientras informaba a sus hombres en un campamento base de «zona de retaguardia». Los *marines* estaban amontonados y puesto que un proyectil del diez es hartó potente, hubo muchas víctimas. En el cuartel general nos las vimos y deseamos para redactar informes de bajas precisos; nadie sabía exactamente quién había muerto y quién estaba herido. El capitán Anderson me dijo que tendría que volver al hospital de la división para aclarar la cuestión. Solicité que me eximiera y le expliqué que había visto suficientes cadáveres para saber que no quería ver más. Anderson me respondió que iría él. Cuando volvió parecía algo extraño y no pronunció palabra, excepto la lectura en voz alta de las notas que había tomado en el

hospital. Sus notas eran buenas y minuciosas: las piernas de Parsons estaban segadas a la altura de la cadera, otros dos hombres habían muerto y ocho más se encontraban gravemente heridos. Anderson arrojó su bloque sobre el escritorio y comentó:

—Aquello parecía una carnicería.

También recuerdo la noche —cerca de dos semanas más tarde— en que un escuadrón de zapadores del Vietcong atravesó la alambrada del campamento de un batallón de ingenieros cercano al puesto de mando. Llamas y granadas estallaban y los proyectiles escupían el polvo que rodeaba la tienda de los oficiales subalternos. Arranqué mi mosquitero, cogí mi fusil, salté del catre, caí contra el borde del estante y me desvanecí. Permanecí inconsciente unos minutos. Cuando recuperé el conocimiento me arrastré hasta una trinchera en que se encontraba Mora, el ayudante del oficial de información, cubierto únicamente por un cinturón-pistolera. Bart Francis, otro teniente del estado mayor, le echó un vistazo y comentó:

—En verdad, Roland, eso no es correcto.

Mareado por el golpe en la cabeza, lancé una histérica carcajada. Entretanto, un exaltado Schwartz —el prusiano que había en él se reveló en el combate— chillaba órdenes a grupos de confundidos reclutas. Bien, mejor para él si sabía lo que estaba ocurriendo. Yo no me daba cuenta, aunque era una noche de luna más brillante aún por el resplandor de las llamas. Armas de corto alcance sonaban junto a nuestro cerco; aparentemente, otra escuadra de zapadores intentaba abrir brechas en la alambrada del puesto de mando. Los vietcongs disparaban a los *marines*, los *marines* a los vietcongs o a otros *marines*, o a nada. Bajo la pálida luz vimos a un fusilero a unos veinte o treinta metros de nuestra trinchera. Agachado, corrió hacia la línea de fuego y cayó como si hubiera resbalado en un manchón de hielo. Sus piernas se elevaron en el aire, aterrizó pesadamente de espaldas y permaneció inmóvil. Cuando cesó el fuego, otro oficial y yo salimos de la trinchera y, mientras pedíamos un enfermero a gritos, corrimos hasta el *marine*. No

necesitaba un enfermero. Tenía los ojos completamente abiertos pero no veía; una de sus piernas, semiarrancada en la cadera, estaba inclinada bajo su cuerpo en una pose que parecía un truco de contorsionista.

Hay otros recuerdos. Recuerdos de Nick Pappas, estrella universitaria de fútbol, que pisó un campo minado que lo mantuvo en una silla de ruedas durante cerca de dos años y acabó para siempre con su carrera futbolística; del joven oficial del batallón tanquista agregado a nuestro regimiento, herido en la pierna y en un costado por un AK-47, que agonizaba lentamente de gangrena en un hospital de las Filipinas: los médicos le amputaron la pierna infectada poco a poco hasta que llegaron a la parte superior del muslo y no pudieron seguir haciéndolo; de la noche lluviosa que fui al hospital a identificar a tres *marines* de mi antigua sección: Devlin, Lockhart y Bryce.

Habían volado por los aires en el refugio de un puesto de escucha avanzado de las líneas de la compañía C. Recuerdo claramente aquella noche, más vivamente de lo que desearía. Kazmarack y yo fuimos hasta el hospital, aparcamos el *jeep* junto a una lona alquitrana que habían extendido sobre tres mesas. Sobre cada mesa pendía una tenue bombilla de luz. Afuera, un generador de energía zumbaba uniformemente y el pasto húmedo destellaba bajo el resplandor de las luces. Allí aguardaban el cabo Gunderson y otro *marine*, con los hombros hundidos para protegerse de la lluvia. Gunderson, jefe de escuadra de la compañía C, dijo que era él quien había encontrado los cadáveres y los había llevado al hospital.

Retiré mi bloque de su cubierta de plástico y me metí bajo la lona alquitrana, que estaba unida a la tienda como un toldo. Un médico de la marina que llevaba guantes de látex adheridos a la piel salió de la tienda, acompañado por un enfermero que sostenía un talonario. También salieron otros enfermeros que llevaban a los cadáveres en camillas, camillas que apoyaron sobre las mesas. Unos capotes húmedos y llenos de barro cubrían los cuerpos,

excepto las botas. Había tres cadáveres pero sólo vi cinco botas. El médico me miró, me preguntó quién era y qué hacía allí. Le expliqué que había ido a comprobar la identidad de los muertos y a hacer un informe sobre el alcance de sus heridas.

—Bien, eso es aproximadamente lo que tengo que hacer yo. Entiendo que puede haber sido un accidente.

—Todavía no estamos seguros, señor —intervino Gunderson adelantándose unos pasos—. El cable de comunicaciones de su refugio estaba quemado. Quizás un rayo chocó contra el cable y la corriente disparó las granadas. Tenían alrededor de diez allí dentro. Pero tal vez un vietcong arrojó una granada al interior, a través de la abertura, y así se dispararon las granadas. Podría haberse deslizado furtivamente y con facilidad bajo esta lluvia.

El médico asintió y retiró el capote que cubría el cuerpo de Devlin.

—¿Alguno de ustedes puede decirme quién es? —inquirió.

—Creo que es Devlin —los músculos de mi mandíbula se tensaron cuando observé el cadáver—. Peter Devlin. Es un soldado de primera. Era, quiero decir.

—Quiero saber quién es.

—Devlin —corroboró Gunderson—. Yo los encontré.

Satisfecho, el doctor comenzó a practicar su examen. Supuse que estaba haciendo una autopsia. Sobó la carne de Devlin, volvió el cuerpo boca abajo, luego otra vez de espaldas e introdujo sus dedos en los orificios producidos por la metralla. Se volvió en dirección al enfermero, describió la naturaleza de las heridas y pronunció los términos médicos correspondientes a las partes heridas del cuerpo. El enfermero hizo unas marcas en un formulario sujeto al talonario. Yo traté de escribir lo mismo, pero me resultó difícil comprender algunas de las expresiones anatómicas e incluso más difícil ver al médico introducir a tientas los dedos enguantados en los orificios. Finalmente le pregunté:

—Doctor, ¿cómo puede hacer eso?

—Es mi trabajo. Soy médico. Uno se acostumbra y si no, no puede ser médico. De todos modos, él no siente nada —volvió a hablarle al enfermero—: Herida penetrante en fragmentos, perforación, riñón derecho.

El enfermero hizo otra marca. Entonces noté que la cintura del calzoncillo de Devlin era de un color rojo sólido, tan rojo como si la hubieran sumergido en tintura. Tintura. Tinta. Tinta roja. Rojo sangre. Sangre. Sangre muerta. Muerto. Muerto de sangre roja. Recordé cómo era, cómo era cuando tenía rostro, y cómo caminaba, y el sonido de su voz. Por alguna razón, pensé en la ocasión que amonestaron a Devlin por quedarse dormido en un puesto y presenté una nota de descargo porque siempre había sido un buen *marine*. El capitán lo soltó sin castigarlo. Sólo le regañó. Al salir de la tienda del capitán, Devlin me había dicho: «Señor, sé que no corresponde al espíritu militar, pero quiero agradecerle lo que hizo por mí». Yo, representando el papel de oficial de labios finos y ojos adustos, respondí: «Tiene razón, Devlin. Eso no corresponde al espíritu militar, de modo que no me agradezca nada».

Bryce fue fácilmente identificado porque apenas tenía un rasguño de la cintura hacia arriba. De la cintura hacia abajo, significaba un desafío para la capacidad profesional del médico y para mi propia capacidad de emular el aire de objetividad científica de aquél. Fue la desnudez del hueso de la pantorrilla izquierda de Bryce lo que me chocó. Las tiras de carne y músculo habían empezado a caerse, de modo que el hueso astillado parecía un bastón de marfil roto. El médico dijo algo así como «amputación traumática, pie izquierdo y fractura compuesta, tibia izquierda con pérdida masiva de tejido», y el enfermero hizo más marcas.

—Encontramos su bota con el pie dentro —indicó Gunderson—. Pero la dejamos donde estaba. No supimos qué hacer con ella.

El médico hizo un gesto con la mano, que significaba que no tenía importancia, que no necesitaba el pie de Bryce. Continuó su examen; cuando cortó los calzoncillos de Bryce con una tijera me volví. Me repetí a mí mismo que todo había sido rápido,

demasiado rápido para que Bryce hubiera sentido algo, pero no me creí. El dolor de la fresa de un dentista es rápido pero uno lo siente. ¿Cómo sería lo que Bryce había sentido? ¿Podía una cantidad increíble de dolor comprimirse en un instante fugaz?

Lockhart había muerto por conmoción cerebral, lo que me produjo un gran alivio. No estaba en condiciones de soportar más mutilación. Lockhart parecía dormido, si no hubiera sido por las cuencas de sus ojos, amoratadas e hinchadas hasta alcanzar el tamaño de pelotas de golf. «Son jóvenes», había dicho al referirse al vietcong que habíamos matado tres meses atrás. «Siempre son los jóvenes quienes mueren». Lockhart tenía diecinueve años.

Era el último. Devolví mi bloque a su cubierta y me metí en el *jeep*. Me sentía extraño, tenso y mareado, como un hombre que camina por el borde de un rascacielos. Kazmarack, que estaba empapado, puso en marcha el motor. En ese momento se acercó otro *jeep*.

—¡Eh! ¡P. J.! —gritó McCloy.

—Murph... ¿qué haces aquí?

—Asegurarme de que los cadáveres hayan llegado en buenas condiciones —se acercó a mi lado.

Le pregunté si sabía si se trataba o no de un accidente. Era un dato que yo necesitaba para incorporar los informes en el archivo correcto. No, respondió McCloy, lo ignoraba. Al día siguiente Feeley llevaría a cabo una investigación.

—Bueno, no hay ninguna diferencia, ¿verdad? —pregunté retóricamente—. Es el peor revoltijo que he visto en mi vida.

—No tanto.

—¿Bromeas? ¿Viste a Bryce? Estaban reventados.

—No exageres. Sólo estaban desgarrados.

—¡Por Dios! «Desgarrados», si lo prefieres. ¿No te parece bastante malo?

McCloy me apretó los hombros. Bajo el destello de las bombillas de luz vi que sonreía:

—No, no me parece tan malo. Domínate.

Aquella noche me confiaron el mando de una nueva sección. Mis hombres permanecían formados bajo la lluvia, en tres filas. Yo les daba frente, de cara a ellos. Devlin, Lockhart y Bryce ocupaban la primera hilera; Bryce estaba apoyado en su pierna sana, a su lado Devlin, sin cara, y luego Lockhart con las cuencas de los ojos hinchadas y sobresalientes. Sullivan también se encontraba allí, lo mismo que Reasoner y todos los demás, todos muertos excepto yo, el oficial a cargo de la muerte. Yo era el único que estaba vivo y entero y cuando ordené «¡Sección, DERECHA! ¡Levanten ARMAS! ¡ADELANTE MARCH!» giraron a la derecha, elevaron sus fusiles e iniciaron la marcha. Mi pelotón de cadáveres mutilados avanzaba a saltos sobre los muñones de sus piernas, balanceaba los muñones de los brazos y mantenía perfectamente el ritmo mientras yo entonaba la cadencia. Me sentí orgulloso de ellos: soldados disciplinados hasta y más allá del fin. Mantenían el paso incluso muertos.

Me desperté cubierto de sudor y pánico. No estaba seguro si había soñado.

¡Parecía tan real! Pero cuando comprendí que sólo se trataba de un sueño, el miedo no me abandonó. Era el mismo temor que había sentido después de la muerte de Sullivan. Un tubo de mortero disparó a lo lejos. Empecé a contar: «Mil uno, mil dos, mil tres...». Por lo general se necesitaban veinte segundos para que una granada de mortero alcanzara su blanco. «Mil diecinueve, mil veinte, mil veintiuno, mil veintidós...». No ocurrió nada. La bomba había estallado en otro lado. Era uno de nuestros morteros. Aliviado, fumé un cigarrillo que mantuve en el hueco de la mano para que no se viera a través de las uniones de la tienda. Luego, todavía asustado, me sumergí en un sueño inquieto.

Por la mañana, el sol flotaba por encima de la línea de palmeras más allá del Camino Uno y los agricultores trabajaban los campos cerca de las baterías, al otro lado del camino de tierra. Desperté con la visión de aquellos cadáveres que todavía marchaban en mi

mente como una imagen fija y salté del catre. Vi el nuevo sol y a los campesinos que labraban los verdes arrozales junto a las armas ahora silenciosas, pero nada de lo que mis ojos vieron pudo borrar aquella persistente visión de los muertos en marcha. Mientras me afeitaba en el lavabo improvisado fuera de la tienda, vi sus rostros en el espejo que reflejaba mi propio rostro. Los vi cuando me puse la chaqueta, rígida y blanca por la transpiración seca, y cuando oriné en uno de los tubos de acre olor, y cuando me encaminé al comedor para desayunar, saltando sobre la cuneta de desagüe donde el barro producido por la lluvia nocturna se agrietaba y se secaba. Todas esas cosas familiares —el tubo con sus efluvios, la sensación de la chaqueta rígida contra mi espalda, el sendero trillado que conducía por la cuneta hasta el comedor—, me decían que había vuelto al mundo de las realidades concretas, donde los muertos no se levantan. ¿Por qué entonces la imagen de Bryce, de Devlin, de Lockhart y de los demás seguía siendo tan clara, y por qué el sueño seguía pareciendo tan real, y por qué cuando ya no había amenaza seguía teniendo miedo?

Recorrí la fila y me senté frente a Mora y a Harrisson. Las yemas de los huevos de mi bandeja parecían dos ojos amarillos incrustados en una cara blanca y resbaladiza. Los aplasté con el tenedor e intenté comer. Mora y Harrisson conversaban sobre una operación del regimiento que tendría lugar un par de días después. Sería una acción combinada *ARVN-Marines* a la que, en clave, le habían puesto el agresivo título de Operación Explosión. Comí, los escuché y sentí la bisección mental que produce fumar la fuerte marihuana que las chicas de alterne de Vietnam llaman hierba de Buda. La mitad de mi persona estaba en el comedor, prestando atención a dos oficiales que hablaban de cuestiones militares tácticas, de ejes de avanzada y zonas de aterrizaje; la otra mitad estaba en el campo de ejercicios del sueño, donde hombres sin piernas, sin brazos y sin ojos marchaban a mis órdenes. *Un-dos-tres-cuatro, izquierda, si tenéis izquierda*. Entonces se desvanecieron. Repentinamente. Los veía y dejé de verlos. En su lugar, vi a Mora y a

Harrison prefigurados en la muerte. Vi sus rostros vivientes frente a mí y, sobreimpreso, una visión de sus rostros tal como serían en la muerte. Era una especie de doble exposición. Vi sus bocas vivientes que se movían para conversar y sus bocas muertas que sonreían con las rígidas sonrisas de los cadáveres. Vi sus ojos vivientes y sus ojos muertos de mirada fija. Si no hubiera sido por el temor a estar volviéndome loco, la habría considerado una sensación interesante, un «viaje» que ninguna droga puede producir. Dormido y en sueños vi muertos vivientes; despierto, vi vivos muertos.

No me volví loco, no en el sentido clínico de la palabra, pero a otros les ocurrió. La guerra estaba empezando a cobrarse sus víctimas psicológicas. La malaria, los disparos de fusil y las heridas de metralla siguieron representando la mayoría de nuestras pérdidas, pero a finales del verano empezaron a aparecer las frases *reacción angustiosa aguda* y *reacción depresiva aguda* en los informes de enfermos y heridos que enviaba todas las mañanas el hospital de la división. Hasta cierto punto, muchos de nosotros comenzamos a sufrir reacciones «angustiosas» y «depresivas». Percibí, en mí mismo y en otros, una tendencia a caer en un humor negro y melancólico y a salir de él en accesos de amargura y furia. En parte se debía a la tristeza, el dolor por la muerte de los amigos. Pensé mucho en mis amigos, demasiado. Aquélla era la dificultad que entonces nos provocaba la guerra: los prolongados intervalos entre una acción y otra nos daban demasiado tiempo para pensar. Medité en Sullivan, en Reasoner y en los demás y sentí un vacío, una sensación de futilidad. Parecían haber muerto por nada. Al menos por nada tangible. De igual manera podrían haber muerto en accidentes automovilísticos. Pensar en ellos me hizo sentir culpable, culpable por mi propia vida, en comparación, segura en el estado mayor, más culpable aún por haber sido el que había expresado sus muertes en cifras de una pizarra. Llegué a odiar el marcador, su sola existencia. Simbolizaba todo lo que yo despreciaba del estado mayor, la obsesión por las estadísticas, la indiferencia hacia la tragedia de la muerte. Como yo pertenecía al estado mayor, me despreciaba a mí

mismo. No me importaba saber que lo hacía cumpliendo órdenes, que había hecho varios intentos para que volvieran a trasladarme a una compañía de primera línea. Me despreciaba cada vez que me acercaba a la pizarra y escribía nuevas cifras. Tal vez fuera una forma extrema de la *cafard*. Uno de los síntomas de ésta es el odio por todo y todos los que nos rodean; ahora también me odiaba a mí mismo, me hundía en mórbidas depresiones y pensaba en suicidarme de alguna forma socialmente aceptable... arrojándome, por ejemplo, sobre una granada de mano enemiga. En otros momentos sentía el deseo de matar a otro. Cuando me encontraba de este humor, la más mínima irritación podía sacarme de quicio. En cierta ocasión le hice a otro teniente una pregunta acerca de un mensaje que había llegado a la oficina del ayudante. Dentro de la tienda hacía un calor casi insoportable y tampoco aquél estaba de buen humor.

—¿Qué es lo que te preocupa? —me espetó.

Me levanté de un salto, le arrojé el mensaje a la cara y chillé:

—¡Esto es lo que me preocupa, imbécil!

El estallido alivió alguna tensión interior y me serené tan rápidamente como me había exaltado.

Algunos perdían la sangre fría. Un *marine* cogió su fusil y se internó en la maleza; comunicó a sus compañeros que no podía seguir soportando la espera de un ataque y que saldría en busca de los vietcongs. Un cabo de la marina de uno de los batallones se disparó a un pie para no tener que participar en más patrullas. Un comandante de compañía se quebró bajo un pesado bombardeo de morteros. Aterrorizado, salió corriendo, abandonó a sus hombres y dejó que se hiciera cargo de ellos el oficial ejecutivo.

La locura de combate puede ser asesina. Como oficial jurídico, yo reseñaba la síntesis de las investigaciones y consejos de guerra celebrados en el regimiento. Así me enteré del caso de dos *marines* del 2.º batallón. Durante más de cuatro meses habían estado en el monte sin relevo y sin llegar a dormir más de tres o cuatro horas

por la noche. Habían visto morir a sus camaradas y habían matado enemigos. Sobrevivientes de media docena de operaciones y de una serie de patrullas de combate, todo lo que podían esperar era más de lo mismo.

En Vietnam, durante la estación seca, incluso las noches son calurosas; la temperatura rara vez es inferior a los treinta grados. Hacía mucho calor la noche que Harris despertó a Olson y le dijo que era su turno de proseguir la guardia.

—Vete a hacer puñetas —replicó Olson—. No haré la guardia.

—Levántate, Olson. Eres mi relevo. Tengo que dormir un rato.

—Id a la mismísima mierda tú y la guardia, Harris. Yo también tengo que dormir un rato.

—Olson, me repugnas. Tendría que matarte, cabrón. Olson se levantó y le tendió su fusil a Harris:

—No tienes huevos para matarme.

—Olson, cabrón, tengo un fusil automático apuntando a tu maldita cabeza. Todo lo que tengo que hacer para volarte la tapa de los sesos es una leve presión sobre el gatillo.

Otros *marines*, que posteriormente fueron testigos en el consejo de guerra, presenciaban la confrontación. Tal vez pensaron que no ocurriría nada.

—Como te dije, Harris, no tienes huevos para hacerlo.

Fue lo último que dijo Olson. Harris disparó a quemarropa cinco o seis tiros en el cráneo de Olson.

La Operación Explosión se inició y concluyó a principios de agosto. Tres mil *marines* y soldados del ARVN —apoyados por tanques, artillería, aviones y proyectiles de 15 cm de un crucero de la marina de Estados Unidos— lograron matar a dos docenas de vietcongs en tres días. E incluso costó mucho que murieran esos veinticuatro. Se metieron en un conjunto de cuevas y refugios cerca del río Song Yen. En escenas similares a las operaciones de limpieza contra los japoneses, los *marines* y el ARVN persiguieron al

enemigo de cueva en cueva, de refugio en refugio, arrojándoles granadas y cargas de macuto.

Un pequeño número de soldados enemigos y ciento veinte SVC fueron capturados y llevados al cuartel general con el propósito de interrogarlos. Las siglas SVC significaban «sospechoso de vietcong», término aplicado prácticamente a todos los vietnamitas desarmados del sexo masculino encontrados en zonas controladas por el enemigo. El noventa por ciento de los mismos resultaban civiles inocentes. Los sospechosos y los vietcongs prisioneros fueron llevados en helicóptero. Vestidos con sus uniformes multicolores, los vietcongs parecían pequeños y andrajosos comparados con los *marines* que los trasladaron desde la zona de aterrizaje hasta un campo polvoriento al costado del camino. Los *marines* les ordenaron que se sentaran en cuclillas, a lo que respondieron con la rápida obediencia de los hombres que saben que sus vidas están en manos de otros hombres dispuestos a matarlos. Con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, los vietcongs parecían asustados. Los *marines* estaban cansados y nerviosos. Como de costumbre, hacía un calor abrasador; el termómetro de afuera de la tienda de operaciones registraba cuarenta y cuatro grados y no corría el viento. El numeroso grupo de sospechosos quedó en la zona de aterrizaje, a la espera de que interrogaran primero a los vietcongs.

Los soldados enemigos fueron conducidos —uno por uno— al interior de una tienda, donde un sargento del estado mayor norteamericano y dos intérpretes de una unidad de información del ejército sudvietnamita los interrogaban. Afuera, uno de los vietcongs, un chico de unos dieciocho años, comenzó a llorar cuando se llevaron a su camarada de más edad para el interrogatorio. Supongo que creyó que lo fusilarían. Gritó el nombre del otro y uno de los guardias se inclinó y le cerró los labios con los dedos.

—Cállate —ordenó el *marine*—. Cierra tu sucia boca.

El *marine* se alejó pero el chico siguió sollozando y gritando el nombre de su amigo.

—¡Te dije que cerraras tu inmundada boca!

La voz del *marine* sonó frágil y quebradiza y comprendí que algo ocurriría si el prisionero no se callaba. Le pedí a uno de los intérpretes que le dijera que no tenía nada que temer, que sólo los interrogarían. Era una verdad a medias: los interrogarían, pero concluido el trámite serían entregados al ejército sudvietnamita, que probablemente los fusilaría. El ejército sudvietnamita fusilaba a la mayoría de los prisioneros que le entregábamos.

En el interior de la tienda, el vietcong por quien el chico había llorado, se mostraba testarudo. Se negaba a mirar a su interrogador, el sargento norteamericano, y a responder a las preguntas. Todo lo que decía era:

—Toi khounghieu —no comprendo—. Toi khounghiet —no sé.

El norvietnamita llevaba pantalones cortos, sandalias y una camisa de camuflaje. Parecía tener unos treinta años de edad. Estaba sentado con las piernas levantadas, los ojos fijos en el suelo.

—¿Cómo te llamas?

—Toi khounghiet.

—¿Cuántos años tienes?

—Toi khounghieu.

—¿Cuántos... años... tienes?

—Toi khounghiet.

—¿A qué unidad perteneces?

—Toi khounghieu.

El norteamericano se inclinó hacia adelante y gritó:

—Mírame, hijo de puta. Te digo que me mires cuando te hablo. Quiero ver tus ojos mientras te hablo.

El prisionero, menudo pero musculoso y con el rostro de un veterano, no levantó la mirada.

El sargento cogió la cara del prisionero con una mano, hizo presión con el pulgar en una de sus mejillas y con el resto de los dedos en la otra, uniéndolos. En esa posición, movió a uno y otro lado la cabeza del vietcong.

—Eres muy duro, ¿no? Ahora mírame cuando te hablo. ¿Anh hieu? ¿Me comprendes ahora?

—Toi khounh hieu —respondió el vietcong entre sus dientes apretados. El norteamericano se volvió a uno de los intérpretes:

—Dile que me mire cuando le hablo.

El intérprete tradujo. El sargento soltó la cara del prisionero. Su cabeza cayó en la posición anterior, con la barbilla hundida y los ojos fijos en el suelo, entre las piernas.

—¡Dile que me mire, maldición!

El soldado del ejército sudvietnamita lo cogió de los pelos, le levantó la cabeza y la echó tan atrás que vi cómo se tensaban los músculos del cuello del prisionero. El intérprete le abofeteó dos veces, no con la mano llena sino con el dorso de los dedos, haciendo chasquear sus uñas en la cara del prisionero. Fue un movimiento rápido y sutil, como el de espantar una mosca, pero logré oír el agudo crujido que producían las uñas contra su piel.

—Pregúntale si ahora comprende —solicitó el norteamericano—. Que me mire cuando le hablo y que responda a mis preguntas.

El soldado del ejército sudvietnamita habló rápidamente en vietnamita, mientras volvía a echar la cabeza del prisionero hacia atrás, hasta que éste quedó mirando directamente el techo de la tienda. El vietcong dijo algo. El intérprete le soltó y su cabeza cayó hacia adelante, pero ahora miraba al sargento.

—Creo que ahora entiende, trung-si —dijo el soldado sudvietnamita.

Afuera, los sospechosos marchaban camino abajo, hacia el campo donde el último de los vietcongs, sentado en cuclillas bajo el calor, aguardaba su interrogatorio. Con los ojos vendados, avanzaban en una sola fila, cada uno de ellos con las manos apoyadas en los hombros del que iba delante. ¡Sospechosos! Al observarlos, me pregunté qué habían hecho para despertar sospechas; eran hombres harapientos y desnutridos; ninguno de ellos tenía menos

de cuarenta años. Permanecí fuera de la tienda y los contemplé mientras avanzaban a través del polvo levantado por sus pies desnudos o calzados con sandalias. Yo debía esperar hasta que todos hubieran sido interrogados y, si había algunos confirmados como vietcongs, contarlos. Luego sumaría esa cifra a la columna de VC-PG de la pizarra. Bajaban por el camino con el liviano y rítmico arrastrar de pies que utilizaban las jóvenes campesinas con los palos equilibrados sobre los hombros. Los guardias avanzaban junto a los flancos de la columna, gritando órdenes que ninguno de los vietnamitas comprendía. Era media tarde y en los arrozales de más allá del campamento vi a otros granjeros, más dichosos, que desfilaron por las acequias hacia sus aldeas sombreadas. En el camino, un anciano, el último de la fila, tenía dificultades para mantener el ritmo. Quedó detrás, buscó a tientas al hombre de adelante, lo encontró y volvió a perderlo.

—Lai-dai, lai-dai. Maulen —«aquí, rápido», dijo uno de los guardias.

El anciano bajó la venda que le cubría los ojos y, al ver dónde estaba, alcanzó a la columna, volvió a colocar la venda en su lugar y apoyó sus manos en los hombros del que le precedía. Resolló cuando el guardia le golpeó la espalda con el lado plano de una culata de fusil.

—Deja esta venda en su lugar —ordenó el guardia mientras se la ajustaba—. Deja esto. Déjalo. ¿Comprendes?

En abril, el oficial vietnamita a quien Peterson había impedido golpear a una aldeana había dicho que ya aprenderíamos cómo se hacían las cosas en Vietnam. Mucha agua había corrido bajo los puentes desde abril, y estábamos aprendiendo. Algunos de nuestros amigos habían muerto, otros estaban lisiados. Nosotros habíamos sobrevivido, pero en la guerra un hombre no necesita morir o ser herido para convertirse en víctima. Su vida, su vista o sus miembros no son lo único que tiene que perder.

La columna hizo alto y se ordenó a los sospechosos que se tendieran boca abajo en el campo. Los guardias les ataron las manos.

Allí permanecieron, flácidos y pasivos como niños dormidos, mientras los guardias los ataban o los hacían volverse para registrarlos en busca de documentos. Los documentos, ordenados en pequeñas pilas, eran luego examinados por uno de los intérpretes del ejército sudvietnamita, que hacía unas pocas preguntas a cada uno de los vietnamitas. Si todo estaba en orden, el hombre era declarado civil oficialmente y se le liberaba; de lo contrario, se le llevaba a la tienda para ser interrogado por el sargento y sus persuasivos ayudantes. El soldado del ejército sudvietnamita notó que uno de los sospechosos se había soltado las ataduras y se lo señaló a uno de los *marines* que montaba guardia, que se acercó y pateó al hombre postrado en las costillas. Le apoyó una rodilla en la espalda y dijo:

—Veamos si te sueltas ahora —le levantó los pies y se los ató a las manos, de modo que quedó tendido sobre el vientre, con el cuerpo doblado como un arco.

Cerca, un hombre muy viejo —debía de tener más de ochenta años— revisaba una de las pilas en busca de sus papeles. Parecía preocupado. Una identificación válida podía ser la diferencia entre la libertad y un campo de prisioneros de guerra, incluso entre la vida y la muerte. En ese sentido, los documentos eran el bien máspreciado que poseía un hombre. Por algún descuido, los guardias no le habían atado, o quizá habían pensado que era demasiado viejo y frágil para escapar. Además, le habían vendado los ojos con una tela semitransparente, que no tuvo que quitarse para buscar los papeles. Prosiguió revolviendo la pila; sus manos secas y arrugadas aleteaban nerviosas cuando cogía un trozo de papel y se lo acercaba a los ojos. Finalmente encontró sus documentos; rió entre dientes, dichoso, cuando los guardó en el bolsillo de la camisa. El hecho de haber tenido esa venda transparente era, probablemente, lo mejor que le había ocurrido aquel día. Era posible que fuera lo mejor que le había ocurrido en su vida. Tenía suerte. Había encontrado sus papeles sin despertar la ira ni las sospechas de los guardias. Ahora el soldado del ejército sudvietnamita se acercaría a él,

miraría su tarjeta de identificación, le haría unas cuantas preguntas y, al ver que se trataba de un hombre muy anciano e inofensivo, le permitiría retornar a su aldea. Por el momento, aquel viejo se había salvado de ser otra víctima de la guerra.

TERCERA PARTE

EN LA TIERRA GRIS DE LA MUERTE

Los soldados son ciudadanos de la tierra
gris de la muerte que no perciben dividendos
del mañana.

SIEGFRIED SASOON

Dreamers

Llegan, en orden, como víctimas del sacrificio, y a la doncella de ojos de fuego de la guerra humeante, calientes y sangrantes se las ofreceremos...

SHAKESPEARE

Enrique IV, Primera Parte

Los vientos monzónicos comenzaron a mediados de septiembre. Al principio, la lluvia sólo caía por la noche y por la mañana temprano: fuertes lluvias empujadas por vientos procedentes del mar que arremetían contra las montañas del norte de Danang. Al amanecer, el viento se convertía en una brisa liviana y uniforme, la lluvia en llovizna. En la línea, dentro de sus hoyos inundados, los fusileros despertaban a un paisaje que parecía un negativo fotográfico: sólo grises, blancos y negros. Los picos de las montañas de Annam estaban ocultos por las nubes, los arrozales y los valles por una neblina llamada *crachin*; las cuestas que asomaban entre las nubes y las capas de niebla eran oscuras como la carbonilla. A media mañana aclaraba, se levantaba la niebla y podíamos divisar nuevamente el borde de las montañas. El aire se volvía inmóvil y opresivo, los arrozales hervían bajo el sol. Así era hasta última hora de la tarde, hasta que una vez más las nubes comenzaban a formarse sobre las montañas y se levantaba el viento, que sacudía los botes de hojalata que golpeaban en la alambrada del cerco. Se oía el ocasional retumbo de un trueno, sordo rugido que se extendía, indistinguible del de la artillería. Al anochecer empezaban de nuevo las lluvias.

Aquel mes, el cuartel general del regimiento avanzó hasta una

extensión de fangosos campos próximos al paso de Dai-La. Se emplazó una batería de 155 en las cercanías, de modo que las descargas continuaron dándonos sus serenatas. Ahora había más armas, más tanques y más tiendas de campamento, y más alambre de púas que asomaba sus espinas de acero a través del arroz de finales del verano. También muchas más bajas, tres o cuatro veces más bajas. La espléndida guerrita, que hacía mucho tiempo había dejado de ser espléndida, se estaba convirtiendo en una gran guerra.

Frente a la nueva posición del cuartel general había dos colinas, con el paso de Dai-La entre ambas. La vieja atalaya francesa se encontraba en el paso y daba a los empapados pies de las colinas donde las compañías de fusileros establecían una nueva línea principal de resistencia. Casi todos los días convoyes de camiones que transportaban alambre, sacos de arena y municiones subían trabajosamente el embarrado camino que atravesaba el paso y desembocaba en la línea principal de resistencia. Se percibía una atmósfera de urgencia. Se esperaba que los vietcongs emprendieran una ofensiva monzónica, rito anual en Vietnam, y se suponía que la nueva línea impediría que invadieran el campo aéreo. Así, el regimiento pasó la mayor parte de aquel mes cavando, llenando sacos con arena y tendiendo alambradas. En el cuartel general iniciamos la construcción de un gran refugio para la comandancia, en respuesta a informes que indicaban que los norvietnamitas habían adquirido cantidades importantes de morteros pesados y cohetes de largo alcance. Mientras un equipo de ingenieros trabajaba en el refugio, los oficiales subalternos del cuartel general fueron destinados a excavaciones menos impresionantes: manejar picos y herramientas de atrincheramiento junto con los reclutas. El coronel Nickerson —nuevo comandante del regimiento— así lo había ordenado, menos por el interés de incitar a un espíritu democrático que como forma de lograr que el trabajo se efectuara rápidamente. Pero la atmósfera de urgencia sólo se encontraba en el frente, entre los batallones de infantería.

El personal del regimiento seguía tan relajado como de

costumbre.

Fue duro excavar bajo la lluvia el barro que se convertía en arcilla pocos centímetros debajo de la superficie, pero nos resultó una variante agradable en la rutina de barajar papeles. Trabajábamos duramente, cuando el coronel nos ordenó abandonar la tarea y ponernos a trabajar en un proyecto más urgente: su hoyo de herraduras. Dos semanas atrás le había encargado la tarea al teniente Nargi, ayudante del mayor Burin. Ahora el coronel, con su cabezota inclinada hacia adelante y los hombros hundidos, se llegó dónde estábamos cavando y preguntó por qué no se había trabajado en su hoyo. El encogimiento de hombros de Nargi intentó sugerirle que estábamos en guerra.

—Le he apremiado para que lo hicieran, Nargi, y usted no se ha ocupado de nada —protestó Nickerson—. Quiero que se trabaje en eso ahora mismo.

—¿Ahora mismo, señor? —Nargi levantó la vista desde la fosa que había Cavado a medias.

—Ahora, teniente. He dicho ahora mismo. Usted y algunos de los hombres que le acompañan deben ponerse a trabajar en ello ahora mismo. Mañana quiero fijar herraduras. ¿Está claro?

—Sí, señor.

El coronel se volvió y alejó luciendo sus anchas espaldas, su grueso cuello y un casco demasiado pequeño para su enorme cabeza. En cuanto estuvo a buena distancia, Nargi arrojó al suelo sus herramientas.

—¡Que Dios me ayude! —chilló, casi llorando—. No veo el momento de abandonar este maldito equipo. Me es imposible seguir soportando tanta mierda. Entre este hijo de puta y Burin me están volviendo loco. Que Dios me ayude, de lo contrario le voy a partir la cabeza a alguno de los dos e iré a dar con mis huesos en la prisión militar.

Fuera de sí, Nargi se puso a trabajar. A la tarde siguiente el coronel clavaba herraduras. No había caballos en Vietnam, de modo

que ignoro dónde encontró las herraduras.

Nickerson se había hecho cargo del regimiento a finales de agosto, cuando enviaron a Estados Unidos al coronel Wheeler por enfermedad. En contraste con el reservado y aristocrático Wheeler, Nickerson era un calavera vocinglero que disfrutaba mezclándose con los oficiales subalternos y la tropa. Mostraba asimismo rápidos y violentos cambios de humor. En sus buenos momentos era un hombre cordial y afectuoso, y como combatiente, un oficial enérgico que trabajaba esforzadamente. En sus malos momentos parecía deleitarse perversamente en ser irracional y a menudo confundía lo superfluo con lo importante. Con anterioridad Nickerson había hecho saber que estaba en Vietnam para hacer la guerra y había sacado de su ociosidad al estado mayor, exigiendo que se trabajara la jornada completa: «No ganaremos esta guerra si permanecemos cruzados de brazos», rugió el primer día que se dirigió al regimiento. «Voy a trasladar este negocio al sur de ese maldito río». Significaba que mudaría el regimiento al baluarte del Vietcong que se encontraba al sur de Danang y alguien tuvo que recordarle que nuestro regimiento hermano, el 9.º de Infantería de Marina, ya operaba allí. Se le podía perdonar el error. Acababa de llegar.

Pero a pesar del anunciado intento del coronel en el sentido de hacer que el personal se ganara la paga con el sudor de su frente, el regimiento pronto volvió a caer en sus viejas costumbres. Y el propio Nickerson empezó a tener extraños caprichos.

Una noche, al filo de las ocho, entró en el comedor y encontró a varios oficiales que bebían cerveza.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —inquirió.

—Nada, señor —contestó un capitán.

—¿Cómo que nada? Están bebiendo. Dije que no se debía beber en el comedor después de las siete y media. Son las ocho, caballeros.

—Señor —le recordó el capitán a Nickerson—, usted dio la orden de que no se tomaran bebidas alcohólicas después de las siete y media pero dijo que podíamos beber cerveza hasta las nueve y

media. A las siete y media dejamos las bebidas alcohólicas. Ahora estamos tomando cerveza, señor.

—Jamás he dicho eso.

—Con su perdón, señor, usted lo dijo. Indicó que podíamos beber cerveza hasta las nueve y media.

—*Jamás dije eso* —gritó el coronel—. No, no, no lo he dicho. Ahora levanten sus traseros y vayan a trabajar. Estamos en una zona bélica y todos tendrían que estar trabajando. Y ahora, capitán, gracias a que usted es tan listo, en este comedor no se servirá cerveza, ni bebidas alcohólicas, ni nada después de las seis y media.

Pese a que nos encontrábamos en una zona bélica, la quiniela de fútbol de la compañía del cuartel general era una de las pasiones del coronel. Se había iniciado la temporada de 1965. El coronel quería una quiniela de fútbol y la tuvo. Tim Schwartz estaba a cargo de ella. Yo era su suplente y me ocupaba de la quiniela en su ausencia.

Una noche de lluvia torrencial pasé varias horas temblando en el cerco, montando guardia con mi destacamento de diez hombres. Se acababa de ordenar la alerta después de que un centinela del cuartel general murió alcanzado por una granada, la propia. (El centinela había visto —o había creído ver— a infiltrados que avanzaban hacia nuestra alambrada. Intentó arrojarles una granada pero su mano resbaló y quitó el seguro. La granada estalló y dividió al centinela por la mitad). Después de la alerta chapoteé hasta la tienda, elaboré el informe de baja del centinela y luego me dirigí a la tienda del coronel a corregir la pizarra. Encontré a Nickerson furioso. Aquella semana yo estaba a cargo de la quiniela, ¿por qué no había apuntado los resultados? Respondí que no había tenido tiempo. El coronel dio un puñetazo sobre su escritorio:

—¡Hágalo, señor Caputo! Hágalo a primera hora de la mañana. Lo primero que quiero saber por la mañana son los resultados de la quiniela de la semana.

—Sí, señor —repliqué, demasiado empapado y fatigado para no

ser dócil.

A mi antiguo batallón, el Uno-Tres, lo habían enviado a Camp Pendleton, donde sería reorganizado. El batallón regresaría a Vietnam en noviembre, aunque sin ninguno de los hombres que habían aterrizado en marzo. Se licenciarían o transferirían a otras unidades a sus anteriores componentes. Lamenté que se fueran, pero ellos no sintieron lo mismo. Habían perdido a algunos de sus amigos y la mayor parte de sus convicciones acerca de las razones de la lucha. Claro que si alguien les hubiera preguntado si creían haber hecho lo que correspondía, habrían respondido afirmativamente. Pero si alguien hubiera señalado la lista de víctimas y les hubiera preguntado por qué habían muerto sus amigos, no habrían respondido con un discurso abstracto sobre el mantenimiento de la democracia y el freno al comunismo. Su respuesta habría sido simple y concreta: «A Jack lo mató un francotirador, un mortero le acertó a Bill y Jim pisó un campo minado». Una noche, poco antes del embarque del batallón, el capitán Peterson resumió los sentimientos de la Compañía Charley.

—Phil —me dijo frente a una cerveza en el comedor del cuartel general—, nos han disparado y errado, nos han disparado y acertado, y ahora salimos de este agujero.

El Uno-Tres fue relevado por el 1.º batallón, 1.º de Infantería de Marina, que había sido separado de su regimiento matriz de la Costa Oeste y colocado bajo nuestro control operativo. Después de un viaje de veintidós días desde San Diego hasta Danang, los nuevos soldados abandonaron ruidosamente el transporte, plenos de turbulenta energía. Comparados con los *marines* del Uno-Tres parecían espléndidos, de rostros rubicundos y pletóricos de la buena salud que proviene de muchos ejercicios al aire libre, ocho horas de sueño todas las noches y tres comidas calientes por día. Sus fusiles eran tan brillantes como sus rostros, sus uniformes almidonados y llevaban bien marcadas las rayas de los pantalones. Eran absolutamente potentes. Por supuesto, lo eran. La disentería no

atenazaba sus tripas, ningún temor encogía sus corazones, ningún fantasma de camaradas muertos poblaba sus recuerdos. Ahora que ellos estaban en Vietnam, era como si la guerra estuviera ganada. Lo harían todo por sí mismos: el 1.º batallón del 1.º regimiento de la 1.ª división de Infantería de Marina, la división que había abatido a los norcoreanos en Inchon y ensangrentado a los chinos en Chosen y expulsado a los japoneses de Guadalcanal. Ahora los herederos de aquella victoriosa tradición estaban en una nueva guerra —no una gran guerra, «pero la única que tenemos»— y la ganarían: los primeros entre los primeros y los mejores entre los mejores. Quedaban atrás los meses de escaramuzas con cartuchos de foguero: ahora jugarían el Gran Juego. Durante el largo viaje a través del Pacífico, se habían enterado de la hazaña de la 7.ª de Infantería de Marina en la batalla de Chu Lai, la primera acción norteamericana en Vietnam que merecía el nombre de batalla. A mediados de agosto, en tres días de lucha, la 7.ª había destruido al selecto 1.º regimiento de la Fuerza Principal del Vietcong. Los hombres del 1.º regimiento de Infantería de Marina esperaban hacer lo mismo o algo mejor. Semejante confianza no sólo provenía de su ignorancia, sino también de su número: era un batallón «gordo», o sea una unidad que rebasaba el cupo autorizado. El Uno-Uno tenía mil cien hombres cuando desembarcó.

Ciertamente se trataba de un batallón grande y de aspecto imponente y cuando los observé me sentí como un anciano que ve a alguien que le recuerda su propia juventud. Rememoré cómo éramos nosotros seis meses atrás. Me sentía al mismo tiempo encantado y entristecido por su inocente entusiasmo, encantado porque deseé volver a ser así otra vez, entristecido porque en realidad no sabían en qué se estaban metiendo. Yo sí. Yo era el estadístico del regimiento. Sabía que escribiría muchos de sus nombres en mis formularios multicopiados, porque estaba convencido de que marchaban a una guerra distinta de la que habíamos sostenido nosotros entre marzo y agosto. Había dejado de ser una guerra de guerrillas. Nuestras patrullas todavía tropezaban con guerrilleros, pero

librábamos cada vez más acciones contra fuerzas regulares y, en algunos casos, contra unidades del ejército norvietnamita. Ignoraba si el enemigo había iniciado su ofensiva de la estación lluviosa. Sólo sabía que nuestros batallones defendían frentes que tendrían que haberlos cubierto regimientos enteros, que a menudo el mal tiempo impedía que nuestros aviones y helicópteros despegaran, que era difícil trasladar convoyes de provisiones, tanques y grandes ametralladoras por los embarrados caminos, que el enemigo luchaba más duramente y que nosotros perdíamos más hombres. La expedición se había convertido en una guerra de agotamiento, en una lucha librada en el barro y la lluvia.

El orgulloso y confiado 1.º batallón de la 1.ª de Infantería de Marina llegó en septiembre y permaneció allí hasta marzo, momento en que concluyó la campaña monzónica. Luego fue trasladado a Hue y de Hue a la zona de desmilitarización, a librar batallas más arduas contra los norvietnamitas. Entonces ya no era un batallón gordo sino reducido y su engreimiento había disminuido en relación con sus pérdidas. En la campaña de seis meses, el total de víctimas del batallón sería de cuatrocientos setenta y cinco muertos y heridos. Más de la mitad de estos últimos fueron remendados y enviados nuevamente al campo de batalla, para volver a ser heridos.

Poco menos de doscientos significaron pérdidas permanentes: muertos, inválidos, o heridos y hospitalizados durante períodos prolongados. Esto significó ocho hombres por semana, un índice de agotamiento casi igual al sufrido por muchos batallones británicos —diez semanales— en el frente occidental en 1915 y principios de 1916.

Ahora la guerra era diferente. El número de bajas se había incrementado lo suficiente para hacer que la muerte y la mutilación parecieran comunes y corrientes. En sus primeros dos meses, entre mediados de septiembre y mediados de noviembre, el batallón registró doscientas cuarenta y nueve víctimas. Agotamiento. El agotamiento que nos infligía el enemigo y el que nos infligíamos

nosotros mismos. El cañonero *Huey*, que llegó para apoyar a una compañía que había caído en una emboscada y concluyó ayudando a los vietcongs al bombardear a los *marines*. El helicóptero transportador de tropas que sucumbió en una tormenta monzónica. El transporte blindado que retrocedía de una cortina de fuego de mortero y aplastó a un *marine* que estaba tendido en el camino. En total, escribí un promedio de setenta y cinco a ochenta informes semanales. Esto se convirtió en parte de mi rutina diaria, tan monótona como la lluvia que caía sin solución de continuidad. En poco tiempo esos nombres no tuvieron para mí más significado que los de un listín telefónico.

Excepto uno. El 18 de septiembre estaba sentado ante el escritorio, en la tienda del ayudante. Era una tarde calurosa y gruesas gotas de sudor caían sobre mis papeles. Zumbó el EE-8. Atendí. En el otro extremo de la línea se encontraba el teniente Jones, ayudante del 1.º batallón. No se anunció como tal, ya que habló en nuestra clave secreta de niños exploradores:

—¿Convite Uno? Aquí Boldo Uno. ¿Está allí Uno Alfa?

—Aquí Uno Alfa.

—Uno Alfa, Boldo Charley Dos tuvo dos tormenta uno y tres tormenta dos. ¿Copias?

En lenguaje liso y llano eso significaba que la segunda sección de la compañía C había registrado dos muertos y tres heridos.

—Espera —me levanté y cogí algunos formularios de bajas del archivador fabricado con cajas de municiones. Volví a sentarme e indiqué—: Conforme, adelante.

—En primer lugar pasará los tormenta uno.

—Entendido. Adelante.

El primer muerto en acción era un enfermero. Había sufrido una herida de fusil profunda, en la cabeza.

—Ése es el primero —dijo Jones cuando terminó con el enfermero—. El apellido del segundo es Levy. Lima-Eco...

—¿El nombre es Walter?

—Lima-Eco-Víctor-Yanqui. Levy.

—Boldo Uno, ¿el nombre es Walter? —insistí y garrapateé L-e-v-y junto a la línea titulada «APELLIDO». Me temblaba levemente la mano y mi voz sonaba extraña.

—Uno Alfa, espera, ¿quieres? El primer nombre es Walter. El segundo Neville. Noviembre-Eco-Víctor...

—Sé cómo se escribe.

—De acuerdo. Graduación: teniente primero. Número de serie... —Había algún problema de electricidad estática en la línea—. Organización: eso lo tienes. Naturaleza de las heridas: múltiples laceraciones en fragmento...

—¡Hostias! —exclamé, olvidando las reglas acerca del uso de blasfemias o palabrotas en las comunicaciones de campaña. Mientras tomaba nota de lo que Jones decía vi el rostro oscuro y hermoso de Levy y su sonrisa lenta y fácil. Todos cuantos le conocían notaban su afectuosa y atractiva sonrisa, enmarcada por una sarta de dientes blancos, pero en la cual había algo vagamente enigmático, como si Levy sonriera de algún chiste secreto—. Hostias. Maldito sea todo esto.

—¿Conocías a este tipo? —inquirió Jones.

—Estuvimos juntos en Quantico. Sí, éramos bastante amigos. Ni siquiera sabía que estaba en tu equipo.

—Hummm... Bueno, acabemos esto. Edad: veintitrés. Circunstancias: patrullaje en las cercanías de Danang.

—Boldo Uno, dejémonos de mariconadas. Cuéntame cómo ocurrió.

Me contó todo lo que sabía. Una patrulla de la 9.^a de Infantería de Marina había caído en una emboscada y pedido refuerzos por radio. Enviaron a la sección de Levy, que también cayó en una emboscada antes de llegar a su destino. Levy fue alcanzado por un impacto de metralla y otro *marine* por un disparo de fusil. El enfermero, mientras atendía al herido de bala, había sido muerto por un francotirador. Sin saber que el enfermero estaba muerto, Levy

logró levantarse y a medias reptando, a medias caminando, llegó hasta él. Mientras intentaba arrastrarlo fuera de la línea de fuego, el propio Levy fue abatido por un francotirador.

—¿Estás seguro de que es él? —pregunté.

—Seguro, totalmente seguro.

—De acuerdo. Adelante.

Jones prosiguió: la religión de Levy, los beneficiarios de su póliza militar de seguro de vida, el domicilio de su pariente más próximo. Sus padres, en la ciudad de Nueva York. ¿Qué ocurriría cuando respondieran al timbre y vieran a un hombre uniformado de pie en el vano en la puerta? ¿Sabrían instintivamente a qué había ido? ¿Qué diría aquél? ¿Cómo se le dice a unos padres que todos los años que pasaron criando y educando a su hijo habían sido en vano? Desperdiciados. En aquella guerra, en la jerga soldadesca, muerte se decía «desperdicio». Fulano de Tal fue desperdiciado. Una palabra adecuada.

Concluimos los informes. Los archivé y luego reduje a cifras a Levy, al enfermero, y a las demás víctimas. La azarosa aritmética de la guerra. Hacía siete meses que yo estaba en Vietnam y no tenía un solo rasguño. Levy había durado dos semanas. Al salir de la tienda del coronel vi las hinchadas nubes de color gris pizarra que se formaban sobre las montañas. Recordé a Levy sonriente. Estaba de pie, apoyado en una pared, las manos en los bolsillos. Cerca de él había una máquina tragaperras. ¿Dónde estábamos? En Georgetown, en el *Mac's Pipe and Drum*, bar al que íbamos los fines de semana libres, a beber, mirar a las chicas y fingir que todavía éramos civiles. Aquella noche estábamos en el bar cinco o seis futuros *marines*. Habíamos llevado a algunas chicas, secretarias de la administración: todas las chicas de Washington parecían ser secretarias de la Administración. Bailamos con ellas en la reducida pista de baile contigua a la ventana delantera. Debía de ser finales de otoño, porque recuerdo que la ventana aparecía empañada. Levy no había bailado. Alto y delgado, estaba apoyado indiferentemente contra

la pared y sonreía mientras los demás volvíamos a la mesa con las chicas. En la mesa había jarras de cerveza semivacías y vasos con espuma adherida a los costados. Nos sentamos y llenamos los vasos; todos reímos, probablemente de algo que había dicho Jack Bissell. ¿Estaba Bissell allí aquella noche? Supongo que sí, porque todos reíamos estentóreamente y Bissell siempre era muy divertido. Todavía de pie, Levy cogió su pipa, la encendió y se inclinó para decirme algo. En el recuerdo le vi mover los labios pero no le oí. No pude recordar qué dijo. Aquello ocurría en Georgetown, hace mucho tiempo, antes de Vietnam. Había comenzado a percibirlo: me costaba recordar cualquier cosa que hubiera ocurrido antes de Vietnam.

Siempre me había gustado Levy y a veces le envidiaba. Era prudente, con serenidad, en tanto yo era temperamental e impulsivo. Yo tenía un diploma de un colegio universitario parroquial y suburbano; él había sido alumno de Columbia. Su familia era pudiente, la mía acababa de salir con esfuerzo de la clase trabajadora. Él había contado con todas las ventajas pero se había alistado cuando podría haber hecho fácilmente cualquier otra cosa. Supongo que también tenía eso: un alto sentido del deber. Mis motivos para ingresar en el Cuerpo habían sido principalmente personales, pero Levy no parecía tener ninguna ambición personal. Era un patriota... de la mejor especie, de la que no lleva escarapelas norteamericanas en la solapa. Se había ofrecido como voluntario porque le había parecido que era su deber y lo había hecho serena, fácil y naturalmente. Contaba con otro raro atributo en la edad juvenil: una inflexible fidelidad a las normas. En Quantico, habíamos compartido un contratiempo. Al igual que yo, Levy no era un lector de mapas experto. Durante un difícil problema de orientación en tierra y siguiendo diferentes azimuts, ambos terminamos perdidos en la misma ciénaga. Ésta estaba llena de zarzas y profundos lodazales y era un lugar de aspecto maligno donde serpientes mocasines se enroscaban en las ramas de los achaparrados árboles. Yo había chapoteado durante más de una hora mientras mi

pánico crecía a medida que saltaba de un matorral a otro. La ciénaga parecía interminable y sólo quedaban pocas horas de luz diurna. Corté las zarzas con la bayoneta y oí que alguien se revolvió y soltaba tacos a pocos metros de distancia.

Apareció la cara de Levy a través de las malezas; de su casco colgaban espinos. Interrumpió sus maldiciones en cuanto me divisó. Sentí alivio al ver a un compañero pero Levy pareció molesto al verse sorprendido en un arranque de furia. Decidimos seguir juntos hasta encontrar la forma de salir de la ciénaga. A su borde había un riacho y más allá de éste una cadena de colinas con bosquecillos de pino. Abrimos nuestros mapas y tratamos de averiguar dónde estábamos. Fue inútil. Vadeé el riacho para estudiar un registro de brújula que podía estar sujeto a uno de los pinos del otro lado. No lo encontré; por tanto decidí que cortaría camino a través de las colinas hasta que llegara a un sendero. Esto significaba no resolver el problema, pero era mejor que pasar la noche en aquella negrura. Levy, sin embargo, no estaba dispuesto a abandonar. Afirmó que imaginaría el rumbo de regreso a su último registro de brújula y trataría de averiguar dónde había cometido el error. Intenté disuadirlo. Si hacía eso, tendría que rastrear sus propios pasos a través de la ciénaga, lo cual sería bastante difícil durante la noche. Levy se mantuvo firme. Lo haría correctamente, o al menos lo intentaría. Le dije: de acuerdo, hazlo. Tenía más coraje que yo. Retrocedió sobre sus propios pasos. Yo vadeé el riacho y después de perderme una vez más encontré un sendero. No resolví el problema.

Tampoco Levy aprobó. Finalmente, la oscuridad le obliga a encontrar una vía de salida, como había hecho yo. A la semana siguiente estaba otra vez en el bosque con el resto de los que habíamos suspendido, a la búsqueda de la trayectoria. Pero no pude dejar de admirar su determinación de hacer las cosas como se suponía debían hacerse. Creo que fue la fidelidad a las normas lo que lo mató. Malherido en las piernas, no tenía por qué arriesgarse en el intento de rescatar al enfermero. Podría haber permanecido a

cubierto sin perder el honor, pero habían machacado nuestras cabezas diciéndonos que un *marine* nunca deja a sus heridos expuestos al fuego enemigo. Nunca debíamos dejar a nuestros heridos en el campo de batalla. Debíamos retirarlos, alejarlos del peligro aunque arriesgáramos nuestra propia vida. Ésta era una de las normas que se esperaba cumpliríamos. Yo sabía que no podría haber hecho lo mismo que Levy. Éste se había arrastrado con las piernas heridas y tratado de salvar al enfermero que creía aún vivo. Y probablemente lo había hecho como solía hacerlo todo: con naturalidad y pensando que era lo que debía hacer.

Pero yo seguía sin poder recordar lo que me había dicho aquella noche en Georgetown. Quiero recordarlo ahora, recordar qué me dijiste, Walter Neville Levy, cuyo fantasma todavía me persigue. No, podía no ser algo importante ni profundo, pero eso no importa. Lo que importa es que entonces estabas vivo, estabas vivo y hablabas. Si pudiera recordar lo que dijiste, podría hacerte hablar en esta página y quizá convertirte en algo tan vivo a los ojos de los demás como sigues siéndolo a los míos.

Mucho se perdió contigo: mucho talento, mucha inteligencia, mucha dignidad. Fuiste el primero en morir de nuestra clase de 1964. Hubo otros, pero tú fuiste el primero y además encarnabas lo mejor de nosotros. Eras una parte de nosotros y una parte de nosotros murió contigo, la pequeña parte que todavía era joven, que todavía no se había vuelto cínica, amarga y vieja con la muerte. Tu valor fue un ejemplo para nosotros y cualesquiera sean los aciertos y los errores de la guerra, nada puede disminuir la rectitud de lo que intentaste hacer. El tuyo fue el amor más elevado. Moriste por el hombre al que intentabas salvar y moriste *pro patria*. Tu muerte no fue dulce ni justa pero estoy seguro de que moriste convencido de que era *pro patria*. Fuiste leal. Tu país no lo es. Mientras escribo, once años después de tu muerte, el país por el que moriste desea olvidar la guerra en que moriste. Nombrarla es una maldición. No hay monumentos a sus héroes, ni estatuas en plazas de poblaciones pequeñas y parques de las ciudades, ni placas, ni

coronas públicas, ni conmemoraciones. Porque las placas y las coronas y las conmemoraciones son recordatorios y a tu país le resultaría más difícil hundirse en el olvido que anhela. Desea olvidar y ha olvidado. Pero unos pocos recordamos, gracias a las pequeñas cosas que nos hicieron amarte: tus gestos, tus palabras, tu figura. Te amamos por lo que fuiste y por lo que representabas.

El coronel Nickerson afirmó que, por la noche, le costaba dormir. La causa del insomnio del coronel se relacionaba con las bajas que una compañía del Uno-Uno había sufrido durante una operación de una semana de duración. De aproximadamente ciento setenta hombres, habían perdido casi cuarenta, casi todos ellos en trampas explosivas y minas accionadas por emboscados. El precio habría sido tolerable si la operación hubiese logrado algo, pero no había sido así. Los vietcongs seguían allí.

Estaba escribiendo los resultados estadísticos cuando el coronel Nickerson me habló de su problema.

—Estamos sufriendo demasiadas bajas, teniente. La mitad del tiempo no puedo dormir, pensando en esos chicos.

Habitualmente los coroneles no hacen semejantes confesiones a los tenientes, por lo que no supe qué responder. Tal vez Nickerson comenzaba a preguntarse si no estábamos desperdiciando vidas en Vietnam y deseaba que alguien le convenciera de lo contrario. Quizá quería que yo contestara: «Descanse tranquilo, señor. Esos hombres murieron por una buena causa». En ese caso tendría que recurrir a otro. Yo mismo tenía demasiadas dudas al respecto.

Pero el caprichoso coronel era un hombre completamente distinto dos días después, cuando una patrulla de treinta y cinco hombres de la compañía A cayó en una emboscada. Se trataba de una emboscada típica: los vietcongs pusieron en funcionamiento una mina de tipo Claymore, rociaron a la patrulla con fuego de automáticas y se esfumaron en el paisaje. La acción no duró más de treinta segundos, pero quince de esos treinta y cinco *marines* murieron o quedaron heridos. Mientras volvía a sumar el marcador,

le comenté al nuevo oficial ejecutivo, el teniente coronel Mackle, que si el Uno-Uno continuaba sufriendo tantas bajas dejaría de existir en cuatro meses. En ese momento entró Nickerson. Estaba manchado de barro y de sus labios colgaba un cigarrillo apagado.

—¿Qué quieres decir con eso, teniente? —Por su tono comprendí que el compasivo oficial había dado paso al duro y áspero comandante.

—El ritmo de agotamiento del Uno-Uno, señor —repliqué—. Si se mantiene alcanzarán el ciento por ciento de bajas en febrero.

—Acabo de estar en el hospital —dijo el coronel—. Vi a los muchachos de esa patrulla. Aún están llenos de energías, teniente.

—No tenía la intención de subestimar su valentía, señor. Me refería a que están sufriendo demasiadas bajas.

—Hablé con Martínez. ¿Sabe qué quiere hacer?

—No, señor.

—Quiere volver. Volver a donde están esos malditos vietcongs. Le saqué esto —blandió un fragmento de metralla ante mis narices—, como un segundo que administra sales a un boxeador tambaleante. Quince bajas no significan nada —prosiguió Nickerson mientras se acercaba al mapa mural y seguía la ruta de la patrulla con un dedo doblado—. Hay tres mil hombres en este regimiento.

—Tiene razón, señor, pero quince víctimas es mucho para una sección.

—¿Sí? Cuando yo aterricé en Guadalcanal, el noventa por ciento de mi sección fue barrido en una hora. Sólo quedamos cinco o seis pero seguimos luchando.

—Estoy seguro de que lo hicieron, señor. Lo que yo decía...

—¡Seguimos luchando, maldita sea! —chilló el coronel.

El coronel Nickerson me endilgó un prolongado discurso de la batalla de Guadalcanal, tal como la vivió el entonces subteniente Nickerson. Cuando hizo una pausa para cobrar aliento le dije que debía volver a mi trabajo.

—Váyase, entonces. Salga de aquí de una puñetera vez.

En tales condiciones no hay... relación del tiempo, ni arte, ni cartas, ni sociedad; peor aún, hay un continuo temor y el continuo peligro de morir violentamente, y la vida del hombre es solitaria, pobre, vil, brutal y breve.

HOBBS

Leviathan

A finales de octubre un batallón enemigo atacó una de nuestras bases de helicópteros y produjo cincuenta bajas en la compañía que la custodiaba, además de destruir o averiar más de cuarenta helicópteros. Dos noches después, otro batallón del Vietcong atacó un puesto de avanzada defendido por ochenta *marines* de la compañía A, matando a veintidós e hiriendo a cincuenta. Las habituales emboscadas y trampas explosivas cobraban sus víctimas diarias y los helicópteros que transportaban muertos y heridos recorrían constantemente los chorreantes cielos.

El humor del regimiento empezó a hacer juego con el clima. Estábamos lejos de la desesperación que afligió a los soldados norteamericanos en los últimos años de la guerra, pero habíamos recorrido alguna distancia emocional desde la jovial confianza de ocho meses atrás. El humor era sarcástico, fatalista y melancólico. Se ponía de manifiesto en nuestros chistes negros: «Oye, Bill, hoy saldrás de patrulla. Si te arrancan las piernas, ¿puedo quedarme con tus botas?». También aparecía en las canciones que cantábamos. Algunas eran versiones de sensibleras melodías campestres del Oeste como «Ciudad de Detroit», cuyo estribillo expresaba las

esperanzas de todos los fusileros:

*Quiero volver a mi terruño, quiero volver a mi terruño.
Oh, oh, oh... quiero volverá mi terruño.*

Otras canciones estaban plagadas de tétrico humor. Una de ellas, «Me han llenado de guerra la barriga», era una marcha compuesta por un oficial de la compañía A:

*Me enseñaron a matar
y luego me clavaron en esta colina.
Ahora ya no me gusta:
las lluvias monzónicas
me revolvieron los sesos
y me han llenado de guerra la barriga.*

*El sol calienta, el sol abrasa,
y se me pega la podredumbre de la selva.
Ahora ya no me gusta:
estoy cansado, estoy asustado.
Quiero estar vivo pero
me han llenado de guerra la barriga.*

*Podéis atacar Hanoi y olvidar a este chico.
Ahora ya no me gusta:
Aquí reposo haciendo pucheros
y me cuelgan las tripas.
Me han llenado de guerra la barriga.*

La guerra tenía otro aspecto sobre el que no se cantaban canciones ni se hacían bromas. La contienda no sólo se había vuelto más intensa sino más sanguinaria. Tanto nosotros como los vietcongs comenzamos a hacer de las atrocidades una costumbre. Uno de los operadores de radio del 1.º batallón fue capturado por una patrulla enemiga, atado de pies y manos, golpeado con palos y luego ejecutado. Tres días después de su captura fue encontrado su cadáver,

flotando en el Song Tuy Loan, todavía atado con cuerdas y un agujero de bala en la nuca. Prendieron a cuatro *marines* de otro regimiento, los que posteriormente fueron descubiertos en una fosa común, también atados de pies y manos, con los cráneos abiertos por los proyectiles de un verdugo. Una patrulla de veintiocho hombres —conducida por un compañero de Quantico, el oficial negro Adam Simpson— cayó en una emboscada tendida por doscientos vietcongs y quedó casi aniquilada. Sólo dos *marines* sobrevivieron, ambos gravemente heridos. Podrían haber sobrevivido más si los norvietnamitas no hubiesen procedido a una matanza sistemática de los heridos. Concluida la emboscada se acercaron a la línea de *marines* caídos y dispararon contra todo cuerpo que mostrara señales de vida, incluido el de mi compañero. Los dos que sobrevivieron lo lograron reptando debajo de los cadáveres de sus camaradas y fingiendo estar muertos.

Nos cobramos la deuda, en ocasiones con intereses. Era sabido que algunos vietcongs capturados nunca llegaban a los campos de prisioneros; se informaba que «habían muerto de un disparo mientras intentaban escapar». Algunas compañías de primera línea ni siquiera se molestaban en tomar prisioneros: mataban, sencillamente, a todos los vietcongs que encontraban y a algunos vietnamitas que sólo eran sospechosos. Por lo general, estos últimos se contaban como muertos enemigos, de acuerdo con la regla no escrita de que «si está muerto y es vietnamita, es un vietcong».

Allí todo se pudría y corrompía velozmente: los cadáveres, el cuero de las botas, la lona, el metal, la moral. Abrasada por el sol, azotada por el viento y la lluvia del monzón, guerreando en ciénagas y selvas desconocidas, nuestra humanidad se desprendía de nosotros como el empavonado protector de los cañones de nuestros fusiles. Combatíamos en el tipo de conflicto más cruel: la guerra de pueblos. No se trataba de una campaña ordenada, como en Europa, sino de una guerra de supervivencia librada en un yermo sin normas ni leyes; una guerra en que cada soldado luchaba por su propia vida y por la de los hombres que estaban a su lado, sin

importarle a quién mataba en esa causa personal, ni a cuántos, ni de qué manera, sintiendo sólo desdén por quienes intentaban imponer a su lucha salvaje las remilgadas distinciones del arte de la guerra civilizada: el código de la ética del campo de batalla que trataba de humanizar una guerra esencialmente inhumana. De acuerdo con dichas «normas de acción», era moralmente lícito dispararle a un vietnamita desarmado que corría, pero ilícito hacerlo contra quien estaba de pie o caminaba; estaba mal dispararle a un prisionero enemigo a quemarropa, pero estaba bien que un francotirador matara a gran distancia a un soldado enemigo que no tenía más posibilidades de defenderse que un prisionero; era antirreglamentario que la infantería destruyera una aldea con granadas de fósforo blanco, pero se aceptaba que el piloto de un caza arrojara napalm sobre la misma. La ética parecía ser una cuestión de distancia y tecnología. Uno nunca se equivocaba si mataba a gran distancia con armas complicadas. Y se contaba con la inspirada orden impartida por el general Greene: matar vietcongs. En el patriótico fervor de los tiempos de Kennedy habíamos preguntado qué podíamos hacer por nuestro país y nuestro país había respondido:

«Matar vietcongs». Ésa era la estrategia, lo mejor que nuestros mejores méritos militares podían proponer: la matanza organizada. Pero organizada o informe, una matanza no deja de ser una matanza, de manera que no tenía sentido hablar de reglas y de ética en una guerra que carecía de ellas.

A mediados de noviembre y a instancias mías me destinaron a una compañía de primera línea del 1.º batallón. Mis ideas acerca de la guerra habían cambiado casi por completo y no tenía ilusiones pero me había ofrecido como voluntario para una compañía de primera línea. Existían una serie de razones entre las cuales la más importante era el aburrimiento. Lo único que hacía era contar bajas. Me sentía inútil y un tanto culpable de vivir en una relativa seguridad mientras otros hombres arriesgaban su vida. No puedo negar que el frente aún tenía cierta fascinación a mis ojos. Al

margen de los aciertos o los errores de la guerra, el combate ejercía sobre mí cierto magnetismo. Bajo el fuego uno parece vivir más intensamente. Se agudizan los sentidos, la mente trabaja con mayor claridad y rapidez. Tal vez fuera así a causa de la tensión de los opuestos, atracción equilibrada por la revulsión, por la esperanza en pugna con el miedo. En el frente uno se encontraba en un límite emocional precario y experimentaba una embriaguez que ninguna bebida ni droga podían proporcionar.

El temor a la locura fue otro de mis motivos. La alucinación que había tenido aquel día en el comedor al ver a Mora y a Harrison prefigurados en la muerte se había convertido en una constante pesadilla durante la vigilia. Había empezado a ver a casi todos tal como serían una vez muertos, incluido yo mismo. Mientras me afeitaba ante el espejo por la mañana me veía muerto y había momentos en que no sólo veía mi propio cadáver sino a otras personas que lo observaban. Veía que la vida seguía sin mí. La sensación de dejar de ser me sobrevénía por la noche, inmediatamente antes de dormirme. A veces me hacía reír interiormente: no podía tomarme en serio cuando me veía presenciando mi muerte, pero tampoco podía tomarme en serio a los demás cuando los veía muertos si estaban vivos. Todos éramos víctimas de una trágica burla que nos jugaba Dios o la naturaleza. Tal vez por esa razón los cadáveres siempre sonreían. Comprendían la broma a último momento. A veces me producía risa, pero la mayor parte del tiempo no había nada humorístico en aquello y yo estaba seguro de que algunos meses más identificando cadáveres me llevarían a una clínica psiquiátrica. En el estado mayor sobraba demasiado tiempo para meditar en esos cadáveres; en una compañía de primera línea no habría tiempo de pensar. Ése es el secreto de la supervivencia emocional en la guerra: no pensar.

Además había odio, un odio enterrado tan profundamente que entonces no era capaz de reconocer su existencia. Ahora puedo hacerlo, aunque todavía es doloroso. Me consumía el odio por el Vietcong y una emoción que nos embargaba a casi todos, emoción

que asoma a la superficie más de lo que deseamos admitir: el deseo de venganza; yo no detestaba al enemigo por su política sino por haber asesinado a Simpson, por haber ejecutado a aquel tipo cuyo cadáver se encontró flotando en el río, por haberle quitado la vida a Walt Levy. La venganza era una de las razones por las que me ofrecí como voluntario para una compañía de primera línea. Deseaba tener la oportunidad de matar a alguien.

Enviaron a Jim Coney —mi excompañero de cuarto en Okinawa—, del 3.º batallón, a reemplazarme. Con sensación de triunfo le entregué los archivos de bajas mucho más abultados que los que había recibido en junio.

Kazmarack me condujo al cuartel general del Uno-Uno. El sargento Hamilton se despidió de mí. Le echaría de menos, porque su humor me había ayudado a mantener, al menos, una apariencia de cordura durante los cinco meses anteriores: Hamilton, que padecía constantemente de gastroenteritis, corría al váter del coronel y luego respondía al oficial que le soltaba un rapapolvo: «Por el amor de Dios, señor, tengo en las tripas la venganza de Ho Chi Minh. ¿Qué espera que haga, que me cague en los pantalones porque mis catalinas no tienen águila de coronel? La muerte y la mierda no respetan las categorías, señor». El cuartel general del batallón, cubierto de barro, era un puñado de tiendas y refugios cerca del fuerte francés. Allí recorrí las habituales estaciones del *Via Crucis*: a la tienda del ayudante para que se hicieran cargo de mis credenciales, al puesto de socorro del batallón para dejar mi historial clínico. Otra vez a la tienda del ayudante para que hiciera constar el traslado en mi hoja de servicios, luego a una reunión con el comandante, el enérgico teniente coronel Hatch. Éste me informó que me pondrían al mando de una sección de la compañía C, la antigua compañía de Walt Levy. El capitán Neal era el jefe y McCloy —que había prolongado su estancia— el oficial ejecutivo. Cuando concluyó la conversación con el coronel volvía a la tienda del ayudante y aguardé a que me recogiera el conductor de la compañía Charley. Llovía a cántaros. Había llovido día y noche, sin parar,

durante dos semanas.

El conductor —soldado de primera Washington— arrancó el embarrado *jeep*. Al igual que todos los conductores de compañías, Washington era vehemente, alegre y servicial. Los conductores que eran vehementes, alegres y serviciales seguían siendo conductores, en tanto los perezosos, agrios y poco serviciales recibían un fusil y los enviaban a primera línea. Bajamos por el camino que atraviesa el paso de Dai-La y la lluvia azotaba nuestros rostros porque el *jeep* no tenía parabrisas. El camino, que se había transformado en un río de lodo, serpenteaba a través de aldeas que olían a bosta de búfalo y a nuoc-mam. Bordeaban el camino arrozales inundados e hileras de bananeros cuyas anchas hojas se doblaban bajo el peso de la lluvia. Washington puso la primera y subimos una suave colina; las ruedas giraban enloquecidas y el *jeep* patinó cuando llegamos al punto más alto de la elevación. Desde allí vi un cruce en T a menos de un kilómetro de distancia, manchón de árboles oscuros que daban sombra a un caserío, luego los arrozales y las estribaciones que se elevaban en gradas hacia las negras montañas. Los penachos de niebla que formaban la bóveda de la jungla conferían aspecto amenazante y misterioso a las montañas. Descendimos por la colina y el camino se transformó en una especie de budín pardo rojizo de sesenta centímetros de profundidad. Junto al pozo de una aldea vi a unos campesinos que se lavaban las piernas y los pies. En la lejanía, una ametralladora disparaba descargas medidas. Washington giró por un camino lateral poco antes del cruce en T y pasamos cerca de una casa de cemento cuyas paredes estaban llenas de agujeros de bala y de metralla. Una sección de morteros de 81 mm, emplazada en un campo cercano a la casa, bombardeaba una colina distante. Los proyectiles formaban plumeros grises en la cresta de la colina, que también era gris, tan gris como escombros bajo la lluvia. El camino lateral, que corría junto al borde de un barranco, daba a una serie de colinas bajas y erosionadas. El campamento base de la compañía C se encontraba al frente. Las tiendas estaban dispuestas de cualquier manera junto

a una batería de uno-cero-cinco, cuyas estacas pintadas a rayas parecían extrañamente festivas contra el telón de fondo de tiendas, armas, lodo y colinas barridas por la lluvia. Una escuadra de *marines* avanzaba penosamente por la senda que conducía desde el campamento base hasta la línea del frente. Caminaban lentamente y en una sola fila, con la cabeza baja y los largos capotes con capucha hinchados por el viento. Las culatas de sus fusiles, cuya boca apuntaba hacia abajo para protegerlos de la lluvia, sobresalían en la parte de atrás de los capotes; con sus capuchas y la cabeza baja, los *marines* parecían una columna de jorobados monjes penitentes.

El capitán Neal estaba sentado detrás de su escritorio, en la tienda del cuartel general. Delgado pero fuerte, con ojos poco afales y labios tensos y delgados, me recordó a uno de esos severos maestros de escuela que muestran los dibujos de los antiguos salones de clase de Nueva Inglaterra. Le presenté mis credenciales. Levantó la vista de sus papeles y todo lo que vi en sus ojos fue el color: azul pálido.

—Teniente Caputa, le estaba esperando —me recibió.

—Caputo, señor.

—Bienvenido a bordo —intentó sonreír pero fracasó—. Le daré la segunda sección, señor Caputa. Les falta un oficial desde que mataron al señor Levy.

—Estuve en Quantico con el señor Levy, señor.

—La tercera sección y el pelotón de armas tampoco tienen oficiales.

Se levantó, desplegó un mapa y me informó sobre la situación. El batallón se encontraba ahora a la defensiva. Nuestra tarea consistía en impedir otro ataque norvietnamita en el campo aéreo sosteniendo la línea principal de resistencia. No se llevaban a cabo operaciones ofensivas de ningún tipo, excepto patrullaje, por una escuadra o un pelotón, como máximo, pero incluso éstos no se aventuraban a más de dos mil metros de distancia de la línea principal de resistencia.

El frente de la compañía se extendía desde el punto sur del cruce en T hasta el Song Tuy Loan, distancia de cerca de un kilómetro y medio, es decir tres veces la distancia que podía defender convenientemente una compañía que contara con todas sus fuerzas, y ésta estaba considerablemente debilitada. Las brechas de la línea las cubrían cortinas de fuego de artillería. La compañía seguía una rutina establecida: dos secciones, salvo las escuadras que patrullaban emboscadas, guarnecían la línea principal de resistencia por la noche. Otra sección ocupaba la colina de Charley, puesto de avanzada de combate que se encontraba unos setecientos metros más adelante. Por la mañana, se mantenía en la línea un veinticinco por ciento de alerta, mientras el resto de los hombres recorrían a pie la distancia que los separaba del campamento base para tomar una comida caliente, limpiar sus fusiles y descansar. A la tarde relevaban a la guardia matinal, ocupaban sus posiciones o salían a cumplir patrullajes diurnos. Por la noche se reiniciaba la rutina.

Los campos minados y las trampas explosivas eran los responsables de casi todas las bajas de la compañía. También aparecía de vez en cuando un francotirador y, en raras ocasiones, una descarga de morteros. Yo debía vigilar atentamente el estado de los pies de los hombres de mi sección. Los hombres estaban constantemente mojados. También cansados, y a veces hambrientos porque subsistían casi exclusivamente a base de raciones de campaña frías. *Pero no debía permitirles ningún descanso.* Se les permite descansar y empiezan a pensar en el regreso, y lo peor que podía hacer un infante de marina era pensar. ¿Comprendía? Sí. ¿Tenía que hacer alguna pregunta? No.

—Bien. Esta noche irá a la línea, de modo que reúna sus pertrechos ahora, señor Caputa.

—Caputo, señor. Con o, como en bruto.

—Como sea. Esta noche subirá a la línea.

—Sí, señor —respondí, y pensé que era el hombre con menos sentido del humor que había conocido en mi vida.

El anticipo de lo que ocurría durante la noche comenzó

alrededor de las siete, cuando los obuses y los morteros empezaron a disparar sus descargas de costumbre. Con mi nueva sección chapoteé hasta la línea. Los proyectiles cortaban el aire por encima de nuestras cabezas y la lluvia, oblicua a causa de un fuerte monzón, azotaba nuestros rostros. La sección ascendió por el camino al ritmo uniforme y laborioso que es una de las características de la infantería veterana. Y no podía negarse que aquellos hombres eran veteranos. Si se los observaba, resultaba difícil creer que la mayoría de ellos sólo tenían diecinueve o veinte años. Sus rostros carecían de juventud y sus ojos poseían la expresión fría y opaca de los hombres que están encadenados a una existencia de implacable espíritu práctico. Todos los días se esforzaban por mantenerse secos, por evitar que su piel se asara en la putrefacción de la jungla y por seguir vivos. En el embrutecido mundo que habitaban, el mero acto de caminar — acto casi tan inconsciente como el de respirar— podía significar la muerte. Las sendas que debían patrullar estaban sembradas de minas. Un mal paso y estallarían en fragmentos o quedarían tullidos para toda la vida. Un mal paso o un instante de negligencia en la mirada y no notarían la delgada hebra de alambre tendida a través del sendero.

Llegamos al camino que marcaba la línea del frente. Me arrastré hasta el puesto de mando de la sección, foso rodeado de sacos de arena y cubierto con un capote con goteras. El operador de radio Jones, el ordenanza de la sección Brewer y un sanitario entraron conmigo. El puesto de mando se encontraba sobre un montículo herbáceo, inmediatamente detrás del camino. En el fondo de la trinchera había una charca de agua fría. La achicamos con los cascos, extendimos un capote sobre el barro y nos sentamos a fumar el último cigarrillo antes de que cayera la oscuridad. Jones descargó la pesada y antigua radio PRC-10 de su espalda y la apoyó a un costado del foso.

—Charley Seis, aquí Charley Dos. Control de radio —dijo ante el micrófono

—. ¿Me oye bien, Seis?

—Dos, aquí Seis. Oigo fuerte y claro. Seis Verdadero dice adviertas tu verdadero Compañía Alfa recibe fuego mortero.

—Entendido, Seis. Si no hay más tráfico, Dos corta.

—Seis corta.

—¿Oyó eso, señor? —me preguntó Jones. Respondí afirmativamente.

El viento soplabá con firmeza: la lluvia barría horizontalmente los arrozales y golpeaba el capote como si se tratara de perdigones zorreros. Presté atención al ruido de los morteros pero no logré oír nada a causa del viento, la lluvia y el seco golpeteo de las ramas de los bambús que nos rodeaban. Los últimos hombres de mi sección atravesaban el gris anochecer hacia sus posiciones. Con las piernas pesadas avanzaban junto a la línea —que no era una línea sino una hilera de posiciones aisladas cavadas en cualquier punto donde hubiera terreno sólido— y se dejaban caer de a dos en las trincheras. Los rollos de alambre acordeón se contorsionaban con el viento.

Me correspondió la primera guardia de la radio. Jones y los demás se tendieron a dormir, acurrucados en posición fetal. Miré hacia afuera y traté de familiarizarme con el paisaje. La parte de la línea de la 2.^a sección seguía el curso del camino, rodeaba un case-río custodiado por alguna fuerza popular —milicias aldeanas— y desembocaba en el río. En total cubríamos un frente de setecientos metros, normalmente el que corresponde a una compañía y entre una posición y otra había brechas peligrosamente extensas. Una de dichas posiciones —denominada «casa de la escuela» porque allí había una escuela con paredes de cemento— estaba separada de la siguiente, un otero próximo al río, por unos doscientos metros de arrozales inundados. Las dos posiciones parecían islas de un archipiélago. Al frente vi más arrozales, una corriente de agua con las orillas cubiertas de matorrales y, más lejos, las estribaciones gris verdosas. Allí aparecía la colina de Charley, pequeña protuberancia fangosa de color rojo que sobresalía entre las colinas circundantes como una úlcera inflamada. Bajo la luz menguante sólo logré

distinguir los manchones gris-oliva de los capotes y las pequeñas figuras de nuestros hombres. No había nada frente al puesto de avanzada, salvo más colinas y luego las montañas que se elevaban hacia las nubes. En comparación con aquel lugar, la línea del frente era el centro de la civilización. La colina de Charley se encontraba en el desolado extremo de la tierra.

En breve oscureció. Todavía no oía nada excepto el viento y el crujido de las ramas y ahora sólo veía los variantes matices del negro. La aldea era un lunar oscuro como boca de lobo en los arrozales de color gris negruzco. Más allá del azabache de la selva que bordeaba el riachuelo, la cordillera era tan negra que parecía un enorme agujero en el cielo. Incluso cuando mis ojos se adaptaron no conseguí ver la más mínima variación de color. Todo era absolutamente negro. Un vacío. Al contemplarlo sentí que miraba algo que era todo lo contrario del sol, la fuente y el centro de la oscuridad universal.

El viento no dejó de soplar, implacable y entumecedor. Calado hasta los huesos, empecé a temblar. Me fue difícil sostener con firmeza el equipo manual y tartamudeé cuando pedí el informe horario de la situación. No recordaba haber tenido nunca tanto frío. Ascendió una bengala que reveló las siluetas de las palmeras inclinadas por el viento y las cortinas de agua provenientes de las nubes que se deslizaban. Una violenta ráfaga acuchilló la trinchera, tiró de la lona y arrancó un costado de sus amarras. Gomosa y mojada, la lona me abofeteó. Brewer gritó «maldición» cuando la lluvia cayó en el foso ahora descubierto. Luego una corriente de agua se deslizó desde lo alto de la colina y penetró a través de las grietas de los sacos de arena por lo que casi quedamos inundados. La lona seguía planeando como una vela suelta.

—Maldito sea el puñetero Nam.

—Jones, Brewer, sujetad eso —indiqué mientras volvía a achicar el agua con mi casco. La lluvia me entraba por el pecho y caía por las mangas de mi chaqueta como si fueran tubos de desagüe.

—Sí, señor —respondió Jones.

Él y Brewer subieron, sostuvieron la lona y la sujetaron, clavando las estacas de metal con las culatas de sus bayonetas. El sanitario y yo achicábamos y el trabajo nos hizo entrar en calor. Todavía había dos o tres centímetros de agua en la trinchera cuando volvimos a instalarnos. Le pasé la radio a Jones: era su guardia. Tendido de costado, con las rodillas levantadas, traté de dormir, pero los charcos y el viento frío me lo impidieron.

Cerca de medianoche disparos de fusiles automáticos rociaron una de las posiciones próximas al caserío. El jefe de la escuadra me llamó por el teléfono de campaña y me informó que se habían disparado veinte tiros en su flanco derecho, aunque sin víctimas. Se oyó otra descarga.

—Ha vuelto, Dos Verdadero —dijo la voz—. Creo que se encuentra en la línea arbolada junto a ese riacho.

—Entendido. Láncele un par de M-79. En seguida estaré allí.

Acompañado de un fusilero, por razones de seguridad, bajé por el camino y atravesé la aldea. Dos granadas de M-79 estallaron en la línea de árboles. El barro del camino nos llegaba a los tobillos. No veíamos nada, excepto una lámpara que ardía en una de las chozas. Pegados a la alcantarilla del costado del camino por si necesitáramos cubrirnos rápidamente, llegamos a la posición que había recibido el fuego. Vi un par de agujeros de bala en la lona de los *marines*. Comenzó a llover con más intensidad aunque eso parecía imposible. Me agaché junto al fusilero e intenté ver algo en la negra línea arbolada, cien metros más allá de los arrozales. Éstos se habían convertido en un lago en miniatura y las ondas, balanceadas por el viento, lamían la acequia que teníamos enfrente. Después una luz blanco-anaranjada parpadeó en la penumbra. Los proyectiles pasaron cerca de nosotros con ese intenso ruido de succión que siempre producían. Me eché boca abajo en el barro.

—Ahora te veo, cabrón —dijo uno de los fusileros mientras lanzaba una rápida descarga al destello de la boca del arma del francotirador. Otras tres o cuatro granadas brillaron en el aire y estallaron entre los árboles—. Si eso no lo mató, le dará qué pensar.

Esperamos casi media hora. Cuando nos convencimos de que no ocurría nada más, mi fusilero y yo nos encaminamos hacia el puesto de mando. Por fin el viento había cesado y en el aire inmóvil zumbaban los mosquitos. Dos bombas de mortero cayeron a lo lejos, a nuestras espaldas, donde el camino ascendía y torcía junto a una curva del río. Estallaron cerca de las líneas de la compañía D, en una cascada de encantadoras chispas rojas. En la dirección opuesta, el Uno-Tres —que acababa de retornar a Vietnam con *marines* no veteranos— sostenía un enfrentamiento con quimeras de su imaginación. Pasamos junto a la cabaña donde ardía la lámpara.

—Eh, soldado —susurró alguien—. Soldados, entrad.

Un campesino de edad mediana se encontraba de pie en la puerta y nos hacía señas de que entráramos. El *marine* que me acompañaba levantó su fusil, por si acaso, y entramos en la choza. El interior apestaba a ajo, a humo de leña y a salsa de pescado podrido, pero estaba seca y sentimos gratitud por estar un momento protegidos de la lluvia. Encendí un cigarrillo, agradecido también por este hecho. Dejé penetrar el humo en mis pulmones y sentí que se me calmaban los nervios.

Entretanto el agricultor había sacado unas fotografías de un paquete hecho con hule. Eran fotos de prostitutas vietnamitas y soldados norteamericanos haciendo el amor en diversas posiciones. El campesino silbaba y cloqueaba ante cada fotografía que nos mostraba.

—Buena, ¿no? Número uno, ¿no? ¿Compra? Compras. Número uno.

—No, viejo pervertido —dije—. Khoung. No compro.

—¿No compras? —inquirió el campesino en el tono sorprendido que emplean todos los vendedores cuando un cliente rechaza su mercancía.

—Khoung. Chao Ong.

—Chao Ong, dai-uy, buenas noches, capitán.

—No dai-uy. Trung-uy, teniente.

—Ah. Ah. Trung-uy. Bien. Chao trung-uy.

—¿Qué le pareció esa basura, teniente? —me preguntó el fusilero cuando estuvimos afuera—. Se supone que luchamos por esta gente. Nos empapamos, nos disparan al trasero y él vende fotos pornográficas.

—La vida está llena de injusticias.

—Así es, señor.

Dormimos a intervalos durante el resto de la noche y lloviznaba cuando despertamos al amanecer. Aturdida, la sección volvió a pie al campamento base. Quedó una escuadra custodiando la línea. Los arrozales estaban inundados y plagados de culebras. Veíamos la estela que dejaban al deslizarse inmediatamente debajo de la superficie. Un equipo de fuego, bloqueado en una isla de terreno alto, tuvo que pedir prestados sampanes a los aldeanos para llegar al camino. Como una cuadrilla de presidiarios condenados a trabajos forzados, los *marines* marchaban hacia el campamento sin alegría y sin esperanzas de que el nuevo día les brindara algo diferente o mejor. Me sacudí para entrar en calor y me sentí más cansado que nunca. Estaba fatigado después de pasar una sola noche en la línea y me pregunté cómo se sentirían los miembros de la sección, después de meses allí. Pronto lo descubrí: no sentían nada, excepto ocasionales brotes de temor.

Así transcurrió el resto del mes. Fue un período de poca acción e infinita desdicha. Me confiaron el mando de la 1.^a sección durante una semana, mientras su oficial se encontraba ausente. Nuestra única baja durante esa semana fue un jefe de escuadra que debió ser hospitalizado por la picadura de un ciempiés. La verdadera lucha se había trasladado al valle de la Drang en las montañas centrales, donde el 7.º de Caballería, de gran fama, combatía contra los norvietnamitas en la batalla que hasta entonces había sido la más importante de la guerra. Pero había quietud en Danang. Casi

todas las horas de todas las noches, los operadores de radio emitían: «Todo bien. La situación sigue siendo la misma». Conduje dos o tres patrullas pero no hubo contactos, salvo los acostumbrados tiradores camuflados. Todo bien. La situación sigue siendo la misma. La compañía perdió dos ametralladoras en un campo minado. Todo bien. La situación sigue siendo la misma. Avanzábamos penosamente hasta la línea y volvíamos, patrullábamos las sendas de trampas explosivas, cavábamos trincheras y volvíamos a cavarlas cuando la lluvia las derribaba. Siempre llovía. Dormíamos, cuando dormíamos, en el barro. Nos estremecíamos en nuestras nerviosas guardias nocturnas y recibíamos informes cada hora: todo bien. La situación sigue siendo la misma. Un centinela de la compañía B murió una mañana, a manos de infiltrados. Seguía lloviendo. El Vietcong nos arrojó unas cuantas granadas que no alcanzaron su objetivo. Estallaron en los arrozales, a gran distancia de nuestra alambrada. El humo gris ascendía, el agua y los terrones de barro parecían géiseres. Charley Seis observó seis descargas de morteros enemigos de seis-cero milímetros a doscientos metros de su posición. No se produjeron víctimas. Todo bien. La situación sigue siendo la misma.

A punto de terminar el mes, el Vietcong efectuó un pequeño ataque contra la aldea. Aquella noche la lluvia era ligera. Goteaba desde el abultado cielo como el pus de una llaga ulcerada. El segundo jefe de la escuadra —el sargento Coffell, que había sido trasladado al Uno-Uno desde otro batallón— y yo estábamos de guardia en un lóbrego foso. Conversábamos para mantenernos despiertos. Hablábamos de nuestro país, de las mujeres y de nuestros temores. Una pesada neblina cubría la selva que bordeaba el riacho, frente a nosotros. Los árboles parecían clavados en un banco de espesa nieve. En voz baja, Coffell me habló de su miedo a las Betties Saltonas: minas que surgían de la tierra y estallaban al nivel de la cintura. Por la mañana saldría de patrulla y me dijo que abrigaba la esperanza de no pisar ninguna. Su último comandante de compañía había sido alcanzado por una de ellas.

—Le arrancó una de las piernas a la altura del muslo, señor. Le cortó la arteria femoral y la sangre manaba como de una manguera. No pudimos restañarla. No sabíamos qué demonios hacer de modo que la cubrimos con barro que juntamos en el arrozal. Seguimos arrojándole barro al muñón pero no sirvió de nada. No, señor, malditas sean esas Betties Saltonas. Las odio.

Un fusil automático sonó en la aldea, a nuestras espaldas. Uno de los milicianos de la fuerza popular disparó su carabina.

—Esos imbéciles de milicianos vuelven a dispararle a las sombras —comentó Coffell.

—Las sombras no llevan fusiles automáticos. A mí me pareció un AK.

Luego se oyó un crujido similar al que produce una pila de matas secas a las que se prende fuego. Estallaron granadas de mano y destellaron rojas balas trazadoras por encima de nuestras cabezas. Un par de disparos hizo blanco en los sacos de arena de la posición cercana, errándole por poco a un ametrallador. Me agaché, cogí el teléfono de campaña y llamé a Dodge, el sargento de sección, que se encontraba con otra escuadra en la posición de la casa de la escuela, al otro lado de la aldea. Le pregunté si veía de dónde provenía el fuego.

—No, señor. Nosotros estamos atascados aquí. Ni siquiera podemos levantar la cabeza. Disparos de armas automáticas alcanzan la casa de la escuela. Sé que proceden de cerca de la aldea, pero no puedo decirle exactamente de dónde.

—Entonces Charlie está detrás de nosotros. ¿Alguna víctima?

—No, señor, pero su viejo watash estuvo a punto de caer en medio de las luces de combate. Cuatro, cinco disparos se incrustaron a mi lado. Quedé todo salpicado de yeso...

La línea enmudeció cuando estallaron otras dos granadas.

—¿Me oye, Dodge? —Apreté varias veces el botón del receptor.

No obtuve respuesta. Las granadas habían cortado la línea de tierra, de modo que me encontré con una escuadra inmovilizada y

sin poder comunicarme con ella.

Salté por encima del parapeto de la trinchera y repté hasta el terraplén del camino para ver si lograba divisar los destellos de las bocas de las armas del enemigo. Lo logré. Los vietcongs estaban en la aldea y disparaban en todas direcciones. Una línea de luces rojas apareció por encima del camino. Avanzaba rápidamente en mi dirección y una de las balas trazadoras crujió cerca de mi oído lo bastante cerca para permitirme sentir la onda de choque. Con la sensación de mareo que a uno lo acomete cuando recibe fuego desde atrás, volví a rodar terraplén abajo.

—Coffell, están a nuestras espaldas. Ordene que se pongan de frente. Que se coloquen de frente al camino y que abatan a todo lo que vean moverse por allí.

—Sí, señor.

Me deslicé boca abajo hasta la radio y oí que mi corazón tamborileaba contra la tierra húmeda.

—Charley Seis, aquí Charlie Dos Verdadero —intentaba comunicarme con Neal

—. ¿Me oye? —Sólo me respondió la electricidad estática—. Seis, aquí Dos solicita iluminación en concentración uno. ¿Me oye, Seis? —La electricidad estática volvió a silbar en el receptor. A mi lado se había tendido un fusilero, con su M-14 apuntada al camino. Había vuelto la cabeza y me miraba. No supe quién era. En la oscuridad, sólo veía sus ojos hundidos y ojerosos fijos en mí, desde el borde de su casco—. Seis, aquí Dos. Si me oye, le informo que tengo a los Víctor Charlies en la aldea, a mis espaldas. Una escuadra bloqueada por fuego de armas automáticas y líneas de tierra cortadas por granadas. Solicito iluminación en concentración uno.

La electricidad estática me envió un silbido burlón. Di un puñetazo a la radio. Sobras de la segunda guerra mundial, siempre podía esperarse que las PRC-10 se estropearan en un momento de necesidad.

Después de intentarlo durante un cuarto de hora, me comuniqué con el cuartel general de la compañía. Neal afirmó que no

sabía nada acerca de un enfrentamiento.

—Está ocurriendo detrás de mí. O estaba. Ahora prácticamente ha concluido.

—Yo no oigo nada —respondió Neal.

—Seis, eso es porque prácticamente concluyó. Antes fue muy intenso. ¿Puede proporcionarme iluminación sobre concentración uno? Quizá logremos interceptar la retirada de los vietcongs.

—Antes tampoco oí nada, Charley Dos.

—¡En la aldea, Seis! Los Víctor Charlies están en la aldea a mis espaldas, enfrentados a la fuerza popular. Mi primera escuadra se encuentra inmovilizada.

Yo sabía por qué el capitán Neal no había oído nada: estaba en el campamento base de la compañía, a casi un kilómetro de distancia de la línea. La mayoría de las noches dormía allí o en el refugio del comando. «Realmente me sentí mal durmiendo en mi tienda mientras vosotros os encontrabais allí», me había dicho después de una noche especialmente agitada. «Sí, señor», le había respondido yo. «Nosotros también nos sentimos muy mal al respecto».

—Charley Dos, ¿ha sufrido alguna víctima?

—No.

—¿Cree que puede dominar la situación?

—Entendido. Algo de iluminación ayudaría.

—Manténgame informado. Seis Verdadero corta.

—Dos corta.

De modo que no me proporcionarían iluminación. No sería iluminado.

La escaramuza había concluido cuando terminé de hablar con Neal. Nos pusimos en contacto con el comandante de la fuerza popular, que dijo:

—Ahora bien. Vietcong di-di. Volví a llamar a Neal:

—Los Víctor Charlies se han retirado, Seis. Ninguna baja. Registramos zona con resultados negativos.

—Entendido. ¿Cuál es ahora la situación?

—Todo bien. La situación sigue siendo la misma.

A la mañana siguiente, en el comedor de la compañía, apoyé mis manos entumecidas alrededor de una taza de café. No había pegado los ojos después del encuentro. Nadie había dormido. Permanecimos en estado de alerta plena porque nos informaron que un batallón enemigo avanzaba en nuestra dirección. Aguardábamos y en la espera rechazamos el sueño. Un francotirador nos molestaba de vez en cuando, la lluvia caía incesantemente, pero no ocurrió nada. Al alba, todos volvimos al campamento base, excepto los que se quedaron en la línea o salieron a patrullar.

No había dejado de llover cuando me senté en el comedor frente al capitán Neal. Afuera, una hilera de *marines* pasaba, arrastrando los pies, frente a los inmersores: cada uno de ellos hundía en el agua hirviente sus enseres para comer. Yo quería dormir. Necesitaba cuatro o cinco horas de sueño seco e ininterrumpido, pero tenía que tender cables de comunicaciones hasta una nueva posición. Eso me ocuparía la mayor parte del día. También tenía que inspeccionar el orden del sector de mi sección. Neal había encontrado una pila de latas de raciones de campaña vacías cerca de la casa de la escuela, hecho que le había alterado. Le gustaba mantener pulcro el campo de batalla. De modo que debía asegurarme de que los *marines* enterraban los botes de hojalata. No debo olvidarlo, pensé. Es importante para el esfuerzo bélico recoger nuestra basura. Una voz interior me dijo que estaba demasiado amargado. Sentía pena por mí mismo. Nadie me había obligado a ingresar en el Cuerpo ni a ofrecerme como voluntario para una compañía de primera línea. Yo lo había pedido.

Eso era verdad, pero reconocer la verdad no resolvía mi problema inmediato; estaba agotado y quería dormir.

Neal me dijo que había estudiado mi hoja de servicios y se había dado cuenta de que había pasado nueve meses en Vietnam sin ningún permiso. Había plaza en un vuelo con destino a Saigón a la mañana siguiente. ¿Me gustaría descansar tres días en Saigón? Sí,

respondí sin vacilar. Sí.

El C-130 camuflado de verde y pardo aterrizó en el aeropuerto de Tan Son Nhut al atardecer. Nos trasladaron a Saigón en un autobús con pantallas de tela metálica en las ventanillas para desviar las granadas de los terroristas. El autobús aparcó en la puerta del Meyer court, hotel reservado a soldados de permiso. El alto muro que rodeaba el hotel estaba coronado por alambre de púas y junto a la puerta había un policía militar armado con un fusil, dentro de una garita de centinela protegida con sacos de arena. Desde el balcón de mi habitación, en el octavo piso, vi un avión que dejaba caer bengalas sobre la ciénaga, al sur de la ciudad. Proyectiles de artillería parpadeaban en el horizonte y las armas disparaban rítmicamente. Entonces, ni siquiera en Saigón era posible olvidar la guerra. Pero el cuarto era limpio y barato. Tenía una ducha y una cama, una auténtica cama con colchón y sábanas limpias. Tomé una ducha caliente que me hizo sentir maravillosamente bien, me tendí en la cama y dormí quince horas.

A la mañana siguiente encontré un lenitivo a la guerra. Un barrio tranquilo de la ciudad, donde altos árboles sombreaban las calles y donde di una larga caminata sin ver soldados, prostitutas ni bares: sólo calles serenas y sombreadas, villas encaladas con techos de tejas rojas. En una de las calles laterales había una cafetería en la acera. Entré a desayunar. El interior estaba tibio y olía a limpio; los únicos dos parroquianos que encontré allí eran dos chicas vietnamitas que llevaban túnicas anaranjadas. El camarero me alcanzó la minuta. La *minuta*. Podía elegir algo que hiciera meses que no hubiese probado. Pedí zumo de frutas, café con leche y *croissants* calientes con mermelada y mantequilla. Después de desayunar me apoyé en el respaldo de la silla y leí una serie de poemas de Dylan Thomas. El libro, regalo de mi hermana, me llevó a mucha distancia de Vietnam, a las pacíficas colinas de Gales, a las rocosas costas galesas donde aleteaban las garzas reales. Me gustó «Colina de helechos» y «Poema en octubre», pero no pude leer «Y la muerte no

dominará». No conocía muy a fondo la vida de Dylan Thomas pero adiviné que nunca había participado en una guerra. Nadie que hubiera estado en la guerra podía dudar de que la muerte dominaba.

Cuando abandonaba el local, se acercó a pedirme limosna una anciana a la que le faltaba un brazo. Me extendió una nota: «Tengo cincuenta y cinco años y perdí el brazo izquierdo en un bombardeo de artillería. Mi marido murió en una batalla contra el Vietcong en 1962. Le ruego me dé 20 piastras». Le di cien. La anciana se inclinó y dijo:

—Cam *Ong*.

Cuéntaselo a ella, Dylan, dile que la muerte no domina.

El segundo día que pasé en Saigón conocí a un hindú, comerciante en seda, en uno de los ruidosos mercados de la ciudad. Me preguntó si me gustaba Saigón. Respondí que sí, que me gustaba mucho. Era una ciudad hermosa, magnífica si se la comparaba con el desbarajuste existente en el campo.

—Sí, tiene razón —observó con tristeza—. Hay algo equívoco en este país. Creo que es la guerra.

Por la noche cené en la terraza del Continental Palace Hotel. El Palace era un viejo hotel francés donde los camareros se comportaban con una amabilidad que no era servilismo y con una dignidad que no era arrogancia. Me senté ante una de las mesas cubiertas con manteles de hilo, en la terraza, al lado de una arcada que daba a la calle. Algunos franceses, propietarios de plantaciones —excolonos que se habían quedado en Indochina— estaban sentados frente a mí. Bronceados por el sol, vestidos con camisas de algodón y pantalones cortos de color caqui, bebían vino blanco frío; comían y gesticulaban como si se encontraran en Champs Élysées o en la orilla izquierda del Sena. Lo pasaban bien. Se me ocurrió que hacía mucho tiempo no veía a nadie que lo pasara bien.

Se acercó un camarero a tomarme el encargo.

—*Chateaubriand avec pommes frites, s'il vous plait.*

El camarero, anciano vietnamita con el porte de un dignatario aldeano, parpadeó al escuchar mi acento.

—*Pardonnez-moi, monsieur. Le Chateaubriand est pour deux.*

—Ya lo sé, pero lo mismo lo tomaré —respondí, abandonando el francés.

—*Bien. ¿Vin Rouge?*

—*Oui, rouge.* Una botella.

—Pero usted está solo.

—La beberé. No se preocupe. Tomó nota en su bloque y se retiró.

Mientras esperaba el vino observé a los franceses que hablaban, gesticulaban y reían de algún chiste, y comencé a sentirme ligero. Esta sensación tenía algo que ver con la actitud relajada de esos hombres, con sus risas y el sonido de sus tenedores contra los platos. El vino incrementó esa sensación. Más tarde, cuando terminé de dar cuenta del *Chateaubriand* y de la mitad de la botella de vino tinto, comprendí de qué se trataba: la normalidad. Había dormido profundamente dos noches, me había dado un baño, había comido una cena excelente y me sentía normal... quiero decir que no tenía miedo. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo. Me habían liberado de la violenta tierra de la muerte, el frente, la tierra de los sufrientes campesinos, los soldados agotados, el barro, la lluvia y el miedo. Volví a sentirme vivo y enamorado de la vida. Los franceses que tenía enfrente vivían, no se limitaban a sobrevivir. Y por el momento yo formaba parte de su mundo. Había renovado provisionalmente mi ciudadanía en la raza humana.

Bebí más vino y me encantó ver cómo lucía la helada botella sobre el mantel de hilo blanco. Se me ocurrió la idea de desertar. Un pensamiento deliciosamente estimulante. Me quedaría en Saigón y viviría la vida. Por supuesto, sabía que era imposible. Era imposible físicamente. Yo era blanco, medía bastantes centímetros más y pesaba como mínimo treinta kilos más que el vietnamita más robusto. La policía militar no tendría dificultades para

encontrarme. Pero también estaba condicionado por la obligación que tenía con mi sección. Desertaría de ellos, de mis amigos. Ése era el auténtico crimen que cometía un desertor: huía de sus amigos. Y quizá por eso, a pesar de todo, luchamos tan duramente como lo hicimos. No teníamos otra posibilidad. La deserción era algo impensable. Cada uno de nosotros luchaba por sí mismo y por los hombres que estaban a su lado. La única vía para escapar de Vietnam, además de la muerte o las heridas, consistía en abrirse paso luchando. Luchábamos para vivir. Pero resultó agradable jugar con la idea de la deserción, fingir que podía elegir.

Éramos veinte o treinta los que ocupábamos el pavimento alquitranado cuando el C-130 carreteó y frenó. Nuestros tres días de libertad habían tocado a su fin. A mi lado se encontraba un viejo sargento artillero que entretenía a la multitud con sus chistes. Conocía más chistes que un humorista profesional y los contaba uno tras otro. Había combatido en Iwo Jima y en Corea, y llevaba siete meses en Vietnam. Era un veterano y, con su rostro moreno y arrugado, lo parecía. Sus chistes rápidamente disparados nos hacían reír a todos, nos impedían pensar hacia dónde nos dirigíamos. Quizá intentaba evitar pensar él mismo. Pero las bromas y las carcajadas se interrumpieron cuando se abrió la escotilla del C-130 y descendieron los cadáveres. Estaban envueltos en bolsas de goma de color verde. Sabíamos qué eran por el bulto que hacían las botas en las bolsas. ¿Por qué era siempre tan doloroso ver las botas de un muerto?

El ánimo decayó. Nadie dijo una palabra. En silencio observamos cómo la dotación bajaba los cadáveres por la rampa y los introducía en una ambulancia aparcada cerca del aparato. Sentí que volvía a acometerme aquel viejo, conocido, frío y agarrotante temor. El jocoso sargento artillero, veterano de tres guerras, meneó la cabeza:

—Maldita sea esta guerra. Maldita sea.

... Sólo somos guerreros durante la jornada. Nuestra alegría y nuestro brillo están manchados por lluviosas marchas en el doloroso campo.

SHAKESPEARE

Enrique V

Haciendo equilibrios como los artistas de la cuerda floja, atravesamos el estrecho puente de bambú que cruzaba el riacho. Los monzones habían transformado la corriente en un verdadero río y las pardas y profundas aguas corrían velozmente por debajo. Desde sus trincheras en la colina de Charley, a corta distancia, la 3.^a sección se mofaba de nuestro balanceo:

—No vayáis a caer y a humedeceros los pies, queridos.

—Encima tuyo, cabeza de chorlito —contestó uno de los *marines*.

Caía una ligera llovizna. El pelotón cruzó el arrozal del otro lado del riacho, avanzando por la fangosa acequia, y luego escaló la colina. En la cima aguardaron a que Jones y yo recogiéramos una radio disponible. Se sentaron a descansar y fumaron un último cigarrillo antes de iniciar el patrullaje. De color verde opaco y quebradas por islas de palmeras, las estribaciones se extendían desde el puesto de avanzada hacia las montañas. No vimos estas últimas: estaban tapadas por un sólido muro de nubes plomizas. La 3.^a sección había estado en la colina de Charley durante mucho tiempo, quizá demasiado. Harapientos y sucios, nos observaron con mirada fatigada e hicieron desganadamente algunos chistes.

—Cúidate de esas horribles trampas explosivas —dijo uno—. No queremos que te maten, Allen.

—No van a matar a nadie —afirmó el soldado de primera Allen, jefe de equipo de fuego de mi sección.

—Pero si te llegan a matar, ¿me dejas tus botas? ¿Calzamos más o menos el mismo número?

—Te pondrás mis botas en los cojones. Siéntate aquí, imbécil. Arrojuremos sobre ti un espantoso regimiento.

—¿Espantoso? ¡*Espantoso*! ¡Nos arrojarán un espantoso regimiento! Allen, eres un maldito putero.

—Si lo sabrás tú, imbécil. Por tu madre.

—Entonces soy tu hijo y si te matan quedará huérfano. Déjame quedar con tus botas, papá.

—Como ya te dije, en los cojones.

Entré en el refugio subterráneo a recoger la radio. Adentro había casi tanto barro como afuera. El agua se filtraba a través de las paredes de arcilla y goteaba por la cortina de lona podrida que colgaba de la puerta. Comprobé el funcionamiento de la radio.

—Aunque parezca mentira, funciona —comentó McKenna, el jefe de la 3.^a sección.

McKenna había ingresado recientemente en la compañía C; era un irlandés del Bronx, de pronunciación cerrada y pelo oscuro, conocido como Mac el Negro, y concebía la guerra como una pelea callejera a gran escala.

En efecto, la radio funcionaba, lo que resultaba sorprendente. El Pequeño Jones —por alguna razón, todos los operadores de radio son hombres menudos— cargó la PRC-10 a sus espaldas. Encendí un cigarrillo, renuente a abandonar el refugio y pasar el día entero bajo la lluvia. La oía repicar contra el techo de sacos de arena del refugio. No quería largarme a la lluvia, a las largas horas de caminata y a la espera de que una trampa explosiva hiciera volar a alguien en fragmentos. Habían transcurrido dos semanas desde mi vuelta de Saigón, pero estaba tan cansado como antes de las

vacaciones. No, más fatigado. Era lo mismo que si no hubiera descansado nada o como si ninguna dosis de descanso pudiera superar mi agotamiento. Lo mismo les ocurría a los demás. La compañía había efectuado cerca de doscientas acciones de patrulla en el mes que llevaba con ellos y habían pasado muchas noches en primera línea. Los hombres se encontraban en un permanente estado de extenuación. Se encontraban en un pozo y diariamente se sumergían de un nivel de agobio al siguiente. Los jefes de escuadra rogaban un descanso. «Están cansados, teniente. Están tan fatigados que la mitad de ellos patrullan semidormidos. Necesitan descansar». Pero no hubo descanso. No se alternaba a la retaguardia, como en guerras anteriores, porque no había vanguardia a la que sustituir.

Jones se ajustó las correas de la radio y salió.

—¿Aprobaron la revista de fusiles del capitán Bligh, el otro día?
—quiso saber McKenna.

—Sí, la aprobamos. ¡Una revista de fusiles! El muy cabrón debe pensar que estamos en una guarnición.

—Tendrías que haber visto la que formó aquí. Lo primero que hizo fue alinear a todos en formación de pelotón. Una estupidez. Una sola descarga de mortero los habría barrido todos. Luego descubrió que un fusilero tenía la cámara llena de polvo y no sólo le regañó a él sino a todos los demás. Prosiguió la revista y encontró a otro fusilero con una mota de óxido en el depósito. Cogió la carga entera y la hundió en el barro. Tal como te lo cuento. El pelotón estaba decidido a matarlo. Cuando se fue, el sargento Horne ordenó a todos que volvieran a trabajar y casi se produce un motín. Uno de los muchachos le dijo a Horne que se dejara de joder y éste lo tumbó. Claro, no se le puede decir a semejante cabrón que deje de joder a los demás. Luego el chico cogió su fusil y advirtió a Horne que lo mataría. Probablemente lo que quería era matar a Neal, pero para el caso Horne era lo mismo. El sargento le dijo: «Adelante, lo único que lograrás es la horca o cadena perpetua». Apartó el arma antes de que el muchacho pudiera dispararla. Éste

se quebró. No puedo volver «a cogerlo», aseguró. Y continuó insistiendo: «No puedo volver a cogerlo ni seguir soportando el tormento de las líneas del frente». Yo creo que el jefe está loco. En cualquier momento alguien le va a perforar la nuca de un disparo.

—Bien, espero que al que lo haga le otorguen la Medalla de Honor del Congreso. Por Dios, Mac, la guerra es bastante mala sin tener que aguantar a ese maldito tirano.

—Estamos en el Cuerpo, P. J. La Cruz. Semper fi y fastidia a tu compañero.

—Es la Cruz y punto. Voy a emprender mi caminata.

Apagué el cigarrillo y me dirigí a donde me aguardaba la sección, soportando pacientemente su desdicha.

—Ensillar, segunda —ordenó el sargento Bittner, el nuevo sargento de la sección. Dodge, que padecía de viejas heridas en las piernas, había sido trasladado al cuartel general del batallón—. Ensillar, segunda. Hacerlo.

El pelotón se levantó como si de un solo hombre se tratara, a semejanza de los feligreses durante la misa.

—Equipo de fuego en la delantera, a veinticinco metros. La lámpara de humo está apagada. No hablen ni fumen en cuanto salgamos de esta colina. Tomen distancia y manténganla. Diez pasos entre un hombre y el siguiente. Escalonen la columna.

En realidad, las órdenes no eran necesarias pero formaban parte del ritual. La sección sabía qué hacer, ya que lo había hecho con demasiada frecuencia.

Nos deslizamos por el borde. Así ocurría cada vez que salíamos del puesto de avanzada y entrábamos en campo controlado por el enemigo: deslizarse por un borde. La columna siguió las huellas de un viejo sendero durante una corta distancia, tropezó en un barranco acuoso se esforzó colina arriba, bajó a otro barranco y luego subió a otra colina. Atravesaron mi mente las estrofas de una canción de cuna a medias recordada: «El duque de York tenía diez mil hombres a los que hacía marchar colina arriba y colina abajo». Serpenteamos por las estribaciones durante una hora, luchando contra

las húmedas caricias de la hierba de elefante. Escalamos un cerro bajo y la columna comenzó a descender hacia los arrozales que bordeaban el río, arrozales que luego los hombres atravesaban con veterana pericia. En primer lugar cruzó el equipo de fuego, que iba en cabeza, cubierto por el resto de la patrulla y un equipo de ametralladoras. Cuando llegaron a la línea arbolada del otro lado avanzó el cuerpo principal, cubierto por el equipo de ametralladoras y finalmente cruzó este último. Nuestra maniobra táctica ni siquiera mereció una mirada del agricultor que trabajaba en uno de los campos. Éste avanzaba por el barro en un arado parecido a un trineo y azotaba los humeantes flancos de su búfalo con una larga vara de bambú. Seguimos nuestro camino, maldiciendo el cieno que nos cubría los tobillos y nos obligaba a cojear. El barro era tan negro y casi tan espeso como la brea. En ningún momento cesó el aguacero.

Después de tres horas de andar, la sección llegó al cauce del río. Era el mismo que yo había patrullado unos meses atrás con el Uno-Tres, pero ahora tenía un nuevo nombre: Senda del Corazón Púrpura. El Tuy Loan estaba en plena crecida. Corría entre sus orillas de arcilla desmenuzada, se arremolinaba alrededor de los remansos profundos y formaba rizos sobre los matorrales hundidos que se encontraban en terreno seco antes del monzón. Comenzaron a aparecer trampas y agujeros de telaraña junto a la senda. No vimos a nadie en las aldeas ni en los campos, algunos de los cuales estaban plagados de minas. No se oía nada salvo gritos aislados de aves y el siseo de la lluvia a través de la arboleda. En cabeza, el soldado de primera Crowe avanzaba delicadamente, como quien atraviesa un campo minado. Y eso era la senda: un largo y estrecho campo minado. El ennegrecido tocón de un árbol daba testimonio de ello: una trampa explosiva había estallado allí dos días antes, hiriendo gravemente a dos *marines* de otra sección. La Senda del Corazón Púrpura solía hacer honor a su nombre. Crowe meneaba la cabeza de un lado a otro y movía los ojos simultáneamente, como los lagartos, en busca de la brillante delgadez de un hilo de alambre, de

la longitud de un detonador eléctrico serpenteando en la maleza. Detrás de él, Allen y el soldado de primera Lonehill registraban los árboles en busca de francotiradores. Yo seguía detrás de éstos, con Jones a mis espaldas y luego el resto de la patrulla. Avanzamos con los músculos tensos y los sentidos despiertos, con los pies llagados por la constante humedad. Adelante había un claro y, al otro lado, la aldea que debíamos registrar. Crowe, Allen y Lonehill penetraron en el claro y avivaron el paso mientras cruzaban el terreno desnudo. Jones y yo los seguimos. El impacto sonó como el chasquido de un látigo. El proyectil chocó contra una rama, poco más arriba de nuestras cabezas. Jones y yo nos deslizamos sobre el borde de la ribera; Jones inclinó la antena de la radio para que no la viera el tirador escondido.

—Allen. Francotirador, flanco derecho. Probablemente en línea arbolada. ¿Puedes alcanzarlo con la M-79?

—Creo que sí, teniente —respondió Allen, que estaba agazapado con los otros dos *marines* detrás de un montículo del terreno.

La lanzadora de granadas martilleó una, dos, tres veces. El francotirador volvió a disparar. La bala baja silbó a través de la hierba y desparramó terrones de barro cuando se hundió en el sendero. Estalló la primera 40 mm y grité:

—¡Segunda, a paso vivo a través del claro, a paso vivo!

Lonehill roció la arboleda con su fusil automático. El tirador escondido, espantado por la devolución del fuego, lanzó cinco o seis descargas sin apuntar. El pelotón corrió senda arriba con gran estrépito de cascos y equipos mientras estallaban las dos últimas granadas. Una vez a salvo al otro lado del claro, nos acercamos a la aldea. Crowe revisó las puertas de bambú en busca de trampas explosivas. No había nada allí. La escuadra de Coffell acordonó la aldea mientras la del cabo Aiker la registraba. Del registro se obtuvo lo habitual: un pequeño escondite con comida, un par de túneles y unos pocos peines de municiones de armas de corto alcance, tan viejas que podían haber estado allí desde la guerra con los franceses. En la aldea sólo había cuatro personas: dos ancianas,

una niña y un crío pequeño.

—Chao-Ba —saludé a una de las ancianas. Ella sonrió y mostró sus dientes rojizos:

—Chao-anh.

—¿Manh gioi khoung?

—Toi manh —estoy bien.

—¿Ba gap Viet Cong khoung?

—¿Has visto a los vietcongs, mujer?

La vieja metió la mano debajo de la blusa y por un instante dejó al descubierto un par de pechos secos y colgantes. Me mostró un documento de identidad. Se trataba del documento reglamentario, plastificado, que emitía el gobierno. Si no lo había emitido el gobierno, era que lo habían hecho los vietcongs, que a menudo falsificaban tarjetas de identificación.

—Mujer, esto no me dice nada. Te pregunto si has visto a los vietcongs.

—Khong —no.

Hice un gesto en dirección al claro y como no conocía el término vietnamita con que se expresaba la palabra francotirador, proseguí en mi idioma:

—Vietcong. Vietcong. Hace diez minutos. Pum. Pum.

—Toi khong hieu —no comprendo.

Imité los movimientos de un hombre que dispara un fusil y me señalé a mí mismo:

—Vietcong. Pum. Pum. A mí. Toi. Hace diez minutos.

—Ah, toi hieu.

—¿Dónde están los vietcongs?

—Toi khong biet.

—No sé.

Había realizado el mismo interrogatorio una docena de veces en una docena de aldeas y comenzaba a exasperarme la terca testarudez campesina.

—Mujer, lo sabes —le mostré un peine de munición del 30—. Lo sabes.

Vietcongs aquí. ¿Cuántos?

—No sé.

—¿Mot? ¿Hai? ¿Lam?

—¿Uno? ¿Dos? ¿Cinco?

—No sé nada de los vietcongs.

Entonces tuve mi primera fantasía de violencia, un indicio de que me estaba quebrando bajo las tensiones y frustraciones peculiares de aquella guerra. En mi imaginación, el líquido rojo de la boca de la mujer era sangre, no jugo de betel. En mi imaginación, le había abofeteado la boca con el dorso de mi mano y la sangre manaba entre sus labios mientras me decía todo lo que yo quería saber. Le había arrancado la verdad a golpes. De un sopapo había puesto fin a su letanía de «no» y «no sé». Allí no había nadie que me impidiera hacerlo realmente, nadie ni nada, excepto ese sistema interno de control moral llamado conciencia. Ésta todavía me suponía un freno, de modo que no toqué a la anciana. Me limité a insistir:

—¿Dónde están los vietcongs?

—No sé.

Mi brazo derecho se puso tenso:

—Vieja furcia, dime dónde están —contuve la ira.

—No comprendo.

—¿Be Be gap Viet Cong khoun?

—No. No sé nada del Vietcong. Hay muchos vietcongs en las montañas.

—Lo sé, buku vietcongs en las montañas. ¿Cuántos aquí?

—Ningún vietcong aquí.

—Vietcong aquí —volví a mostrarle el peine.

—Ningún vietcong.

—Sí, bueno, vieja prostituta, probablemente saldremos de aquí

y volverán a atacarnos tiradores emboscados.

—No comprendo.

—Eso es porque no hablo tu lengua. No comprendes ni una palabra, ¿verdad?

—Toi khoung hieu.

—Cam anh ba. Di-di —gracias, mujer. Ahora vete.

Asintió. Con los otros tres, entró en una choza arrastrando los pies.

Me senté junto a Coffell y saqué una lata de ración de campaña del holgado bolsillo lateral de mi uniforme. Coffell me preguntó si me había enterado de algo. No, respondí, claro que no.

—Diles que paren para comer. Saldremos dentro de quince minutos.

—Sí, señor —se levantó como un anciano artrítico. Coffell tenía veinticuatro años

—. No estoy seguro de que me guste la idea de la larga caminata de regreso.

—Podríamos quedarnos aquí.

—Esa idea me gusta menos aún.

El pelotón comió raciones de campaña frías bajo la lluvia y volvió a encaminarse hacia las líneas amigas. Cortamos campo para evitar que rastrearán nuestros pasos en la senda y acuchillamos hierba de elefante tan enhiesta y gruesa como las púas del lomo de un erizo. La atmósfera se volvió extraña. Períodos de calma total e intenso calor fueron quebrados por breves y pesados chubascos que parecían salir de la nada. Durante todo el camino de retorno nos vimos alternativamente empapados, helados y abrasados. Al atardecer llegamos a la línea del frente o a lo que en aquella guerra pasaba por ser la línea del frente. Los hombres de la escuadra del sargento Pryor, que habían permanecido allí para custodiar la sección de la línea del pelotón, se estaban ennegreciendo las caras con carbón y betún antes de salir a tender emboscadas. Las escuadras de Coffell y de Aiker ocuparon sus posiciones sin nada ante ellos

salvo otra húmeda noche de nerviosa espera.

Esperar fue prácticamente todo lo que hicimos la semana siguiente. Todas las noches nos atacaba algún francotirador y llovía. El nuevo puesto de mando de la sección, un granero abandonado de una planta, cuyas paredes de piedra habían sido desportilladas en alguna batalla ya olvidada, adquirió unas cuantas cicatrices más. En el ínterin, se alertó a la compañía C de que debía prepararse para lanzarse a una operación que llevaba el nombre clave de Luna de la Cosecha. Se trataba de una gran operación para esa etapa de la guerra. Noche tras noche rugía la parpadeante artillería. Aguardamos, entumecidos por los incesantes chaparrones y el viento. La espera del combate era casi peor que el combate propiamente dicho.

La acción tenía lugar cerca de Hoi-An, pequeña ciudad al sur de Danang. Una tarde supimos que la unidad enemiga implicada en la batalla era el 1.º regimiento.

—Cristo, ése es el cuerpo que barrimos en Chu Lai —comentó Coursey, el jefe de la 1.ª sección que había combatido en la batalla de Chu Lai antes de ser destinado al Uno-Uno.

—Supongo que olvidasteis barrer su oficina de reclutamiento —observé.

—Bien, espero que no tengamos que ir. No quiero tener nada que ver con ellos.

Con una vez es suficiente.

—A mí me gustaría bajar hasta allí —intervino el capitán Neal—. Vosotros, muchachos, no tenéis mucho espíritu de aventura.

Neal estaba escribiendo el nombre de su tierra natal en una hoja de papel. Lo hacía con frecuencia. Escribía el nombre de la ciudad de Tennessee repetidas veces en trozos de papel, en cajas de raciones de campaña y en cubiertas de acetato de mapas; siempre que encontraba algo donde escribir, ponía el nombre de su ciudad natal.

Hudson, el oficial de artillería agregado a la compañía C, se dio vuelta y se sentó en su catre.

—Vaya, jefe. Baje hasta allí si cree que se trata de una aventura. A mí esta maldita guerra no me parece ninguna aventura.

—No quiero tener nada que ver con ellos —repitió Coursey, con el rostro arrugado después de tantos meses a la intemperie—. Ya tuve todas las aventuras que podía desear en Chu Lai. Estas malditas operaciones nunca dan resultados definitivos. Desbaratamos ese regimiento en Chu Lai, ahora luchamos nuevamente contra ellos, probablemente volveremos a desbaratarlo y dentro de unos meses tendremos que volver a enfrentarnos. Pura basura.

—A pesar de todo me gustaría ir.

—A mí también. Estoy preparado para el Cong. Yo y mis muchachos estamos listos para encontrarnos con Charlie —era McKenna, que exhibía una hamaca de la selva que había adquirido en una tienda de cambio con el destacamento de las fuerzas especiales en Danang. Llevaba puestos el casco y la chaqueta antifuego aéreo y tenía la hamaca arrollada y sujeta a su cartuchera—. Les arrancaremos el trasero.

¿Comprendéis? El Viejo Fantasma morirá —agazapado, con el fusil en diagonal, bajó arrastrándose por el pasillo entre los catres, como un cazador al acecho—. ¿No comprendéis? Con mi nuevo coy de la selva de *nylon* camuflado, perteneciente a las fuerzas especiales, estoy dispuesto a todo.

—Tú sólo estás preparado para una clínica psiquiátrica replicó Hudson.

—Hombre, hombre, *hombre*. Estoy a punto para enfrentarme a esos espectros. Con esta hamaca y mi pelotón de imbéciles, *soy el mejor combatiente de la selva del mundo*. Mírame, obsérvame, soy el mejor combatiente de la jungla —reptó y lució su maniática sonrisa.

—Eres el mayor idiota del mundo, Mac —insistió Hudson.

McKenna giró y roció al oficial de artillería con proyectiles

imaginarios:

—Ta-ta. Ta-ta. Tatatatata. Eres hombre muerto, basura de Texas, te ha atrapado el mejor combatiente de la selva del mundo. Soy un asesino, hombre, el maldito asesino. ¿No lo comprendéis? Soy un asesino y cuento con toda una sección de los mayores imbéciles del Nam. Somos malditos, maaalditos asesinos —se volvió hacia Neal, que estaba escribiendo el nombre de su ciudad en los márgenes del papel de carta. El resto de la hoja estaba lleno—. Míreme, jefe —McKenna se arrastraba y sonreía—. Soy el mejor combatiente de la selva del mundo. Usted me envía allí junto con mis imbéciles. Soy invencible con mi hamaca de las fuerzas especiales.

Sin levantar la vista de sus garabatos, Neal respondió:

—Quite eso de mi vista, señor McKenna.

—Pero, jefe, se trata de mi hamaca de combatiente de la jungla. Tiene todo lo que hay que tener, hasta mosquitero... y es impermeable...

—He dicho que quite eso.

—Sí, señor.

—Y una vez que lo haya hecho diríjase al refugio de comunicaciones y compruebe las líneas de tierra con la colina de Charley.

Alicaído, el mayor combatiente de la selva del mundo contestó:

—Sí, señor.

La operación Luna de la Cosecha concluyó durante la tercera semana de diciembre. Escuadrillas enteras de helicópteros trasladaron heridos al hospital de la división. Había tantos heridos, nos dijo un sanitario, que el hospital sólo admitiría los casos de urgencia.

—Ponían a los muertos en vagones frigoríficos —explicó—, pero ya no hay lugar, de modo que ahora colocan los cadáveres en cajones de municiones que apilan en la tienda de una escuadra.

Puesto que el enemigo había perdido el equivalente a un batallón, todos nuestros generales coincidieron en que nuestra

operación había sido un verdadero éxito.

El 23 de diciembre mi sección recibió un regalo de Navidad: nos agregaron a la compañía D, a cargo del capitán Miller, que efectuaría una operación de tres días para expulsar a los vietcongs de Hoi-Vuc. Dicha aldea, que ya había sido limpiada muchas veces, continuaba en manos del enemigo. El plan de ataque era tan peligroso como sencillo. Mi sección debía crear una diversión para cubrir los movimientos de la compañía D en la aldea, lo que haríamos desfilando por la senda de la orilla norte del río, despertando la mayor atención posible. Entretanto, la compañía D avanzaría hacia Hoi-Vuc desde el sur y atacarían a los vietcongs desde la retaguardia. El riesgo residía en el hecho de que mi sección tendría que bajar cerca de diez kilómetros por el alargado campo minado conocido como Senda del Corazón Púrpura. Era muy probable que tropezáramos como mínimo con una gran mina o cayéramos en una emboscada; como el pelotón se había visto reducido a poco más de la mitad de sus efectivos originales, no podíamos permitirnos el lujo de sufrir siquiera un número moderado de bajas.

No obstante, aquella mañana estábamos todos de buen humor cuando cruzamos la colina de Charley. Por fin el cielo se había abierto y le dimos la bienvenida al sol, cuyo calor habíamos maldecido durante la estación seca. También nos regocijaba nuestra liberación provisional del capitán Neal y, sobre todo, haríamos algo distinto de esperar.

La sección cruzó el arrozal que se encontraba al sur del puesto de avanzada y serpenteó junto a su acequia en lo que parecía una especie de danza tribal. El río estaba inmediatamente adelante, sinuoso, pardo amarillento, bordeado de bosques de palmeras y bambúes. Viramos hacia la senda e instintivamente aumentamos nuestra distancia a diez pasos.

—Línea de partida. Seguro y carga —los jefes de escuadra pasaban la orden—.

Seguro y carga.

Se oyó un desigual chasquido metálico cuando se corrieron los

cerrojos de los fusiles. Los *marines* avanzaban lentamente a través del silencioso verdor de la selva y algunos renqueaban por los forúnculos que les cubrían las plantas de los pies. Vadeamos el angosto riacho que señalaba la frontera del país indio. Allen, Lonehill y Crowe avanzaban al trote corto al frente de la columna; Crowe volvía la cabeza de un lado a otro, con movimientos tan mecánicos como los de una antena de radar.

Ajusté las hombreras de mi mochila, pesadamente cargada con cohetes de señales, granadas de humo, calcetines secos, un capote y raciones para tres días. A los costados iban amarrados un machete y una herramienta para cavar trincheras. En los bolsillos llevaba un mapa, una brújula, granadas de mano, más bengalas, tabletas de *halizona*, píldoras contra la malaria y una recámara de repuesto para mi fusil. Del cinturón me colgaban una pistola, dos peines de municiones, un cuchillo, el equipo de primeros auxilios y dos cantimploras llenas. Mi casco de acero y la chaqueta anti-fuego aéreo sumaban diez kilos a la carga. Probablemente todo el equipo pesaba veinte kilos pero yo sentía una maravillosa y vertiginosa liviandad en mis miembros. Me sentía bien, mejor de lo que me había encontrado en muchos meses. Incluso Neal, que no era amigo de los cumplidos, había alabado mi gran entusiasmo antes de que el pelotón abandonara el campamento base. Una repentina y misteriosa recuperación ante el virus del miedo había provocado mi cambio de humor. Ignoraba por qué pero sabía que había dejado de tenerle miedo a la muerte. No era una sensación de omnipotencia sino, más bien, de indiferencia. Había perdido el temor a morir porque había dejado de importarme. Indudablemente, no pensaba que mi muerte, si se producía, significara un sacrificio. Sólo sería una muerte, y nada buena.

Una buena muerte comporta, de alguna manera, la elección, el ritual y el estilo.

En la guerra no existe la muerte buena.

Pero la forma de morir ya no me importaba. No me preocupaba la forma de morir siempre que fuera rápida e indolora. Moriría con

tanta indiferencia como un escarabajo aplastado bajo el tacón de una bota y tal vez fue el reconocimiento de mi pequeñez insectívora lo que hizo que dejara de importarme. Yo era un escarabajo. Todos éramos escarabajos que escarbaban para sobrevivir en el desierto. Los que no lo habían logrado no habían modificado nada con su muerte. La muerte de Levy, la de Simpson, la de Sullivan, la de otros, no habían representado ninguna diferencia. Miles de personas morían semanalmente en la guerra y la suma de todas esas muertes no conllevaba ningún cambio. La guerra proseguía sin ellos y del mismo modo proseguiría sin mí. Mi muerte no alteraría nada. Mientras avanzaba senda abajo, no pude recordar haber sentido una emoción más sublime ni liberadora que la indiferencia por mi propia muerte.

La sección marchó toda la mañana y hasta avanzada la tarde. Suavemente, casi imperceptiblemente, la senda ascendía hacia las tierras altas. El Song Tuy Loan se había angostado. En su corriente navegaban ramitas y rocallas. Durante un trecho casi tan recto como un canal, el río se curvaba bruscamente, se arremolinaba en el recodo y luego se desvanecía en la espesura selvática. A cuatrocientos metros de distancia de nuestro objetivo, Hoi-Vuc, entramos a una senda que rodeaba una densa jungla y retomamos la principal donde el río formaba un recodo en forma de herradura alrededor de la aldea. Nos llevó mucho tiempo abrírnos camino a través del monte. Crowe y yo nos turnábamos con el machete. De las hojas húmedas caían sanguijuelas que se aferraban a nuestros cuellos. Chapoteamos por otra corriente de agua. Los matorrales la habían convertido en una serie de charcas estancadas. Pero la selva no era tan espesa como la del otro lado y avanzamos cómodamente a través de una sombreada foresta de bambúes. Haces de luz del sol se filtraban entre las delicadas hojas del bambú. El equipo de fuego de Allen encabezaba la columna a buena distancia de ésta. Probablemente eran los tres mejores exploradores de aquella empresa. Los meses pasados en el monte los habían convertido de jóvenes bastante corrientes en experimentados cazadores de hombres:

Allen, hombre adusto del Mediooeste que sonreía, cuando lo hacía, con el humor de una calavera; Crowe, bajo y morrudo, experto con su calibre 12 recortado; Lonehill, comanche de pura raza de Oklahoma y tirador de primera de un metro noventa de estatura cuya mirada obligaba a elegir cuidadosamente las palabras al hablar con él. Bajaban silenciosamente la fangosa senda. Sólo oíamos un sordo y débil deslizamiento en la maleza, el tableteo de fuegos distantes y la quejumbrosa corriente del río.

El fusilero que iba delante de mí se dejó caer de repente sobre una rodilla y levantó la mano derecha en señal de alto. Se señaló el cuello del uniforme (jefe de sección alto) y luego unió la palma de la mano izquierda con las puntas de los dedos de la derecha, formando una T (enemigo adelante). Pasé las señales al *marine* que me seguía y subí la senda agachado. En el silencio reinante, mis botas llenas de agua parecían producir un estruendo. La arboleda desembocaba en un pequeño claro. Al salir del bosque parpadéé bajo la intensa y brillante luz del claro. El equipo de fuego de Allen estaba al otro lado, agazapado en un matorral del borde del río. Crowe y Lonehill apuntaban sus armas a algo que se encontraba del otro lado del río, donde asomaban las chozas de la aldea como lunares pardos entre los árboles y los setos vivos. Allen me miraba con su cara manchada por la pintura de camuflaje derretida a causa de la transpiración y coronado con las verdes espigas sujetas a la faja de la moteada cubierta de su casco. Me hizo señales de que me agazapara y avanzara. Lo hice, arrastrándome sobre los codos y el vientre, abrazado al fusil. Mientras reptaba divisé el brillante río bajo la luz del sol del atardecer, los setos vivos de la margen opuesta, las grises paredes y el tejado de una capilla derruida varios metros detrás de ellos y, cerca de ésta, un fragmento de la figura de un hombre con uniforme caquí. Allen me hizo señas de que me detuviera y se arrastró a mi encuentro en el medio del claro. Crowe y Lonehill permanecieron en la espesura. Se agacharon, inmóviles como estatuas, Crowe con el fusil apuntado y Lonehill con la vista fija más allá de la longitud de su M-14 automático.

—Teniente, hay tres, tres regulares parados junto a esa pagoda —susurró Allen de prisa—. A no más de cincuenta metros, parados con las armas levantadas. Quizá hay diez, o quince más al otro lado del recodo del río. Se están dando un baño o algo parecido. Los oímos hablar y salpicar. Si logra que llegue la sección, podemos liquidarlos a todos como ratas, señor.

—De acuerdo. No disparéis a menos que os divisen. Trataré de alinear a la sección pero llevará mucho tiempo avanzar sin hacer ruido en aquellos matorrales. No disparéis por ningún motivo a menos que os divisen.

—Sí, señor —Allen comenzó a retroceder.

Todavía boca abajo, giré mi cuerpo lentamente, temeroso de que los vietcongs oyeran los latidos de mi corazón.

Los exhaustos soldados blancos vestidos de caqui, que atravesaron la jungla y acamparon en el establo, que murieron en la ciénaga y quedaron sepultados en el fango.

RUDYARD KIPLING

La balada de Boh Da Thone

Mientras me arrastraba por la achaparrada hierba pensé que producían tanto estrépito como si estuviera pisoteando pilas de hojas secas. Por favor, no dejes que me oigan, oré en silencio. Por favor, haz que todo salga bien. Haz que los liquide a todos. Me sobrecogió un sentimiento de culpa cuando comprendí que le estaba rogando a Dios que me ayudara a matar. Aunque sabiéndome culpable, seguí rezando. Déjame que los agarre. Quiero liquidarlos a todos. El límite del claro estaba a menos de diez metros de distancia pero me parecía que nunca llegaría. Se alejaba como si fuera un espejismo. Los latidos de mi corazón sonaban como el tamborileo de un timbal en un túnel. Estaba seguro de que los vietcongs lo oirían, lo mismo que mi respiración.

El disparo de fusil fue ensordecedor en comparación con el silencio mortal que lo había precedido. La bala levantó polvo a pocos metros de distancia de mi cara y giré rápidamente, como un cangrejo. Crowe y Allen estaban en el suelo y rodaban —el proyectil había pasado entre los dos—, rodaban para disparar mientras Lonehill, apoyado en una rodilla, lanzaba una larga y pausada descarga contra los setos vivos del otro lado del río. Uno de los vietcongs levantó los brazos y pareció elevarse varios centímetros del

suelo antes de caer pesadamente de espaldas; su fusil danzó en el aire como el bastón de una *majorette*. Parecía que un gigante invisible hubiera alzado al hombre y luego lo hubiera arrojado contra la tierra. No pude ver el cuerpo del vietcong, ya que seguramente uno de sus camaradas lo había arrastrado hasta los matorrales mientras yo me ponía de pie. El tercer vietcong se había protegido detrás de la capilla. Yo no lo había visto, pero el instinto me decía que estaba allí. Lonehill disparaba hacia los setos y Crowe hacía lo propio con su arma del calibre 12, aunque la trayectoria era demasiado extensa para ser mortal a esa distancia. Empecé a correr hacia ellos, me di cuenta de que todavía tenía que traer al resto de la sección, viré para volver a la arboleda y me eché al suelo cuando una serie de proyectiles arañaron la tierra a mi lado. A duras penas me puse de pie y volví a tenderme cuando el vietcong que se encontraba detrás de la capilla disparó por segunda vez su palanqueta o ametralladora... yo ignoraba de qué se trataba. Echado en un hoyo poco profundo del suelo, le hice el amor a la tierra. Los vietcongs del otro lado del río habían abierto el fuego. En la península de tierra formada por la curva en forma de herradura, los cuatro quedamos atrapados en un fuego cruzado. Una vez más intenté llegar al borde del claro pero en cuanto levanté la cabeza para correr, mi rostro quedó cubierto por un rocío de polvo. La sensación de estar bajo un fuego pesado es similar a la asfixia: repentinamente el aire se vuelve tan mortal como un gas venenoso, sus moléculas parecen estar compuestas de fragmentos de plomo que vuelan a mil kilómetros por hora. Los proyectiles silbaban y crujían por encima de mi cabeza y grité... no, chillé:

—¡Allen! Estoy bloqueado. Bárelos, maldición. A tu derecha, al frente, alrededor del recodo. BÁRRELOS, MALDICIÓN.

Los tres *marines* lograron dar la impresión de ser un pequeño ejército, con el fusil de Crowe rugiendo estrepitosamente. Luego se oyeron las sordas y apagadas ráfagas de 40 mm, cuando Allen levantó una cortina de fuego con su lanzadora de granadas.

Me invadió una extraña sensación de calma. Mi mente

funcionaba a una velocidad y con una claridad que me habrían resultado notables si hubiese tenido tiempo de reflexionar en ello. Sabía qué haría. La sección no podía atacar a través del profundo y rápido río, pero estaba en condiciones de lanzar un fuego arrollador a los vietcongs. Si eso no los mataba a todos, al menos mataría a algunos y echaría al resto de la aldea. Pero primero tenía que conseguir una ametralladora para suprimir el fuego proveniente del otro lado del recodo del río, y un lanzacohetes para acallar las armas automáticas enemigas de atrás de la capilla con paredes de cemento. Todo eso debía hacer para que la sección pudiera desplegarse sana y salva. Si no suprimía primero el fuego enemigo, se apiñarían en el claro y muchos de ellos serían alcanzados. Además, debía hacerlo rápidamente, antes de que los vietcongs se recuperaran de su sorpresa y comenzaran a disparar con más acierto. La totalidad del plan de ataque se prefiguró en mi mente en pocos segundos. Simultáneamente, mi cuerpo se había tensado para saltar. Escindido de mis pensamientos o de mi voluntad, se concentraba en precipitarse a la línea arbolada. Esa intensa concentración de energía física nacía del temor. Sólo podía permanecer unos pocos segundos en el hoyo, porque de lo contrario los vietcongs me apuntarían, ya que era un blanco estacionario en posición expuesta. Tenía que moverme, enfrentarme al peligro y superarlo. Entonces comprendí por qué un animal acorralado es tan peligroso; está aterrorizado y todos sus instintos se concentran en un único objetivo: destruir aquello que le asusta.

Sin recibir una orden consciente de la mente, me lancé hacia los árboles y me estrellé contra la senda mientras pedía una ametralladora y un equipo de cohetes de 3,5 pulgadas. Mis hombres se acercaron, tambaleantes bajo sus armas pesadas, y corrimos al claro donde los hombres de Allen seguían disparando. Los 3,5 produjeron un crujido ensordecedor un instante antes de que su cubierta blindada chocara contra la capilla y del humo surgieran fragmentos de cemento y tejas en forma de espiral. La ametralladora barrió los setos vivos; las cubiertas de los largos y delgados proyectiles de

7,62 mm repiquetearon cuando fueron velozmente proyectadas por el expulsor del arma. Jubiloso, vacié mi fusil en el agujero abierto por el lanzacohetes en la pared de la capilla. Luego estalló una segunda descarga de 3,5 y cesó el fuego de armas enemigas.

—¡Escuadras primera y tercera, arriba! —grité mientras volvía a correr en dirección al bosque—. Primera y tercera, alinéense. Segunda, vigile la retaguardia.

Conducidos por el corpulento sargento Wehr, guía de la sección, los *marines* salieron de la jungla a la carrera. Wehr, que acababa de llegar a Vietnam, parecía atónito por las cosas invisibles que crepitaban en el aire.

—¡En fila, he dicho! Alinéense aquí. Primera escuadra a la izquierda, tercera a la derecha. Alinéense y descarguen fuego rápido sobre la aldea.

Agachados, los *marines* formaron rápidamente una línea de escaramuza, evolucionando como patinadores, extendiendo su frente a lo largo de un tramo del recodo del río. Después la fila cruzó el claro en tropel; los hombres disparaban descargas breves y espasmódicas desde la cadera y todos se echaron al suelo cuando llegaron a la orilla, mientras abrían un rápido fuego desenfrenado. No oí disparos individuales, sino un continuo y rasgado ruido. Los setos vivos, a cincuenta metros de distancia, se sacudieron como azotados por un viento huracanado y una choza voló en pedazos cuando la alcanzó una bomba de 3,5 pulgadas. Fragmentos de bambú y de paja se elevaron hacia los cielos y volvieron a caer. La paja ardía y flameaba en su descenso.

Avancé, a cuatro patas, junto a la línea, gritando roncamente para controlar el fuego del pelotón. Los *marines* se encontraban en una especie de frenesí y lanzaban bomba tras bomba contra la aldea; algunos chillaban ininteligiblemente y otros gritaban obscenidades. Allen corrió a mi lado. Sus ojos azules parecían los de un maniático. Me dijo que había visto huir a algunos de los vietcongs y que uno de ellos había caído, alcanzado por una descarga de ametralladora. Un proyectil chasqueó en la tierra entre los dos y

ambos rodamos. Yo reía histéricamente y Allen parecía aún más loco cuando lanzó proyectiles de 40 mm a la aldea. Instantes después, Millen comunicó por la radio y confirmó que estábamos echando a los vietcongs de Hoi-Vuc; un *marine* de su compañía que se había destacado, localizó a una escuadra de ellos que bajaban corriendo una cuesta y había matado a dos.

Todavía recibíamos algo de fuego enemigo, aunque sin orden y mal apuntado. Pasé la voz de que los vietcongs huían y que la compañía D había matado a otros dos. La sección se excitó tanto como un animal de rapiña cuando divisa el lomo de su presa en la huida; unos pocos *marines* bajaron a la orilla y empezaron a disparar desde el borde del agua. Percibí que todos deseaban salir a la carga al otro lado del río. El pelotón era una cosa, un ser agazapado dispuesto a saltar y aplastar la vida de todo lo que se cruzara en su camino. Así lo sentí y envié al equipo de fuego del soldado de primera Labiak corriente abajo, a buscar un vado. Si lográbamos cruzar el río concluiríamos el trabajo. Deseaba cruzar el río con mis peores sentimientos. Deseaba arrasar la aldea y matar al resto de los vietcongs de cerca. Quería arrancarles las tripas con nuestras bayonetas.

Recibimos un disparo de francotirador y lo acallamos con granadas de M-79. Volvió Labiak, empapado hasta el pecho. No podía cruzarse el río, dijo. El fondo caía abruptamente y la corriente había estado a punto de arrastrarle. Bien, de acuerdo, no habría persecución, ni embestida de bayonetas culminante. Sentí, no obstante, un regocijo embriagador. No sólo por la repentina liberación del peligro, sino por la emoción de haber visto que la sección se desenvolvía perfectamente bajo el fuego pesado y a mis órdenes. Antes nunca había experimentado nada semejante. Cuando la línea giró y cargó al otro lado del claro mientras los proyectiles enemigos pasaban gimiendo a su lado, giró y cargó casi con precisión de campo de tiro, me embargó un dolor tan profundo como el dolor del orgasmo. Tal vez por esta razón algunos oficiales hacen carrera en la infantería, soportan insignificantes reglamentos, incomodidades y degradaciones, monótonos años de servicio en

tiempos de paz en puestos aburridos: para experimentar un solo momento en que un grupo de soldados bajo su mando y en el fragor extremo del combate haga exactamente lo que ellos desean, como si fuera una prolongación de sí mismos.

No podía librarme de la exaltación producida por la acción. El combate había concluido, excepto unos pocos intercambios inco nexos, pero yo no quería que concluyera. En consecuencia, cuando un tirador encubierto disparó desde una línea de árboles del otro lado de la aldea, hice algo delirante. Ordené a la sección que apuntara sus fusiles a la línea arbolada y caminé de un lado a otro del claro, tratando de atraer el fuego del francotirador.

—Cuando ataque, descarguen cinco rápidas ráfagas sobre la línea de árboles — seguí paseándome de un lado a otro, sintiéndome tan invulnerable como un indio que lleva la camisa de su fantasma.

No ocurrió nada.

Dejé de caminar, me puse de frente a la línea arbolada y agité los brazos:

—Ven, Charlie, dispara, hijo de la gran puta —aullé desde el fondo de mis pulmones—. HO CHI MINH ME LA CHUPA. ABAJO EL COMUNISMO. ABÁTEME, CHARLIE.

Algunos de los *marines* empezaron a reír y cuando oí que uno de ellos musitaba «está loco», también lancé una carcajada. Estaba loco. Flotaba alto, muy alto, en un delirio de violencia.

—Ven y abáteme, Charlie —volví a gritar, mientras lanzaba una descarga de fusil contra los árboles—. TRATA DE ABATIRME, HIJO DE LA GRAN PUTA. ME CAGO EN LOS MUERTOS DEL TÍO HO. EN HANOI PARA NAVIDAD.

Yo era John Wayne en *Arenas de Iwo Jima*. Era Aldo Ray en *Grito de batalla*. No, era un joven oficial inmaduro que flotaba debido a una excesiva secreción de adrenalina porque acababa de obtener un triunfo sin sufrir ninguna baja.

El francotirador declinó mi oferta y me serené gradualmente. Una llama del capitán Miller me devolvió al mundo real. La sección había hecho un buen trabajo, dijo. Era una fuerza diversiva y

vaya si había proporcionado diversión a los vietcongs. Nos ordenó permanecer en aquella posición durante la noche. La idea no me atraía demasiado: el enemigo sabía dónde estábamos y probablemente nos atacaría con morteros. Por otro lado, eso era lo que se suponía debíamos hacer: desviar la atención enemiga de la compañía de Miller.

El pelotón formó un cerco y empezó a cavar. Como sabíamos que probablemente nos bombardearían, excavamos hoyos profundos, o lo más profundos que nos fue posible en el gomoso y resistente suelo. Cuando Jones y yo concluimos, apoyamos nuestras herramientas en el parapeto y nos deslizamos en la trinchera a fumar un cigarrillo. Jamás un cigarrillo me supo tan bien. Seguía exaltado. Mientras fumaba limpié mi fusil. Con el trapo froté amorosamente la culata barnizada, el cañón, la larga grapa curva y disfruté de la sensación y el sonido del mecanismo del cerrojo mientras lo corría atrás y adelante. No había matado a nadie con ese fusil, pero había provocado unas cuantas muertes y parte de mí mismo también había disfrutado con eso, había disfrutado viendo cómo moría el primer vietcong.

Aquella noche acabó la tregua de los monzones. Nuestras trincheras se convirtieron en minipiscinas. Los disparos de los francotiradores crujieron encima de nosotros casi toda la noche. Aunque existían muy pocas probabilidades de que alcanzaran su objetivo, nos tuvieron con los nervios de punta. Cada quince o veinte minutos se oía un *crac-crac-crac* y no se veía nada, salvo una arremolinada negrura y las blancas nieblas que se elevaban por el río. En las primeras horas anteriores a la aurora dejó de llover. Sin lluvia ni viento que los inmovilizara, surgieron enjambres de mosquitos de la tierra húmeda para usarnos como alimento. Las sanguijuelas también se dieron un banquete.

Tendido y a medias dormido en quince centímetros de agua, oí un gemido agudo y un grito:

—¡AHÍ VIEEENE!

Luego un sonido semejante al de un rayo que se hunde en un árbol, un sonido que rajó la tierra. El suelo se estremeció.

—¡Cristo! ¿Qué fue eso? —preguntó Jones, que cumplía a mi lado la guardia de la radio.

—Sea lo que fuere, no era una sesenta ni una ochenta y dos. Comunícate con la compañía D. Podrían ser los nuestros.

Jones soltó el equipo de la PRC-10 que llevaba a la espalda y entonó:

—Delta Seis, aquí Charley Dos, paso... Delta Seis, Delta Seis, aquí Charley Dos, Charley Dos, paso... Delta Seis, aquí Charley Dos, me oye, paso... Aquí Boldo Charley Dos llama a Boldo Delta Seis, me oye, Seis, paso...

Se oyó otro silbido agudo que fue creciendo en intensidad. La tierra volvió a estremecerse cuando la bomba chocó contra la orilla del río, a menos de cincuenta metros de distancia. Una lluvia de tierra, ramas y cascos de metralla calientes golpeó el río con un siseo.

—Delta Seis, aquí Charley Dos —Jones estaba tendido, con la nuca apoyada en un brazo—. Dígame si me oye, Delta Seis, paso —se volvió hacia mí. Rodé para quedar de costado y sentí el frío contacto del agua que bajó por mi camisa hasta la entrepierna de los pantalones—. Señor, no puedo comunicarme con la compañía D. Seguramente se humedecieron las baterías.

—¡Malditas radios! Maldita basura la que nos envían. Insistiremos. Si son los nuestros, podemos lograr que cese el fuego.

—¿Y si no son los nuestros?

—Entonces es probable que volemós en pedazos. Sigue insistiendo.

—Delta Seis, Delta Seis, aquí Boldo Charley Dos llama a Boldo Delta Seis, paso. Una débil voz, quebrada por la electricidad estática, sonó en el receptor:

—... dos... posición... paso.

—Delta Seis. Sale interrumpido. Repita.

—Aquí Delta Seis... su posición... paso.

Cogí el microteléfono y di nuestras coordenadas, con la esperanza de que la voz del otro lado de la línea no perteneciera a los vietcongs, que en algunas ocasiones interceptaban nuestras comunicaciones por radio:

—Oiga, Delta Seis, recibimos impactos a menos de cincuenta metros de esta posición. Pueden ser uno-veinte de Víctor Charlie o cohetes. Pregunta: ¿Está disparando ahora nuestra artillería? Si nuestra artillería está disparando ahora, ordene alto el fuego.

—Dos, oigo... repita todo...

—Repita Delta Seis —cayó otra bomba—. Delta Seis, repita.

—... repita todo desde impactos, Charley Dos, paso.

—Repito, impactos a menos... —La cuarta bomba dio en la orilla del río y pensé en el equipo de fuego del soldado de primera Smith, que se encontraba en un puesto de escucha próximo—. Delta Seis, probablemente usted oyó la última. Podrían ser morteros micro-micro uno-veinte de Víctor Charlie. Pregunta: ¿Está disparando nuestra artillería cerca de esta posición? Paso.

—Le oigo débil y confuso, Dos. Repita todo desde morteros.

—Maldito sea Jesucristo...

Repetí el mensaje, luego rodé y enterré mi cabeza entre las manos, levantándola sólo lo suficiente para mantener la boca fuera del agua. Me había vuelto bizantino en cuanto a si las bombas eran nuestras o del enemigo, porque se oía llegar una concentración con un aullido enloquecedor y alguien volvió a gritar

«AHÍ VIEEENE». Los proyectiles parecían tardar una eternidad en caer. Durante largo tiempo oímos el lunático coro que gemía en el cielo, con los cuerpos acurrucados a la espera del estallido, los corazones encogidos, los pensamientos suspendidos.

Entonces se desencadenó la tormenta. Las bombas, que cayeron a unos veinticinco metros del cerco, estallaron una tras otra, creando una enorme sacudida que duró cinco minutos. Los cascos de metralla volaban por encima de nuestras cabezas con un ruido

similar al de tensos alambres de acero que se rompen. Jones y yo, acurrucados uno junto al otro como dos chicos asustados, nos apretamos contra la tierra. Traté de fundirme con la temblorosa tierra y me arrepentí de haber cavado el hoyo a sólo un metro de profundidad. Rogué a Dios que interrumpiera ese rugido en mis oídos. Interrúmpelo. Por favor, Dios, *interrúmpelo*. Estalló una bomba muy cerca. No supe exactamente dónde. Estalló inmediatamente afuera del pequeño cerco de la sección y pensé que saldríamos despedidos de la trinchera hacia aquel espacio mortal donde la metralla segaba el aire. La tierra volvió a golpearme el pecho y me elevó unos centímetros; una parte de mí ser siguió ascendiendo. Me sentí flotar fuera de mí mismo hasta las copas de los árboles. Allí suspendido, sentí una inefable calma. Veía el destello de las granadas pero ya no me asustaban porque era un espíritu. Me vi a mí mismo tendido boca abajo en el hoyo con los brazos alrededor del cuello. No sentí ningún temor; sólo una gran serenidad y un compasivo desdén por la débil criatura que permanecía encogida en la trinchera, a mis pies. Me pregunté si me estaba muriendo. Si es así, pensé, no está tan mal. De hecho, morir es agradable. Es indoloro. La muerte pone fin al dolor. Bendito sea el tesoro, bendito sea el placer, bendito sea el placer después del dolor. La muerte es un placer. La Gran M es el narcótico más poderoso del mundo, la quintaesencia de la anestesia.

El bombardeo cesó; mi espíritu abandonó a regañadientes la paz de su plano elevado y volvió a introducirse en mi cuerpo. Volví a ser un todo. Era un hombre íntegro. Los jesuitas habían insistido en eso: el propósito de una educación jesuítica consiste en crear un hombre íntegro. Volví a ser un hombre íntegro en mi trinchera.

Me arrastré hasta el borde del cerco y llamé al equipo de fuego de Smith.

—Sí, señor —dijo Smith en un murmullo.

—¿Estáis todos bien?

—Aparte de helados, empapados, desdichados, hambrientos y

mueritos de miedo, estamos muy bien, señor.

—¿Ninguna víctima?

—No, señor. Como soy negro, las bombas no me ven.

Reí para mis adentros y pensé: «Están bien, eso es lo máximo que uno puede pedir. Han soportado un enfrentamiento y un bombardeo, y todavía pueden hacer bromas».

La sección sobrevivió al bombardeo. Hubo un breve período de calma total y luego se reinició el fuego de francotiradores. *Crac-crac-crac*. En el húmedo amanecer abrimos latas de café de campaña y nos agitamos para entrar en calor mientras Jones trabajaba en la radio. Me senté a beber el café en el parapeto del hoyo. El sargento Pryor se acercó y se dejó caer a mi lado. Un cigarrillo amarillento por el sudor le colgaba de los labios. Su aspecto era semejante al de todos los demás: los ojos hundidos, con ojeras por la fatiga, el rostro y las manos, granujientas masas de picaduras de insectos.

—Bien, señor, no me molesta decir que ayer y hoy fueron el día y la noche más largos de mi vida. Especialmente anoche. Fue la noche más larga de mi vida.

—¿Cuánto tiempo te queda? —pregunté, como un presidiario a otro.

—Siete, ocho meses. Siete, ocho meses más de esta porquería. Estoy hastiado.

¿Ya funciona la radio, señor?

—No. Seguimos incomunicados.

—Mierda.

—Sin esa radio sería lo mismo que estar en el lado oscuro de la luna. Pryor rió sin alegría.

—¿Sería lo mismo? —Apagó el cigarrillo esparciendo el papel y el tabaco igual que los ancianos desparraman alpiste en los parques—. ¿Sería lo mismo que estar en el lado oscuro de la luna? ¿Y dónde cree que estamos, teniente?

Después de intentarlo durante media hora, Jones logró comunicar con la compañía D. El capitán Miller ordenó que la sección

avanzara en dirección norte, hacia la colina 92, en las estribaciones, y estableciera una base de patrullas.

Tardamos seis o siete horas en llegar. La columna serpenteó a través de un laberinto de barrancos, de las inmundicias de las ciénagas que llegaban a la altura de las rodillas y de estrechas sendas agrestes. En todo momento avanzamos bajo la lluvia, constantemente acosados por francotiradores. A mitad de camino el pelotón fue detenido por una barricada de brozas y leños con la que los norvietnamitas habían interceptado la senda. La barricada se encontraba en un barranco donde el camino quedaba hundido entre dos escarpadas colinas, ambas cubiertas por un monte tan espeso imposible de atravesar ni con una aplanadora. Ya que no podíamos rodear la barricada, tendríamos que volarla con granadas. Me acerqué a ella con el soldado de primera Crowe y vi una hebra de telaraña que brillaba en el montón de matas y hojas. Sólo asomaba unos pocos centímetros, era recta y tensa y no se movía con el viento que soplaba en el barranco. El miedo recorrió mi cuerpo como si fuera un chorro de gas licuado.

—Crowe —dije—. Muévete con cuidado alrededor de esa barricada. Tiene trampas explosivas. Veo una parte del alambre.

—Sí, señor.

Hice una rápida y sencilla operación aritmética. Las granadas de mano estallarían cuatro o cinco segundos después de que soltáramos los seguros. A nuestras espaldas había un foso, a un metro o un metro y medio, donde la senda empezaba a curvarse alrededor de una de las colinas. Habríamos de tirar de las clavijas, colocar las granadas donde probablemente harían más efecto —teniendo cuidado de no ejercer la más mínima presión sobre la hebra de alambre—, correr y ponernos a cubierto en el sumidero. Se lo comenté a Crowe y le pregunté si creía que podríamos hacerlo:

—Tendremos cinco segundos como máximo.

—Creo que podemos hacerlo, señor. De lo contrario, nos despacharán a casa metidos en sobres.

Cogimos sendas granadas de fragmentación. De superficie

suave, en forma de huevo y aproximadamente del tamaño de peras, no parecían capaces de partir a un hombre por la mitad.

—Crowe, lo haremos por pasos. Cuando yo diga tirar de las clavijas, tiraremos de las clavijas, mantendremos bajos los seguros y apoyaremos las granadas. Tú colocarás la tuya debajo de aquel leño de la izquierda. Yo pondré la mía a la derecha. No toques nada. Apóyala con toda suavidad. Tú saldrás corriendo primero para que no tropecemos. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Me sequé el sudor que me cubría la palma de la mano y enderecé la clavija para poder tirar de ella rápidamente. (No, las clavijas de las granadas no se arrancan con los dientes, como en las películas. Si se hiciera así, lo único que uno conseguiría arrancar sería la propia dentadura).

—Tiren de las clavijas.

Arrancamos las clavijas y mantuvimos los seguros hundidos contra las palmas de las manos y colocamos las granadas. Me esforcé por no mirar la delgada y brillante hebra de alambre de telaña. Crowe se echó a correr y yo salí detrás de él. Nos lanzamos al foso cubriéndonos las cabezas con las manos. Conté: «Mil uno, mil dos, mil tres...». Silencio. «... mil cuatro, mil cinco, mil seis».

—¡Me cago en el que las hizo, ambas están estropeadas! Nada funciona, Crowe.

Ni las radios, ni las granadas, nada. ¡Maldición!

—Tenemos que hacerlo de nuevo, señor —era más una pregunta que una afirmación.

—Sí, lo haremos.

Cuando volvimos a subir por la senda sentí las piernas semiparalizadas, como en las pesadillas de persecución e inútil fuga. No había ninguna garantía de que las granadas no nos estallaran en la cara. Quizá sus mechas eran defectuosas y ardían lentamente. Sentía las piernas cada vez más pesadas y luego me acometió el peor de los temores: el miedo al miedo. Creí encontrarme cerca del

punto de la parálisis total y eso fue lo que más me aterrizó. *Eh, ¿te enteraste de lo que le ocurrió al teniente Caputo? Se quedó tieso en esa acción de patrulla. El lechuguino se asustó de una trampa explosiva. Mieeeerda, si serán inútiles los oficiales.* Me convencí de que debía cubrir los últimos veinte metros hasta la barricada, a la manera de un padre que le habla a su pequeñín cuando da los primeros pasos. Primero el pie derecho. Ahora el izquierdo. Ahora otra vez el derecho. Eso es. Ya llegamos, bebé.

—Tire de las clavijas, Crowe.

Colocamos las granadas. Las cuatro formaban un nido de huevos verde oliva.

—¡Corra!

Bajamos la senda a la carrera y nos lanzamos como patos al foso. Las granadas y la trampa explosiva estallaron con un estampido atronador. Cayeron escombros sobre nosotros. Crowe sonrió triunfalmente.

La sección llegó a la colina 92 a media tarde. Los hombres estaban exhaustos, con los hombros doloridos por el peso de los fusiles, las mochilas y las chaquetas antifuego aéreo. Hacía veinticuatro horas que soportaban algún tipo de fuego y estaban aturridos por la fatiga. Improvisaron refugios bajo la repiqueteante lluvia y se tendieron a descansar. Algunos ni se molestaron en construir refugios. Habían dejado de cuidarse a sí mismos. Caminé entre ellos y les examiné los pies. Aparecieron algunos casos serios de pies dañados, con la piel marchita cubierta de pústulas rojas y ampollas. Me sorprendió que hubieran sido capaces de caminar. Comimos. Nuestras raciones eran similares a las de los vietcongs: arroz hervido en forma de albóndiga, rellena de uvas pasas. Era más fácil transportar las albóndigas de arroz que las pesadas latas de raciones de campaña, además de que aliviaban la diarrea que todos padecíamos. Mientras comía arroz en aquella desolada colina, se me ocurrió que cada vez nos parecíamos más a nuestro enemigo. Comíamos lo mismo que ellos. Ya sabíamos movernos en la jungla

tan furtivamente como ellos. Soportábamos desgracias comunes. En realidad, teníamos más en común con los vietcongs que con el ejército de escribientes y oficiales del estado mayor de la retaguardia.

Me estaba poniendo calcetines secos cuando el capitán Neal me llamó por la radio. Se había concertado el alto el fuego de Navidad. Se daba por terminada la operación. Mi sección debía retornar a las líneas propias con la mayor rapidez posible. Pregunté por qué no nos venían a recoger con helicópteros. No, replicó Neal, ni hablar de eso. Se lo hice saber a la tropa y todos aplaudieron.

—Tendremos un descanso —dijo alguien—. Bendita sea la maldita Navidad.

—No, no. Yo quiero quedarme —dijo el soldado de primera Baum—. Me encanta estar en el barro, la lluvia y la mierda.

Nos echamos las mochilas a las espaldas y bajamos con pasos torpes la Senda del Corazón Púrpura, la ruta de retorno más rápida. Ésta se bifurcaba cerca de Dieu Phoung, caserío que se encontraba varios cientos de metros al oeste de la colina de Charley. El desvío derecho conducía al río y el izquierdo, a las estribaciones, en dirección al puesto de avanzada. Nos decidimos por este último porque era más corto y había menos probabilidades de que estuviera minado o pudieran tendernos una emboscada.

En las afueras del caserío había un arrozal inundado, con un terraplén abrupto en el otro extremo. Una cerca de alambre de púas, anclada en un extremo a un árbol seco, corría a todo lo largo del terraplén. El camino atravesaba un agujero de la cerca, próximo al árbol. La escuadra delantera, a cargo del sargento Pryor, Jones y yo cruzamos el arrozal. El agua estaba fría y en algunos lugares nos llegaba hasta el pecho. La lluvia rizaba el agua de una manera que me recordó un crecida vespertina en un riacho truchero. Así se veía el río Ontonogan al atardecer, en el lugar donde formaba un amplio y lento recodo alrededor de un peñasco arbolado, aguas arriba de los rocosos estrechos de aguas blancas. Allí el río era profundo y suave donde se curvaba y las grandes truchas

ascendentes formaban anillos en el agua cobriza. Bill, mi compinche de pesca, y yo, a la caída de la tarde, solíamos buscar asalmoadas en la charca profunda. Nunca pescamos muchas pero lo pasábamos bien intentándolo y hablando de las cosas que haríamos cuando termináramos los estudios, de todo lo que nos esperaba en el grandioso mundo exterior, que parecía tan lleno de promesas. Éramos chicos y creíamos que todo era posible. El recuerdo hizo que un doloroso y momentáneo estremecimiento recorriera todo mi cuerpo: no tanto una sensación de nostalgia como de separación... un distanciamiento del chico esperanzado que había sido, un anhelo de volver a serlo.

La escuadra de Pryor subió por el terraplén; los hombres se deslizaban por la embarrada senda, cayendo unos sobre otros hasta que se reunieron en un corrillo. El resto de la sección vadeaba el arrozal detrás de nosotros, sosteniendo los fusiles en el aire. Una culebra dibujó una serie de eses en las negras aguas cuando se escurrió entre dos hombres de la columna. Una vez en terreno seco, los *marines* de Pryor se separaron y avanzaron por la línea de sierras que se elevaban encima del terraplén. La cordillera asomaba a lo lejos, alta e indomable. Las últimas dos escuadras empezaron a subir la orilla esforzadamente, amontonándose a medida que un hombre tras otro resbalaba y caía sobre el que lo seguía.

De pie junto al árbol seco, ayudé a algunos *marines* a ascender por la senda.

—Transmitan la orden de no avanzar en masa —anuncié.

A mi izquierda susurraba un riachuelo a través de un frondoso barranco.

—No avanzar en masa —repitió un *marine*—. Transmitid la orden.

Al otro lado del arrozal, la retaguardia de la columna pasaba junto a una choza, en el límite del caserío. Empezó a salir humo de la choza y una mujer se alejó gritando.

—Bittner —llamé al sargento de la sección, que conducía la

retaguardia—, ¿qué demonios ocurre?

—No le oigo, señor.

—La choza. ¿Quién prendió fuego a la choza? —Alguien dijo que usted había dado la orden de quemar la casa, señor.

—¿Qué dice?

—Transmitieron la orden de incendiar la casa, señor.

—¡Por Dios! Yo dije «no avancéis en masa». NO AVANCÉIS EN MASA. Apagad el fuego.

—Sí, señor.

Permanecí junto al árbol desnudo y observé cómo los *marines* sofocaban el fuego con sus cascos llenos de agua. Afortunadamente, la paja de la choza estaba húmeda y no ardía con facilidad. Cuando me volví para volver a la escuadra que iba en cabeza, vi que Allen trastabillaba en la senda.

—Allen, ¿qué estás haciendo? —Le tendí la mano para ayudarlo. Él la sujetó y se alzó por el borde del terraplén.

—Avanzando, teniente. Avanzo perfectamente bien —se acercó a mí. A lo lejos vi la escuadra de Pryor subiendo el cerro y al primer hombre dibujado en la línea de sierras antes de que pasara al otro lado—, pero este alto el fuego llega en el momento justo. Me vendría bien descansar un poco. Este alto el fuego es el primer descanso...

Hubo un intenso bramido, y un soplo de viento duro y caliente y una aguja me pellizcaron el muslo; algo me golpeó en la parte más estrecha de la espalda. Caí boca abajo en el lodo y me tintineaban los oídos. Tendido sobre el vientre, oí durante unos segundos el tableteo de un fusil automático y luego un grito:

—¡Sanitario! ¡Sanitario!

A causa del tintineo de mis oídos, los disparos y la voz sonaban en la lejanía.

—¡Sanitario! ¡Sanitario! —gritó algún otro—. ¡Ahívieene!

Me apoyé en las manos y en las rodillas preguntándome quién sería el idiota que gritaba «ahívieene». Aquello no había sido una

bomba, sino una mina, una gran mina. ¿Quién diablos había gritado «ahivieene»? Tú, idiota. Era tu propia voz. ¿Por qué lo dijiste? La cerca. La cerca de alambre de púas fue lo último que viste al caer. Habías caído contra la cerca y fue igual que aquella vez que tenías seis años y caminabas por el bosque con tu amigo Stanley. Stanley tenía nueve y te había asustado con cuentos de osos en el bosque. Entonces tú oíste un rugido, una especie de gruñido en la distancia y creíste que era un oso. Corriste hasta la carretera, tratste de cruzar la alambrada de púas del costado del camino y te enganchaste los pantalones en los alambres. Colgado de los pantalones, habías gritado: «¡Stanley, es un oso! ¡Un oso, Stanley!». Stanley se había acercado muerto de risa porque el rugido que habías oído pertenecía a una niveladora que avanzaba por la carretera. No era un oso sino una máquina. Y este rugido no había sido una bomba sino una mina.

Me levanté y traté de aclararme. Estaba algo mareado pero ileso, salvo una esquirra clavada en la pernera del pantalón. La arranqué. Todavía estaba caliente pero ni siquiera me había arañado la piel. Allen estaba a mi lado, a cuatro patas y murmuraba:

—¿Qué ocurrió? No puedo creerlo. ¡Dios, Dios mío!

A diez o doce metros a nuestras espaldas había un manchón de tierra abrasada y hundida, un manto de humo y el árbol seco, con el tronco chamuscado y resquebrajado. El sargento Wehr estaba tendido cerca del hoyo. Se puso de pie y cayó cuando una de sus piernas se hundió. Wehr volvió a levantarse y la pierna volvió a fallarle; agachado sobre la pierna sana y moviendo la otra rígidamente, giró como el cosaco de una danza rusa y luego cayó de espaldas; acercó y separó un brazo de su pecho repetidas veces.

—Pum. Pum —decía mientras agitaba el brazo—. Mi primer servicio de patrulla y pum.

Allen se levantó con ojos vidriosos y sonrisas aturcidas. Tambaleó en mi dirección.

—¿Qué ocurrió, señor? —preguntó cuándo llegó a mi lado. Chocó contra mi cuerpo y empezó a resbalar; sus manos se

aferraron de mi camisa. Sin que yo lograra sujetarlo, volvió a caer a gatas y luego se tendió de cara al suelo—. ¡Dios mío! ¿Qué ocurrió? —repitió—. No puedo creerlo. Me duele la cabeza —vi que manaba sangre de su nuca y su cuello—. Por Dios, me duele la cabeza. Cuánto me duele. No puedo creerlo.

Yo, que seguía levemente mareado, sólo tenía una vaga idea de lo que había ocurrido. Una mina, sí. Tenía que haber sido una mina explosionada desde una emboscada. Toda la escuadra de Pryor había pasado por ese lugar antes de que estallaran. Yo había estado parado en ese mismo lugar, cerca del árbol, apenas diez segundos antes de la detonación. Si hubiera sido una trampa explosiva o una mina de presión, habría estallado entonces. Además, estaba el disparo de fusil. Sí, una mina explosionada eléctricamente a distancia, un hecho habitual para los tipos de la retaguardia que analizaban el «cuadro general», un cataclismo personal para quienes lo experimentaban.

Arrodillado junto a Allen, me estiré en busca de mi equipo de primeros auxilios y quedé paralizado cuando palpé el enorme agujero deshilachado de la espalda de mi chaqueta antifuego aéreo. Extraje un par de cascos de metralla. Eran cilíndricos y aproximadamente del tamaño de un perdigón zorrero del doble cero. Una *Claymore*, probablemente casera, a juzgar por el humo negro. Habían usado pólvora negra. El olor a huevos podridos inundaba el aire. Aquella metralla habría hecho un buen trabajo en mi columna vertebral si no hubiera sido por la chaqueta antifuego aéreo. *Mi columna vertebral*. Oh, Dios... si hubiese permanecido en aquel sitio diez segundos más, me habrían recogido en pedazos de entre los árboles. Casualidad. Pura casualidad. Allen, que estaba a mi lado, había recibido una herida en la cabeza. Yo no tenía un rasguño. Casualidad. El único dios verdadero de la guerra moderna es la casualidad.

Saqué una compresa e intenté restañar la sangre de Allen.

—Dios mío, cuánto me duele —se quejó—. Me duele la cabeza.

—Oye, Allen, te pondrás bien. Me parece que no tienes ningún hueso roto. Te pondrás bien —mis manos olían a sangre—. Ahora sí te corresponderá un descanso. Un considerable descanso en el hospital de la división. Te evacuaremos de inmediato.

—Dios mío, cuánto me duele. No puedo creerlo. Me duele.

—Lo sé, Bill. Duele. Pero es bueno que puedas sentir dolor —recordé el pinchazo agudo de aquella minúscula esquirra en el muslo. Y lo único que había hecho era un chichón del tamaño de un pezón—. Sí, estoy seguro de que tus heridas duelen, soldado de primera Bill Allen.

Tenía la cabeza despejada y el tintineo de los oídos se había convertido en un débil zumbido. Ordené a Pryor y a Aiker que formaran a sus escuadras en un recuadro, alrededor del arrozal. Algunas partidas comenzaron a sacar a los heridos del arrozal y a subirlos a nivel de superficie, entre el terraplén y la base de la línea de cerros. Era un espacio pequeño pero tendría que servir como zona de aterrizaje.

Un fusilero y yo levantamos al sargento Wehr, cogiéndolo de sus enormes brazos.

—Pum. Pum —repetía, sin soltar las manos de nuestros cuellos—. Mi primera acción de patrulla, teniente, y pum, me hirieron. Maldición.

Un sanitario rasgó la pechera de Wehr con una navaja y empezó a vendar sus heridas. Había mucha sangre. Dos *marines* arrastraron a Sánchez desde el arrozal. Su rostro estaba tan salpicado de astillas de metralla que apenas le reconocí. Toda la cara, excepto los ojos. Los fragmentos no le habían entrado en los ojos. Estaba inconsciente y los tenía semicerrados: dos hendeduras blancas en una masa de frambuesas rojas. Sánchez parecía haber sido atacado por una bestia invisible. Los *marines* lo abanicaban con las manos.

—No recupera el sentido, señor —dijo uno de los fusileros—. Si no lo evacúan de prisa nos abandonará para siempre.

—De acuerdo, de acuerdo, en cuanto suban a los demás.

—Rodella, señor. Hay que subir a Rodella. Creo que está malherido en el pecho. Me deslicé por el terraplén y chapoteé hasta el lugar donde el sanitario, Dock Kaiser, trabajaba para salvarle la vida al cabo Rodella. Éste tenía el pecho y el abdomen totalmente cubierto de gasas y compresas. Uno de los vendajes, que cubría el orificio de metralla que había penetrado en uno de sus pulmones, estaba empapado en sangre. Cada vez que inspiraba se formaban burbujas rosadas de sangre que luego estallaban alrededor del orificio, jadeaba con un sonido sibilante. Intenté hablar con él, pero no se encontraba en condiciones de decir nada porque si hablaba su tráquea se llenaría de sangre. Rodella, que había sido herido dos veces con anterioridad, ahora corría peligro de ahogarse en su propia sangre. Lo que más me preocupó fue su mirada. Tenía los ojos dolientes y apagados de un niño al que han castigado severamente y no sabe por qué; fueron sus ojos, y su silencio, y la sangre que espumeaba y el burbujeante y sibilante ruido de su pecho los que despertaron en mí una pena tan profunda y una furia tan intensa que no pude distinguir una emoción de la otra.

Ayudé al sanitario a llevar a Rodella a la zona de aterrizaje. Le rodearon sus camaradas pero estaba solo. Podíamos ver la separación en sus ojos. Estaba solo en el mundo de los heridos graves, aislado por un dolor que nadie podía compartir con él y por el terror a la oscuridad que amenazaba envolverle. Luego llevamos al último, el cabo Greeley, ametrallador, cuyo brazo izquierdo colgaba de unas pocas hebras de músculo: el resto era una masa blanda y espesa de color escarlata. Greeley estaba consciente y furioso.

—Mierda —repetía una y otra vez—. Mierda. Mierda. Alto el fuego de mierda. Un alto el fuego de mierda, pero no pueden matarme. Ninguna trampa explosiva de mierda me matará.

Mientras lo arrastraba sentí mi propia furia, una furia fría y profunda que carecía de objeto definido. Una furia helada y perdurable; una furia atroz por todo lo que existía excepto aquellos hombres. Sí, excepto mis hombres, cualquiera de los cuales era mejor

que cualquiera de los hombres que los habían enviado a la guerra.

Solicité por radio un transporte para los heridos. Se produjeron las complicaciones de costumbre. ¿Cuántos heridos había? Nueve; cuatro de los heridos caminaban y cinco necesitaban ser evacuados. ¿Nueve? ¿Nueve bajas en una sola mina? ¿Qué clase de mina era ésa? Eléctricamente explosionada, pólvora negra, probablemente una Claymore casera. Pero ¿qué había ocurrido? Demonios, se lo diré después. Envíeme un transporte. Tengo como mínimo uno, probablemente dos que serán bajas seguras si no los sacamos de aquí. ¿Qué tamaño tenía la mina? Dos a tres kilos de explosivo, una gran carga de metralla. Estaba emplazada en un terraplén y la sección se encontraba debajo, en un arrozal. La mayor parte de los cascos de metralla habían pasado por encima de sus cabezas. De no ser así, habría tenido varios muertos en acción. ¿De acuerdo? Ahora envíeme esos helicópteros. «Pum. Pum», decía el sargento Wehr. «Mi primer servicio de patrulla y pum, me hirieron». Charley Dos, deme la inicial de los apellidos y los números de serie de los heridos en acción que necesitan ser evacuados. ¿Ahora? Sí, ahora. Rodella y Sánchez se habían desmayado. El sanitario y algunos *marines* los abanicaban. Doc Kaiser me miró, suplicante.

—Tranquilízate, Doc —le dije—. Los pájaros llegarán, pero los idiotas del laberíntico palacio tienen que llenar primero toda la papelería. ¡Bittner! Sargento Bittner, consígame los rótulos de los evacuados, de prisa.

—Sí, señor —respondió Bittner, uno de los heridos que caminaba.

Bittner llevaba un vendaje de campaña de color verde arrollado alrededor de la frente: uno de los heridos que caminaban. Todos éramos heridos que caminábamos.

Bittner me entregó los rótulos. Arranqué la cinta verde que los cubrían para que no se rompieran y pasé la información solicitada al capitán Neal. Luego se estropeó la radio. Jones cambió las baterías y contó, a modo de prueba:

—Diez-nueve-ocho-siete...

Oí nuevamente la voz de Neal. ¿Había bajas graves? Por Dios, sí, ¿por qué cree que pido un transporte?

—Charley Dos, seguramente no supervisó correctamente a sus hombres —opinó Neal—. Tienen que haber estado amontonados para haber sufrido nueve bajas con una sola mina.

—Charley Seis —mi voz se quebró por la ira—. Ahora envíeme esos helicópteros. Si alguno de estos chicos muere a causa de esta tardanza, la armaré gorda. Necesito esos helicópteros.

Hubo una larga pausa. Finalmente llegaron las palabras de Neal:

—Los helicópteros están en camino.

Los helicópteros asomaron por el sombrío cielo y aterrizaron en el humo verde que despedía la granada de humo que yo había arrojado para señalar la zona de aterrizaje. Los jefes de la dotación sacaron parihuelas por las portezuelas. Tendimos a los heridos en las camillas y los subimos a los aparatos. En ningún momento dejó de llover. Los helicópteros despegaron y mientras observábamos el alejamiento de los heridos de ese satánico monte, casi los envidiamos.

Poco antes de que la sección reanudara la marcha, Allen encontró un trozo de cuerda de detonación eléctrica tendido en la hierba, cerca de la aldea. La aldea era un lugar tan bueno como cualquier otro para la emboscada que nos habían tendido: los vietcongs sólo tenían que apretar el detonador y luego mezclarse con los civiles, si es que de verdad había algún auténtico civil en la aldea. O podrían haberse escondido en uno de los túneles, debajo de las casas. Muy bien, pensé, donde las dan las toman. No hubo alto el fuego para nosotros y tampoco lo habrá para vosotros. Ordené a los dos equipos de lanzacohetes que dispararan granadas de fósforo blanco sobre el caserío. Descargaron cuatro. Las bombas, de un fulgor anaranjado, estallaron en límpidas nubes blancas; los fragmentos de fósforo en llamas se arquearon sobre los árboles. Aproximadamente la mitad de la aldea se incendió. Oí gritos y vi a varias figuras que corrían a través del humo blanco. No tuve ningún

sentimiento de venganza, ni de remordimiento, ni de pesar. Ni siquiera estaba furioso. Mientras oía los gritos y observaba a la gente huir de sus hogares en llamas, no sentí nada.

... y como soy un soldado... no dejaré la semiconquistada Harfleur hasta que en sus cenizas quede enterrada. Todas las puertas de la piedad estarán cerradas y el rudo soldado, duro de corazón, libre de ensangrentarse las manos, apuntará con conciencia amplia como el infierno...

SHAKESPEARE

Enrique V

Once días después de aquella acción de patrulla, mientras Greeley, Rodella y Sánchez se reponían en el hospital —Greeley y Rodella esperaban a que los evacuaran de Vietnam, Sánchez a que lo devolvieran al servicio, como ya había ocurrido con Wehr y Allen; Wehr todavía cojeaba cuando le dieron de alta, con una palmadita en la espalda y una alegre despedida: «Vuelve allí y abátelos, Tigre»—, el batallón permanecía nerviosamente amontonado, aguardando a que lo enviaran a una operación contra un regimiento norvietnamita.

En la zona de reunión del campamento base de la compañía C, los hombres estaban sentados sobre sus mochilas o de pie, en pequeños grupos inquietos. Una uno-cero-cinco de la batería cercana disparó una descarga y la bomba voló con un silbido menguante hasta estallar contra una colina alejada. Por lo demás, todo era calma. Las voces murmuraban en la oscuridad de la noche sin luna y brillaban los cigarrillos, furtivamente aspirados detrás de las manos ahuecadas. McCloy y yo, apoyados en un *jeep*, no veíamos a *marines* individuales sino a una oscura masa de hombres y los redondos contornos de sus cascos. En el camino, a nuestras espaldas,

permanecía inmóvil un convoy. Los grandes camiones, aparcados todos juntos, parecían una caravana de coches de carga que sólo mostraban sus cuadradas siluetas en la oscuridad. De vez en cuando, a lo lejos, aparecía un destello y vislumbrábamos algunas caras cansadas y desgastadas por la espera, protuberantes mochilas con mantas arrolladas a su alrededor, las cabinas gris-oliva de los camiones, los tubos de los obuses que apuntaban al cielo, un fusil de lustrosa culata apoyado contra una mochila, hasta que el destello agonizaba y todo volvía a quedar sumido en las tinieblas.

Aquella noche, la del 5 de enero, era nuestra tercera noche de espera a que se pusiera en marcha la Operación Lanza Larga. El batallón debía perpetrar un ataque nocturno en helicópteros, en un punto que se encontraba aproximadamente a treinta y cinco kilómetros al sudoeste de Danang. Se trataba del Valle de Vu Gia, que lleva el nombre del río que lo riega.

Se suponía que un regimiento del ejército norvietnamita, apoyado por un batallón local de vietcongs, lo utilizaba como base de operaciones contra Danang. Se había informado a los oficiales de la compañía que el asalto sería el segundo ataque nocturno en helicópteros de la historia. Quizá la información tenía la intención de animarnos, pero la razón de que se realizara de noche no tenía nada de animosa: aparentemente el regimiento norvietnamita tenía una batería de cañones antiaéreos de 37 mm, las mismas armas que utilizaban contra nuestros reactores cazabombarderos en el norte. A la luz del día, los helicópteros serían indefensos contra ellos. Como dijo uno de mis fusileros: «Si tienen esos treinta y siete, a la luz del día nos abatirían como a patos».

Los preparativos para Lanza Larga habían sido meticulosos, dado que un ataque nocturno siempre es una maniobra delicada. Pero penetraríamos en una zona donde antes no había estado ninguna unidad norteamericana ni sudvietnamita y, como de costumbre, el servicio de información no sabía concretamente cuántas unidades enemigas había en el valle: es más, ni siquiera estaban seguros de que las hubiera. Allí podía estar el regimiento norvietnamita,

pero también era posible que no estuviera. Esa característica convertía a la guerra en una aventura tan sorprendente: la constante y total incertidumbre. Saliéramos formando parte de una patrulla de una escuadra o participáramos en un ataque como miembros de un batallón, nunca sabíamos con qué tropezaríamos. Siempre estábamos tensos, con la sensación de que podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento.

Los oficiales habían celebrado el día de Año Nuevo asistiendo a una serie de reuniones para recibir órdenes. Pasamos los dos días siguientes instruyendo y preparando a nuestros hombres, revisando y volviendo a revisar sus equipos, luego informando y ensayando nuevamente, hasta que cada soldado supo exactamente qué se suponía debía hacer. Al igual que las otras dos compañías que participarían en el ataque, la compañía C estaba sustancialmente diezmada, pero mediante la transformación de escribientes y cocineros en fusileros, la colocación de nuestros casos de servicio parcial a servicio total y la negativa a permitir que nadie que tuviera algo menos que un cáncer mortal estuviera en la lista de enfermos, logramos reunir cerca de ciento cuarenta efectivos. Era un número respetable, aunque significaba setenta hombres menos que el habitual de una compañía de *marines* fusileros cuando entraba en combate.

El ataque estaba programado para la noche del 3 de enero. Los hombres estaban preparados, con los nervios de punta. Los últimos días de diciembre habían sido muy duros para la compañía Charley: una sucesión de acciones de patrulla por la Huella del Corazón Púrpura, con más bajas causadas por minas y trampas explosivas. *Estábamos* haciendo la historia: éramos los primeros soldados norteamericanos que luchaban contra un enemigo cuyas armas principales eran los campos minados y las trampas explosivas. Ese tipo de guerra tiene sus propios y singulares horrores. Pone patas arriba el mundo de un infante. El soldado de a pie tiene un sentimiento especial respecto a la tierra. Camina sobre ella, lucha en ella, duerme y come en ella; la tierra le protege contra el fuego: excava

su albergue en ella. Pero las minas y las trampas explosivas convierten a esa tierra amistosa y familiar en algo amenazador; en algo a lo que hay que temer tanto como a las ametralladoras o a las bombas de mortero. El soldado de infantería sabe que en cualquier momento la tierra sobre la que camina puede entrar en erupción y matarlo... matarlo si tiene suerte. Si no es afortunado, lo convertirá en ciego, sordo, castrado, mutilado. Aquello no era la guerra sino un asesinato. No podíamos luchar contra las minas norvietnamitas, ni refugiarnos cuando estallaban ni prever cuándo estallarían. Mientras andábamos por los senderos, aguardando a que esos artefactos hicieran explosión, habíamos comenzado a sentirnos más víctimas que soldados. De modo que estábamos bien dispuestos hacia una batalla tradicional, de piezas fijas, contra soldados regulares como nosotros.

Pero el día 3 se postergó Lanza Larga porque la *crachin* se había instalado en la zona de aterrizaje. Al día siguiente volvieron a llevarnos en camiones al campo aéreo, nos hicieron aguardar junto a los helicópteros toda la noche y volvieron a conducirnos al campamento base para que siguiéramos esperando. Hoy, día 5, seguíamos aguardando a que mejorara el tiempo. Estábamos agotados de esperar. Nuestros nervios habían comenzado a flaquear. Habíamos empezado a pensar. Cada vez se hacía más difícil mantener esa suspensión de la imaginación que vuelve emocionalmente soportable la espera antes del ataque.

Para algunos, una forma de alivio consistía en fingirse enfermos. Fracasaron sucesivamente. Un *marine* tuvo una crisis nerviosa y no resultó nada agradable. Veterano de la batalla de Chu Lai y de incontables acciones de patrulla después, dejó escapar un grito, cayó y rodó en el barro, sollozando y murmurando que no aguantaba más. El resto de la compañía permaneció rígido, en posición de atención, muchos de ellos también al borde del colapso. Entonces el sargento Horne se acercó al *marine*, y lo obligó a ponerse de pie.

—Cobarde hijo de puta —tronó Horne—. Seguirás aguantando, basura inservible, ¿me oyes? —La cara de Horne estaba de color

escarlata y su expresión era feroz. Sacudió violentamente al *marine*—. Eres un maldito cobarde, pero seguirás adelante y aguantarás. Aguantarás mientras yo aguante —agarró al otro del pecho de la camisa y lo zarandeó como a una muñeca de trapo—. ¿ENTIENDES, MALDITO COBARDE? AGUANTARÁS MIENTRAS YO AGUANTE.

Ninguno de nosotros hizo nada para detener a Horne, porque todos experimentábamos el mismo terror. Y sabíamos que esa clase de miedo era contagioso y que el *marine* era portador de la enfermedad. En consecuencia, atízalo, sargento Horne. Golpéalo, patéalo, quítale ese virus antes de que se extienda.

El remedio funcionó. El *marine* se recuperó; su miedo a la batalla fue superado por un miedo mayor aún: el pánico al enorme y corpulento sargento Horne.

Llegó a nuestros oídos la voz del sargento artillero Strong:

—Compañía Charley, en fila. Ensillad y subid a los camiones. Andando, de prisa.

—Vale, artillerito —respondió alguien—. De prisa, a esperar.

—Basta de cháchara, señoritas. Apoyen el culo en los camiones.

La oscura masa de hombres avanzó con un crujido de los equipos y un tintineo de los portafusiles, hacia el convoy, haciendo chapotear sus botas por el barro. Los motores de los camiones cobraron vida, tosieron y se equilibraron en un rugido uniforme. McCloy me puso un brazo en el hombro mientras yo me echaba la mochila a la espalda.

—Creo que esta vez es cierto, P. J. «Queridos amigos, otra vez en la brecha».

Reí. Parecía que nada podía empañar el espíritu romántico de McCloy. El esbelto muchacho de Kentucky, rubio como la miel, tenía un mecanismo en la cabeza, un prisma a prueba de choques que transformaba las más espantosas realidades de la guerra en el variopinto material de una aventura romántica. Jamás veía cadáveres retorcidos ni abiertos por las heridas: sólo héroes que habían

caído valerosamente en el campo de batalla. Y ahora que nos dirigiámos a un ataque potencialmente desastroso, se veía a sí mismo como el príncipe Hal, nuevamente en la brecha.

El convoy empezó a traquetear por el camino; las ruedas de los camiones giraban mientras intentaban asentarse en el lodo blanco. Avanzamos sin luces, excepto cuando los conductores encendían los focos para evitar choques. Los camiones surcaban lentamente el fango, los conductores cambiaban las marchas y el ruido de los motores se elevó desde un rugido profundo hasta un gemido agudo, para volver a ser un rugido y luego otra vez un gemido. Atravesamos una aldea cuya protectora arboleda producía una ne-grura de bóveda sobre el camino. Los conductores encendían y apagaban los faros, los encendían y los apagaban. A la luz de los focos vacilantes veíamos la lluvia brumosa que nos congelaba. Por un instante aparecían caras de hombres, fusiles y las relucientes hojas de los árboles al costado del camino y luego se desvanecían. En las sombras, donde no podíamos verlos, los búfalos gruñían a los motores. El convoy torció por el camino que se curvaba alrededor de la colina 327, en dirección al campo aéreo. En el terreno elevado, el camino estaba más seco y los camiones cobraron velocidad. Una bomba refulgió en el horizonte. Pocos segundos después oímos el largo y lastimero eco de su explosión. Al doblar por un cerrado recodo, los conductores volvieron a encender los focos y divisé a los hombres que ocupaban el camión que nos precedía. Los *marines* iban sujetos a las guardabarrandillas de madera. Algunos dormían y sus cuerpos flojos entrechocaban por el movimiento de balanceo del camión. Un ametrallador estaba acurrucado detrás de su M-60 en el piso del camión; el arma descansaba sobre su pie y el cinturón de cartucheras lucía como una sarta de largos y afilados dientes. Allen estaba sentado junto a la parte posterior, con el fusil apoyado verticalmente en las rodillas. Su expresión parecía decidida, airada y triste al mismo tiempo. Era la expresión de un veterano, de un hombre que se dirigía al lugar donde ya había estado muchas veces. En seguida se apagaron los faros y sólo vi

contornos y los delgados perfiles de los cañones de los fusiles. Los *marines* eran otra vez una masa de hombres sin rostro.

La compañía Charley llegó al campo aéreo a primera hora de la mañana. La compañía D y el grupo del cuartel general del batallón llegaron mientras nosotros bajábamos de los camiones. Todo aquello estaba envuelto en el misterio y el drama: el retumbar de los camiones, las voces que ordenaban «en fila», las secciones móviles de la parte posterior de los vehículos cuando las abrieron y la gran cantidad de hombres apenas visibles mientras formaban filas. Los helicópteros aparcaron en la pista alquitranada; las hélices extendidas e inclinadas de sus rotores parecían las alas de lustrosos gavilanes.

La compañía C se alineó y permaneció en posición de firmes durante unos minutos; luego adoptó la posición de descanso. Esperamos, volvimos a adoptar la posición de firmes y se nos dijo que formáramos equipos de helicópteros. La compañía pasó de su formación regular a equipos de ocho hombres con la precisión de una banda de música escolar que ejecuta un movimiento en la mitad del tiempo que corresponde. Volvimos a aguardar. Luego los equipos marcharon hasta los puntos de carga de los helicópteros, retrocedieron a la zona de reunión y volvieron a los puntos de carga. Era lo mismo que habíamos sobrellevado las dos noches anteriores. Neal ordenó que la compañía se tumbara y descansara en formación. Helados por la lluvia, nos envolvimos en nuestros capotes y dormimos o intentamos dormir. Mientras observaba los helicópteros, mi imaginación empezó a desbordarse. Vi negras nubes de fuego antiaéreo en el cielo, helicópteros en llamas que caían, cadáveres que éstos escupían hacia el espacio. No era posible escapar al temor antes de una acción. Todo lo que uno podía hacer era dominarlo y mantener la mente despejada. De modo que me dediqué a pensar en la misión de mi sección, que consistía en tomar el terreno elevado del límite sur de la zona de aterrizaje y conservarlo hasta que llegara el resto del batallón. Me obligué a no pensar en otra cosa, me serené interiormente y me quedé dormido.

Amaneció; la luz del sol naciente se filtró a través de las nubes grises como sangre que se abre paso en un vendaje de campaña. Húmedos y fatigados, aguardamos toda la mañana. La atmósfera había empezado a aclararse. Comenzó a hacer mucho calor pero el sol era un bálsamo para las coyunturas y los músculos entumecidos por la humedad del monzón. Inmediatamente después de mediodía conocimos la decisión: nos arriesgaríamos a un ataque diurno. Los motores de los helicópteros aceleraron hasta alcanzar un rugido perceptible y uniforme: en una mezcla de alivio y temor subimos a bordo.

Los helicópteros cubrieron los treinta y cinco kilómetros en un cuarto de hora. Debajo se extendía el valle, franja de brillantes arrozales verdes entre dos tenebrosas cadenas de montañas. Divisé el río Vu Gia, de color pardo claro bajo el sol, la cinta de selva que crecía en sus orillas, los tejados de las aldeas que asomaban a través de la jungla, un camino carmesí que corría junto a los poblados, un par de áridas colinas arrugadas en los arrozales circundantes y la nervadura de fangoso terreno elevado, como una loma en miniatura, que mi sección debía tomar. Los helicópteros comenzaron a hacer un apretado descenso en círculo y aparecieron las montañas del lado sur del valle, luego las del norte, proyectadas en el marco cuadrado de la escotilla abierta como fotografías en una pantalla. La fuerza del viraje nos apretó contra los asientos abatibles de red. Se enderezó el nivel de vuelo. Escudriñé el cielo en busca de los oscuros penachos de fuego antiaéreo pero no vi ninguno. Sentí un nudo en el estómago cuando el helicóptero descendió rápidamente, dispuesto a un aterrizaje de ataque. Coffell hizo bocina con las manos y gritó:

—Línea de partida, asegura y carga.

Los *marines* cargaron sus fusiles pero no oímos cuando abrieron los cerrojos por el ruido de los motores y el latigazo del viento. Habíamos cruzando una vez más la línea que se encuentra entre un mundo de relativa estabilidad y otro totalmente inestable: el mundo donde podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento.

Sentado cerca de la escotilla y sin apartar la vista del verdor cada vez más cercano, oí el apagado chasquear de armas de corto alcance y vi un plumero de humo que se expandía en un extremo de la zona de aterrizaje. Apareció otro penacho en el extremo opuesto. Desde nuestra altitud, las granadas de mortero parecían flores grises abiertas. El helicóptero continuó bajando, las armas cortas crujían y restallaban. No hubo más fuego de morteros pero esto no significó un consuelo: probablemente las dos primeras bombas sólo eran descargas de tanteo. Los vietcongs aguardarían a que llegáramos. Continuaron los disparos de fusiles, que sonaban como los anuncios comerciales de los copos de cereales. Crac. Crip. Pop. Ahora, los helicópteros volaban igualados, a unos treinta metros sobre el nivel de superficie. Vi a cierta distancia a dos o tres vietcongs de uniforme negro que corrían a refugiarse detrás de una hilera de árboles. Los *marines* se arrodillaron en fila a mis espaldas y desataron sus barboquejos. Con los labios apretados esperaban la sacudida tras la llamarada y el instante en que se abalanzarían por la escotilla.

Un ataque en helicóptero a una zona de aterrizaje crítica crea tensiones emocionales mucho más intensas que un ataque terrestre. Ello se debe al espacio cerrado, al ruido, a la velocidad y, sobre todo, a la sensación de desamparo total. Provoca cierta excitación la primera vez pero después es una de las aventuras más desagradables que ofrece la guerra moderna. En tierra, un infante tiene cierto control sobre su destino, o al menos la ilusión de que lo posee. En un helicóptero que se encuentra bajo el fuego ni siquiera tiene esa ilusión. Enfrentado a las indiferentes fuerzas de la gravedad, la balística y la tecnología, es impulsado simultáneamente en varias direcciones por un amplio espectro de emociones extremas y contradictorias. Lo acosa la claustrofobia; es insoportable la sensación de estar atrapado y ser impotente en una máquina pero ha de sobrellevarla. Al hacerlo, comienza a sentir una ciega ira por las fuerzas que le han vuelto impotente, pero tiene que controlar su ira hasta salir del helicóptero y estar en terreno firme otra vez. Ansia

estar en tierra firme pero su deseo se ve contrarrestado por el peligro que sabe le acecha allí. Al mismo tiempo se siente atraído por el peligro, ya que sabe que sólo puede superar su temor sobreponiéndose a él. Entonces su ira ciega comienza a centrarse en los hombres que son la fuente del peligro... y de su miedo. Se concentra en su interior y mediante algún proceso químico se transforma en la feroz resolución de luchar hasta que cese el peligro. Pero esa resolución, que en algunas ocasiones se denomina coraje, no puede separarse del temor que la ha despertado. Su magnitud es igual que la magnitud del temor. En realidad, se trata de una poderosa necesidad de no tener más miedo, de liberarse del temor eliminando la fuente que lo produce. Esta enconada lucha interior de emociones contrapuestas produce una tensión casi sexual en su intensidad. Es demasiado dolorosa para soportarla mucho tiempo. En lo único que puede pensar un soldado es en el momento de escapar a su impotente confinamiento y de liberar esa tensión. Todas las demás consideraciones —lo propio o impropio de lo que está haciendo, las posibilidades de triunfo o de derrota en la batalla, el propósito o despropósito de la misma— se vuelven tan absurdas como para ser menos que insignificantes. Nada importa excepto el instante crítico y final de lanzarse a la violenta catarsis que anhela y teme.

La sección, o la mayor parte de la sección, estaba tendida contra la cuesta del cerro en forma de media luna, disparándole a la línea arbolada desde la que los vietcongs atacaban a los helicópteros que aterrizaban con el resto del batallón. La fila de árboles estaba aproximadamente a doscientos metros frente a nosotros, al otro lado de unos arrozales, y la zona de aterrizaje equidistante a nuestras espaldas. No recordaba cómo habíamos llegado al sitio donde estábamos. Sabía que habíamos saltado del helicóptero hacia el agua fangosa que nos llegaba a la cintura, que habíamos avanzado con las piernas pesadas y torpes mientras los proyectiles azotaban el aire por encima de nuestras cabezas; luego habíamos trepado la resbaladiza loma, mojados y fríos de la cintura hacia abajo,

calientes y sudados de la cintura hacia arriba. Algunos de mis hombres se habían desorientado en la confusión del aterrizaje. Los veía, apoyados mientras se balanceaban torpemente por una acequia, en el borde de un canal de irrigación. Les grité que se separaran pero no me oyeron. En el campo, frente a nosotros, oí que estallaban dos granadas de mortero. Detrás cayeron otras dos y estallaron con un desagradable crepitar. Bajé del terreno elevado y corrí por la acequia en dirección a los rezagados.

—¡Sepárense! —chillé—. Maldición, sepárense. Vamos, por aquí. Muévanse, muévanse, *muévanse* —agarré del cuello a un fusilero perplejo y lo empujé hacia el arrozal al tiempo que gritaba— : Por aquí, he dicho. Muévanse. Nos están atacando.

Tambaleándose como borrachos me siguieron hasta el cerro. Ascendimos la cuesta posterior apoyados en las manos, sin dejar de resbalar por el cieno pegajoso. Una docena de granadas hizo blanco en la cuesta anterior y levantó una nube de barro y zumbantes astillas de acero. Nos apretamos a la tierra. El humo de las granadas ascendió por el cerro y el aire apestaba a explosivos de alta potencia. Varias descargas más sonaron a nuestras espaldas. Jones, que estaba tendido a mi lado, observó:

—Estamos rodeados, señor. Podemos morir en esta maldita loma.

Pero no morimos, porque el enemigo no nos había rodeado. Recorría la zona de aterrizaje con las granadas. La escena parecía la fotografía de una batalla. Estaban despegando los últimos helicópteros, con el morro hacia abajo, muy ladeados mientras ascendían con las montañas verdioscuras como telón de fondo. Los *marines* se desplegaban en forma de abanico al otro lado de los arrozales, algunos en orden abierto de combate y otros en filas apretadas y escalonadas. Las bombas estallaban a su alrededor. Sonó una descarga de fusiles automáticos enemigos desde la hilera de montículos herbáceos que asomaban al oeste de la zona de aterrizaje. Los proyectiles cayeron en los verdes arrozales y una de nuestras bombas de fósforo blanco destelló cerca de un grupo de palmeras de lo

alto de uno de los montículos; las serpentinas de color anaranjado blancuzco formaron una bóveda sobre los úfanos árboles. Una fila de fusileros atravesaban con denuesto un arrozal inundado mientras sostenían las armas por encima de sus cabezas. Empezaron a trepar a una cuneta y se esfumaron en una nube de humo de granadas. Uno de los *marines* voló por los aires y cayó en forma oblicua; el minúsculo bastón que era su fusil flotó en dirección opuesta.

Una bomba pesada estalló en los arrozales, entre mi sección y la línea arbolada. Detrás de nosotros, un grupo de *marines* corría en la posición agachada que adoptan los hombres cuando se encuentran bajo el fuego. Varios llevaban radios y las elevadas antenas ondulantes eran un blanco evidente. Con toda la fuerza de mis pulmones, les grité que se separaran. Siguió avanzando en grupo apretado y uno de mis *marines* dijo:

—Son los del batallón del cuartel. Los mequetrefes ni siquiera saben resguardarse de la lluvia.

Volví a vociferar en su dirección pero no me oyeron o no quisieron oírme, sencillamente. Estaba a punto de gritarles por tercera vez cuando fueron tragados por nubes y humo de tierra pulverizada; las bombas producían su *crumpcrump-crump* y los cuerpos caían o salían volando en medio de la cortina de humo. Debilitado por la distancia, el grito de «¡Sanitario! ¡Sanitario!» surcó el arrozal. Era el grupo del batallón del cuartel general y prácticamente había sido borrado del mapa. El jefe de operaciones, un sargento mayor con tres guerras a sus espaldas, estaba tendido en el barro con una de las piernas arrancadas. El oficial de operaciones había sido herido en la ingle. El oficial de artillería estaba malherido en la cara y la cabeza. En conjunto, el cuartel general perdió ocho oficiales y buen número de soldados. Sólo el coronel Hatch escapó sin heridas graves. Siguió disparando los morteros y las armas de corto alcance.

Oímos una especie de tos cavernosa y luego otra. Varios segundos después estallaron dos 60 mm en las cercanías.

—Esta vez los oí —afirmó un cabo—. Los oí. ¿Están en la línea de árboles? A mí me pareció que provenían de allí.

—Ése es un lugar tan bueno como cualquier otro para colocar morteros, teniente, pero no estoy seguro.

Yo estaba empapado en sudor y sentía la boca llena de lana de acero. El batallón del cuartel general estaba casi aniquilado. La compañía D sufría bajas y nosotros estábamos copados. Se suponía que mi pelotón debía guarnecer el cerro hasta que se le ordenara abandonarlo, pero yo me sentí impulsado a llevar a cabo algún tipo de acción. Me comuniqué con Neal por la radio y le pregunté si la batería de morteros de 4,2 pulgadas que apoyaba al batallón podía bombardear la línea de árboles. No estaba seguro de que los morteros enemigos se encontraran allí —los vietcongs mantenían su habitual invisibilidad—, pero los 4,2 suprimirían, al menos, los disparos de fusiles del Vietcong. Neal replicó que nuestros morteros no podían disparar y que como estábamos lejos del alcance de la artillería de Danang, había decidido pedir un ataque aéreo.

Los aviones llegaron varios minutos más tarde. Tres Skyhawks que volaban bajo pasaron como un rayo sobre nosotros.

—Boldo Charley Dos —dijo el jefe de vuelo por la radio—, aquí *Playboy*.

Señalen sus posiciones con paneles aéreos, y el blanco con fósforo blanco.

Instalamos los paneles iridiscentes de color naranja y disparamos una andanada de fósforo blanco en la línea arbolada. El primero de los achaparrados aviones grises seladeó y enfiló hacia esa columna de humo blanco, mientras los ametralladores norvietnamitas le disparaban salvajemente. Dos bombas cayeron de sus alas, tocándose los extremos. La primera falló pero el estallido de la segunda hizo estremecer la tierra. La sección vitoreó pero continuaron cayendo descargas de morteros en la zona de aterrizaje. Pasó el segundo Skyhawk, dejó caer otras dos bombas en la columna de humo negro que se elevaba en el sitio donde había caído la primera. Una de las 250 cayó sobre la aldea, detrás de la línea de

árboles. Se produjo una tremenda erupción de humo, tierra, tejas, fragmentos de cemento, paja encendida y ramas de árboles.

—*Playboy, Playboy* —dije—, aquí Boldo Charley Dos. La última cayó más allá del blanco. Bombardeen la línea arbolada.

—Entendido —respondió el piloto; sentí una vertiginosa sensación de poder: yo dominaba esas máquinas.

Llegó el tercer avión y sobrevoló las copas de los árboles haciendo chirriar sus motores. Dos botes de napalm descendieron del portabombas del Skyhawk, encima de la hilera de árboles; el avión cobró altura mientras el napalm rojoanaranjado florecía como una gigantesca amapola.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —grité, exaltado—. Cayeron justo sobre ellos.

El napalm hizo eclosión entre los árboles; el humo empolvado coronaba la bola de fuego. Cesaron las descargas de morteros enemigos. En ese momento salieron tres vietcongs de la línea arbolada. Corrieron uno detrás de otro por una acequia, buscando la cobertura de otra línea de árboles cercana.

—¡Cogedlos! ¡Prended a esos tipos! ¡Matadlos! —grité a mis ametralladores mientras descargaba mi fusil contra las figuras de uniforme oscuro que corrían a doscientos metros de distancia.

Los ametralladores abrieron fuego en dirección a los vietcong. Los proyectiles formaron una fila de chorros en el arrozal y luego salpicaron alrededor del primer soldado, que cayó de rodillas. Lancé un alarido guerrero y apunté mi fusil hacia el segundo hombre en el preciso momento que una serie de trazadoras de ametralladora lo abatían. Lo vi hundirse mientras el primer vietcong, todavía arrodillado, se tambaleaba rígidamente sobre la acequia detrás de la cual se había refugiado el tercer hombre. Sólo veíamos la parte superior de su espalda mientras se arrastraba detrás de la acequia. Lo que ocurrió después fue muy rápido, pero en mi memoria lo veo suceder con agonizante lentitud. Es un *ballet* de la muerte entre un hombre solo, desnudo, y una máquina despiadada. Estamos disparando sobre el soldado enemigo pero interrumpimos el

fuego cuando llega uno de los Skyhawks para barrer la línea arbolada. El morro del avión apunta hacia abajo, algo inclinado, y se produce un parpadeo anaranjado cuando dispara su minicañón, cañón aéreo que lanza proyectiles explosivos de veinte milímetros con tanta rapidez que produce un ruido similar al zumbido de una sierra. Las descargas —que chocan contra los árboles y los arrozales al increíble ritmo de cien por segundo— levantan una cortina translúcida de humo y rocío. A través de la cortina vemos al vietcong que se encuentra atrás de la acequia sentado, con los brazos extendidos, en la postura de un hombre suplicante que le habla a Dios. Parece rogar misericordia a la masa crujiente de tecnología que vuela a menos de treinta metros por encima de su cabeza. Pero el avión se lanza sobre él, dispara su cañón una vez más y lo hace estallar en pedazos. Mientras el aeroplano asciende estudio a los muertos a través de mis anteojos de campaña. Todo lo que queda del tercer vietcong son unas pocas pilas desparramadas de sangui-nolientos despojos.

Después del combate librado en la zona de aterrizaje, las compañías C y D comenzaron a avanzar a través del valle en dirección a la posición de bloqueo que la compañía B había establecido a varios kilómetros de distancia. Chapoteamos por los arrozales bajo un sol implacable. No hubo resistencia enemiga, aunque no por mucho tiempo. A media tarde se ordenó a la compañía Charley que registrara Ha Na, una de las aldeas grandes que se encontraba frente al río Vu Gia. La tarea resultó diabólica porque la aldea estaba surcada de setos espinosos tan crueles e inflexibles como alambradas de púas. Tuvimos que atravesarlos con ayuda de nuestros machetes o practicar en ellos agujeros con granadas y cuando no podíamos cortarlos ni abrirlos así, los rodeábamos, sólo para tropezar con más. El resultado fue la división de la compañía en pequeños grupos de hombres confundidos que se daban empujones y se insultaban mientras maldecían a los espinos que les azotaban la piel y desgarraban sus uniformes.

La escuadra del sargento Pryor descubrió un enorme escondrijo de arroz, medicinas y uniformes. Estaba todo almacenado en un hoyo mal camuflado: el arroz, en latas; las medicinas, en cajas de metal, y los uniformes atados en líos. En total, los alimentos y equipos pesaban una tonelada. Llamé a Neal por la radio y le pregunté si podía enviar un helicóptero a recogerlo. No, respondió, no había tiempo para eso. La operación llevaba retraso. La compañía tenía que estar en su primer objetivo, la colina 52, a tal hora. Había que moverse.

—Hay que moverse —transmití a Pryor—, no podemos conseguir un helicóptero.

El sargento, con los pantalones hechos jirones, me miró con expresión airada en su rostro bronceado por el sol:

—¿Quiere decir que dejaremos todo esto? No pienso dejarle todo esto a Charlie, señor. ¿Para qué demonios nos hicieron registrar esta aldea?

—De acuerdo. Destrúyelo aquí mismo y luego haz avanzar a tu gente —le entregué dos granadas de fósforo blanco. Pryor arrojó las granadas al interior del escondite, que empezó a incendiarse. Lo mismo ocurrió con una casa vecina cuando los fragmentos de fósforo encendido cayeron en su techo de paja. Las llamas rodearon la casa en pocos segundos y las chispas volaron hasta una choza cercana, prendiéndole fuego. Salieron cuatro mujeres, chillando a voz en cuello. Por encima de sus gritos, oí que el equipo de ingenieros agregado a la compañía gritaba: «¡Fuego en el agujero!». Habían encontrado un conjunto de refugios de cemento en el límite de la aldea y estaban a punto de volarlos con cargas de trinitrotolueno. Aterrorizadas, las mujeres se arrojaron al suelo y se cubrieron los oídos cuando estallaron las cargas. Volvieron a gritar cuando una segunda explosión sacudió la tierra y produjo una cascada de polvo y cemento pulverizado sobre sus cabezas.

Empezó a acosarnos el fuego de francotiradores desde los cañaverales que flanqueaban la aldea; el chasquido de los proyectiles era casi indistinguible del ruido de las armazones de bambú que

estallaban en las chozas incendiadas. Ahora seis o siete casas ardían y las llamas lamían las copas de los árboles. Las secciones de Coursey y de McKenna avanzaban más adelante. La mía prosiguió el registro. Se me acercó un cabo con el rostro ennegrecido por el hollín. Sostenía a un vietnamita a punta de fusil.

—Descubrimos a este hijo de puta cuando intentaba escapar —dijo el cabo—. ¿Qué hacemos con él?

El hombre, que aparentaba unos cuarenta años, iba vestido con camisa caqui y pantalones oscuros.

—Enseño escuela. No vietcong —explicó.

—Seguro... Atadlo y llevádselo al jefe —le dije al cabo. Como no me gustó la mirada del *marine*, agregué—: Vivo. Llevádselo vivo al jefe.

—Sí, señor —aceptó el cabo.

Bajó de un tirón la camisa del otro y le ató las manos con las mangas. El maestro —que resultó ser el comisario político del batallón local del Vietcong— tenía el físico de un luchador de peso mosca.

—No vietcong. Enseño escuela —repetía mientras el *marine* lo empujaba; ambos iban ahogados por el humo. Dentro de la aldea el calor era terrible: un calor de alto horno que nos secaba los pulmones. Pryor empujó a dos jóvenes histéricas en mi dirección.

—Teniente, prendamos a estas dos. Toqué sus manos. Son suaves. No tienen un solo callo. Estoy seguro de que no son campesinas.

Antes de que pudiera responder, los ingenieros volvieron a gritar: «¡Fuego en el agujero!». Nos tiramos al suelo. Hubo otra brillante explosión. Las muchachas cayeron, gritaron y rodaron por el suelo. Pryor las obligó a levantarse cogiendo a cada una con una mano y las sacudió groseramente.

—¡Basta! —exclamó—. Basta de esos malditos aullidos —luego me preguntó—:

¿Qué hacemos con ellas, teniente?

—Déjalas ir, por Dios.

—Pero, señor...

—*He dicho que las deje ir, sargento.* Pryor empujó a las mujeres para alejarlas.

—Sí, *señor* —barbotó con una mueca de desprecio—. Sí, *señor*.

Sentí que perdía el dominio sobre él y sobre la sección. Los *marines* todavía estaban exaltados por la lucha anterior y con el calor, los setos vivos, los francotiradores, los gimientes aldeanos y el ruido del fuego que se extendía, estaban al borde de perder el poco equilibrio emocional que les quedaba.

Enfrente abrieron fuego las ametralladoras y los fusiles. Los proyectiles chocaban contra los árboles que nos rodeaban. Neal me hizo saber que la sección de Coursey había disparado contra una escuadra de vietcongs que intentaban cruzar el río en una barca y que fusileros enemigos, que se encontraban en la margen opuesta del río, habían abierto fuego contra la sección para cubrir a sus camaradas de la barca.

Varios minutos después llegó un cazabombardero para cañonear las posiciones norvietnamitas del otro lado del Vu Gia. El cazabombardero disparó cohetes y cañonazos. Enloquecidos por el ruido, algunos búfalos huyeron de su corral y atravesaron la aldea en estampida, con los ojos enrojecidos, bramando y encorvando sus cuernos. Una de las rabiosas bestias corneó a un *marine* de la sección de Coursey y luego fue abatida por un disparo de fusil automático.

Para entonces la mitad de Ha Na estaba incendiada; las llamas saltaban de casa en casa y el fuego creaba su propio viento. Jadeante, corrí a través del humo con la intención de organizar la sección. Los setos vivos y la llamarada la habían dividido en grupos de dos o tres hombres cada uno.

—Reúne a tus hombres y avanza hacia la colina 52 —decía cuando encontraba a un suboficial—. Reúne a tus hombres.

Los *marines* se tambaleaban, casi cegados, entre las nubes

negras, tratando de alejarse del fuego. Los sargentos y los cabos rugían: «¡En fila! Apretaos a izquierda y derecha. ¿Dónde está el equipo de fuego de Smith? Apretaos a la derecha. La guía es la derecha. ¿Dónde está Baum? ¡Baum! ¿Dónde mierda estás?». Las balas de un francotirador gemían desde el cañaveral.

Entonces, la compañía D, que se encontraba a trescientos metros de distancia de nuestro flanco izquierdo, encontró fuerte resistencia. Lo oímos por encima de los ruidos de los tiradores emboscados y del bambú que estallaba: un ruido similar al de un enorme paño de lona que se rasga por la mitad. Morteros de alta potencia empezaron a chasquear frente a nosotros. Neal se comunicó conmigo por la radio: la compañía de Miller había caído en un nido de ametralladoras enemigas y había perdido trece hombres. Ahora se encontraban copados y bombardeaban posiciones norvietnamitas con cuatro-dos. La compañía C *tenía* que llegar inmediatamente a la colina 52. Haga que sus hombres se muevan. Sí, señor. Inmediatamente, señor.

—¡SEGUNDA SECCIÓN, ALINEARSE! ¡ADELANTE! Después de chillar hasta quedar roncos y de llenar nuestros pulmones de humo, los suboficiales y yo logramos formar algo parecido a una fila, aunque todavía era un revoltijo. Algunos de los hombres de McKenna estaban mezclados con los míos, y algunos míos con los suyos. La sección avanzó en dirección a la colina, acuciada por las descargas que rugían a su espalda, obligada por los constantes gritos de los suboficiales: «permaneced en fila, apretaos a vuestra derecha, la guía es la derecha». La aldea era alargada y se extendía junto a la orilla del río a lo largo de cuatrocientos metros. Parecía haber un seto vivo cada diez metros, o una trampa, o un foso con estacas de bambú. Hubo otro rasgarse de lona en los campos que corrían más allá del cañaveral. Neal volvió a llamarme por la radio: la compañía D había avanzado mientras recibía descargas de ametralladoras desde atrás de la cortina de fuego de los morteros, pero

las cuatro-dos no habían surtido ningún efecto en los refugios de cemento del Vietcong. Miller había perdido diecisiete hombres y se había replegado para solicitar ataques aéreos. Mi sección no avanzaba a suficiente velocidad. No nos manteníamos a la altura de los hombres de Coursey.

Le devolví el receptor a Jones. Grité, pateé y empujé a mis hombres. Llegaron reactores para bombardear y cañonear los refugios de ametralladoras enemigas, que aullaron directamente por encima de nuestras cabezas, ensordeciéndonos. Las bombas de 120 kilos hicieron temblar el suelo y los árboles y las casas oscilaron ante nuestros propios ojos. Llegaron más aviones que descargaron sus cañones, siempre produciendo el mismo zumbido que una sierra. Luego el primer avión hizo unos cuantos círculos en el aire y dejó caer más bombas. Se elevaron enormes columnas de humo pardo pero las ametralladoras norvietnamitas siguieron martillando.

«Avanzad», gritaban los jefes de escuadra, tratando de hacerse oír a pesar del ruido circundante. «La guía es la derecha. No os amontonéis en el centro». A nuestras espaldas se encontraba el muro creciente de llamas de la aldea incendiada. Acometimos otro seto vivo, divisamos a un vietcong que salía de un orificio de cemento, lo capturamos e hicimos volar el edificio con una carga de macuto. Los *marines* saltaron a una línea de trincheras oblicuas, abalanzándose a través del humo sulfuroso, el polvo y los fragmentos de cemento que llovían sobre ellos. Intenté recuperar allí la formación pero las trincheras recibían disparos en enfilada de un francotirador que se encontraba en un cañaveral. *Crac-crac-crac*. Las descargas pasaron cerca de nosotros y luego subimos a gatas la trinchera para vaciar nuestros fusiles contra el cañaveral. Un vietcong salió corriendo de entre las cañas verdeamarillentas. A una distancia de casi cuatrocientos metros, Lonehill acertó un disparo a sus pies, ajustó el botón de elevación de su fusil y lo remató con frialdad: el soldado enemigo cayó pesadamente. Volvieron los aviones para efectuar otro bombardeo. Se oyó un potente rugido y las

formas de los hombres que estaban frente a mí se desdibujaron por un instante, como si una ondulante cortina transparente hubiese caído entre nosotros. Mientras los aviones bombardeaban nos abrimos paso a través de los setos y el humo en dirección a la colina cuya serena cresta de color verde pálido veíamos asomar entre los árboles, más adelante. Habíamos avanzado algunos centenares de metros pero la colina no parecía más cercana. El fragor de la batalla era constante y enloquecedor, tan enloquecedor como los setos espinosos y el calor del fuego que se extendía a nuestras espaldas.

Entonces ocurrió. La sección perdió su propio dominio. Fue una detonación emocional colectiva de hombres que habían sido llevados al límite de su aguante. Perdí el control de ellos y de mí mismo. Desesperados por llegar a la colina, atravesamos alocadamente el resto de la aldea, aullando como salvajes, encendiendo las chozas de paja, arrojando granadas a las casas de cemento que no podíamos incendiar. En nuestro frenesí, arremetimos contra los setos vivos sin sentir los pinchazos de las espinas. No sentíamos nada. Éramos incapaces de sentir algo por nosotros mismos, menos aún por otros. Cerramos nuestros oídos a los gritos y las súplicas de los aldeanos. Un anciano corrió a mi lado, me cogió por el pecho de la camisa y me preguntó:

—¿Tai Sao? ¿Tai Sao? —¿Por qué? ¿Por qué?

—Apártate de mi camino —respondí.

Le cogí de la camisa y lo empujé duramente; sentí que me veía a mí mismo en una película. El anciano permaneció tendido en el lugar donde había caído, sin dejar de preguntar «¿Tai Sao? ¿Tai Sao?». Me lancé en dirección al pie de la colina, que ahora se encontraba a corta distancia.

La mayor parte de la sección no tenía la menor idea de qué estaba haciendo. Un *marine* corrió hasta una choza, le prendió fuego, salió, dio una vuelta a su alrededor, penetró en medio de las llamas y rescató a un paisano que estaba en el interior; luego corrió e incendió la siguiente. Atravesamos la aldea como una tromba. Cuando empezamos a escalar la colina 52 no quedaba nada de Ha

Na, salvo una larga franja de cenizas que ardían lentamente, troncos de árboles chamuscados a los que las llamas habían arrancado las hojas y pilas de cemento derruido. De todas las cosas desagradables que presencié en Vietnam, aquélla fue la peor: la repentina transformación de mi sección, de un grupo de soldados disciplinados, en una turba incendiaria.

El pelotón salió de su locura casi inmediatamente. Nuestras cabezas se despejaron en cuanto escapamos de la aldea y respiramos el aire de la cima de la colina. Nos enteramos de que la compañía de Miller había derrotado a las ametralladoras enemigas después de los ataques aéreos, aunque había perdido muchos hombres. Se ordenó a la compañía C que permaneciera en la colina 52 durante la noche. Iniciamos nuestras excavaciones. Los escombros todavía llameantes de Ha Na estaban a nuestras espaldas. En dirección opuesta, se elevaba humo desde el sitio donde había librado su batalla la compañía D y desde la línea arbolada que habían bombardeado los aviones durante la primera hora de la contienda.

Todo estaba sereno mientras cavábamos nuestras trincheras, extrañamente sereno después de cinco horas de combate. Mi pelotón era otra vez una sección. La calma del mundo exterior equivalía a la calma que sentíamos en nuestro interior, una tranquilidad tan profunda como profunda había sido nuestra ira. Aquella quietud interior contenía cierta dulzura, sentimiento que no habría sido posible de no haber destruido la aldea. Era como si el incendio de Ha Na hubiese surgido de una necesidad emocional. Había sido una catarsis, una purga de meses de pánico, frustración y tensión. Habíamos aliviado nuestro propio dolor infligiéndoselo a otros. Pero esa sensación de alivio estaba inseparablemente mezclada a sentimientos de culpa y de vergüenza. Al ser otra vez hombres volvíamos a sentir emociones humanas. Estábamos avergonzados de lo que habíamos hecho pero nos preguntábamos si lo habíamos hecho realmente. El cambio que se había producido en nosotros, de soldados disciplinados a salvajes desbocados y otra vez a soldados, había sido tan repentino y profundo para conferir una calidad de

ensueño a la última parte de la batalla. Pese a las pruebas en sentido contrario, algunos tuvimos dificultades en creer que éramos los mismos que habían provocado tanta destrucción.

El capitán Neal no tuvo ninguna dificultad en creerlo. Estaba legítimamente furioso conmigo y me advirtió que sería relevado y se me incoaría un expediente disciplinario si volvía a ocurrir algo semejante. Yo no necesitaba que me lo advirtiera. Me sentía bastante mal por todo eso, por la guerra, por lo que la guerra nos estaba haciendo, por mí mismo. Mientras contemplaba las brasas allá abajo y las ruinas de las casas, cayó sobre mí una sensación de culpabilidad más pesada que la más pesada carga que jamás hubiera soportado. La insensata destrucción de Ha Na no era lo único que me perturbaba, sino las oscuras y destructivas emociones que había sentido a lo largo de la batalla, casi desde el momento que empezaron a caer los morteros enemigos: deseos de destruir que parecían surgir del temor a que me destruyeran. Había gozado con la matanza del vietcong que huyó de la línea arbolada. Lo más extraño había sido la sensación de verme a mí mismo en una película. Una parte de mí hacía algo mientras la otra parte observaba, a distancia, impresionada por las cosas que veía pero impotente de evitar que ocurrieran.

Podía analizarme todo lo que quisiera, pero el hecho es que habíamos destruido innecesariamente los hogares de casi doscientas personas. Todos los análisis del mundo no lograrían que se alzara una nueva aldea de las cenizas. No podían responder a la pregunta que se repetía en mi mente ni aliviar el peso de mi culpa. Tampoco sirvieron los habituales argumentos y racionalizaciones. Sí, obviamente la aldea estaba bajo control enemigo; había sido un almacén de aprovisionamiento del Vietcong al mismo tiempo que una aldea. Sí, incendiar el escondrijo había sido un acto de guerra legítimo y el fuego resultante era accidental. Sí, la última destrucción deliberada había sido cometida por hombres *in extremis*; la guerra era un estado extremo y a menudo los hombres hacían cosas desesperadas. Pero tanta sensatez no logró aliviar mi culpa ni

responder a la pregunta: ¿Tai Sao?

Pasamos una noche serena, que fue más ruidosa para la compañía D. Mientras asistían a tantos heridos, los sanitarios de Miller se quedaron sin morfina y no había helicópteros disponibles para evacuar a las víctimas. De modo que los muertos y los heridos permanecieron allí tendidos toda la noche: los muertos, abotagados; los heridos, gimiendo por falta de morfina.

El Vietcong efectuó un débil ataque contra las líneas del batallón poco antes del amanecer pero fue rechazado con descargas de mortero. Más tarde llegaron los helicópteros para evacuar a las víctimas y abastecernos de raciones y municiones. Flotando sobre la colina 52, mientras los jefes de la tripulación echaban las provisiones por las escotillas, los helicópteros fueron saludados con fuego de armas automáticas desde las posiciones del Vietcong al otro lado del río. Respondimos con unas pocas descargas de nuestras ametralladoras; los proyectiles formaron géiseres en el río que era de oro brillante bajo la temprana luz matinal.

La guerra continuaba.

Era tan alegre reír allí... donde la muerte se vuelve absurda y la vida más absurda aún. Porque teníamos poder mientras desnudábamos huesos sin sentir malestar ni el remordimiento de matar.

WILFRED OWEN

Apología Pro Poemate Meo

Mientras subían por la senda, que como un laberinto atravesaba las achaparradas matas circundantes al puesto de avanzada, los seis hombres de la patrulla adelantaban sus pies enfermos y magullados como si anduvieran descalzos sobre vidrio molido. La patrulla recibió la señal de avanzar y los *marines* pasaron uno a uno al otro lado del herrumbroso alambre del cerco. A sus espaldas se extendían las estribaciones donde habían estado toda la mañana, hacia las montañas de color verde musgo que oscilaban bajo el resplandor del sol.

El calor era sofocante, como ocurría siempre en los intervalos entre una tormenta monzónica y otra. El aire parecía a punto de estallar. Atontados por el sol, la mitad de los *marines* cabeceaban bajo sus capotes. Otros limpiaban sus fusiles, que volverían a corroerse en pocas horas y tendrían que ser vueltos a limpiar. Unos pocos hombres, en cuclillas, formaban un círculo alrededor de una lata de queso que había llegado a la colina de Charley con la ración de aprovisionamiento que llegaba dos veces por semana. El queso significaba un convite especial, un cambio de la repugnante dieta de raciones de campaña y, además, aliviaba la diarrea que todos padecíamos. Los hombres comían con los dedos, alrededor de la

lata, gruñendo de satisfacción.

—Eh, tenemos queso —dijo uno de ellos a los hombres de la patrulla de Crowe

—. Buen queso. ¿No queréis comer un poco de queso?

Demasiado fatigados para comer, los hombres de la patrulla mearon la cabeza y se encaminaron a sus trincheras. Tenían la piel pálida, excepto el rostro y el cuello, las manos y una mancha en forma de V sobre el pecho, que estaba bronceado. Un bíceps de uno de los fusileros mostraba un tatuaje: una calavera y dos tibias cruzadas enmarcadas por las palabras: «*La muerte antes que la deshonra*». Reí para mis adentros. Tal como habían ocurrido las cosas desde la Operación Lanza Larga, yo confiaba en que el *marine* no tendría que preocuparse para dilucidar semejante elección. Page y Navarro, muertos pocos días atrás, no habían tenido que elegir. La granada de artillería de la bomba explosiva no les había dado tiempo a escoger, ni a ponerse a cubierto, ni a hacer nada, salvo morir instantáneamente. Sólo les faltaban cuatro días de servicio en Vietnam, confirmando así la verdad del proverbio: «No hay que cantar victoria antes de gloria».

Yo estaba sentado en el techo del refugio de mando del puesto de avanzada, tomando el sol en las piernas. Los sanitarios decían que el sol y el aire contribuían a secar las llagas supurantes de los pies y de la parte inferior de las piernas. La enfermedad había sido diagnosticada como impétigo tropical. Probablemente la había contraído en nuestra última operación de patrulla... tres días bajo una lluvia monzónica que habría impresionado a Noé; tres días de chapotear a través del limo de ciénagas anegadas. Los sanitarios me habían aplicado inyecciones de penicilina pero en aquel clima ni siquiera los antibióticos eran eficaces. Continuaba saliendo pus de las úlceras, de modo que cada vez que me quitaba las botas para cambiarme los calcetines tenía que contener la respiración por el olor de mis inmundos pies. Claro que podría haber pescado algo mucho peor que una enfermedad cutánea.

Crowe se me acercó con un mapa en la mano, para hacer su

informe. Crowe, al que llamaban Papi los adolescentes del pelotón porque había alcanzado la avanzada edad de veintitrés años —para la mayoría de los fusileros combatientes, cumplir más de veintiún años era una hazaña— tenía un rostro que hacía que su sobrenombre pareciera correcto. Los meses de recular ante las balas de los francotiradores, las noches sin sueño y el constante esfuerzo al tratar de detectar trampas de alambre, lo habían envejecido. Detrás de sus gafas, los ojos de Crowe eran tan opacos como los de un anciano.

Me dijo que su patrulla había escuchado ciertos rumores para el servicio de información. Extendió el mapa sobre el techo de sacos de arena del refugio y señaló una aldea llamada «Giao-Tri».

—¿Recuerda a los tres vietcongs que encontramos en esta aldea hace dos semanas, señor? Respondí afirmativamente. Se refería a un patrullaje anterior y a los tres jóvenes que habíamos prendido para su interrogatorio. Dado que Giao-Tri era una aldea habitualmente controlada por el Vietcong, no era corriente encontrar jóvenes en ella. Además, aquellos tres llevaban documentos obviamente falsificados en cuanto a sus edades. McCloy, que para entonces ya hablaba fluidamente el vietnamita, y un sargento miliciano del ejército sudvietnamita, los sometieron a un somero interrogatorio. Fueron liberados cuando el sargento decidió que sus papeles y sus edades habían sido falsificados, por lo que debían estar en la escuela y no en el ejército. Eran chicos que rehuían el servicio militar obligatorio, y no vietcongs.

—Bueno, señor —prosiguió Crowe—, parece que dos de ellos son Charlie, los dos mayores.

—¿Cómo te enteraste?

—Me lo contó el más joven, creo que se llama Le Dung. Volvimos a encontrarlo en la aldea y empecé a interrogarle. Un poco de inglés, un poco de vietnamita, un poco de mímica. Me dijo que los otros dos eran vietcongs, zapadores que preparaban minas y trampas explosivas. Creo que dice la verdad porque uno de los otros dos pasó por allí y el chico cerró la boca. Se le pusieron los pelos

de punta y se calló. Cuando el otro estuvo fuera de la vista le pregunté: «¿Vietcong? ¿El vietcong?». El chico movió la cabeza afirmativamente y dijo: «Vietcong». El tercero estaba junto a una casa, construyendo una puerta o algo así. Lo señalé y pregunté: «¿Vietcong?». El chico vuelve a mover la cabeza y dice que los dos Charlies viven en esa casa.

Entonces saqué el mapa y el chico me dijo que había cinco norvietnamitas en Binh Thai, también zapadores y armados con fusiles automáticos. Hizo un dibujo de las armas. Mírelo —Crowe me mostró una hoja de papel con un dibujo defectuoso de un fusil automático con carga de primera, parecido a un Bren británico—. Después me dijo que había un pelotón, un pelotón de quince vietcongs en Hoi-Vuc y que tenían un mortero y una ametralladora.

Salté furioso del refugio:

—Crowe, ¿por qué demonios no capturaste a esos dos y los trajiste?

—No sé, señor. Quiero decir que el señor McCloy los soltó. Dijo que se podían ir.

—Pero antes no sabíamos esto. Crowe, esta compañía perdió treinta y cinco hombres el mes pasado. Todos ellos cayeron en minas y en trampas explosivas y tú encuentras a un tipo que te señala a dos zapadores y los dejas allí.

—Lo siento, señor. Lo hice porque los habían soltado. Aquí nunca se sabe quién es guerrillero y quién no.

—Está bien. Oye, el informe es bueno. Hiciste bien. Ahora lárgate y descansa un rato.

—Sí, señor.

Bajé al refugio, donde Jones limpiaba su fusil. Dentro, la atmósfera era sofocante; el aire estaba viciado por los olores a sudor, a aceite de fusil y las mochilas de lona que colgaban de perchas introducidas en las fangosas paredes. Golpeé la manivela del teléfono de campaña y llamé al cuartel general de la compañía para pasar el informe de Crowe, temiendo al discurso que me echaría el

capitán Neal. *¿Por qué no los capturó? ¿Qué ocurre con su sección, teniente? ¿No piensa su gente?*

Después de perder el treinta y cinco por ciento de sus fuerzas sólo en el último mes, Neal se había vuelto casi insoportable. Supuse que el batallón lo presionaba considerablemente; desde la conclusión de la Operación Lanza Larga, la compañía sólo había matado a tres guerrilleros y capturado a otros dos, siendo seis veces mayor el número de sus víctimas. La relación de muertos de la compañía C estaba por debajo de la media. Cadáveres. Cadáveres. Cadáveres. El batallón quería cadáveres. Neal quería cadáveres. Dio conferencias a sus oficiales sobre la importancia de la agresividad e hizo amenazas implícitas cuando pensó que carecíamos de ese atributo.

«Ustedes no son lo bastante agresivos», me dijo cuando una de mis escuadras no persiguió a dos vietcongs que habían disparado sobre ellos una noche. Argumenté que el jefe de la escuadra había hecho lo más sensato: con sólo ocho hombres, de noche y a más de un kilómetro de distancia de líneas enemigas, no tenía la menor idea de si aquellos guerrilleros estaban solos o eran dos hombres de avanzada de todo un batallón. Si los hubieran perseguido, su escuadra podría haber caído en una trampa. «Señor Caputo, cuando establecemos contacto con el enemigo lo mantenemos, no lo rompemos», dictaminó Neal. «Le aconsejo que conserve en forma a sus hombres». Mansamente, tan mansamente que me desprecié a mí mismo tanto como a él, respondí: «Sí, señor. Los conservaré en forma». Pocos días después Neal nos informó —a mí y a los demás oficiales— que había adoptado una nueva política: en lo sucesivo, todo *marine* de la compañía que matara a un vietcong confirmado recibiría una ración extra de cerveza y contaría con tiempo para beberla. Como nuestros hombres estaban tan agotados, sabíamos que la promesa de tiempo libre sería un estímulo tan poderoso como la ración extra de cerveza. De modo que adoptamos la política del capitán, sin reflexionar en sus repercusiones morales. Aquél era el nivel al que habíamos caído desde el sublime

idealismo de un año atrás. Mataríamos a seres humanos por unas latas de cerveza y el tiempo necesario para beberlas.

McCloy atendió el teléfono. Neal estaba ocupado en otro lado, por lo que me libré de un nuevo sermón. Le pasé el informe de Crowe a McCloy, que naturalmente preguntó por qué no los habían apresado. Se lo expliqué. Murph me dijo que pasaría la información a la S-2 del batallón. Sí, pensé mientras devolvía el receptor a su caja envuelta en lona, y ellos se la pasarán a la S-2 del regimiento, que la pasará a la S-2 de la división, que la enterraré en un archivador y los zapadores continuarán haciendo pedazos a la compañía Charley. Me sobrecogió un intenso hastío. Estaba harto, harto de los inútiles patrullajes y de las operaciones que no daban resultados concluyentes, harto de las minas y del barro y de las enfermedades. Me faltaba un mes para cumplir mi servicio en Vietnam y mi única esperanza consistía en irme por mis propios pies y no en una camilla o en una caja. Sólo un mes. ¿Qué era un mes? En Vietnam, un mes era una eternidad. A Page y a Navarro sólo les faltaban cuatro días. Yo estaba obsesionado por sus muertes.

Jones, apoyado en una de las paredes del refugio, seguía limpiando su fusil. Una capa de sudor le cubría el rostro. Su varilla de limpieza avanzaba y retrocedía a través del cañón del arma y producía un monótono sonido de raspadura. Me eché en el capote que estaba extendido en el suelo. Dormí. Tenía que dormir algo. Cogí una de las mochilas de su percha, la apoyé contra el casco para hacer una almohada y me volví de costado; hice una mueca cuando mis pantalones, que se habían adherido a las llagas de los genitales, se soltaron y me arrancaron fragmentos de carne. Dormir, dormir, acaso no soñar. Otra vez había empezado a tener pesadillas.

El mes que siguió al ataque en el valle de Vu Gia había sido, en sí mismo, una pesadilla. Sólo recuerdo instantáneas de aquella época; algunas escenas fragmentarias centellean en mi pantalla mental como fragmentos de una película: hay un plano de la

compañía que marcha cerca de una línea arbolada, arrasada con napalm durante el ataque. A través de los prismáticos, veo cerdos que hociquean alrededor de formas que parecen leños negros aunque son cadáveres chamuscados. *Clic*. Escena siguiente. Un delirante fuego continuo el último día de la operación; los vietcongs se precipitan por uno de los lados de un ancho río y disparan mientras corren; mi pelotón corre acequia abajo del otro lado y responde al fuego. Los proyectiles bailan en el arrozal, entre el río y la acequia, y luego caen hacia donde estamos Jones y yo. Cuando las descargas chocan a nuestros pies los dos nos zambullimos de espaldas en una pila de bosta de búfalo de la que salimos riendo como locos mientras la bazofia chorrea por nuestras caras. Luego la dotación de morteros de la compañía lanza 60 mm sobre el enemigo y mi sección descarga sus fusiles contra el telón de humo de granadas. Un artillero que vuela en un avión de observación se comunica por radio y dice que ve siete cadáveres enemigos tendidos en una senda, cerca de la orilla del río.

Clic. Las escenas siguientes tienen lugar en la zona de operaciones de la compañía, cerca de Danang. Forman un todo: tomas de patrullas que regresan con dos, tres o seis hombres menos. La banda sonora es monótona: el sordo ruido de las minas que estallan, el rápido tableteo de disparos de armas cortas, el ir y venir de *marines* que persiguen partidas de enemigos, aunque casi nunca los encuentran, hombres que gritan «¡Sanitario!» y el *uap-uap-uap* de los helicópteros que transportan evacuados. *Clic*. Un prolongado intervalo que en vez de mostrar capullos en flor muestra cómo se disuelve lentamente nuestra compañía. En cada cuadro las filas son cada vez más cortas y las caras de los hombres son caras de hombres que se sienten condenados, que sólo esperan su turno para volar por los aires después de pisar un terreno minado. *Clic*. Un plano de mi sección en un patrullaje nocturno, chapoteando en una negrura tan profunda que cada hombre debe sujetarse del mango de la herramienta excavadora que lleva a la espalda el que va delante de él. Una lluvia torrencial nos castiga mientras tropezamos

ciegamente en la oscuridad. Agarrado a un mango con una mano, sostengo una brújula en la otra. No veo al *marine* que está a la distancia de un brazo delante de mí: sólo el pálido y luminoso cuadrante de la brújula. *Clic*. Un *flash* del soldado de primera Arnett, que ha sido herido por una mina. Está tendido de espaldas bajo la lluvia, envuelto en las cintas escarlatas de su propia sangre. Me mira con la expresión soñadora y remota de un santo de una pintura del Renacimiento y dice: «Éste es mi tercer Corazón Púrpura y no les voy a dar una nueva oportunidad. Me vuelvo a casa».

Otros episodios reflejan lo que la guerra ha hecho de nosotros. Un cabo persigue a un vietcong herido después de un enfriamiento. Sigue la huella de sangre del hombre hasta que lo encuentra arrastrándose hacia la entrada de un túnel. El soldado enemigo vuelve su rostro en dirección al perseguidor, quizá para rendirse, quizá para implorar misericordia. El cabo se acerca a él y le dispara con indiferencia en la cabeza. *Clic*. El sargento Horne está de pie frente a mí, con una sonrisa nerviosa en los labios. Dice:

«Señor, el señor McKenna se ha vuelto loco». Le pregunto cómo ha llegado a ese diagnóstico. «Estábamos dispuestos en emboscada diurna en las proximidades de Hoi-Vuc», dice Horne. «Una vieja pasó por allí y notó nuestra presencia, de modo que la retuvimos para que no advirtiera a los vietcongs de que nos encontrábamos ahí. Mascaba betel y por accidente escupió una pizca en la cara del señor McKenna. Él sacó la pistola y le disparó en el pecho. En seguida le ordenó a uno de los sanitarios que la curara, como si no se diera cuenta de que la había matado». Corte brusco a la tienda del oficial, aquella misma noche. Bajo la tenue luz de una lámpara de petróleo, McKenna y yo conversamos sobre la cuestión. Me dice: «Phil, el arma se disparó sola. Estoy realmente preocupado, ¿sabes?». Le respondo que lo comprendo. «No, no me refiero a eso», aclara McKenna. «Quiero decir que lo que me preocupa de haberla matado es que no me preocupa».

Dormí poco y a rachas en el refugio y me desperté agitado.

Psicológicamente, nunca me había sentido peor. Hacía pocos segundos que estaba despierto cuando me invadió la misma sensación que me había dominado después de mi pesadilla acerca de los mutilados de mi antigua sección: una sensación de miedo sin motivo alguno. Y ese temor irracional me produjo inmediatamente la sensación que a menudo experimentaba durante una acción: verme a mí mismo en una película. Aunque he tenido una década para pensarlo, sigo siendo incapaz de explicarme por qué desperté en ese estado. No había soñado. Era un día sereno, uno de aquellos días en que resultaba difícil creer que se estaba desarrollando una guerra. Sin embargo, mis sensaciones eran las de un hombre que se encontraba bajo el fuego. Tal vez sufría una reacción retardada a alguna sensación previa. Quizá era, sencillamente, fatiga de batalla. Llevaba en Vietnam casi un año y probablemente estaba más agotado de lo que entonces creía. Tantos meses de tensiones acumuladas podrían haber escogido ese momento para estallar, repentinamente y sin razón aparente. Cualquiera fuera la causa, exteriormente parecía normal, aunque un poco más inquieto que de costumbre, pero en mi interior estaba lleno de turbulentas emociones y pensamientos desordenados, y no pude desprenderme de esa extraña sensación de estar dividido en dos.

Pensé que el aire frío podría ayudarme y salí del mohoso refugio. Sólo logré sentirme peor, irritado por el dolor que me atenazaba cada vez que mis pantalones se despegaban de las úlceras. Las llagas me escocían insoportablemente pero no podía rascarlas porque con eso sólo conseguiría extender el mal. El aire de última hora de la tarde era opresivo. Surgía el calor de la tierra ardiente y descendía desde el cielo. Comenzaban a formarse nubes en grises torres sobre las montañas, amenazando con nuevas lluvias. Lluvia. Lluvia. Lluvia. ¿Cuándo dejaría de llover? Las cabezas de mis hombres despedían olor a heces, turbios sedimentos de nuestras entrañas enfermas. Mi necesidad de actividad física superó mi desagrado y me dispuse a recorrer el cerco. Di vueltas y vueltas, unos momentos conversando con mis *marines*, otros, deteniéndome con

la vista fija en la distancia. Pocos metros más allá del cerco, las paredes de un edificio semiderruido parecían níveas bajo el resplandor del sol. Contemplarlas me obligaba a parpadear, pero las contemplé. Las observé durante largo rato. Ignoro por qué. Sólo recuerdo que tenía la vista fija en ellas y sentía que el calor se volvía cada vez más opresivo a medida que las nubes se apilaban y avanzaban a través del cielo. El edificio había sido un templo pero ahora era poco más que un montón de piedras. Crecían enredaderas sobre las piedras y los desaparejos muros agujereados por las balas, que se transformaron de blancos en rosados cuando el sol se ocultó entre las nubes. Detrás del edificio se encontraba el matorral salvaje que cubría las cuestas de las colinas. Olía a madera y a hojas podridas y los árboles bajos rodeaban el puesto de avanzada como las filas desordenadas de un ejército sitiado. Mientras contemplaba la jungla y el templo en ruinas, el odio me embargó: odio por ese mundo verde, mohoso y ajeno en donde luchábamos y moríamos.

Ahora mis pensamientos y mis sentimientos de las horas siguientes se mezclan irrecuperablemente en mi memoria, pero en algún momento del atardecer me invadió el irresistible impulso de hacer algo. «Hay que hacer algo», fue el pensamiento más claro que cruzó por mi mente. Estaba fijado a la intolerable situación de la compañía. Ahora sólo contábamos con la mitad de nuestra dotación original y la mitad de nuestros efectivos habían sido heridos por lo menos una vez. Si al mes siguiente sufríamos tantas bajas como el anterior, sólo quedaríamos cincuenta o sesenta hombres, o sea poco más que una sección reforzada. Era una locura que siguiéramos hollando aquellas sendas y pisando trampas explosivas sin ninguna posibilidad de desquite. *Desquite*. La palabra resonó en mi cabeza. *Me desquitaré*. Entonces mis caóticos pensamientos comenzaron a centrarse en los dos hombres a quienes Le Dung —el informador de Crowe— había identificado como vietcong. Mi mente hizo algo más que centrarse en ellos: se adhirió a ellos como un misil al tubo de escape de un reactor. Se convirtieron en una obsesión. Los cazaría. Los atraparía antes de que cogieran a más

de los nuestros, antes de que me cogieran a mí. Prenderé a esos cabrones, dije para mis adentros, y de pronto me sentí mareado.

—Cogeré a esos cabrones —repetí en voz alta, y me lancé al refugio. Jones me miró inquisitivamente—. Los vietcongs, Jones, los atraparé.

Reí. De la caja de mapas saqué una copia de la ruta del patrullaje que la segunda escuadra seguiría aquella noche. Llegarían a un cruce de senderos en las afueras de la aldea de Giao-Tri. Perfecto. Si aquellos dos vietcongs salían de la aldea, caerían en la emboscada. Reí casi audiblemente ante la idea de su muerte. Si los norvietnamitas no abandonaban la aldea, la escuadra se infiltraría en ella, Crowe la guiaría a la casa que había señalado Le Dung y los capturaría... «Los arrebataría», en la jerga de los *marines*. Sí, eso es lo que haría. Una acción de «arrebataamiento». La escuadra capturaría a los dos vietcongs y los traería al puesto de avanzada. Yo los interrogaría, los apalearía si era necesario, me enteraría de los emplazamientos de otras células y unidades enemigas y luego las capturaría y mataría. Los cazaría a todos. ¿Y si los dos guerrilleros se resistían? En ese caso la patrulla tendría que matarlos. Matar vietcongs. Eso era lo que se suponía teníamos que hacer. Cadáveres. Neal necesitaba cadáveres. Bien, yo le proporcionaría cadáveres y mi sección sería recompensada en lugar de reprendida. Yo no tenía autoridad para enviar a la escuadra a la aldea. La orden del servicio de patrulla sólo precisaba una emboscada en el cruce. Pero... ¿quién era la autoridad real en aquel puesto de avanzada aislado? Yo. Tomaría el asunto en mis propias manos. Allí yo podía hacer lo que se me viniera en gana. Y lo haría. La idea de emprender una acción independiente me mareó aún más. Salí a instruir a la patrulla.

A la luz crepuscular, Allen, Crowe, Lonehill y otros dos fusileros se agacharon a mi alrededor. Con sus gorros de monte, las manos y las caras ennegrecidas con betún, parecían adecuadamente feroces. Les dije lo que debían hacer, pero en mi estado mental embrollado, por momentos fui casi incoherente. Reí con frecuencia

e hice varias bromas sanguinarias que probablemente les dieron la impresión de que no me molestaría si ejecutaban sumariamente a ambos vietcongs. En todo momento tuve la sensación de verme en una película. Me oí reír pero no parecía mi risa.

—Bueno, ya sabéis qué debéis hacer —dije a Allen, el jefe de la patrulla—. Os disponéis en emboscada durante un rato. Si nadie se acerca, entráis en la aldea y los prendéis. *Cazad a esos malditos vietcongs*. «Arrebatadlos» y traedlos aquí pero si os plantean algún problema, matadlos.

—Señor, dado que se supone que no debemos entrar en la aldea, ¿qué decimos si tenemos que matarlos?

—Diremos que cayeron en nuestra emboscada. No te preocupes. Todos los jefazos quieren cadáveres.

—Sí, señor —respondió Allen.

Vi la expresión de sus ojos. Allen tenía una mirada de odio e ira destilados y cuando mostró su sonrisa, semejante a la de una calavera, supe que mataría a aquellos hombres ante el menor pretexto. Y en cuanto lo supe, no repetí mi orden de que si era posible había que capturarlos. Mi deseo secreto y salvaje consistía en que esos dos hombres murieran. En el fondo de mi corazón albergaba la esperanza de que Allen encontrara alguna excusa para matarlos y Allen había sabido leer mi corazón. Sonrió y le devolví la sonrisa: en ese momento ambos supimos qué ocurriría. Hubo entre los dos una comunicación silenciosa, una comprensión tácita: se vertería sangre. No hay ningún misterio en tal comunicación tácita. Dos hombres que han compartido las penurias y los peligros de la guerra llegan a conocerse tan íntimamente como dos hermanos que han vivido juntos durante años: cada uno sabe leer el corazón del otro sin pronunciar una sola palabra.

La patrulla se marchó, alejándose sigilosamente del puesto de avanzada y se la tragó la oscuridad. No mucho después comenzaron a asaltarme las dudas. Era la otra mitad de mi doble yo, la mitad lúcida y serena, que me advertía que algo horrible estaba por suceder. Se me ocurrió la idea de hacer volver a la patrulla pero no

me decidí a dar la orden. Me sentía atrapado, en las garras de un poder inexorable.

«Había que hacer algo».

Y algo se hizo. Allen me llamó por la radio y me informa que habían matado a uno de los vietcongs y capturado al otro. Volvían con el prisionero. Lancé un alarido guerrero y me comuniqué con Neal por el teléfono de campaña. Me informó que había escuchado la anterior transmisión de Allen. Nos felicitó:

—Sus hombres hicieron un buen trabajo.

Me sentía jubiloso. Salí del refugio y, exaltado, le grité a Coffell:

—¡Cogieron a ambos! ¡A los dos! ¡Iuuupi!

La noche era cálida y serena. Al oeste, los relámpagos destellaban como proyectiles en las nubes que oscurecían el cielo por encima de las montañas. Directamente encima de mi cabeza la atmósfera era diáfana y contemplé las encumbradas estrellas.

Mientras aguardaba junto al cerco el retorno de la patrulla, oí una descarga de disparos de fusil y el rugido característico del arma de Crowe. Allen volvió a llamarme por la radio: el prisionero había golpeado a Crowe en la cara con una rama y había intentado escapar. Lo habían matado.

—Traed el cuerpo. Quiero registrarlo.

Llegaron en seguida. Los cinco hombres jadeaban por la rápida retirada y estaban algo más excitados de lo que correspondía a semejantes veteranos. Allen se encontraba especialmente exaltado. Se echó a reír en cuanto estuvo en el interior de la alambrada del cerco. Quizá fuera el alivio de la tensión lo que lo hacía reír así, con risa cascada y abatida. Cuando se calmó, me contó lo que había ocurrido:

—Nos infiltramos en la aldea, como usted nos dijo, señor. Crowe nos guió hasta la casa donde había hablado con el informador. Estaba vacía, de modo que nos metimos en la choza donde vivían los vietcongs. Entramos Crowe, Lonehill y yo. Los otros dos se quedaron en la senda para cubrirnos la retirada. La casa estaba

a oscuras, de modo que Crowe encendió su linterna y allí estaban los dos vietcongs, durmiendo en sus camas. Lonehill entró en la otra habitación y una chica empezó a gritar. «Hazla callar», dije, y Lonehill la golpeó con el cañón de su fusil —Allen lanzó otra carcajada. Crowe y otros que escuchaban lo imitaron. Yo también reía. ¡Qué divertido! ¡El viejo Lonehill la golpeó con el fusil!—. Más o menos en ese momento uno de los norvietnamitas se irguió en su cama y la fulana empezó a gritar otra vez. Crowe entró en su cuarto, la abofeteó y le ordenó que cerrara su cochina boca. Volvió y pinchó con su cuarenta y cinco al vietcong que estaba sentado. El tipo pegó un salto y salió corriendo... estaba herido en el hombro. Crowe salió tras él. El vietcong corrió hacia afuera sin dejar de gritar: «¡Troi Oi! ¡Troi Oi!» —Oh, Dios—, entonces Crowe le dio el golpe de gracia y dejó de chillar. El otro imbécil intentó llegar a la puerta pero Lonehill lo atrapó. «Ya está bien, llevémoslo», dije, y salimos como alma que lleva el diablo. Estábamos en la base de la Colina cuando el muy cabrón golpeó a Crowe en la cara con una rama. Alguien dijo «quiere fugarse, rociadlo». Lonehill lo sujetó y Crowe se lo cargó con la escopeta. El tipo estaba *muerto* —enloquecida e histéricamente, todos volvimos a reír.

—De acuerdo —dije—, ¿dónde está el cadáver?

—Detrás de la alambrada, señor.

El muerto estaba tendido boca abajo. Tenía la parte de atrás de la cabeza reventada y bajo la luz de mi linterna vi sus sesos como una brillante mancha gris.

Alguien lo pateó hasta que quedó de espaldas y murmuró:

—Discúlpeme, señor Charles, espero que no le haya dolido — todos nos doblamos de risa.

Apunté la linterna a la cara. Tenía los ojos muy abiertos y brillantes, como los de una muñeca rellena de paja. Mientras Coffell sostenía la linterna, registré el cuerpo. Había algo en el muerto que me preocupaba. No era la mutilación... estaba acostumbrado a eso. Era su rostro. Un rostro tan joven... Mientras lo registraba no

dejé de pensar que era un chico, sólo un chico. No podía comprender por qué eso me inquietaba; los soldados del vietcong, como los nuestros, eran todos jóvenes.

Le arranqué la camisa ensangrentada y hecha jirones, como su pecho, por perdigones de escopeta, para buscar sus papeles. Alguien bromeó:

—Eh, teniente, le hará coger un resfriado.

Todos volvieron a reír. Yo también, aunque con menos entusiasmo que antes.

No había documentos en los bolsillos del chico, ni cartuchera alrededor de su cintura. No había nada que demostrara que había sido un vietcong. Eso me preocupó aún más. Me levanté, cogí la linterna de manos de Coffell y apunté la luz a la cara del chico muerto.

—¿Encontrasteis algo en los bolsillos del otro? —le pregunté a Allen.

—No, señor.

—¿Ni documentos ni armas?

—No, señor. Nada.

—¿Qué hay de la casa? ¿Encontrasteis algo que pareciera un equipo de trampas explosivas en la casa?

—No, señor.

—¿Ni papeles falsos ni nada semejante?

—No, señor. No encontramos nada.

Las risas se habían interrumpido. Me volví en dirección a Crowe:

—¿Estás *seguro* de que éste era uno de los dos chicos señalados?

—Sí, señor —replicó Crowe, pero apartó la mirada.

—Repíteme por qué le disparaste.

—Me golpeó la cara con una rama, como dijo Allen —Crowe no me miraba; tenía la vista clavada en el suelo—. Me golpeó la cara con una rama e intentó fugarse, de modo que lo liquidamos.

La atmósfera parecía cargada de culpa. Seguí observando el

cadáver y me recorrió una ola de terror cuando reconocí aquel rostro. La sensación fue similar a la de salir de un trance hipnótico. Fue tan estremecedor como despertar súbitamente de una pesadilla, excepto que yo había despertado de una para caer en otra.

—¿Ocurrió así, Allen? —inquirí—. El prisionero intentó escapar, ¿verdad?

—Sí, señor, por lo que yo sé, sí, señor. Crowe le disparó —Allen se estaba cubriendo a sí mismo.

—Bien, si alguien os pregunta sobre esto, decid que estos tipos se metieron en vuestra emboscada. Eso es lo que diréis y eso sostendréis. Todos vosotros. Se metieron en vuestra emboscada, matasteis a uno y capturasteis al otro. Luego el prisionero intentó escapar y, en consecuencia, también lo matasteis. ¿Entendido? No le diréis a nadie que los sacasteis de la aldea.

—Sí, señor —respondió Allen.

—Ahora largaos y pasad la voz a los demás. Tú también, Crowe.

—Sí, señor —contestó Crowe, y dejó caer la cabeza como un niño travieso.

Se alejaron. Permanecí un rato observando el cadáver. Los grandes ojos brillantes y vidriosos me contemplaban acusadores. La boca abierta del chico muerto gritaba silenciosamente su inocencia y nuestra culpa. En la oscuridad y la confusión, a consecuencia del miedo, el agotamiento y los brutales instintos adquiridos en la guerra, los *marines* habían cometido un error. Un espantoso error. Habían matado a quien no correspondía. No, habían no: *habíamos*. *Nosotros* habíamos matado a quien no correspondía. La sangre inocente de ese chico manchaba mis manos tanto como las de ellos. Yo los había enviado allí. Dios mío, ¿qué hemos hecho?, pensé. No podía pensar en otra cosa. Dios mío, qué hemos hecho. Por favor, Dios, perdónanos. ¿Qué hemos hecho?

Apagué la linterna, le pedí a Coffell que reuniera una partida para enterrarlo. No sabía qué otra cosa hacer con el cadáver del

informador de Crowe, el chico que se llamaba Le Dung.

Las máquinas de escribir del cobertizo de metal cilíndrico comenzaron a golpear puntualmente a las ocho, cuando entraron los escribientes del servicio jurídico para iniciar otro aburrido día mecanografiando rutinarios informes. La luz roja de la cafetera eléctrica brillaba y los ventiladores eléctricos de los escritores de los escribientes agitaban el aire denso y cálido. Después de haber dormido ocho horas seguidas como hacían todas las noches, y de haber desayunado tocino con huevos como hacían todas las mañanas —excepto cuando en el comedor del cuartel general de la división servían tostadas— los empleados eran muchachos dichosos y de aspecto saludable. Parecían levemente aburridos por su monótono trabajo, pero les contentaba saber que sus puestos en la retaguardia les ofrecían aquello de que carecían sus contemporáneos de las compañías de primera línea: futuro.

Sentado en un rincón del cobertizo con el teniente Jim Rader, mi abogado defensor, observé a los escribientes y deseé ser uno de ellos. Qué agradable sería volver a tener futuro. Afuera se había reunido una multitud de testigos: *marines* y aldeanos vietnamitas, estos últimos con expresiones de total desconcierto por el drama legal en que pronto representarían los papeles que les habían asignado. Uno de los escribientes musitó una maldición cuando un ventilador hizo volar algunos papeles de su escritorio. La brisa artificial chocaba contra la pared que se encontraba a sus espaldas y hacía crujir las hojas de su calendario, que mostraba un dibujo pornográfico debajo del cual se leía la palabra *JUNIO*, flanqueada por los números 1966. Todos los días estaban tachados excepto aquél, el 30, día en que juzgarían al soldado de primera Crowe, por dos acusaciones de homicidio premeditado.

Yo debía aparecer como testigo de la acusación. Eso era algo absurdo, ya que a la mañana siguiente me juzgaría por idénticos cargos el mismo fiscal. Claro que en primer lugar era absurdo el hecho mismo de que nos hubieran acusado. Nos habían enseñado

a matar, nos habían ordenado que matáramos y ahora nos someterían a un consejo de guerra por matar.

Sobre el escritorio de Rader había un fajo de papeles atados, grueso como el listín telefónico de una ciudad pequeña, titulado «Informe del Oficial Investigador». Aquél era el producto de cinco meses de trabajo por parte de varios abogados y militares y los dos formularios de la parte de arriba —el DD457 y el DD458— contenían las acusaciones que me correspondían: «... en cuanto al teniente primero Philip J. Caputo... mató con premeditación a Le Dung, ciudadano de la República de Vietnam. En cuanto al teniente primero Philip J. Caputo... mató con premeditación a Le Du...». Había una tercera acusación, resultante de mi enfermizo intento de negar que había intentado encubrir la matanza: «En cuanto al teniente primero Philip J. Caputo... suscribió bajo juramento de honor una declaración falsa, que en esencia es como sigue: “No les dije que sostuvieran sus declaraciones”, declaraciones que entonces no consideraba verdaderas».

Había mucho más material —declaraciones de testigos, informes de investigaciones, etcétera— pero una cuadrícula del formulario DD457 estaba visiblemente en blanco. Se trataba del espacio correspondiente a SE ADUCEN CIRCUNSTANCIAS ACLARATORIAS O ATENUANTES. Al principio de la investigación me pregunté por qué el oficial investigador no había aducido circunstancias aclaratorias o atenuantes. Más adelante, cuando tuve tiempo de reflexionar, deduje mi propia conclusión: la circunstancia aclaratoria o atenuante era la propia guerra. Las muertes habían ocurrido en la guerra. Más aún, habían ocurrido en una guerra cuyo único objetivo consistía en matar vietcongs, guerra en que aquéllos a quienes se les ordenaba matar a menudo no sabían diferenciar a los vietcongs de los paisanos, guerra en la que los habitantes de las «zonas de fuego libre» morían diariamente presas de armas mucho más terribles que las pistolas y los fusiles. La muerte de Le Dung y de Le Du no podía divorciarse de la naturaleza y dirección de esa guerra. Eran un producto inevitable de la guerra.

Tal como yo había llegado a entender las cosas, Estados Unidos no podía intervenir en una guerra de pueblos sin matar a gente de esos pueblos. Pero plantear estas cuestiones como aclaratorias o atenuantes significaría plantear un cúmulo de cuestiones morales ambiguas. Podía incluso plantearse el asunto de la moralidad de la intervención norteamericana en Vietnam o, como me dijo un oficial: «Eso destaparía una verdadera olla podrida». En consecuencia, los cinco hombres de la patrulla y yo seríamos juzgados como delincuentes comunes, como si hubiéramos asesinado a dos personas en el curso de un asalto a un banco en tiempos de paz. Si nos declaraban culpables, la conciencia institucional del Cuerpo de Infantes de Marina quedaría limpia. Seis criminales que, naturalmente, no representaban a la mayoría de los estupendos combatientes hijos de norteamericanos, habían sido llevados ante la justicia. Caso concluido. Si nos declaraban inocentes, el Cuerpo de Infantes de Marina podría decir: «La justicia ha seguido su curso y en un consejo de guerra celebrado de acuerdo con los hechos y las pruebas se llegó a la conclusión de que no se había cometido ningún crimen». También caso cerrado. En cualquiera de ambos casos, quedaría a salvo el espíritu militar.

—Estuve afuera hablando con tu exjefe —observó Rader—. Me dijo que parecías nervioso.

—¿Cómo cuernos esperas que me sienta? Mañana por la noche puedo estar en camino a Portsmouth para toda la vida.

Portsmouth, la prisión naval de Estados Unidos, es una institución penal de la que se decía combinaba los peores aspectos de un campamento de *marines* con los de una mazmorra medieval. No obstante, una condena a cadena perpetua allí era mejor que la otra posibilidad, la muerte a manos de un pelotón de ejecución. Esta última posibilidad había estado pendiente sobre nuestras cabezas hasta pocas semanas atrás, cuando se dispuso que nuestro caso se juzgaría como no sujeto a pena capital. No nos fusilarían si nos consideraban culpables: ¡un favor!

—Oye, no quiero que pienses así —me interrumpió Rader—.

Tengo confianza respecto a los resultados. Aunque seas declarado culpable, apelaremos. Incluso al presidente, si es necesario.

—Fantástico. Entretanto, los carceleros de la policía militar usarán mi cabeza como tambor para hacer sonar sus porras. Por Dios, ya sabes cómo es aquel lugar.

¿Te imaginas lo que le harían a un oficial degradado?

—No quiero que te amargues. Quiero que hoy cumplas bien como testigo. Debo decirte que te admiro por la forma en que has soportado todo esto. No lo arruines ahora. Realmente, yo me habría derrumbado hace mucho tiempo.

—Yo no me vendré abajo, Jim. Eso es algo que no haré. Me derrumbé una vez y jamás volverá a ocurrirme.

—¡Caray! ¿Cuánto te derrumbaste?

—Aquella noche. La noche que envié a los muchachos a aquel lugar. Entonces reventé. No aguantaba más. Estaba frustrado y aterrizado. Si no me hubiera venido abajo, jamás los habría enviado allí.

—Ah, eso. Ya nos hemos referido a eso una docena de veces. Nada de drama, ¿comprendes? Éste es el mundo real. Hemos hablado demasiado de esta cuestión. Tú les dijiste que capturaran a esos vietnamitas y que los mataran si se veían obligados a hacerlo. No ordenaste un asesinato. Eso es lo que dirás en el banquillo y lo dirás porque es la verdad.

Rader y yo habíamos discutido la cuestión con anterioridad. La habíamos discutido desde el día en que le nombraron mi abogado defensor. Eso había sido en febrero, después de que algunos aldeanos de Giao-Tri presentaron una queja a su jefe aldeano, que se dirigió al jefe del distrito, un coronel del ejército vietnamita que planteó el asunto a las autoridades militares norteamericanas en Danang. Dos jóvenes de Giao-Tri, ambos paisanos, habían sido asesinados por una patrulla de *marines*. Se puso en marcha la investigación. En el ínterin, el batallón estaba estableciendo nuevas posiciones permanentes en la avanzada de la antigua línea del

frente. El Vietcong protestó por la intrusión en su territorio mediante terrenos minados, infiltrados, morteros y francotiradores. Mi sección perdió varios hombres más, incluido Jones, que fue gravemente herido por una trampa explosiva. Las otras dos secciones sufrieron alrededor de dieciséis bajas entre las dos y la compañía C quedó tan mermada, que Neal tuvo que convertir en fusileros a los miembros de las dotaciones de morteros agregados a la compañía y no quedó nadie para manejar los 81 mm.

Fue en esa depresiva atmósfera de pérdidas constantes que los cinco *marines* y yo fuimos llamados al cuartel general del batallón para ser interrogados acerca de lo que llegó a conocerse como «el incidente de Giao-Tri».

La mayoría de los detalles de aquella larga y complicada investigación se han esfumado de mi memoria. Lo que permanece más vívidamente es el terror paralizante que me sobrecogió cuando el oficial investigador me dijo que era sospechoso de homicidio. *Homicidio*. La palabra estalló en mis oídos como una granada de mortero. *Homicidio*. Pero eran vietcongs, le dije al oficial investigador. Al menos uno de ellos. No, respondió, no parecían ser vietcongs. Esto había sido confirmado por el jefe de policía de la aldea y por el jefe aldeano. *Homicidio*. Sabía que habíamos hecho algo erróneo, pero nunca se me había ocurrido la idea de un homicidio. Alarmado y desconcertado, respondí a las preguntas del coronel lo mejor que pude, pero cuando me preguntó si le había dicho a mis hombres que sostuvieran sus declaraciones, me descolgué con un «¡No!».

Acompañado por su asistente, un soldado de primera que había tecleado mis respuestas en una portátil, el coronel se retiró pocos minutos más tarde con sus papeles, los libros del caso y la máquina, todos los adminículos del metódico mundo del cuartel general de la división, el mundo de las leyes, que se obedecen con tanta facilidad cuando se come bien, se duerme bien y no hay que enfrentarse a la amenaza cotidiana de la muerte.

Después me sentí muy agitado, tanto que creí que me

desdoblaría. No era sólo el espectro de una acusación de asesinato lo que me atormentaba, sino mi propio sentimiento de culpa. Tendido en una tienda del cuartel general volví a ver los ojos de aquel chico y la acusación en su mirada sin vida. Quizá habíamos cometido un homicidio sin darnos cuenta, como le había ocurrido a McKenna. Tal vez la guerra había despertado algo perverso en nosotros, algún oscuro y maligno poder que nos permitía matar sin sentirlo. Bien, en mi propio caso, podía dejar de lado el «quizá». Aquella noche había en mí algo maligno. Era verdad que había ordenado a la patrulla capturar a los dos hombres si era posible, pero también era cierto que los quería muertos. El crimen anidaba en mi corazón y de alguna manera, mediante el tono de voz, un gesto o el énfasis puesto en *matar* más que en *capturar*, había transmitido mi violencia interna a los demás. Consideraron que mi manera sumamente agresiva era un refrendo al desahogo de sus propios impulsos vitales. Recordé la euforia que habíamos experimentado después, nuestras risas y el repentino despertar a la culpa. No obstante, no podía concebir que el acto fuera calificado de homicidio premeditado. No se había cometido en el vacío. Era consecuencia directa de la guerra. Lo que habíamos hecho era resultado de lo que la guerra nos había hecho a nosotros.

En algún punto de mi introspección comprendí que le había mentado al oficial investigador. Me acerqué a la tienda del ayudante, llamé al coronel y le dije que deseaba corregir mi declaración y ejercer mi derecho a defenderme. El coronel retornó al cuartel general del batallón con Rader, pelirrojo alto de menos de treinta años.

—Señor —dije—, la parte de mi declaración donde afirmé que no le había dicho a mis hombres que sostuvieran sus declaraciones... no es verdad. Mi mente estaba confusa. Quiero que se tache y se reemplace por la verdad.

—Lo siento —respondió—, esa declaración fue hecha bajo juramento. No puede suprimirse. Así son las leyes.

Si yo quería agregar algo podía, pero la declaración original

firmada en el expediente no podía ser suprimida. El coronel sonrió, complacido consigo mismo y con la inexorable lógica de su preciosa ley. Había quedado atrapado en otra acusación. Hice otra declaración.

Después Rader y yo celebramos la primera de nuestras muchas y prolongadas entrevistas. Me pidió que describiera todo lo que había ocurrido aquella noche.

—De acuerdo —acepté—, pero antes quiero que leas esto. Lo escribí mientras aguardaba a que llegaras tú y el coronel.

Le extendí un abultado ensayo sobre las condiciones en la línea del frente. En una guerra antiguerrillas, decía, el límite entre la matanza legal e ilegal es confuso. La política de zonas de fuego libre —en las cuales se permite al soldado dispararle a cualquier blanco humano, armado o desarmado— y la de recuento de cadáveres confunde aún más los criterios morales del combatiente. Mi patrulla había salido creyendo que perseguía a soldados enemigos. En cuanto a mí, sin duda me encontraba en un estado mental perturbado y estaba disminuida mi capacidad de juicio claro, pero hacía once meses que me encontraba en Vietnam...

Rader desechó mis balbuceos literarios y afirmó:

—Todo esto es improcedente, Phil.

—¿Por qué? A mí me parece oportuno.

—Un consejo de guerra no opinará lo mismo.

—¿Por qué? No matamos a esos chicos en Los Ángeles.

Rader respondió con un discurso sobre los hechos de la vida. No recuerdo exactamente lo que dijo pero a partir de sus palabras tuve la primera indicación de que no podía utilizarse la guerra para explicar la matanza, porque eso planteaba demasiadas cuestiones embarazosas. Sin duda, seríamos acusados como si hubiéramos matado a ambos hombres en las calles de Los Ángeles. El caso se juzgaría estrictamente de acuerdo con los hechos: quién dijo qué y a quién, qué se había hecho y quién lo había hecho. Una novela policíaca. Lo que él quería, insistió Rader, eran hechos y no

elucubraciones.

—¿Les ordenaste a tus hombres que asesinaran a los dos vietnamitas? —me preguntó.

—No.

—¿Les dijiste que debían capturarlos, o que primero debían disparar y luego hacer preguntas?

—No. Se suponía que debían capturarlos y sólo matarlos si no tenían otro remedio. Pero la verdad es que debí de darles la impresión de que no me molestaría que los mataran. Jim, aquella noche mi cabeza...

—Deja de lado la locura momentánea. Para eso existe una definición legal y a no ser que hubieras trepado por las paredes, no encajarías en ella.

—No estoy diciendo que estuviera loco. Lo que digo es que estaba agotado a más no poder. Y asustado. Maldición, lo reconozco. Tenía miedo de que una de esas minas acabara conmigo si no hacía algo. Tienes que comprender lo que significa estar allí ignorando si un segundo después volarás por los aires.

—Oye, a un consejo de guerra no le importará lo que significa estar allí. Eres tú quien debe comprender. Esto no es una novela, de modo que deja de lado el aspecto dramático. Nada habría ocurrido si esos aldeanos no se hubieran quejado. Pero lo hicieron y dieron principio a una investigación. Ahora la maquinaria está en marcha y no se detendrá hasta haber seguido su curso. Ahora bien, dime si alguien más te oyó darle instrucciones a la patrulla.

—Sí, el sargento Coffell y el sargento de la sección se encontraban presentes.

—Bien, en otras palabras, tú diste órdenes de capturar si era posible y de matar si era necesario, o algo parecido. Eso es lo que dijiste y hay dos testigos que corroborarán tus palabras. ¿Es así?

—Eso es lo que dije. Pero no estoy seguro de que mis palabras se correspondieran absolutamente con mi intención. Aquella noche tenía un sentimiento... una especie de sentimiento violento...

—Los sentimientos no se admiten como pruebas. No estoy

preocupado por tu psique. Lo importante es saber si ordenaste o no a tus hombres que cometieran un asesinato.

—¡Al cuerno, Jim! Todo se remite a la guerra. Yo no habría mandado a mis muchachos allí y ellos nunca habrían hecho lo que hicieron si no hubiese sido por esta guerra. Ésta es una guerra podrida y parte de su podredumbre se te pega después de un tiempo.

—Te ruego que dejes eso. Si ordenaste un asesinato, dímelo ahora. Puedes declararte culpable e intentaré que te den una condena leve... digamos de diez a veinte años en Portsmouth.

—Debo recordarte cómo lo pasaría conmigo mismo si esos muchachos fueran declarados culpables y yo saliera bien librado.

—¿Quieres declararte culpable de homicidio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no fue homicidio. Fuera lo que fuese, no fue homicidio. Y en caso de serlo, la mitad de los vietnamitas muertos en esta guerra habrían sido asesinados.

—No, no es eso. Tú no quieres declararte culpable porque eres inocente de lo que se te acusa.

—De acuerdo. Soy inocente.

—Por tanto, yo cuento con lo siguiente: diste orden a una patrulla de que capturara a dos sospechosos de ser vietcongs a los que sólo había que matar si era necesario. Ésa es una orden legítima en combate. Y hay dos suboficiales que declararán a tu favor, ¿verdad?

—Tú mandas. Lo que tú digas. Sácame de este lío.

—No me vengas con eso de que «tú mandas». ¿Son éstos los hechos o no?

—Sí, éstos son los hechos.

Así supe de la amplia brecha que separa los hechos de la verdad. Rader y yo sostuvimos una docena de conferencias similares durante los cinco meses siguientes. Eso se llama «Preparación de la declaración». A cada sesión aumentaba mi admiración por la

habilidad legal de Rader. Preparó mi caso con el duro pragmatismo de un comandante de batallón que se dispone a atacar una colina ocupada por el enemigo. Con el tiempo, casi logró convencerme de que la noche de la matanza, el teniente primero Philip Caputo, perfectamente despejado, impartió una orden clara y legítima que fue flagrantemente desobedecida por los hombres que estaban bajo su mando. Yo estaba fascinado por el informe que produjeron nuestros diálogos socráticos. Rader lo escribió todo en papeles oficiales de color amarillo y noté que ni una sola palabra era perjurio. De vez en cuando había frases ambiguas como «por lo que recuerdo», «si mal no recuerdo», «o algo parecido», pero no había una sola mentira en todo el escrito. Sin embargo, no era la verdad. Por su parte, los abogados de los soldados los habían convencido de que todos eran buenos combatientes temerosos de Dios que habían obedecido órdenes, como corresponde a soldados, órdenes impartidas por un perverso oficial asesino. Tampoco eso era verdad ni mentira. Entretanto, la acusación había dispuesto los hechos de modo tal que sustentaran su argumento de que cinco criminales *marines*, siguiendo órdenes ilegítimas de su criminal jefe de sección, habían asesinado a sangre fría a dos paisanos a los que después intentaron hacer pasar por vietcongs confirmados para cobrar la recompensa que les había ofrecido su capitán por cada enemigo muerto, política censurable e incoherente con las tradiciones del Cuerpo de Infantes de Marina de Estados Unidos. Y tampoco eso era mentira ni verdad. Ninguna de estas declaraciones, ninguno de estos «hechos» representaba la verdad. La verdad era una síntesis de los tres puntos de vista: en última instancia, la guerra, en general, y la política militar norteamericana, en particular, eran responsables de las muertes de Le Du y Le Dung. Ésa era la verdad y esa verdad era la que todo el proceso estaba destinado a ocultar.

Sin embargo, yo no había abandonado la esperanza de la

absolución. A lo largo de la investigación, una serie de oficiales me había dicho: «En esta guerra a cualquiera podría haberle sucedido lo que te ha ocurrido». A sus ojos, yo era una víctima de las circunstancias, un buen oficial injustamente acusado. Yo tenía una hoja de servicios mejor que la del término medio y era normal de acuerdo con las apariencias. Esos oficiales veían en mí una imagen de sí mismos. Yo era uno de ellos.

Y los *marines* eran todos buenos soldados. No tenían una sola mancha en sus expedientes, ni siquiera por emborracharse durante un permiso. Cuatro de los cinco habían sido honorablemente heridos en combate. Dos —Allen y Crowe— eran padres de familia. Sin embargo, paradójicamente, habían sido acusados de homicidio. Si se probaban los cargos, quedaría demostrado que nadie gozaba de inmunidad contra la bacteria moral engendrada por la guerra. Si existía semejante crueldad en hombres corrientes como nosotros, lógicamente existía en los demás, que tendrían que enfrentarse a la verdad de que también ellos albergaban esa cualidad perversa. Pero nadie quería reconocerlo. Nadie quería enfrentarse a su propio diablo.

Un veredicto de inculpabilidad resolvería el dilema. Demostraría que no se había cometido ningún crimen. Demostraría lo que los demás querían creer: que éramos virtuosos jóvenes norteamericanos, incapaces del acto del que se nos había acusado. Y si éramos incapaces de ese acto, también lo eran ellos, que es lo que querían creer respecto a sí mismos.

Hora: las nueve en punto. Comenzaron a desfilar los testigos en el cobertizo vecino, donde se celebraba el consejo de guerra. En nuestro cobertizo, los escribientes continuaban aporreando sus máquinas de escribir. Rader y yo repasamos mi declaración. Me aleccionó sobre cómo debía comportarme: emplear un tono de voz firme pero no estridente; mirar a los seis oficiales que serían mis jueces cuando respondiera a las preguntas; mostrarme serio y afa-

Me llamaron a última hora de la tarde. Crowe, sentado en el banquillo de los acusados, parecía muy pequeño. Confieso que no recuerdo una palabra de lo que dije. Sólo que estuve sentado durante largo tiempo bajo preguntas directas y repreguntas, mirando al tribunal de seis hombres como Rader me había instruido y repitiendo como un loro el testimonio que había ensayado cien veces. Seguramente parecía Jack Armstrong, el muchacho norteamericano típico. Luego, durante un descanso, oí que el fiscal felicitaba a Rader.

—Su defendido se desenvolvió muy bien, señor Rader.

Me sentí satisfecho conmigo mismo. Servía para algo. Era un buen testigo.

El juicio se arrastró hasta su conclusión. En mi tienda, mientras aguardaba el veredicto, me sentí en el limbo: ni hombre libre ni prisionero. No podía dejar de pensar en las consecuencias de un veredicto de culpabilidad en mi propio caso. Iría a la cárcel por el resto de mis días. Todo lo bueno que había hecho en mi vida carecería de significado.

Yo me consideraba víctima de la guerra, víctima moral, y como todas las víctimas graves me sentía separado de todo. Como un hombre que ha perdido una pierna o un brazo y, sabiendo que jamás tendrá que volver a la lucha, pierde todo interés en la guerra que lo ha herido. Del mismo modo que éste emplea todas sus energías físicas en superar su dolor y en curar sus heridas corporales, todas mis energías emocionales se centraron en mantener mi equilibrio mental. No me había derrumbado durante la ordalía de cinco meses. No me derrumbaría. Me hicieran lo que me hiciesen, no lograrían destruirme. Todas mis reservas internas estaban concentradas en esa batalla de supervivencia emocional y mental. No me quedaba nada para otras luchas. Sencillamente, la guerra ya no era mi espectáculo. Había declarado una tregua entre el Vietcong y yo, firmado un armisticio personal, y todo lo que pedía era una oportunidad de vivir por mí mismo en mis propios términos. No tenía nada que discutir con el Vietcong. No era el Vietcong quien

amenazaba robarme mi libertad, sino el gobierno de Estados Unidos, a cuyo servicio me había alistado. Bueno, eso se había acabado. Yo había concluido toda relación con los gobiernos y sus causas abstractas y nunca volvería a permitirme caer bajo los encantos o los hechizos de curanderos políticos como John F. Kennedy. Lo importante consistía en salvar esta delirante situación con cierto grado de dignidad. No me derrumbaría. Soportaría y aceptaría los resultados con elegancia. Porque soportar me parecía un acto de penitencia, sin duda inadecuado, pero sentía la necesidad de expiar de alguna manera las muertes que había provocado.

Tumbado en mi catre, recordé la insurrección sudvietnamita que había comenzado tres meses antes y concluido en mayo. Esa insurrección me había despertado —tanto como mi propia situación— a la insensatez de la guerra. La tragicomedia comenzó cuando el general Thi, comandante del I cuerpo, fue arrestado por el jefe del gobierno de Saigón, Nguyen Cao Ky. Éste sospechaba que Thi conspiraba en la preparación de un golpe de Estado. Las divisiones del I cuerpo del ejército sudvietnamita que se encontraban bajo el mando de Thi, afirmaron su adhesión a él. Hubo manifestaciones y disturbios en Danang, donde estaba ubicado el cuartel general de Thi. Este hecho indujo a Ky a declarar que Danang se encontraba en manos de rebeldes comunistas y a enviar sus divisiones a la ciudad para «liberarla del Vietcong». En breve, soldados sudvietnamitas se encontraron librando batallas callejeras con otros soldados sudvietnamitas mientras los dos mandarines luchaban por el poder.

Y en tanto los sudvietnamitas libraban su contienda de intramuros, nosotros luchábamos contra el Vietcong. En abril, con la insurrección en pleno apogeo, el Uno-Tres sufrió cuantiosas bajas en una operación en el valle de Vu Gia. Debido a la investigación, me habían trasladado del batallón al cuartel general del regimiento, donde me nombraron oficial ayudante de operaciones. Allí vi cómo el incompetente trabajo del personal del estado mayor había transformado la operación en un desastre menor. Parte del batallón

fue enviado innecesariamente a una trampa y una sola compañía perdió más de cien de sus ciento ochenta hombres. También quedaron perjudicados paisanos vietnamitas. Recuerdo haber visto el humo que se elevaba desde una docena de aldeas bombardeadas mientras nuestra artillería bombardeaba posiciones enemigas en las colinas y nuestros aviones atravesaban el humo para dejar caer más bombas. También recuerdo haber visto a nuestras propias víctimas en el hospital de la división. Nos enviaron al capitán Greer —el oficial de información— y a mí al hospital a entrevistar a los supervivientes y averiguar qué había fallado. Nosotros sabíamos qué había fallado —el estado mayor lo había enredado todo— pero seguimos con la charada. Todavía veo aquel osario atestado de hombres heridos y gimientes con vendajes llenos de mugre, los catres que se tocaban para hacer lugar a los nuevos heridos que ingresaban, el olor a sangre, los rostros pasmados, a un joven jefe de sección envuelto como una momia, con tubos de plástico insertados en los riñones, y a un soldado raso de dieciocho años, cegado por una granada, con una venda que le cubría los ojos, mientras avanzaba a tientas por el pasillo, entre los catres: «No encuentro mi mochila —gritaba—. ¿Alguien puede ayudarme a buscar mi mochila?».

Entretanto, los ejércitos de Thi y de Ky continuaban haciendo fintas en Danang. Una mañana de mayo, después de haberme enviado al cuartel general de la división, conduje un convoy de *marines* fusileros a la ciudad. Formaban parte de un destacamento de seguridad que debía custodiar las instalaciones norteamericanas... no contra el Vietcong, sino contra las tropas rebeldes sudvietnamitas. Regresé al cuartel general por la tarde. El puesto de mando de la división se encontraba en la colina 327, lo que significaba una butaca de primera fila para nosotros. Si mirábamos al oeste, veíamos a los *marines* luchando contra el Vietcong; al este, al Ejército de Vietnam del Sur luchando consigo mismo. Al atardecer vi trazadoras que volaban sobre la ciudad, oí el ruido de descargas de ametralladora y luego, con total incredulidad, observé a un caza

del ejército sudvietnamita que bombardeaba a un convoy de cañones del ejército sudvietnamita. Era increíble: un cuadro vivo de la locura de la guerra. Uno de los cohetes del avión cayó más allá de su blanco, estalló cerca de una posición norteamericana e hirió a tres *marines*. El Skyraider de propulsión volvió a rugir, volvió a disparar sus proyectiles y su cañón sobre el convoy abarrotado de soldados sudvietnamitas. Entonces supe que nunca ganaríamos la guerra. Con un gobierno y un ejército semejantes en Vietnam del Sur, no podríamos abrigar la esperanza de salir victoriosos. Continuar la guerra sería una locura... peor que una locura: sería un crimen, un asesinato a gran escala.

La insurrección concluyó el 25 de mayo. El general Walt envió un mensaje a todas las unidades de *marines* del I cuerpo. En él informaba que la «rebelión» había sido aplastada y que podíamos «esperar una era de buenas relaciones con nuestros camaradas de armas sudvietnamitas».

El mensaje me impresionó. Incluso Lew Walt, mi antiguo héroe, era ciego ante la verdad. La guerra debía continuar, continuar insensatamente.

Pocos días más tarde, mis sentimientos antibélicos cobraron forma activa. El comandante del cuartel general de la división me ordenó que participara en un desfile en honor de un dignatario visitante. Me negué. El comandante me dijo que no podía negarme a obedecer una orden. Respondí que sí, que podía y lo haría. Yo consideraba que todo era una confusión, una locura y un crimen, y no participaría de ninguna impostura de banderas flameantes. Me dijo que yo no estaba en condiciones de hacer semejantes declaraciones. Oh, sí, le dije. Ya estaba pendiente de juicio por un delito mucho más grave: una acusación más no significaba para mí ninguna diferencia. Le dije que consiguiera a otro para contonearse al son de las marchas de Sousa. Con gran sorpresa de mi parte, gané.

Fue entonces cuando intenté hacer proselitismo entre los oficinistas del cuartel general. Afirmé que era imposible ganar la guerra

librada por una pandilla de políticos corruptos en Saigón. Toda vida norteamericana perdida era una vida desperdiciada. Estados Unidos debía retirarse ahora, antes de que murieran más hombres. Los oficinistas, con inquebrantable patriotismo, los oficinistas que nunca habían oído un disparo me miraron incrédulos. No me sorprendí. Corría 1966 y discursos como el mío eran considerados casi como una traición.

—Señor —intervino un cabo—, si nos retiramos ahora, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano.

—En otras palabras, como ya hemos desperdiciado miles de vidas, podemos desperdiciar unos cuantos miles más —repliqué—. Si realmente crees que no es en vano, ofrécete como voluntario para una compañía de fusileros y hazte matar, porque lo mereces.

Rader entró en la tienda cuando empezaba a anochecer:

—Phil, han pronunciado la sentencia de Crowe: inocente de todos los cargos.

Me senté y encendí un cigarrillo, sin saber qué pensar.

—Bien, me alegro por él —respondí—. Tiene esposa e hijos. ¿Qué significa eso para nosotros?

—Creo que algo bueno. Mantén la calma hasta mañana. Debes presentarte a las nueve.

Curiosamente, aquella noche dormí muy bien. Quizá por mi sentido fatalista. Preocuparme no serviría de nada. Ocurriera lo que ocurriese, yo no podía hacer nada. A la mañana siguiente, desayuné opíparamente y desperté algunas pullas acerca de la última comida del condenado a muerte. Después, mucho antes de la hora señalada, me encaminé al cobertizo de metal semicilíndrico; me sentía como antes de una acción: decidido y resignado al mismo tiempo. Aguardé en el cobertizo alrededor de una hora, observando a los mismos oficinistas sentados ante los mismos escritorios, mecanografiando los mismos informes. La luz roja de la cafetera eléctrica brillaba y los ventiladores agitaban el aire y hacían

crujir las hojas del calendario, que ahora señalaba el mes de julio. Afuera se había reunido la misma multitud de testigos. Estaba presente el capitán Neal. Parecía viejo y cansado. Salí y le ofrecí un cigarrillo. Mientras lo fumaba, con los ojos fijos en el suelo, meneó la cabeza y me dijo:

—Perdimos la mitad de la compañía. Espero que lo comprendan. En aquel momento habíamos perdido a la mitad de la compañía.

A las nueve menos cuarto, Rader me pidió que entrara.

—Te expondré la situación. El general está pensando en retirar todas las acusaciones contra el resto de vosotros porque Crowe fue absuelto. En tu caso, tendrías que declararte culpable de la tercera acusación y aceptar una reconvención escrita del general. ¿Qué quieres hacer?

—¿Quieres decir que si me declaro culpable del tercer cargo no habrá consejo de guerra?

—Salvo que lo desees.

—Por supuesto, no lo quiero: está bien, soy culpable.

—De acuerdo —dijo Rader entusiasmado—, espera aquí. Se lo haré saber y volveré a tu lado.

Me paseé nervioso durante quince o veinte minutos. Parecía que mi instinto había acertado: los jefazos querían quitarse de encima este caso tanto como yo. Ideas delirantes atravesaron mi mente. Expiaría de alguna manera ante las familias de Le Du y de Le Dung. Cuando la guerra terminara, volvería a Giao-Tri y... ¿y qué? No lo sabía.

Retornó Rader, sonriente.

—Felicidades —me estrechó la mano enérgicamente—. Se han retirado las acusaciones. El general pondrá una reconvención escrita en el bolsillo de tu chaqueta pero eso sólo perjudicará tus posibilidades de ascenso a capitán. Eres un hombre libre. También he oído decir que el ayudante está limitando tus tareas. Volverás a la patria dentro de una semana, de diez días como máximo. Todo ha

concluido.

Aguardamos bajo el sol en el borde de la pista de aterrizaje. Éramos aproximadamente ciento cincuenta y observamos la salida de un destacamento de refresco que bajaba del gran avión de transporte. Formaron filas y trataron de ignorar a los hombres polvorientos, quemados por el sol y harapientos que los abucheaban. Los recién llegados parecían extrañamente jóvenes, mucho más jóvenes que nosotros, y sorprendidos y desconcertados por aquella tierra abrasada a la que un gobierno indiferente los había enviado. No me sumé a las burlas. Sentía lástima por esos chicos, sabiendo que todos envejecerían en esa tierra de agonía infinita. Los compadecí, sabiendo que, de cada diez, moriría uno, que otros dos quedarían mutilados para toda la vida, dos más serían heridos de menor gravedad y devueltos a la lucha, y que todo el resto sería herido en otras formas más encubiertas.

Los nuevos marcharon en dirección al convoy que esperaba para transportarlos a sus unidades y al destino que les habían asignado. Ninguno de ellos nos miró. Se alejaron. Nos echamos nuestras bolsas marineras al hombro y ascendimos por la rampa del avión, el avión con el que todos habíamos soñado, el enorme y mitológico Pájaro de la Libertad. Se elevó un grito gozoso cuando el transporte despegó y ascendió hacia el plácido cielo. Abajo quedaban los arrozales y las verdes colinas en pliegues donde habíamos perdido a nuestros amigos y nuestra juventud.

El avión se ladeó y sobrevoló el mar de China con rumbo a Okinawa, a la liberación del abrazo de la muerte. Ninguno de nosotros era un héroe. No nos esperaban muchedumbres vitoreantes, desfiles, vuelos de campanas de grandes catedrales. No habíamos hecho otra cosa que durar. Habíamos sobrevivido y ésa era nuestra única victoria.

EPÍLOGO

Pero el pasado es el mismo... y la guerra un juego sanginario. ¿Lo has olvidado ya? Baja la mirada y jura por el crimen de la guerra que nunca olvidarás.

SIEGFRIED SASSOON

Aftermath

Estábamos agachados en el pasillo del segundo piso del Continental Palace Hotel, preguntándonos si el ejército de Vietnam del Norte había invadido finalmente Saigón y abrigando la esperanza de que no fuera así. Las centenarias paredes temblaban levemente por la conmoción de las bombas de trescientos cincuenta kilos que aviones enemigos dejaban caer sobre la base aérea de Tan Son Nhut, a ocho kilómetros de distancia. Todos los policías y soldados de la ciudad parecían estar disparando un fusil o una ametralladora. El estruendo era ensordecedor. Encogidos en el corredor, no teníamos forma de saber si el bombardeo seguía dirigido a los aviones o si se había iniciado una batalla callejera a gran escala para tomar la capital. Después de haber pasado el último mes observando cómo el ejército de Vietnam del Sur perdía una batalla tras otra, no nos cabía ninguna duda de que también perdería ésta. Abrigábamos considerables dudas acerca de nuestro propio futuro. Mientras escuchábamos el bramido de las bombas y el estruendo de las armas cortas, nos hacíamos recíprocamente preguntas incontestables. ¿Habría tiempo suficiente para la evacuación? En caso contrario, ¿cómo seríamos tratados nosotros, los corresponsales norteamericanos, por los comunistas victoriosos? En los

momentos finales de caos, ¿se sentirían los sudvietnamitas traicionados por Washington y volverían sus armas hacia todos los norteamericanos que encontraran?

Dadas las circunstancias, todas las conjeturas eran inútiles. Uno de nuestros miembros más prácticos sugirió que renunciáramos a debatir qué podía ocurrir y tratáramos de descubrir qué estaba ocurriendo. Después de algunas vacilaciones, abandonamos el refugio del pasillo y bajamos las escaleras hasta el vestíbulo. Éste estaba atestado de civiles asustados y niños llorosos que habían sido desalojados de las calles por el fuego. La elevada puerta de madera del hotel estaba ahora atrancada, como el portal de un castillo medieval. Cuatro de nosotros la abrimos cautamente y salimos al exterior.

Proseguían intensamente los disparos de armas de corto alcance, pero parecían apuntar a los reactores enemigos que silbaban sobre la ciudad mientras se dirigían con sus bombas a la base aérea. No vimos soldados vestidos de verde ni con cascos de caucho, el tocado típico del enemigo. Había unos cuantos policías, soldados del ejército sudvietnamita y otros periodistas que corrían por las calles. Estaban tan confundidos como nosotros. Junto con Ron Yates —mi colega del *Tribune* de Chicago— corrí al trote corto hasta las oficinas de UPI, a una manzana de distancia del hotel.

También allí encontramos confusión. Un periodista mecanografiaba melodramáticamente una historia, vestido con casco y chaqueta antifuego aéreo. Los teletipos tableteaban con urgencia. Después de leer los despachos de los servicios cablegráficos, Yates y yo decidimos que la crisis final, aunque cercana, todavía no había llegado. Las unidades enemigas aún se encontraban a un día de distancia de la ciudad. Yates y yo supusimos que la embajada norteamericana ordenaría la evacuación al día siguiente y volvimos al hotel a empaquetar nuestros equipos. Estaba oscuro cuando concluimos. El ataque aéreo había cesado. A través de la ventana de mi habitación, del último piso, vi las llamas de un depósito de gasolina incendiado. Las lagartijas se aferraban a las blancas paredes

de la habitación, paredes que temblaban a causa de las explosiones secundarias transmitidas por las bombas; las lagartijas permanecían inmóviles en su reptil indiferencia.

Bajé mi equipo al cuarto de Nick Proffitt, que estaba dos pisos más abajo. Proffitt, corresponsal de *Newsweek*, me había acogido la semana anterior, cuando un cohete enemigo había devastado los pisos superiores del cercano Metropole Hotel. Después de haber sobrevivido un mes a la ofensiva de 1975 en Vietnam, no tenía la menor intención de volar por los aires mientras estaba en la cama. Proffitt se había reído de mis temores. No me importó. Podía reírse todo lo que quisiera. Con treinta y tres años, una esposa y dos hijos que mantener, ya no sentía la necesidad de demostrarle nada a nadie.

Proffitt y yo nos quedamos levantados la mitad de la noche, bebimos nuestras últimas cervezas, fumamos sus últimos *porros*, recordamos el pasado y conjeturamos acerca del futuro. Aunque abrigábamos la esperanza de que la embajada ordenara la evacuación, teníamos nuestras dudas. Hasta ese momento se había negado a renunciar a sus ilusiones de que el ejército sudvietnamita podía detener la avanzada de los norvietnamitas.

Como yo, Proffitt era un «zorro viejo» en Indochina. Había sido corresponsal en Vietnam a finales de los sesenta y principios de los setenta. Cuando comenzó la última ofensiva comunista, ambos estábamos en Beirut, como corresponsales de nuestras respectivas publicaciones en Oriente Medio. Después de enterarme de la caída de Danang en un despacho cablegráfico que llegó a mi oficina de Beirut, me ofrecí como voluntario para ir a Saigón. Al leer el mensaje mi memoria resucitó recuerdos largo tiempo enterrados de hombres y batallones, enfrentamientos y ataques, anónimas colinas numeradas y tristes amaneceres lluviosos en la línea. Incluso después de una década de ausencia, podía imaginar claramente la parte de Vietnam que mejor conocía: la extensión de arrozales y monte, al oeste de Danang. Fue lo mismo que si se hubiera levantado un telón mental dejando al desnudo un detallado mapa de

batalla, con los lugares peligrosos señalados con lápiz de cera y los nombres de algunos sitios subrayados, nombres que para mí significaban algo porque allí habían muerto hombres. Hoi-Vuc, Binh Thai, colina 270, cerro de Charlie y Huella del Corazón Púrpura. Resultaba difícil aceptar la idea de que ahora estaban en manos enemigas.

Me sentí inquieto durante todo aquel día, prendido al teletipo para enterarme de los últimos acontecimientos. Pronto comprendí que incluso diez años no habían sido suficientes para librarme del abrazo emocional con que me ataba la guerra. *Tenía* que volver, cualesquiera fueran los riesgos. *Tenía* que ver el final de la guerra, aunque parecía que concluiría en una derrota de la causa a la que yo había servido como soldado. Me es imposible explicar este sentimiento. Me parecía que tenía la responsabilidad personal de estar en el lugar de los hechos cuando todo terminara. En consecuencia, envié un mensaje a las oficinas del *Tribune*, en Estados Unidos, y me ofrecí como ayudante de Yates, corresponsal regular del periódico en el Lejano Oriente, para informar sobre la ofensiva enemiga. A los directores del periódico les pareció bien. A la mañana siguiente subí a un reactor de Air France.

Aterricé en Tan Son Nhut el 2 de abril, diez años y un mes después de haber aterrizado en Danang con la 9.^a brigada expedicionaria.

Una correcta descripción del último mes de la campaña final de Vietnam del Norte requeriría todo un libro. Ni siquiera estoy seguro de que lo que ocurrió pueda designarse como campaña, ya que pareció, más bien, una migración. El ejército norvietnamita se limitó a hollar el campo en su avance hacia Saigón. Salvo por un breve y desesperanzado enfrentamiento llevado a cabo por una sola división en la capital provincial de Xuan Loe, el ejército sudvietnamita no ofreció ninguna resistencia importante. El ejército de Vietnam del Sur se hizo pedazos. Se disolvió. Se produjeron terribles escenas de soldados aterrorizados que golpeaban y

pisoteaban a paisanos mientras huían del avance enemigo. A finales de mes se volvió palpable la atmósfera de desintegración. No sólo un ejército, sino la totalidad de un país se estaba derrumbando, cayendo ante nuestros ojos. Los caminos estaban abarrotados de refugiados y soldados derrotados. Algunas de las columnas tenían treinta kilómetros de largo y serpenteaban por colinas y plantaciones de caucho, hacia las ciénagas llanas que rodeaban a Saigón. Se extendían a lo largo de los caminos hasta donde alcanzaba nuestra mirada y eran procesiones que no parecían tener principio ni fin. Andaban arrastrando los pies bajo la lluvia y el calor: civiles descalzos; soldados cuyas botas tenían las suelas podridas, algunos provistos todavía de sus armas y decididos a que sus pequeños grupos se mantuvieran unidos, la mayoría de ellos sin armas, hombres derrotados con la única decisión de escapar; niños perdidos que lloraban llamando a sus padres, padres que llamaban a sus hijos; hombres heridos cubiertos de sangre coagulada y vendajes mugrientos, algunos caminando, otros apilados en la parte posterior de algunas ambulancias; camiones, autobuses, manadas de búfalos y carros de bueyes que crujían sobre sus ruedas de madera. Iban densamente comprimidos y se extendían por los caminos; sólidas masas en movimiento que atravesaban barricadas y aparecían al otro lado de moles de tanques incendiados, al otro lado de los cadáveres y de los fragmentos de cadáveres que se pudrían en los campos, a los costados de los caminos. Y a espaldas de esas columnas en retirada se oía el ruido de bombas y cañonazos, el gutural bramido de la bestia, la guerra, que devoraba a sus víctimas.

Aquellas escenas contenían tanto sufrimiento humano que no pude reaccionar. Era algo que inmovilizaba. Independientemente del resultado, yo quería ver su fin. Al mismo tiempo, una parte de mí no quería verlo concluir con una victoria norvietnamita. Seguía pensando en Levy, en Sullivan, en todos los demás, y algo en mí clamaba contra el desperdicio de sus vidas. La guerra estaba perdida o casi perdida. Aquellos hombres habían muerto en vano. Lo

habían dado todo a cambio de nada.

Creo que estos sentimientos ambivalentes eran característicos de los veteranos norteamericanos que, como yo, se oponían a la guerra pero estaban emocionalmente atados a ella. Después de mi licenciamiento del Cuerpo de Infantes de Marina, a mediados de 1967, me había dejado llevar por el movimiento antibélico, aunque nunca me comprometí apasionadamente en él. Finalmente me uní a los *Veteranos de Vietnam contra la Guerra*, pero realicé mi gesto más explícito de protesta en 1970, cuando envié, por correo, mis condecoraciones al presidente Nixon, junto con una larga y amarga carta en la cual justificaba por qué me oponía a la política norteamericana en Indochina. Pensaba, ingenuamente, que semejante acto personal e individual tendría más efecto que las marchas en masa. Aproximadamente un mes más tarde, recibí por correo un sobre que llevaba el siguiente remitente: «La Casa Blanca». Contenía mis medallas y una nota seca, escrita por algún oscuro funcionario, en la cual decía que el Departamento Ejecutivo del gobierno de Estados Unidos no estaba autorizado a recibir ni a retener condecoraciones militares; en consecuencia, me devolvían las cintas. El autor de la carta concluía con una frase siniestra: «Se ha tomado nota de sus puntos de vista respecto a la política norteamericana en Vietnam del Sur y se ha pasado a consideración de las autoridades correspondientes». Ese episodio sintetiza mi carrera como activista antibélico. Mi grandioso gesto de protesta personal había sido inútil, tan inútil como la guerra misma. Yo parecía tener predilección por las causas perdidas.

Proffitt y yo nos dormimos en las primeras horas de la mañana. Tendido en el piso, detrás del mueble con el que había hecho una barricada en la ventana, me desperté sacudido cuando los norvietnamitas comenzaron a bombardear Tan Son Nhut y una parte de la ciudad con cohetes y fusiles de campaña de 130 mm: Era el 29 de abril. El bombardeo se prolongó seis horas. Alrededor de las diez y media, un periodista que había conectado su radio a la

frecuencia de la embajada norteamericana, anunció:

—Acaban de dar la orden. Ya está. Evacuación en un ciento por ciento. Adiós a todos.

Siguió una salida apresurada y poco digna. Multitudes de periodistas, funcionarios de embajada, civiles vietnamitas y diversos «evacuados» más se empujaron por las calles semidesiertas en dirección a los puntos de evacuación. Pasé junto a un grupo de milicianos del ejército sudvietnamita y les sonreí tristemente.

—¿Vuelves a casa? —preguntó uno de ellos—. ¿Norteamericanos di-di?

—Sí —respondí, y me sentí como un desertor—. Norteamericanos di-di.

Nuestra abigarrada columna fue finalmente conducida a una zona de parada de tráfico, en la acera de enfrente de un hospital. Se elevaban columnas de humo en los suburbios de la ciudad y alguien afirmó que se habían visto tropas norvietnamitas a sólo tres kilómetros de donde nos encontrábamos. Deambulamos por allí, sudando y escuchando el uniforme y sordo ruido de los 130 que se acercaban. Finalmente arrimaron al bordillo y frenaron dos autobuses de color gris oliva guiados por un coche que llevaba una centelleante luz giratoria. Nos amontonamos en el interior, alrededor de sesenta o setenta hombres en cada autobús. El pequeño convoy arrancó en dirección a Tan Son Nhut.

Atravesábamos la puerta principal del aeropuerto cuando un avión sudvietnamita despegó de la humeante pista llena de baches. Era un viejo C-119 de carga; sólo había ascendido unos cientos de metros cuando detrás se elevó una bola de fuego rosa en forma de espiral. Se oyó un ensordecedor estampido cuando el misil antiaéreo alcanzó al C-119 e hizo que se estrellara en la ciudad. Nuestro nerviosismo se convirtió en pánico, ya que nosotros seríamos evacuados en helicópteros: blancos seguros.

Los autobuses se detuvieron frente a un conjunto de edificios conocido como Oficina del Agregado de Defensa. Durante el

apogeo del compromiso norteamericano en la guerra, a ese conjunto se le denominaba Pentágono Oriental. Había servido como cuartel general de Westmoreland. Las pistas de tenis próximas harían las veces de zona de aterrizaje de los helicópteros. Bajamos de los autobuses, aguijoneados por una pesada granada que cayó en el pavimento, a setenta y cinco metros de distancia.

—Que no cunda el pánico —chilló alguien con voz varias octavas más altas de lo normal.

Nos alineamos en el interior del edificio, divididos en equipos de helicóptero, y esperamos. Hasta el último centímetro de todos los pasillos del edificio estaba lleno de norteamericanos, refugiados vietnamitas, periodistas de una docena de países diferentes y hasta algunos viejos franceses propietarios de plantaciones. Las paredes se sacudían por las explosiones de las bombas que caían en la pista de aterrizaje. Armas de corto alcance detonaban en el recinto de la base aérea. Sería una zona de aterrizaje crítica. Abrigué la esperanza de que fuera la última que presenciaba e intenté no pensar en esos misiles antiaéreos.

Sudamos la gota gorda hasta última hora de la tarde, momento en que llegaron los primeros helicópteros de la Infantería de Marina. Eran enormes CH-53 y cada uno de ellos podía albergar tantas personas como un avión pequeño de pasajeros.

—¡Vamos! —gritó un sargento del Cuerpo de la guardia de la embajada—. ¡Vamos! Dejen su equipaje. No hay lugar para eso. ¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Muévanse!

Dejé caer la maleta que había arrastrado durante todo el día, arremetí contra la puerta y corrí a través de las pistas de tenis en dirección al aparato. Alrededor de la zona de aterrizaje había unos *marines* fusileros en cucullas, con las armas apuntadas hacia los árboles y los arrozales de los límites del campo aéreo. Con otras sesenta personas, la mitad de ellas paisanos vietnamitas y oficiales del ejército sudvietnamita, abordé uno de los CH-53.

El helicóptero despegó y ascendió rápidamente. En pocos

minutos nos encontramos a mil ochocientos metros de altura; abajo, a lo lejos, ardían los restos del avión de carga sudvietnamita. La situación seguía siendo la misma: la ensordecedora barahúnda en el interior del helicóptero, los ametralladores de escotilla agazapados detrás de sus máquinas, cuyas bocas apuntaban a la malla verde y parda del delta del Mekong, a través del cual fluían ríos que se extendían como una red de vasos sanguíneos, y la expectante espera —aterradora y al mismo tiempo estimulante— mientras intentábamos divisar trazadoras o la brillante bola en espiral de un misil. Una de éstas empezó a ascender, pero el helicóptero guía de nuestra escuadrilla la desvió con una llamarada-señuelo que imitaba motores aéreos. Hubo algunos disparos desde tierra... disparos de soldados sudvietnamitas que probablemente sentían que los norteamericanos les habían traicionado.

Mi mente se retrotrajo una década, hasta el día en que entramos en Vietnam pavoneándonos, confiados y plenos de idealismo. Habíamos creído que nos llevaba allí un elevado propósito moral. Pero por alguna razón nuestro idealismo estaba perdido; nuestra moral, corrompida; nuestro propósito, olvidado.

Llegamos a la costa aproximadamente veinte minutos después. Estábamos fuera de peligro, fuera del alcance de los misiles, alejados de toda posibilidad de encontrarnos entre los últimos norteamericanos muertos en Vietnam. Los ametralladores de escotilla aflojaron su abrazo de las ametralladoras calibre cincuenta, sonrieron e hicieron la señal del pulgar en alto. El CH-53 flotó sobre el mar de la China Meridional, sobre los miles de juncos pescadores abarrotados de refugiados, y se apoyó en el *USS Denver*, portahelicópteros destructor que formaba parte de la armada que la Séptima Flota había reunido para la evacuación. Se oyeron algunos aplausos cuando los helicópteros se posaron en la cubierta de vuelo. Al salir, un *marine* me palmeó la espalda y dijo:

—Bienvenido a casa. Seguro que estás contento de haber salido de allí. Claro que lo estaba. Le pregunté a qué cuerpo pertenecía.

—Novena BEM —respondió.

La 9.^a brigada expedicionaria, la misma unidad con la que yo había aterrizado en Danang. Pero los hombres que ahora pertenecían a ella parecían mucho más cínicos que los que habíamos formado parte de ella diez años atrás. El *marine* contempló la difusa línea azul que marcaba la costa vietnamita y observó:

—Bueno, ése es un país al que no tendremos que volver a regalarle miles de millones de dólares.

Los evacuados fueron apuntados en un registro y enviados al abrasador comedor de cubierta, a comer. La mayoría estábamos mareados de alivio, salvo un desconsolado diplomático de la embajada de Estados Unidos que no dejaba de murmurar:

—Ha concluido. Éste es el fin. Es el fin de una era. La conclusión es repugnante pero supongo que de alguna manera tenía que terminar —exhausto y sudoroso, meneó la cabeza—. El fin de una era.

Supuse que tenía razón, pero estaba demasiado cansado para reflexionar en el significado histórico del acontecimiento en que acababa de participar: Estados Unidos había perdido su primera guerra.

Al día siguiente, 30 de abril, el capitán del barco anunció que el gobierno de Saigón se había rendido a Vietnam del Norte. Aceptamos la noticia serenamente: la guerra había terminado.

NOTA FINAL

Tardé el mismo tiempo en escribir este libro que el que pasaron los Estados Unidos luchando en Vietnam. Empecé a escribirlo a principios de la primavera de 1967 en la Residencia de Oficiales Solteros de Camp Lejeune, en Carolina del Norte, y lo terminé en septiembre de 1976 en la pequeña población de Pine Creek, en Montana, aunque debo decir que tampoco estuve trabajando en el manuscrito día y noche durante esos nueve años. A menudo se pasaba meses metido en un cajón. E incluso hubo una época a principios de los 70 en que no lo saqué más que una o dos semanas al año. En esa época trabajaba de corresponsal para el *Chicago Tribune* en el extranjero haciendo jornadas de doce horas bajo la incesante presión de los plazos de entrega, y el constante ir y venir entre Europa y Oriente Medio por motivos de trabajo me dejaban poco tiempo para dedicarme a la literatura. Pero, a nivel más profundo, mis pensamientos y emociones aún estaban demasiado divididos por la experiencia de la guerra para conseguir ponerlos por escrito de un modo suficientemente coherente. Tenía una historia que contar y una profunda necesidad de contarla, pero aún no estaba preparado para escribirla. Aún me faltaba esa distancia que sólo da el paso del tiempo.

Mi peripatética vida probablemente hizo que mi manuscrito fuera uno de los más trasegados de la historia de la literatura moderna y mi confuso estado mental lo sometió a sucesivas metamorfosis parecidas a las fases de una mariposa efímera. En su fase de ninfa fue sólo una novela autobiográfica, en su fase de eclosión una recopilación de cuentos breves y de anécdotas vagamente conectadas entre sí; y finalmente, cuando tras adoptar su forma actual abandonó su refugio y desplegó sus alas, se convirtió en un libro de memorias. Durante una época en que estuve viviendo en

Inglaterra sucumbí al hechizo de varios brillantes libros de memorias de la Primera Guerra Mundial, el de Robert Graves *Adiós a todo eso*, el de Guy Chapman *A Passionate Prodigality*, y el de Siegfried Sassoon *Memorias de un oficial de infantería*. Así pues, el género me parecía el adecuado y se me ocurrió que, a pesar de ser un conflicto mucho menos sangriento y terrible, Vietnam se parecía a la Primera Guerra Mundial en la absurdidad de su mera existencia, en su desencanto definitivo, y en los cambios que había provocado en los valores culturales y sociales de la época. En otoño de 1975, me encontraba en Beirut como corresponsal del *Chicago Tribune* para Oriente Medio. Había acumulado una considerable cantidad de notas y borradores pero sólo tenía unas cincuenta páginas manuscritas suficientemente decentes como para poder enseñárselas a alguien. De regreso a Chicago durante un permiso de trabajo aproveché para mandar esas cincuenta páginas a media docena de agentes literarios de los que sólo me contestó uno, Aaron Priest, que aún hoy sigue siendo mi agente. Aaron me prometió que intentaría vender mi historia y que iba a recibir noticias suyas al cabo de entre seis semanas y dos meses. Lo cierto es que parecía mucho más seguro que yo mismo.

Al fin regresé a Beirut, ciudad que en ese momento estaba viviendo los primeros episodios de su incipiente guerra. Así que el mayor problema que tenía era cómo conseguir cubrir esa guerra mientras terminaba un libro sobre otra, cuestión que a la postre se resolvió por sí sola y de un modo ciertamente inesperado el 25 de octubre de 1975, una fecha que no olvidaré jamás. Después de haber logrado sobrevivir durante dieciséis meses en Vietnam sin hacerme siquiera un rasguño, en Líbano fui víctima de un tiroteo que me provocó graves heridas de bala en el tobillo izquierdo y el pie derecho, además de heridas superficiales por impacto de metralla en la espalda, cabeza, pierna izquierda y brazo derecho. Tras ser declarado fuera de combate, me evacuaron al hospital de la Northwestern University de Chicago. Un día en que me recuperaba de la cuarta operación del tobillo y del pie recibí un telegrama de Priest:

había vendido el libro a Holt, Rinehart y Winston (actualmente Henry Holt) a cambio de un adelanto de 6000 dólares. Me quedé estupefacto.

A finales de noviembre me dieron el alta del hospital pero con una baja laboral con carácter indefinido del *Tribune*. Mientras tanto mi primera mujer, Jill, había sido evacuada de Líbano junto a nuestros dos jóvenes hijos, Geoffrey y Mark, y los cuatro nos instalamos en casa de mis padres en Westchester, Illinois, para facilitar mi recuperación. Allí, en la misma habitación en la que había hecho mis deberes de primaria y secundaria, me debatí con el manuscrito intentando acabarlo de una vez por todas. Confinado a una silla de ruedas, me di cuenta de que ser víctima de una herida de bala, como ser condenado a la horca, es un maravilloso incentivo para la concentración mental pues desde ese momento no existían distracciones, plazos ni misiones que cumplir. No había excusas.

Escribir nunca es escribir, sino reescribir. Antes de darlos por buenos, sometí el prólogo y el primer capítulo a veinticinco revisiones. Intenté esforzarme en encontrar un estilo narrativo claro y sencillo que no sonara artificioso. Sin duda conseguir esto suele ser el artificio más difícil de todos, aunque lo cierto es que en mis revisiones había algo más que la mera pasión por el oficio de escribano. Sabía que si quería que *A Rumor of War* llegara a algo más que un reducido grupo de lectores tenía que conseguir que fuera un texto excepcional.

A mediados de los años 70 el público había oído hablar bastante acerca de la guerra de Vietnam por boca de periodistas, presentadores y analistas de todos los tipos y condiciones. Ya se habían gastado más palabras que balas en el conflicto, además de las miles y miles de secuencias que se habían rodado sobre el tema. Asimismo, los relatos en clave periodística como el *The Best and the Brightest* de David Halberstam y *El lago en llamas. Imperialismo y revolución en Vietnam*, de Frances FitzGerald, habían logrado captar un amplio y merecido público. Pero las novelas, memorias, relatos y poemas de los que habían participado en la guerra parecían no

acabar nunca por plasmarse en letra impresa o simplemente caían en el olvido. Y aunque Vietnam se consideraba un tema legítimo desde el punto de vista periodístico, parecía que como tema literario era tan tabú como lo había sido el sexo para los Victorianos.

Creo que eso fue así porque el periodismo, es decir, el periodismo de calidad, suele apelar a la mente, mientras la literatura lo hace a los sentidos y las emociones. Y sin duda había demasiada emoción suelta por el país, demasiadas pasiones desatadas por culpa de la guerra. La gente no quería saber nada de la confusión que reinaba en el espíritu de los combatientes, ni oír los aullidos que les llegaban desde el corazón mismo de las tinieblas, ahí, en el vientre de la Bestia. Y los dos bandos que alimentaban el debate que existía en Estados Unidos en torno al Vietnam compartían la misma sospecha, en ocasiones incluso con un trasfondo de desdén, hacia los veteranos de guerra. Según parecía, los que luchaban en la guerra eran muchachos procedentes de los suburbios o hijos de granjeros, mecánicos o albañiles, mientras el debate se libraba entre los hijos de las élites. Resultaba evidente que la clase dominante, la que nos había metido en Vietnam, no mandaba a sus hijos e hijas allí, y de hecho, sus hijos e hijas eran precisamente los principales abanderados del movimiento antibelicista. Cuando en 1975 cayó Saigón, muchos «halcones» tenían una visión casi caricaturesca de los veteranos de Vietnam a los que veían como rebeldes, perdedores y desgraciados drogadictos, la prototípica imagen del culpable de la derrota americana. Y también la izquierda proyectaba la misma distorsionada imagen del veterano como un ser que, en el mejor de los casos, era un pobre analfabeto cabeza hueca con un arma en las manos, y en el peor de los casos un psicópata vestido de uniforme. A los ojos del movimiento antibelicista, todos los soldados eran la encarnación misma de lo que ellos consideraban una política criminal.

Al igual que cualquier otro ciudadano en una democracia, los reivindicativos patriotas y manifestantes también tenían derecho a expresar su opinión acerca de Vietnam pero no, o eso creía yo, a

manifestarla con la engreída presuntuosidad moral con que lo hacían porque, a fin de cuentas, no habían estado ahí. Como dos ejércitos enemigos enfrentados en una guerra de trincheras, ambos bandos se habían parapetado cómodamente en sus inexpugnables posiciones y se habían dedicado a bombardearse mutuamente con sus granadas retóricas. Lo que yo quería era que *Rumour of War* hiciera sentir incómodos a sus lectores, que les arrancara de sus confortables y acogedores *bunkers* y les hiciera enfrentarse a esa turbadora, caótica y emocionalmente cargada tierra de nadie con la que tenían que vérselas los combatientes. Y además no lo quería hacer ofreciendo mi propia visión polémica del asunto, sino escribiendo acerca de la guerra con tal grado de honestidad y obsesiva atención a los detalles que al fin el lector acabara transportado al terreno en la medida en que lo permite la letra impresa. No quería contar mi experiencia acerca de la guerra sino *mostrarla*. Quería que mis lectores sintieran en su propia piel el tórrido calor, los monzones, los mosquitos; quería que experimentaran en su propia carne los disparos de los francotiradores, las bombas trampa y las emboscadas. Pero por encima de todo, quería transmitir la ambigüedad moral que subyacía a este conflicto en que los ángeles y los demonios solían intercambiar demasiado a menudo sus roles para lograr discernir con claridad quién era quién, incluso en el interior de uno mismo. En cierto modo pretendía que el libro fuera una especie de «servicio militar subsidiario» y esperaba sinceramente que, cuando el lector llegara al final, se mirara delante de un espejo o, mejor, en el interior de sí mismo, y se preguntara: ¿Qué pienso ahora de todo el asunto? ¿Cómo habría reaccionado si hubiera estado allí?

Pero tenía una ambición todavía mayor: me esforcé todo lo que pude para escribir un libro que lograra trascender el tiempo y el espacio y alcanzar lo universal, una historia que no sólo versara sobre Vietnam sino sobre la guerra en general, sobre la verdad de la guerra y eso que el poeta Wilfred Owen llamó «las miserias de la guerra». Y desde esa primera línea que había garabateado en la residencia militar para solteros en Camp Lejeune hasta la última

que escribí en la cabaña de Montana, y a través de todas las frases y lugares que mediaron entre ambas, trabajé inspirado y guiado por un extraordinario pasaje del prólogo de Conrad en *El negro del Narciso*: Y si la conciencia [del escritor] es clara, su respuesta a aquellos que en su búsqueda de una sabiduría que persigue la satisfacción inmediata exigen concretamente ser edificadas, consolados o entretenidos, esos que piden ser rápidamente educados, o animados, o asustados, o sorprendidos o seducidos, a todos ellos debo advertirles de que mi tarea, esa que intento llevar a cabo es, mediante el poder de la palabra escrita, hacerles oír, hacerles sentir, pero sobre todo, hacerles ver. En eso, y en nada más radica todo. Y si lo consigo encontrarán lo que merecen: ánimos, consuelo, miedo, seducción... todo eso que pidieron y, quizá también, ese atisbo de verdad que olvidaron pedirme.

Hacia verano de 1976, cuando ya tenía escritas dos terceras partes del libro, me había recuperado lo suficiente como para poder deambular con la ayuda de un bastón o un par de muletas y, medio desquiciado por haber pasado tanto tiempo confinado entre cuatro paredes, decidí cambiar de aires y nos fuimos con Jill y los chicos a Key West, donde alquilamos un *bungalow* de dos habitaciones en primera línea de mar que nos costó 200 dólares al mes. Fue uno de los veranos más felices de toda mi vida. No tenía que escribir el libro. Me podía limitar a hacer de amanuense. Además, mis sesiones diarias de natación demostraron resultar realmente terapéuticas para mis heridas y una vez a la semana salía mar adentro para pescar. Pero desgraciadamente estas idílicas vacaciones llegaron a su fin en agosto cuando tuvimos que regresar a Westchester para que Geoff empezara el colegio. Ahora que tenía cierta movilidad encontré la modesta casa de mis padres demasiado pequeña para poder escribir con tranquilidad, así que me mudé a Montana donde, tras tres semanas de febril e intenso trabajo, concluí los últimos dos capítulos del libro.

Tras enviar el manuscrito a mi editor de Holt, Manan Wood,

hicimos de nuevo las maletas y nos fuimos a la Unión Soviética donde me había destinado el *Tribune* para que me hiciera cargo de su oficina en Moscú. No tenía duda alguna del recibimiento que los críticos y el público en general iban a dispensar a mi novela: la iban a odiar. En los momentos de optimismo esperaba que el libro lograra producir suficientes derechos de autor para permitirme hacer unas vacaciones especiales, como por ejemplo a las islas griegas. Pero como estaba viviendo en el extranjero no era consciente del profundo cambio que había tenido lugar en la conciencia colectiva americana. Ahora, los americanos no sólo se mostraban dispuestos a oír la voz de los soldados, sino que estaban ansiosos por hacerlo. Así que cuando Holt publicó *A Rumor of War* en mayo de 1977, la recepción que tuvo la obra estaba a años luz de la que yo había esperado: tras ser incluido en la lista del Club del Libro del Mes, me ofrecieron un contrato televisivo para rodar una miniserie de cuatro horas de duración y la crítica se mostró tan entusiasta que incluso me hizo sentir incómodo. Además incluyeron el libro en las listas de *bestsellers* del *Publishers Weekly* y del *New York Times*.

Me sentí sobrepasado, aturdido y eufórico, pero también profundamente aterrorizado y nada preparado para la respuesta que recibí y por aquel súbito estallido de fama. El hecho de vivir asediado por la radio, la televisión y los periodistas de la prensa escrita resultó una experiencia de lo más agotadora. Pero más doloroso fue el desmedido asedio al que me sometieron los veteranos y las organizaciones de veteranos, esposas, padres y amigos de veteranos, e incluso de viejos miembros del movimiento antibélico. Recibí miles de cartas, cientos de peticiones para ir a dar charlas aquí y allá a favor de tal o cual causa o para ayudar a fulano y a mengano a publicar sus historias. Me sentí desnudo, invadido y vacío. No podía soportar ver lo que había sido una experiencia intensamente personal y privada, sin duda la experiencia más importante de mi vida, convertida en propiedad pública. Y todo ello con un sentimiento de culpa latente pues el éxito del libro, mi éxito, me parecía inmerecido, como si me estuviera aprovechando del

sufrimiento y la muerte de mis compañeros de armas y de millones de vietnamitas. Con motivo de una gira de presentación del libro por el país —ese *Via Crucis* por el que tienen que pasar irremediablemente la mayoría de escritores— padecí serias crisis de pánico y, para calmarme, empecé a beber más de la cuenta. Una noche en que estaba especialmente tenso y no paraba de despachar un *whisky* tras otro alguien me ofreció un porro —un poderoso bombardero de puro oro colombiano— y lo apuré hasta la colilla. La combinación entre el agotamiento, la ansiedad, el alcohol y las drogas tuvo el efecto inevitable que cabía esperar y, tras sufrir una crisis nerviosa, me ingresaron en el servicio de psiquiatría del hospital de la Costa Este donde permanecí los siguientes días dopado a base de clorpromazina aunque contento de que nadie pudiera tener acceso a mi persona. Cuento esta anécdota por vez primera en mi vida para recalcar una vez más que no escribí *Rumor of War* a modo de terapia. Escribirlo fue una prueba realmente dura. Y sobrevivir a su publicación un verdadero suplicio.

No existe ningún escritor que alcance el éxito absoluto. La diferencia entre el trabajo que uno concibe y el que finalmente produce siempre es demasiado grande, y al fin el escritor sólo consigue alcanzar un nivel aceptable de fracaso. A pesar de ello considero *A Rumor of War* como un éxito, no ya desde el punto de vista comercial o literario, sino en el sentido de que logró en gran medida lo que yo pretendí al escribir el libro. Y a pesar de que hasta la fecha ha logrado superar con éxito el paso del tiempo y ha alcanzado el estatus ciertamente oximorónico de «clásico contemporáneo», no puedo decir con absoluta certeza que haya obtenido carta de obra universal. Y si fuera cierto que vamos a algún sitio después de muertos, no habría nada que me hiciera más feliz que poder atisbar la tierra desde lo alto del cielo o desde las profundidades del infierno y ver a la generación de mis bisnietos leyéndolo y hallando en sus páginas alguna cualidad que les remita a sus propias vidas.

Pero, volviendo al presente, *A Rumour of War*, junto a otros

cinco libros publicados más o menos en la misma época —*Close Quarters*, de Larry Heinemann, *Despachos de guerra*, de Michael Herr, *Nacido el 4 de julio*, de Ron Kovic, *Persiguiendo a Cacciato*, de Tim O'Brien y *Fields of Fire* de James Webb— consiguieron romper el hielo y convertir la guerra de Vietnam en un tema legítimamente literario y la voz de los combatientes en una voz respetable. Quizá debería decir más bien que abrieron las compuertas. Ken López, un librero de Massachusetts que se dedica a coleccionar y catalogar literatura sobre la guerra de Vietnam, posee una lista con un total de tres mil quinientos títulos publicados desde 1977. Tal como el mismo López señala en la introducción de uno de sus catálogos:

«No existe ninguna otra guerra americana que haya provocado tal despliegue de actividad literaria como la guerra de Vietnam». Algo sin duda excepcional viniendo de una panda de poetas guerreros a los que muchos creían demasiado ignorantes y analfabetos para cantar sus épicas, brutales y cenagosas batallas bajo el azote de los monzones.

A pesar de que ya he dicho que no escribí *A Rumour of War* con finalidades terapéuticas creo que tanto ésa como las mejores del resto de obras que tratan de la guerra de Vietnam han acabado resultando realmente terapéuticas para nuestra nación herida. Vietnam fue el epicentro de una fisura cultural, social y política que nos hizo zozobrar como ningún otro acontecimiento histórico lo había hecho desde la Guerra Civil. Pero no fue un capítulo anómalo en nuestra historia nacional como podría deducirse de una lectura entre líneas de las guerras con India o de la campaña para reprimir la revuelta filipina, sino que fue un capítulo anómalo en nuestra mitología nacional. La imagen que hasta entonces teníamos de nosotros mismos, la de un pueblo triunfante marcado por el progreso y la virtud, a salvo de los flagelos y las tragedias de la historia, quedó totalmente hecha trizas en Vietnam y no encontramos modo alguno de integrar la guerra y sus consecuencias en nuestra conciencia individual y colectiva. Tal como señala muy acertadamente respecto a este tema John Helmann en su ensayo acerca de la

literatura sobre la guerra de Vietnam titulado *American Myth and the Legacy of Vietnam* («El mito americano y el legado de Vietnam»):

Vietnam fue una experiencia que puso en tela de juicio el mito americano. Los americanos entraron en la guerra de Vietnam con ciertas expectativas, las que de esa guerra iba a emerger una historia, una historia genuinamente americana. Pero cuando la historia de América en Vietnam se convirtió en algo totalmente inesperado, la naturaleza real de la historia general de América pasó a ser el centro de una intensa y exacerbada polémica cultural. Y al nivel más profundo, el legado de Vietnam supuso una fractura profunda en nuestra historia, en la explicación que hemos dado al pasado y en la visión que tenemos de nuestro futuro.

No sólo no sería del todo cierto sino que incluso sería peligroso afirmar que esta fractura se ha soldado. Porque actualmente cierto «grupo pensante» ha balcanizado Estados Unidos como si las fisuras que se abrieron como consecuencia de la movida social que tuvo lugar en los 60 entre halcones y palomas y entre negros y blancos, se hubieran ido ensanchando y extendiendo como una tela de araña. Así, la actual tribu americana se encuentra dividida entre múltiples subtribus: hispánicos o anglos, gays o héteros, feministas o antifeministas, antiabortistas y proabortistas... Y algunas de las más descabelladas teorías acerca de lo políticamente correcto para las que Colón y los primeros colonos no fueron más que villanos en lugar de héroes y la historia de América una auténtica vergüenza en lugar de una inspiradora hazaña épica, sugieren que esta «intensa y exacerbada polémica cultural» aún no está zanjada ni parece que vaya a estarlo en breve. Y tampoco el desmesurado aumento de las milicias independientes de extrema derecha presagia nada bueno.

Y sin embargo, a pesar de todos nuestros problemas actuales, nuestra nación parece haberse alejado del abismo hacia el que se

dirigía hace veinticinco años en que el único lenguaje posible era la bomba de los radicales, la porra del policía, el gas lacrimógeno y el tiroteo indiscriminado de los agentes Guardia Nacional como en los incidentes del Estado de Kent. Aún tendrán que pasar varias décadas más antes de que podamos curar totalmente las heridas abiertas por la guerra de Vietnam (más de un siglo después de la Batalla de Appomattox, la herencia de la Guerra Civil americana aún sigue proyectando su larga sombra). Y aun así, el arte de superar por fin la guerra ha tenido mucho que ver con los procesos de curación y cicatrización que se han producido desde entonces.

Al principio de la civilización occidental correspondía a los bardos entonar sus versos alrededor de las fogatas de los guerreros para intentar dar algo de orden y sentido a los caóticos enfrentamientos armados y preservar la naturaleza humana de la tribu proponiéndole modelos de comportamiento virtuoso y héroes que reflejaran las aspiraciones más elevadas de la tribu, así como contraejemplos de comportamientos viles y mezquinos que ilustraran sus peores lacras.

La guerra de Vietnam se libró con M-16 y helicópteros en lugar de con espadas y corceles, y aunque la tarea del bardo era la misma, la naturaleza de esta guerra hizo que su labor resultara terriblemente difícil: ¿cómo dar sentido a un conflicto tan incomprensible? ¿Cómo lograr encontrar lógica alguna a esa aleatoria sucesión de tiroteos que al fin nunca terminaban en nada? ¿Cómo explicar nuestros fracasos?

¿Qué héroes podíamos encontrar en una guerra tan brutal y despiadada? Y sin embargo se trataba de una tarea totalmente necesaria. En el presente libro he intentado darle sentido a la guerra convirtiéndome en una especie de hombre poliédrico cuyas experiencias son un microcosmos dentro del todo. Mi propio periplo, desde la falsas e ilusorias luces de candilejas de la juventud pasando por un descenso a los infiernos hasta terminar en una lenta e incierta ascensión hacia la nueva y más certera luz del autoconocimiento contribuirá, espero, a reflejar el viaje colectivo que hicimos todos.

Pues al fin nuestros héroes fueron personas como Walt Levy que, a través de un encomiable acto de autosacrificio, contribuyó a demostrar que podemos alcanzar la parte más pura y angelical de nuestra naturaleza incluso en condiciones en las que resulta demasiado fácil sucumbir a nuestros demonios internos. Otros escritores adoptaron estrategias distintas para lograr lo mismo, desde los interesantes experimentos de *Persiguiendo a Cacciato* y las *Meditations in Green: A Novel of Vietnam*, de Stephen Wright, a ejemplos de narrativa de corte más clásico como *The Thirteenth Valley*, de John DeVecchio. Y Vietnam aún sigue dando libros notables como la inquietante autobiografía de Tobias Wolff *En el ejército del faraón* publicada en 1995. Sin duda los mejores libros siempre ofrecen lo que Conrad llamó «un atisbo de verdad» que es la razón por la cual el público se ha volcado con tanta avidez en la literatura bélica. Ni políticos ni analistas, periodistas o historiadores se ponen de acuerdo con respecto a las causas de la guerra, y mucho menos con respecto a su significado global. Así que es al artista a quien le corresponde darle algún tipo de sentido o, por lo menos, *empezar* a darle algún tipo de sentido convirtiendo en arte duradero la informe y hedionda masa de la experiencia bélica.

Cuando viajo por el país para dar charlas o presentaciones de libros a menudo me sorprende constatar la fascinación que sigue despertando en la mayoría de la gente la guerra de Vietnam, y no sólo en aquellas personas que tienen la edad suficiente para haber participado en ella, ya sea a su favor o en su contra, sino en todas aquellas que ni siquiera habían nacido cuando se produjo la caída de Saigón. Tal como lo explica el librero Ken López en su introducción:

En Vietnam, por lo menos en la literatura acerca del conflicto, la violenta absurdidad y aleatoriedad con que se barajan la vida y la muerte suele concentrarse en unos pocos y aterradores segundos en que los mundos se transforman de manera drástica y en ocasiones definitiva para todos los implicados. Para la mayoría de nosotros, en nuestras vidas cotidianas, este

proceso es mucho más lento y sutil y mucho menos perceptible, pero su naturaleza es la misma. En una época en la que las inquebrantables certezas morales de la generación de nuestros padres se han visto totalmente arrinconadas, la guerra de Vietnam —el acontecimiento moralmente ambiguo por excelencia— refleja e ilumina a un tiempo nuestros mayores dilemas, y en definitiva, constituye una metáfora perfecta de nuestro tiempo.

PC
Norwalk, Connecticut
Mayo de 1996

Apunte biográfico

(extraído de Wikipedia)

Philip Caputo (10 de junio de 1941 (84 años) es un escritor y periodista estadounidense. Es conocido por *Un Rumor de Guerra*, un best-seller sobre las memorias de su experiencia durante la Guerra de Vietnam. Caputo ha escrito 15 libros, incluyendo tres memorias, cuatro libros de no ficción y ocho novelas. Su más reciente libro de viajes y aventuras *El camino más largo: en busca de América desde Key West al Océano Ártico*, fue publicado en julio de 2013 por Henry Holt.

Biografía y carrera

Nació en Westchester, Illinois y fue a la escuela secundaria Fenwick High School y a la Universidad Loyola de Chicago. Desde 1965-1966 Caputo hizo su servicio en la Marina de Estados Unidos, siendo destinado a la República de Vietnam como teniente de infantería, comandante de un pelotón. Fue combatiente y ganó varias medallas y reconocimientos tras completar su misión.

Después de servir tres años en la marina estadounidense, Caputo comenzó su carrera como periodista, uniéndose al personal del Chicago Tribune en 1968. En 1973, Caputo formó parte del equipo de escritores de este periódico que ganaron el Premio Pulitzer por la cobertura periodística del fraude electoral en Chicago. Los cinco años posteriores fue corresponsal en el extranjero para el periódico. Cubrió la Caída de Saigón en 1975, y realizó su servicio militar en Italia, la Unión Soviética y el Medio Oriente.[2] Fue herido de bala por un militar con una AK-47 durante la Batalla de los Hoteles en Líbano en 1975.[3][4]

Además de escribir numerosos libros, Caputo ha publicado

docenas de artículos de revistas, reseñas y artículos periodísticos en el New York Times, The Boston Globe, The Washington Post, Los Ángeles Times y en las revistas Esquire, Men's Journal, National Geographic, y Virginia Quarterly Review.[5][6]

Publicaciones

Philip Caputo fue aclamado por sus memorias de Vietnam denominadas *Un Rumor de Guerra*, publicado en 15 idiomas y que ha vendido más de dos millones de copias desde su publicación en 1977. Reconocido como un clásico de la literatura bélica, el libro fue adaptado en una miniserie de dos partes en la televisión con la actuación estelar de Brad Davis, Keith Carradine, Brian Dennehy, y Michael O'Keefe en 1980.[7]

Fue finalista del National Book Award en 1981 por su obra *Cuerno de África*.[6]

Su más reciente novela, *Crossers* (2009) se desarrolla en el ambiente de la droga y el contrabando de los inmigrantes ilegales en la frontera de Estados Unidos con México.[8]

Su decimoquinto libro, de viajes y aventuras documentales, fue publicado en julio de 2013 por Henry Holt.[1]

Memorias

El camino más largo (2013)

Medios de escape[9] (1991) ISBN 0060183128 OCLC 23732376

Un rumor de guerra (1977) ISBN 003017631X OCLC 2974701

Ficción

Crossers (2009)

Actos de fe (2005) ISBN 0375411666

El viaje (1999)

Exilios (1997)
Ecuación del mal (1996)
País indígena (1987)
Galería Delcorso (1983)
Cuerno de África (1980)

Obras de no ficción

Diez mil días de trueno (2005)
13 segundos: Una mirada retrospectiva al tiroteo de Kent
State (2005) ISBN 1596090804
En las sombras de la mañana (2002)
Los fantasmas de Tsavo (2002)

